

FE Y FUEGO

JAMES SWALLOW

En el futuro de sombrías pesadillas del cuadragésimo primer Milenio, las fanáticas cazadoras de brujas de las Hermanas de Batalla se interponen entre la humanidad y la condenación. Desde las guerreras de élite Seraphim a las dementes Hermanas Arrepentidas, son el brazo fuerte de la Eclesiarquía y el martillo brutal de las brujas.

Cuando el peligroso psíquico hereje Torris Vaun escapa de su custodia, la Seraphim Miriya es deshonrada ante los ojos de sus hermanas y las superiores. Siguiendo el rastro de

Vaun al planeta Neva, Miriya lleva a sus hermanas en persecución y, junto con la Hermana Hospitalaria Verity inicia sus investigaciones. Cuando descubren una trama aterradora que podría amenazar el futuro del Imperio, ¿Serán la fe de Miriya y Verity lo suficientemente fuerte como para que triunfen?



James Swallow

Fe y fuego

Warhammer 40000. Hermanas de Batalla 1

ePub r1.0

epublector 20.05.14

WARHAMMER
40,000



Título original: *Faith and Fire*
James Swallow, 2006
Traducción: Icemants & kkus7067
Retoque de portada: Icemants

Editor digital: epublector
ePub base r1.1



Estamos viviendo el cuadragésimo primer milenio. Desde hace más de cien siglos, el Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de Terra. Él, es el maestro y señor de la humanidad con la voluntad de un dios, dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables, infatigables e intrépidos ejércitos. Es un cadáver putrefacto retorciéndose invisiblemente

dentro del trono dorado, gracias al poder de la Edad Oscura de la Tecnología. ÉL es el Señor Carroñero del Imperio al cual un millar de almas se sacrifican todos los días, para que nunca acabe realmente de morir.

Sin embargo, incluso en su estado inmortal, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Poderosas flotas de naves armadas cruzan el miasma infestado de demonios de la disformidad, la única ruta

viable y rápida entre las estrellas distantes, su camino iluminado por la Astronomicon, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Enormes ejércitos luchan en su nombre en incontables mundos. Grande entre sus soldados son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, bioingeniería de superguerreros. Sus compañeros de armas son legión: la Guardia Imperial y un sin número de fuerzas de

defensa planetaria, la Inquisición siempre vigilante y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus, por nombrar sólo unos pocos. Pero incluso así, en su bastos e inmensos ejércitos, son apenas los suficientes para mantener a raya la amenaza siempre presente de los alienígenas, herejes, mutantes… y cosas mucho peores.

Ser un hombre en estos tiempos, es ser uno entre incontables miles de millones.

Es vivir en el régimen más cruel y sangriento imaginable. Estos son los cuentos de estos tiempos. Olvida el viejo poder de la tecnología y la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido para nunca volver a aprenderlo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, en el oscuro futuro sombrío sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, sólo una eternidad de matanza y masacre, con la risa de los veleidosos y sádicos dioses resonando por el

inmaterium.



UNO

A partir de su alta posición ventajosa, el Emperador de la Humanidad observo atentamente a Miriya donde se arrodilló. Su mirada inmutable impacto en ella, la forma inclinada de la mujer envuelta en una túnica del vivo color de la sangre. En algunos lugares, la armadura oscura como la obsidiana

surgió de entre los pliegues de la tela carmesí. Destacando sobremanera contra el pálido suelo marmóleo de la capilla. Fue definida por la luz que reflejaba sobre su rostro eterno el Emperador, todo lo que ella era, era sólo por su decreto.

Los labios de Miriya se movieron en susurros. La Letanía de la Guía Divina se derramaba de ella en una cascada de susurros. Las palabras eran una parte tan importante de ella que llegaron tan rápido y sin esfuerzo como respirar. Así como llegó al clímax de la oración, sintió un ardor de justicia establecerse en su corazón, como siempre. Como

siempre lo había hecho desde el día en que se había quitado la capa de novicia y hecho el juramento de Hermana de batalla.

Se permitió mirarlo. Miriya se otorgó a sí misma este pequeño gesto, como una recompensa. Su mirada viajó hasta el altar, bebiendo en la majestad del ídolo de oro imponente. El Emperador miró sobre sus brazos cruzados, a través de la empuñadura invertida de una gran espada ardiente. En el hombro izquierdo estaba Santa Celestina, con las manos ahuecadas para sostener dos palomas de piedra como si estuviera ofreciéndoselas a ella.

A su derecha estaba Santa Katherine, la hija del Emperador que fundó la orden en la que Miriya estaba ahora sirviendo.

Ella se quedó mirando el rostro de Katherine por un momento, el pelo de la estatua caía sobre su sien, sobre la flor de lys tallada a modo de tatuaje, debajo de su ojo izquierdo. Miriya inconscientemente acarició sus cabellos negros por encima de su oreja, dejando al descubierto su propio tatuaje, una flor con tinta de color rojo oscuro.

La armadura que la santa de piedra llevaba, difería de la de Miriya en la forma, pero no en su diseño funcional. Santa Katherine estaba vestida con un

antiguo tipo de armadura, llevando el símbolo de un corazón ardiente donde Miriya llevaba una cruz santa coronaba con un cráneo. Cuando la santa había sido dueña de su orden, habían sido conocidos como la Orden del Corazón ardiente, pero habían pasado décadas antes del brutal final de Katherine en Mnestteus. Desde esa fecha, hace más de dos milenios que se habían llamado a sí mismos la Orden de Nuestra Señora Mártir. Era parte de un legado de servicio al Emperador que la Hermana Miriya, del Adepta Sororitas, había tenido la suerte de continuar.

Con ese pensamiento aun rondando

su mente, se encontró con los ojos de piedra del Emperador y se imaginó que en la Tierra, estando muy distante, el señor de la humanidad la concedía alguna pequeña fracción de su divina e infinita atención, pidiéndole fervorosamente llevar a cabo su última misión con su bendición. Las manos de Miriya llegaron a su pecho y se entrecruzaron, haciendo involuntariamente la señal de la aquila Imperial.

—En tu nombre —dijo en voz alta.

—Al servicio de tu Luz, concedeme guía y fortaleza. Avisadme de la bruja y del hereje, muéstramelos —Ella se

inclinó una vez más—. Déjame hacer tu gloriosa voluntad y así librar a la galaxia de los enemigos del hombre.

Miriya se irguió desde donde estaba arrodillada y le trasladó al cibersirviente, su pistola de plasma ornamentada. El híbrido saco un aparato parecido a una taza de latón, en lugar de una mano y pulverizo una breve nube de agua bendita sobre el arma. Cintas del pergamino santificado, tartamudearon de su boca sin labios, oyéndose al salir los tic-tacs metálicos.

Ella se dio la vuelta, y allí, en la penumbra estaba Iona. Silenciosa, taciturna Iona, la capucha decorada de

su bata roja siempre hacia más profundos los huecos de sus ojos. A algunas de las Hermanas de Batalla no le gustaba la mujer. Iona raramente mostraba emoción, nunca se permitió llorar de dolor cuando el combate le trajo las heridas, nunca levantó la voz en feliz júbilo durante los himnos diarios. Muchos la consideraron imperfecta, con una mente tan fría que era poco más que el código máquina en el interior del cráneo del cibersirviente del pergamino. Miriya había castigado severamente una vez a dos novicias por atreverse a expresar esos pensamientos en voz alta. Pero los que dijeron estas

cosas no sabía el valor real de Iona. Ella era tan devota a las Sororitas como cualquier otro, y si su actitud hizo algunas Hermanas Superioras reacias a tenerla en sus unidades, entonces que así sea. Su pérdida fue la ganancia de Miriya.

—Iona —dijo Miriya, acercándose —. Háblame.

—Ha llegado el momento, hermana —dijo Iona, con la cara pálida como la leche y con el ceño fruncido—. Llega la nave de las brujas.

A pesar de sí misma, la mano de Miriya se tensó en torno a la empuñadura de su pistola de plasma.

—Estoy preparada —dijo asintiendo con la cabeza.

Iona le devolvió el gesto.

—Así debe ser.

La hermana cogió un pequeño fetiche en su puño enguantado, un sagrado icono de plata que obtubo de la bendecida capilla del convento sobre Ophelia VII. El pequeño gesto fue suficiente para hacer saber a Miriya que la mujer estaba preocupada.

—Estoy tan preocupada como usted —admitió mientras cruzaban el presbiterio hacia la escotilla de acero en la pared de la capilla.

Iona abrió y entró, resonando el

sonido en el fondo del corredor. Donde terminó la piedra de la iglesia, se mostraron desnudos los huesos de hierro de la nave alrededor de ella. Una vez, la capilla había estado en un planeta, arraigada a la tierra del suelo, construida en una colina en un mundo en el sistema de Vito, ahora existía como un órgano trasplantado extraño, dentro del cuerpo metálico de la Fragata Imperial *Mercutio*.

—Esto me disgusta, Hermana Superiora —dijo Iona, con su ceño fruncido por debajo de su capucha—. ¿Cuál es nuestra causa si no tomar el psíquico y perseguir la brujería, para

mostrar así el disgusto del Emperador? —Parecía como si quisiera escupir—. Que estamos llamados a… asociarnos con ese mutante, es suficiente para que se me encoja el estómago. Hay una parte de mí que quiere ponerse en contacto con el capitán y ordenarle que borre esa abominación del cielo del Emperador.

Miriya le dirigió una mirada penetrante.

—Ten cuidado, hermana. Usted y yo podemos detestar a estas criaturas, pero en su sabiduría, los siervos del Trono pueden verse abocados a utilizar a estos desgraciados miserables en su

nombre. Por mucho que nos pueda enfermar, no podemos rechazar una orden que viene de los más altos niveles de la Eclesiarquía.

La respuesta no fue suficiente para satisfacer la inquietud de Iona.

—¿Me pregunto cómo pueden estas cosas seguir adelante? Ese psíquico es nuestro mortal enemigo.

La comandante de Iona la hizo callar con una mano levantada.

—La brujería es nuestro enemigo, hermana. El psíquico es una herramienta. Sólo el inexperto y su naturaleza son una amenaza para el Imperio —y añadió entrecerrando los

ojos—. Usted nunca ha servido como yo, Iona. Durante dos años completos de guardia a bordo de uno de estos buques deteriorados las cosas que vi, en las noches más oscuras, todavía me persiguen, así que… —Se obligó a mantener los recuerdos a distancia—. Pero así es como el Dios-Emperador pone a prueba a los fieles, hermana. Él nos muestra nuestros más grandes temores y nos da la fuerza para vencerlos.

Caminaron en silencio durante unos momentos antes de que Iona volviera a hablar.

—Se nos enseña en los primeros

días de nuestro adoctrinamiento, que los malditos con la marca psíquica en la sangre, están viviendo casi a las puertas del caos. Todos ellos, Hermana Superiora, no sólo los que evitan la adoración del Trono Dorado. Un único resbalón o un simple descuido e incluso los más devotos caerán, ¡y abrirán el camino a la disformidad!

Miriya levantó una ceja. Fue quizás el mayor gesto de pasión que jamás había visto exhibir a la severa mujer.

—Es por eso que estamos aquí. Desde la Era de la Apostasía, nosotras y todos nuestras Hermanas Sororitas nos hubiéramos situado en las mismas

puertas de infierno y de la imposibilidad de la brujería. Como los aborrecibles mutantes, lo mismo ocurre con el traidor, también lo hace la bruja. —Puso una mano en el hombro de Iona—. Pregúntese esto, hermana. ¿Quién más podría ser llamado para lograr lo que vamos a hacer hoy? —La cara de Miriya quedo partida en una sonrisa irónica—. ¿Los hombres de la Armada Imperial o de la Guardia?, estarían muertos en el mismo momento del choque. ¿Los Adeptus Astartes? Esas bestias inhumanas dan voluntariamente la bienvenida a psíquicos en sus propias filas. —Ella

sacudió la cabeza con tristeza—. No, Iona, sólo nosotras, las Hermanas de Batalla, tiene un nivel de vigilancia apropiado. —La mujer acarició la pistolera—. Me contendré bien, pero si uno de esos miserables ilegítimos se pasa de la raya, a continuación y con extrema rapidez, les mostraremos como quema la pureza de nuestra censura.

El sonido de su voz llamó la atención del equipo de Miriya mientras se acercaba. No intercambiaron los saludos y florituras que eran obligatorias en otras unidades Sororitas. La hermana Miriya mantuvo la mano relajada en sus guerreras, prefiriendo

mantenerlas afiladas en materia de valor en la batalla que en lugar de las sutilezas de las plazas de armas.

—Informe —exigió.

Su segunda al mando, la hermana Lethe, se aclaró la garganta.

—Estamos listos, Hermana Superior, de acuerdo con su mandato.

—Bien —replicó Miriya, anticipándose a cualquier pregunta acerca de sus ordenes antes de que pudieran ser pronunciadas—. Esta será una simple cuestión de abordar la nave y asegurar al prisionero.

Lethe lanzó una mirada a los demás miembros de la escuadra Celestial. Por

lo general desplegadas para operaciones de combate de primera línea, las Celestiales eran conocidas como las tropas de élite del Adepta Sororitas y un deber tan simple como escolta de los presos puede ser considerado fácilmente por debajo de ellos. Las Celestiales se utilizaron para luchar en el corazón de enfrentamientos contra herejes y levantamientos mutantes, pero que no solían actuar como tropas de línea en meras ejecuciones oficiales.

Miriya vio estos pensamientos en los ojos del Lethe y las otras hermanas. Ella vio sus dudas también, como las había tenido ella misma primero, justo

después de que entregaran las órdenes por transferencia astropática el ayudante de la Canonesa Galatea.

—Todo hecho en el nombre del Emperador es glorioso —les dijo y rematando sus palabras—, y haríamos bien en recordar eso.

—Por supuesto —dijo Lethe, con expresión constricta—. Nosotras obedecemos.

—Comparto su preocupación —admitió Miriya con voz baja—. Nuestro equipo nunca ha sido la más favorecida de las unidades —y las otras mujeres compartieron un momento de sombría diversión—, pero vamos a hacer lo que

debemos.

—No, la hermana Cassandra nos llama —señalando a través de uno de los ojos de buey cristalinas en la pared del pasillo—. ¡Lo veo!

Miriya se acercó y miró a través de la lente gruesa. Por un momento, pensó que su hermana de batalla se había equivocado, pero entonces se dio cuenta de que la oscuridad que veía más allá del casco de la *Mercutio* no era el vacío del espacio interestelar en absoluto, sino el flanco de otra nave. Una que no despedía luz, ni mostraba señales o banderines. Sólo el débil resplandor de los propios ojos de buey

de la fragata y balizas iluminadas, luego creyó percibir no toda la nave, sólo astillas delgadas que capturaban el resplandor.

—Un Navío Negro —respiró Iona —. Que el Emperador nos proteja.

* * *

De dos en dos, en formación de escolta, con sus flancos cubiertos, la escuadra de Miriya se abrió paso hasta el tubo flexible que como un cable se había extendido ante sí de una de las cámaras

de aire externas de *Mercutio*. A la cabeza, la Hermana Superiora caminaba con su propia arma enfundada, pero su mano abierta reposaba encima de la empuñadura de madera estriada. La situación disparó sus recuerdos nuevamente, llevándola de nuevo a la primera vez que había entrado en el oscuro corazón de hierro de un buque en el Telepática Adeptus Astra.

Nadie sabía cuántos Navíos Negros existían. Algunos hablaban de una base secreta en la Tierra, enviando montones de Navíos Negros para buscar por la galaxia a los psíquicos. Otros dijeron que los navíos trabajaron en forma

aislada unos de otros, aventurándose de un lado a otro según las directivas psíquicas enviadas por el propio Emperador. Miriya no sabía la verdad, y no quería saberla.

Cada vez que se descubría un psíquico potente, los Navíos Negros venían a por ellos. Algunos, los que tenían el corazón puro y voluntad suficientemente fuerte para sobrevivir a las pruebas que los adeptos les realizaban, podían vivir para ser siervos de la Inquisición o de los colegios astropáticos. La mayoría debían de morir, de una manera u otra, y la otra era concedidas en sacrificio al

Emperador, para que pudiera mantenerse vivo el gran faro psíquico del Astronomicon.

Las Hermanas de Batalla entraron a una cámara de recepción elíptica con tallada columnas en hierro adornadas con bellos hexagramas. Tiras de biolumen en el centro de la sala alumbraban con una débil luz amarilla. Las encapuchadas se detuvieron en el borde de la misma, que orbitaba la habitación, con pasos silenciosos. Lethe y las hermanas cayeron de forma automática en una formación cerrada de combate, con sus armas de fuego cubriendo cada posible ángulo de

ataque. Miriya observaba las formas desenvueltas y la agilidad de movimiento alrededor. El Adeptus Astra Telepática tenía sus propios agentes, era por edicto imperial que les impedían servir como guardias en sus propios buques. Era demasiado fácil para un psíquico maligno coaccionar a otro telépata. En cambio, las Hermanas de Batalla o las Tropas de asalto inquisitoriales, servían muy bien en el papel de custodio a bordo de los Navíos Negros, su fe inquebrantable les protegía en parte de la depredación de sus mentes por parte de las brujas que custodiaban.

El ruido de unos pasos se acercaba desde el perímetro sombrío de la cámara. Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, lo que le permitió descubrir una escotilla de iris en la pared del fondo. Se acercaban unas figuras. Dos de ellas eran hermanas Retributoras, portando pesadas armas de plasma y otra una Celestial como ella. Estas hermanas de batalla llevaban armaduras plateadas del color bronce de cañón, vestiduras blancas y con el sigilo de un halo sobre un cráneo negro en sus hombreras. Había más detrás de ellas, pero se quedaron en las sombras por el

momento.

La Celestial saludó a Miriya y ella le devolvió el gesto.

—Miriya, de la Orden de Nuestra Señora Mártir. Bien hallada, hermana.

—Dione, de la Orden del Sudario de Plata —dijo la otra mujer—. Bien hallada, hermana.

Miriya quedo inmediatamente impresionada por el aspecto de cansancio en el rostro de Dione, la tensión grabada en las líneas alrededor de los ojos. Sus compañeras Sororitas se miraron a los ojos y un momento de comunicación silenciosa sucedió entre ellas.

—El prisionero está listo. Es para mí un placer tener por fin que deshacerse de él. —Ella hizo una señal hacia adelante a las encapuchadas y las dos Retributoras volvieron sus armas para dibujar una gota sobre ellas.

Los adeptos trajeron un bastidor en la forma de un cubo esquelético, dentro del cual se asentaba un gran tambor hecho de vidrio verde. Había un hombre dentro de él, desnudo y pálido con una iluminación de color amarillo. Su cabeza estaba oculta bajo una máscara de metal adornada con picos y sondas.

—Torris Vaun —Miriya dijo su

nombre, y el hombre enmascarado se movió un poco, como si lo hubiera oído —. Una captura fina —dijo a la hermana Dione.

—No te equivoques hermana, él no fue una captura fácil, de eso puedes estar segura. Mató a seis de mis hermanas antes de que fuéramos capaces de dominarlo.

—Y sin embargo, todavía consigue respirar. —Miriya estudió el tarro enorme, consciente de que el hombre de dentro la escudriñaba a su vez, tan intensamente o más, con otros sentidos sobrenaturales—. Si la opción hubiera sido mía, este brujo habría recibido un

disparo en el corazón de una estrella.

Dione consiguió asentir rígidamente.

—Estamos de acuerdo, hermana. Por desgracia, tenemos que obedecer las órdenes del Ministorum. Usted debe entregar este criminal a Lord Viktor LaHayn en la Catedral Noroc Lunar en el planeta Neva. —Un sirviente se acercó cojeando sosteniendo un rollo de pergamino y un palo de cera para sellar los datos. Dione tomó el papel y dejó su huella en él—. Así se ordena en el día de hoy, por la autoridad de la Eclesiarquía.

Miriya hizo lo mismo, con el

sellador para presionar el sello de comandante de su escuadrón en el documento. Detrás de ella, oyó a Lethe pensar en voz alta.

—Parece una cosa tan frágil. ¿Qué crimen es posible que haya cometido un hombre como este que justificaría nuestra supervisión?

Dione respiró fuerte. Era evidente que no permitía a sus tropas a hablar sin permiso como lo hizo Miriya.

—Las seis que asesinó eran sólo las últimas víctimas de su violencia. Este hombre ha sembrado el terror y el caos en una docena de mundos a través de este sector, todo únicamente para saciar

sus apetitos. Vaun es un animal, hermana, un oportunista despiadado y un pirata. Para él, la crueldad es su propia recompensa. —Su rostro se agrió —. Me da asco compartir la habitación con tal aberración.

Miriya disparó a Lethe un vistazo.

—Su candor se aprecia, hermana Dione. Nos aseguraremos de que el criminal alcanza Neva sin demora.

Más servidores tomaron la cápsula de confinamiento y marcharon hacia el túnel de vuelta al *Mercutio*. Una vez Vaun fue retirado, Dione se relajó un poco.

—El señor LaHayn insistió en que

este brujo se trajera a su corte para su ejecución. A mi entender, el honrado diácono reclamó algunos favores al Adeptus Terra para asegurarse de que así fuera.

Miriya asintió, recordando el mensaje de Galatea. La Canonesa estaría esperando en la Ciudad de Noroc para su llegada con el criminal.

—Vaun es del mismo Nevan, ¿verdad? Se podría considerar simplemente que clavó la espada en el suelo de su mundo natal, ya que creó tanta anarquía allí. —Echó una mirada a Lethe, y su segunda al mando del resto de las Celestiales flanqueó al

detenido hasta que desapareció por el tubo de acoplamiento. Miriya se volvió y antes de seguir dijo—. ¡Ave Imperator, hermana!

El guantelete blindado de Dione apretó la muñeca de Miriya en un gesto de cariñosa camaradería y como compartiendo la carga de su misión y la sostuvo por un momento.

—No lo subestimes —murmuró entre dientes, sus ojos brillando en la oscuridad con energía—. Yo lo hice, y seis buenas mujeres pagaron el precio.

—Por supuesto, hermana.

Dione la soltó y desapareció de nuevo en la oscuridad.

Desde el punto de encuentro, el *Mercutio* se separó para el salto al sistema Neva. El Navío Negro desapareció de la pantalla de su aparato sensorial como un sueño perdido, tan rápida y completamente que parecía como si la nave oscura nunca hubiera estado realmente allí.

La entrada de la fragata al empíreo fue mal, un espasmo momentáneo del campo Geller de la nave de guerra mató a un puñado de marineros en las plataformas de artillería. La tripulación habló en voz baja detrás de cuidadas expresiones, nunca al alcance del oído de las Hermanas de Batalla. Ninguno

de ellos sabía qué era lo que la escuadra de Miriya había traído de la Nave Negra, pero todos tenían miedo.

Durante los días que siguieron, las reuniones de oración en la pequeña capilla de la fragata tuvieron un aumento repentino de asistencia y había más himnos reproduciendose por las redes vox en las cubiertas inferiores. La mayor parte de la tripulación nunca había visto anteriormente Hermanas de Batalla de verdad. En decenas de puertos de todo el sector habían absorbido historias sobre ellas, al igual que cualquier otra esponja marina. Había cosas que los hombres de escaso

carácter pensarían de mujeres como estas, los pensamientos corrían hacia el espectro de la fantasía lujuriosa a desconfiar con carácter violento. Algunos dijeron que vivían de la carne de los hombres que mataban, como una mantis selva. Otros juraron que eran tanto concubinas como soldados, capaces de dar placer y la condenación a los incautos a partes iguales. Los tripulantes estaban asustados por el Sororitas ya que estaban fascinados por ellas, pero hubo algunos que observaban a las mujeres a dondequiera que iban, obligados por algo más profundo y oscuro.

Lethe miraba cuando Miriya entró en la bodega de carga, dando un paso más allá de los dos servidores-armas hacia la escotilla donde ella y Cassandra se pusieron en guardia mirando la cápsula de vidrio.

—Hermana Superiora —asintió Lethe—. ¿Qué dijo el capitán?

El ceño de Miriya fue respuesta suficiente.

—Dijo que el Navegador está turbado. El camino a través de la disformidad es turbulento, pero que espera que llegaremos a Neva, en un día o dos.

Lethe miró a la cápsula y vio que

Cassandra estaba haciendo lo mismo.

—El prisionero no puede ser la causa —dijo Miriya respondiendo así a la pregunta formulada—. Me aseguraron que al llevar la máscara puesta, esta anula e impide cualquier ejercicio de brujería —aseveró golpeando con un dedo la gruesa pared de vidrio.

La hermana Lethe tocó la cadena del rosario de plata que habitualmente llevaba alrededor de su cuello. No estaba muy convencida.

—De todos modos, cuanto antes concluyamos este viaje, tanto mejor. Esta inacción irrita mi espíritu.

Miriya se encontró mostrando su acuerdo asintiendo con la cabeza. Ella y Lethe había servido juntas por el tramo más largo entre este equipo, a menudo la mujer más joven era de la misma opinión con el comandante de su unidad.

—¿Acaso no hemos pasado por cosas peores? ¿Las incursiones Orcas en la Torre de Jacob? ¿La purga Starleaf?

—Sí, pero de todos modos, la espera me corroe. —Lethe miró hacia otro lado —. La hermana Dione tenia razón. Estar en la presencia de este criminal hace que sienta mi alma sucia. Necesitare bañarse en las aguas

santificadas después de esta misión haya terminado.

Cassandra se tensó de repente, y la reacción fue rápidamente captada por las otras mujeres.

—¿Qué sucede? —exigió Miriya.

La hermana de batalla acechaba hacia un montón de vigas de metal amontonadas en un rincón de la bodega de carga.

—Algo… —la mano de Cassandra salió disparada y arrastró una forma retorciéndose de la oscuridad hacia la luz—. Un intruso.

Los servidores-arma reaccionaron, gimiendo hasta la posición de disparo.

Miriya se burló de como Cassandra acarreaba la forma de un marinero protestando hacia el centro de la bodega.

—En el nombre del Emperador, ¿quien es usted? —preguntó.

—G… gg… guagua… guardiamarina. Eh… Vorgo. Señora. —El hombre parpadeó con ojos húmedos, pequeños y brillantes—. Por favor, no me devore.

Intercambiaron miradas Lethe y Cassandra.

—¿Quien te devorará?

Miriya les indicó con un gesto y en silencio que siguieran presionándolo.

—¿Qué estás haciendo aquí, guardiamarina Vorgo? ¿Quién te envió?

—¡Nadie! —su voz se volvio frenética—. ¡Yo! Sólo… sólo quería ver… —Vorgo extendió un dedo hacia la cápsula de vidrio y apenas tocó su superficie.

La Hermana Superiora le golpeó la mano y dijo entre dientes por el dolor.

—Idiota. Estoy en mi derecho de que te echen al vacío de esta traición.

—Lo siento. ¡Lo siento! —Vorgo cayó de rodillas e hizo la señal de la aquila—. Vinimos a través de la ventilación… Por el Trono, sólo tenía curiosidad.

—Eso es, tu lo que quieres es que te maten —dijo Lethe, su bólter flotando cerca de la cabeza de Vorgo.

Miriya se apartó e hizo un breve gesto con su mano.

—Consigan sacar a este tonto de aquí, entonces contacten con los ingenieros para que envíen un servidor para sellar los orificios de ventilación en esta cámara.

Cassandra puso al hombre de pie y lo empujó fuera de la bodega de carga, sus protestas burbujeando a su paso. Lethe vacilo en la cúspide de la escotilla.

—Hermana Superiora, ¿debo

quedarme?

—No. La hermana Isabel viene de camino, tiene que acompañarme, llegara aquí inmediatamente. —Entre las protestas de Vorgo, la Hermana de Batalla cerró la escotilla detrás de ellos.

La bodega de carga quedó en silencio. Miriya escuchó el leve tic irregular de flexión del metal bajo el poder de las unidades de la fragata, el zumbido de los motores en los servidores, el murmullo de las burbujas en el tanque. Un nervio de la mandíbula se le movió. Olía un espeso olor como grasiento en el aire.

—Al fin solos.

Por un momento, pensó que se lo había imaginado. Miriya revisó con la mirada el lugar, para acabar mirando a los dos esclavos-armas. ¿Uno de ellos había hablado? Ambos se asomaron hacia ella con miradas en blanco y negro opaco, aberturas de los sensores de muñeca, líneas de baba saliendo de sus labios cosidos. Imposible: la inteligencia que podrían haber poseído una vez, la máquina de esclavos no eran más que autómatas ahora, incapaz de tal discurso.

—¿Quién se dirige a mí?

—Aquí —La voz estaba cargada de esfuerzo—. Ven aquí.

Se giró en su lugar. Allí, delante de ella en la cápsula, el marco metálico de ébano sobre él y el hombre a la deriva en forma de araña, con la mascara flotando en el interior. La Hermana de Batalla sacó su pistola y hojeó la runa de activación, teniendo como objetivo el tanque de vidrio.

—Vaun. ¿Cómo se atreve a tocarme con su brujería!

—Tenga cuidado, hermana. Sería una mala idea que me lastimara. —Las palabras vinieron del mismo aire, como si el psíquico estuviera forzando la atmósfera en la cámara para que vibrara como un diafragma vox.

El rostro de Miriya se retorció de repulsión.

—Ha cometido un error estúpido, Vaun. Ha mostrado su juego. —Se acercó a una vaina de esferas misteriosas e interruptores conectados al costado del recipiente de vidrio. Varillas y palancas se fijaban en niveles que indicaban la cantidad de líquidos que se usaban para amortiguar el sentido, haciendo de sedantes y las drogas antipsíquico suministradas a la celda de Vaun. La Hermana de Batalla no era una tecnosacerdote, pero había visto marcos de confinamiento de este diseño antes. Sabía cómo funcionaba, el

bombeo de drogas neuropáticas en los pulmones y los poros de los psíquicos virulentos para reprimir sus poderes mutantes. Ajustó las barras y unas salpicaduras frescas de líquido turbio penetraron en el tanque.

—Esto te calmara.

—Espera… Detente… Para… —El cuerpo de Vaun se sacudió en el interior de la cápsula, una mano pálida se poso desde el interior del grueso vidrio—. Tú no lo entiendes. Yo sólo quería… hablar.

Otra línea se movió y dardos de electricidad nadaron en el líquido.

—Aquí nadie quiere escuchar,

desvia…

Las palabras se hicieron vagas, trabajosa la modulación.

—Tú… equivocada… te arrepentirás.

Miriya posó el cañón de su arma de plasma en el cristal.

—Prestame mucha atención. Si un solo aliento más de expresión viene de esa cloaca que llamas mente, antes de que te entregue en Neva, te lo hiervo aquí mismo como un pedazo de carne podrida.

No hubo respuesta. Torris Vaun colgaba suspendido en la solución, confuso, laxo y ceroso.

Con un estremecimiento, la hermana Miriya murmuró la oración de la Virtud y tocó los sellos de pureza de su armadura.

* * *

La *Mercutio* cayó de las garras de la disformidad y se introdujo al espacio real en el sistema de Neva como si saltara de un brasero, como si el propio buque estuviera desesperado por depositar la carga que llevaba. A medida que el cuarto planeta orbitaba

su estrella de color amarillo blanco apareció en el holograma del puente de la fragata, una pequeña y tranquila insurrección comenzó en las cubiertas inferiores de la *Mercutio*.

Los hombres de la cuadrilla, obreros en los bastidores de torpedos entraron al calabozo donde el guardiamarina Vorgo se hallaba confinado, y casi en silencio, mataron a los hombres de armas que lo custodiaban. Cuando lo liberaron, Vorgo, ni les dio las gracias. De hecho, no dijo casi nada, solo un par de frases cortas, sobre todo para explicar donde fueron colocados los servidores-armas en la bodega de carga,

y cómo las Hermanas de Batalla se había comportado con él.

Los libertadores de Vorgo no eran sus amigos. Algunos de ellos eran hombres que no le había gustado activamente en el pasado, acorralándolo en los pasillos oscuros y sacudiéndolo para intimidarlo. Había un denominador común entre todos ellos, pero ninguno de los hombres podría haber hablado de ello. En su lugar, se fueron por caminos separados, cada uno moviéndose con la misma finalidad silenciosa, con la expresión en blanco.

En el generarium los espíritus de los reactores del *Mercutio* giraban en

espiral dentro de sus núcleos y sangraban su poder a los sistemas de la nave, algunos de los hombres silenciosos caminaban hasta los pórticos de servicios a través de las enormes ruedas dentadas de los radiadores con refrigerante. Esperaron hasta la cuenta de diez decimales de los discos de giro y luego saltaron en grupos de tres, directamente a los dientes del mecanismo. Por supuesto, fueron aplastados entre los dientes, pero el lío pulposo de sus cadáveres hizo que el funcionamiento fallara y resbalara. En instantes, los flujos vitales del líquido de refrigeración se les negó a los

reactores y las alarmas comenzaron a sonar.

Vorgo y el resto de los hombres se dirigieron a las bodegas de carga, cumpliendo más sabotajes por el camino. Los recién llegados tenían latas de ungüento químico extraído de las talleres de los tecno-sacerdotes que servían a los cañones láser. Aplicado en el vacío, el lento fluido podría ser utilizado para mantener las lentes de guiado de las armas de fuego libres de micrometeoros, ralladuras y otros daños, pero en contacto con el aire, el ungüento tenido una reacción mucho más violenta.

Después del incidente con el guardiamarina, la hermana Miriya había solicitado y recibido un tercer sirviente-arma de la dotación del arsenal para proteger al prisionero. Miriya se aseguró de que ningún miembro de su equipo se quedara sola de nuevo con Vaun, un par de las Celestiales lo observaban todo el día por turnos.

Lethe y Iona celebraban ese deber cuando la escotilla explotó hacia adentro. El sirviente-arma tropezó y empezó a dar vueltas alrededor, sus autosentidos confundidos por el informe ensordecedor de la explosión.

Las bocas de las armas se demoraban, incapaces de encontrar objetivos sustanciales para bloquearlos.

Las Hermanas de Batalla no tenían esas limitaciones. Los hombres que se abrieron paso a través del agujero irregular en la pared, sin hacer caso de las quemaduras que el metal caliente les dio, fueron recibidos con fuego bólter. El bendito Bólter de Lethe parloteó en su mano enguantada. El arma de fuego lucia un fino trabajo, una filigrana grabada que reflejó la luz, los catecismos de la reprobación resplandecían sobre su cañón y recámara. El lanzallamas de Iona gruñó

mientras bocanadas de fuego naranja fueron lanzados en chorros por la bodega, lamiendo a los invasores e inmolándolo, pero había muchos, juntando material inflamable en frascos, botes o latas de metal. Vio a Vorgo entre ellos, lanzando un frasco de líquido espeso a un sirviente. El vidrio se rompió en el pecho del sirviente y el contenido de magnesio destello en blanco. Hilos de humo gris acre salieron despedidos cuando los ácidos devoraron carne e implantes mecánicos por igual.

—¡Hermanas, a las armas! —gritó Lethe al micrófono vox situado en un

anillo del cuello de su armadura, pero su voz fue ahogada por el llanto quejumbroso de la sirena general de la *Mercutio*. Ella no podía saberlo desde donde estaba en el interior de la bodega, pero la fragata estaba empezando a escorarse debido a la acumulación de calor en las unidades de refrigeración, acción que desconcertó los sistemas del cogitador de la nave.

Una turba de marineros empezaron a apilarse, unos encima de otros sobre el sirviente-arma, forzándolo hacia abajo, ahogando las bocas de sus cañones con el pecho y las manos,

amortiguando las descargas de escopeta con la carne de sus cuerpos. El rostro de Lethe se arrugó en un disgusto sombrío y fue entonces cuando se dio cuenta de que los hombres no hablaban, no gritaban, ni aullaban en su locura. Con los ojos saltones y silenciosos, se dejaban matar con el fin de sofocar a los guardianes del prisionero.

Otra detonación química señaló la destrucción del último sirviente-arma y los atacantes se abalanzaron sobre los cuerpos de sus compañeros de tripulación, mientras diez o veinte hombres cambiaban de lugar una gran mole. La hermana Lethe vio a Iona

tambalearse de atrás hacia delante, asfixiaba por el estrangulamiento en las nubes de aire contaminado de las bombas de ácido improvisados. El rostro de la mujer lucía sombrío y con quemaduras químicas mientras sus ojos estaban hinchados. A diferencia de los guerreros sobrehumanos de los Adeptus Astartes, la Sororitas no poseía las fisonomías alteradas que pudieran hacer caso omiso a tales ataques.

Los pulmones de Lethe renunciaron a respirar, exhalando un amargo humo cobrizo desde su interior. En silencio, la multitud se acercó, dejando que la Hermana de batalla malgastase su

munición. Cuando un clic, en su bólter, le indicó que estaba vacío, se abalanzaron y la golpearon hacia el suelo, el peso la obligó a arrodillarse.

El tiempo se puso borroso, dando bandazos apestosos de humos acres, empañando su cerebro. El humo tóxico hacia muy difícil pensar. A través de los labios agrietados y chamuscados, Lethe articuló la Letanía de la Guía Divina, llamando al Emperador a encender la fe en su corazón.

Se obligó a sí misma a separarse de la cubierta. Su arma había desaparecido de su puño y trató de empujar el recuerdo de donde había ido a parar al

frente de su mente, pero el humo lo hizo todo duro y áspero, cada respiración era como un zarpazo helado en la garganta, cada pensamiento tan pesado y lento como un glaciar.

En un destello de lucidez vio a Vorgo, tenía bucles de cables y utensilios de metal raros en sus manos, todos aún mojados con el líquido verdoso donde se habían sumergido en el tanque. Estaba luchando por respirar, pero los ojos del guardiamarina eran distantes y acuosos. Detrás del corpulento marinero, un hombre desnudo se acababa de vestir con un mono sucio, pasando una mano con

cicatrices a través de una pelusa de pelo canoso. Pareció sentir el escrutinio de Lethe y se volvió para mirarla.

—Vaun —dijo con dificultad. Su respuesta fue una fría sonrisa y un guiño a la cápsula rota, la espesa sopa neuroquímica aún lamiéndole una grieta en un costado. Los ojos de Lethe estaban ásperos e inflamados, por lo que le era difícil de parpadear—. Libre…

—Sí —su voz era fría y medida. En las circunstancias adecuadas, habría sido juguetón, incluso seductor. Acarició a Vorgo en el hombro y señaló hacia la puerta rota—. Bien hecho.

—Traidor —logró decir Lethe.

Vaun sacudió lentamente la cabeza.

—Sé amable, hermana. Él no sabe lo que está haciendo. —Una breve sonrisa bailaba en sus labios—. Ninguno de ellos lo saben.

—Los otros llegarán pronto. Vas a morir.

—Voy a ser cosa del pasado. Estos asuntos hace tiempo fueron preparados, hermana. —El psíquico se acercó a Iona, donde la mujer yacía jadeante herida en respiraciones superficiales. Lethe trató de llegar a sus pies y parar lo qué fuera estuviera haciendo, pero los marineros a puñetazos y patadas la

llevaron de vuelta al suelo, las botas resonando fuera de su armadura.

Vaun susurraba cosas al oído de Iona, rozando con sus manos su pelo rubio, la Hermana de batalla comenzó a llorar entrecortadamente. Vaun se puso en pie y se frotó las manos, divertido consigo mismo.

—No escaparas —dijo Lethe roncamente—. Se necesitará algo más que esto para detenernos. Mis hermanas son leales. Nunca dejaran que abandones esta nave.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, son leales. Vi eso. —El criminal tomó un cuchillo de púas de

uno de los antiguos equipos de rescate y se acercó. Los otros sujetaron a Lethe con expectación—. Esa clase de lealtad que engendra pasión. Hace a uno emocional, propenso a la imprudencia. —Giró la hoja en su mano, dejando que la luz destellara en la hoja—. Algo que tengo la intención de usar a mi favor.

Lethe trató de decir algo más, pero Vaun le inclinó la cabeza hacia atrás con una mano y uso la otra para enterrar el cuchillo en su garganta.



DOS

La *Corolus* era una nave espacial sólo en el sentido más flojo de la palabra. No poseía motores para la disformidad, era incapaz de navegar a través de las enormes distancias interestelares como sus hermanos más grandes hacían. Y donde la mayoría de los naves al servicio de la humanidad tenía algún

grado de maestría, sin embargo brutal en su diseño, la *Corolus* era poco más que una aglomeración de tanques de combustible gastados de sondas sub-orbitales unidos con las tuberías y la suerte. Equipada con una unidad de reacción simple, un enginarium viejo reciclado desde un buque más grande ahora siglos muerto, la nave de carga recorrían las rutas sub-luz de diámetro del sistema de Neva, de los mundos principales a los satélites de manufactura exteriores con cargas de productos químicos y gases respiratorios vitales. La nave era lenta y frágil y totalmente indefensa ante la furia que

de repente se había vuelto contra ella.

No era una cuestión tanto de comunicación como que no se había actuado con la suficiente rapidez, cuando los destellos atronadores del fuego de rayo láser de una fragata imperial habían establecido *Corolus* bajo su ataque, mientras que las vainas de abordaje con afiladas cuchillas horadaban su casco.

Si la nave tuviera un capitán, ese seria Finton. Era dueño de la *Corolus*, en cierto modo, al mismo tiempo que la mayor parte de la tripulación gracias a una red de honor, deudas, compromisos y contratos de fideicomiso

punitivos. Se tambaleó alrededor del espacio en el puente estrecho y rancio, su mano se desviaba constantemente hacia y desde la pistola balística sobre su cadera. Mientras por el intercomunicador seguía oyendo pequeños fragmentos de actividad, el pánico principalmente, junto con estallidos de gritos y el pesado traqueteo de la cadencia de fuego. Poco a poco, el control de la nave se deslizaba fuera de su alcance y mas hacia las manos de la Marina.

Se las había arreglado con tipos navales unos cientos de veces antes. Nunca fue tan rápido, ni tan bueno.

Finton estaba considerando una nueva emoción dentro de su mente aceitosa y calculadora. El miedo, y cuando la puerta del puente se puso de color naranja, se fundió y separo de sus goznes, a punto estuvo de perder el control de sus funciones corporales.

Figuras en armadura negra entraron en la cámara, sus botas de hierro resonando sobre las planchas de la cubierta remendada y oxidada. Llevaban cascos oscuros remarcados con placas frontales en blanco, ojos de cristal azul noche profunda que registraron todos los rincones en sombras del puente. El movimiento

para ellos era elegante y mortal, ni un solo gesto o movimiento perdido. Uno de ellos se fijó en él por primera vez y Finton vio una diferencia, éste tenía una forma de bronce en la parte frontal de su casco, una hoja en forma de daga.

—Oh amor, de sangre —susurró el capitán, algo titubeó en su cinturón. El próximo sonido sobre el puente era el ruido sordo de la pistolera y el arma de Finton que llegaba a la cubierta. Dobló las rodillas, vaciló, y luego levantó las manos, sin saber si debía arrodillarse o no.

Como uno, los invasores echaron hacia atrás sus cabezas y los cascos se

abrieron de golpe. Su corto y lacio cabello sobre unos ojos enmarcados que eran duros e insensibles. El líder se acercó a Finton en dos pasos rápidos y lo agarró cerrando el puño en el pecho de su chaqueta.

—¿Dónde está? —gruñó Miriya, levantando al hombre de la cubierta.

Finton humedeció los labios.

—Hermana, por favor! ¿Qué he hecho yo para disgustar al Sororitas?

—Buscar en este nivel —gritó por encima del hombro—. No dejes compartimiento sin registrar. ¡Ventilar el ambiente si es necesario!

—No, por favor —dijo el capitán—.

Hermana, ¿qué?

Miriya lo dejó caer a la cubierta y le dio una fuerte patada en el estómago.

—No juegues conmigo, gusano. Tu vida se mide en los tic-tacs del reloj —La Hermana Superiora colocó cuidadosamente su bota blindada en la pierna derecha de Finton, apretó, y simplemente algo crujió.

Detrás de ella, la hermana Isabel dirigía a las otras mujeres en sus tareas, luego comenzó una búsqueda en los pozos de control del puente, empujando a su manera aquí y allá a servidores temblequeantes muy antiguos y paneles cogitadores

envejecidos.

—Al igual que antes, no hay nada aquí —dijo Isabel.

—Sigue buscando —Miriya presentó su pistola de plasma a la cara de Finton, las luces como de neón de las bobinas de energía del arma le lavaban la cara con luz pálida—. ¿Dónde está Vaun, hombrecito? —casi escupió—. ¡Respóndeme!

—¿Quién? —La palabra salió como un gemido.

—Estás probando mi paciencia —le espetó la Hermana Superiora—. La mitad de su tripulación ha muerto ante nosotros al resistirse al abordaje. A

menos que desee unirse a ellos, dime ahora mismo dónde se esconde el hereje.

A pesar de su dolor, Finton negó con la cabeza en la confusión.

—Pero… pero, no. Salimos de la estación de comercio… Ustedes nos persiguieron, disparado contra nosotros. Nuestras comunicaciones eran defectuosas. —Movió débilmente una consola improvisada a través de la cámara—. No podíamos responder…

—¡Mentiroso! —La cara de Miriya se retorció de rabia, lanzó un disparo desde el arma de plasma a un puntal de apoyo cerca de la cabeza de Finton. El

capitán gritó se alejó a sí mismo fuera de la corona de vapor candente, arrastrando su pierna torcida detrás de él. Miriya lo localizó en el suelo con la boca del arma.

Finton trató de hacer la señal de la águila.

—Por favor, no me mate. Fue sólo algunas cosas de contrabando, nada más, algunos artefactos tau. Pero eso fue hace meses, y eran todos falsos de todos modos.

—No me importan tus delitos menores, gusano —Miriya avanzó hacia él—. Quiero a Torris Vaun. La *Corolus* fue la única nave interplanetaria en

dejar la plataforma orbital comercial de Neva —masticó cada palabra, como si estuviera explicando algo a un niño particularmente retrasado—. Si Vaun no estaba en la estación, entonces aquí es el único lugar a donde pudo ir.

—Yo no conozco a ningún Vaun —gritó Finton.

—¡Estas mintiendo! —la hermana de batalla volvió a disparar, impactando a un sirviente aletargado y matándolo al instante.

Finton se enrolló en una bola, sollozando.

—No, no, no…

—Hermana Superiora —empezó

Isabel, con un tono de advertencia en su voz.

Miriya escogió no escucharla. En su lugar, se arrodilló junto al capitán del carguero y dejo que el metal caliente de la pistola de plasma flotara cerca de su cara. El calor irradiado por la boca fue suficiente para dorar su piel.

—Por última vez —dijo la mujer—. ¿Dónde has escondido a Torris Vaun?

—Él no está aquí.

Miriya parpadeó y miró hacia arriba. Fue Isabel quien había hablado.

—Vaun nunca fue a bordo de este buque, hermana Miriya. Estos registros muestran el manifiesto en el cogitador.

—Ella sostuvo un carrete de pergamino en su mano—. Coinciden con los datos del jefe del puerto sobre la *Corolus*.

—El dato esta equivocado —replicó Miriya—. ¿Quieres hacerme creer acaso que Vaun utilizó simplemente su brujería para teletransportarse a sí mismo a un lugar seguro, hermana? ¿Acaso rogó a los dioses de la disformidad para darle paso seguro a otro lugar?

Isabel se ruborizo, en parte por miedo a desafiar a su comandante de escuadrón cuando su ira era tan alta.

—No tengo una respuesta que darle, Hermana Superiora, salvo que

este miserable no miente. Torris Vaun nunca puso un pie en este despojo de nave.

—No —Miriya gruñó—. Que no se mantenga en pie. No debe escapar de nosotras.

Una campanilla sonó hueca por el enlace vox de la armadura de batalla de la hermana.

—Reenvió de un Mensaje desde el *Mercutio* —empezó la voz monótona y plana—. «Por orden directa de Su Eminencia Canonesa Galatea, se le ordena el cese de todas las operaciones y hacer un descenso planetario en la ciudad de Noroc inmediatamente. Ave

Imperator».

—Ave Imperator —repitió la mujer.

Con esfuerzo, Miriya enfundó su pistola y se alejó, con la cabeza gacha y la mirada perdida. La rabia que mostraba momentos antes se había evaporado.

—Hermana —dijo Isabel—. ¿Qué vamos a hacer con él y con la nave?

Miriya lanzó una mirada fría a Finton y luego desvió la mirada.

—Enfile este naufragio que llaman nave a las fuerzas de defensa planetaria. La tripulación son criminales, incluso si no son los que buscamos.

En la escotilla estaban la hermana

Portia y la hermana Cassandra. Sus expresiones confirmaron que ellas tampoco habían encontrado nada del psíquico escapado que estaban buscando.

—Escuchamos la retirada a Neva —dijo Portia—. ¿Qué quieren decir? ¿Lo han encontrado?

Miriya negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Nuestro fracaso está completo, mis hermanas. La culpa… debe ser proporcional.

* * *

Había habido Adepta Sororitas en Neva casi tanto tiempo como existía el Adepta Sororitas. Un mundo de impresionante belleza natural. La historia del planeta desapareció en el pasado olvidado de la Era de los Conflictos, en los tiempos oscuros en que la turbulenta disformidad había aislado mundos a través del plano galáctico, pero a diferencia de mayoría de las colonias de los hombres que habían abrazado al xenos o retrocedido a la barbarie, Neva nunca había renunciado a su civilización. A lo largo de los milenios, había sido un lugar donde el arte y la cultura, la teología y

el aprendizaje habían arraigados en los mismos huesos del planeta. Desde un punto de vista militar o económico, Neva tenía poco que ofrecer, toda su industria existente residía en los mundos exteriores del sistema, en polvo, lunas muertas atadas con bastos yacimientos minerales, pero Neva se mantuvo rica en la moneda del pensamiento y de las ideas. Grandes ciudades-museo que fueron construidas para competir con los templos de Terra, llegaron a rozar las nubes, y en las calles de Noroc, la capital costera de Neva, cada calle fue bendecida con sus propios murales procedentes de los

anales de la Imperial Tierra y el virginal Nevan, una crónica que abarcaba diez mil años de historia.

Hubo un tiempo, después de la confusión sembrada por la Herejía de Horus, cuando Neva había extraviado una vez más el camino del Imperio en general. Tormentas de disformidad como no se habían visto desde hacia generaciones cortaron el sistema de todo contacto humano y los Nevanianos temían que le siguiera una segunda Era de los Conflictos, pero este no iba a ser su destino. Cuando llegó el día en que las tormentas se levantaron, tan silenciosamente como habían

llegado, lo primero que mostro el cielo de Neva fue una nueva estrella, un poderoso navío que había perdido su camino cruzando el vacío.

A bordo de ese nave iban las Hermanas de Batalla, y con ellos llegó en vida Santa Celestine. De Oro y magnífica era su heráldica, Celestine y sus seguidores se habían embarcado en una guerra santa para castigar la secta del hereje Felis Salutas, pues el destino no los había traído aquí por un capricho del empíreo. Se ha dicho por algunos que Celestine se mantuvo firme sólo el tiempo suficiente para permitir que sus navegadores establecieran un nuevo

curso antes de salir rápidamente de Neva, pero para el planeta fue la liberación de un sirviente del mismo Emperador.

Conflictos internos y las guerras de asesinos que habían desgarrado las baronías teocráticas de Neva durante los años de aislamiento fueron inmediatamente aplastados. Las capillas, tribunales y universidades dedicados al culto imperial florecieron como nunca antes. Un nuevo objetivo llegó al planeta, y ese propósito era la peregrinación.

La Orden de Nuestra Señora Mártir no fue la única orden del Adepta

Sororitas en tener un convento en Neva, pero el suyo era el más grande y, con mucho, el más elaborado. La torre fue cortada de piedra de un color que sólo se encuentra en el desierto ecuatorial de Neva, un amarillo miel que hacia resplandecer el edificio cuando los rayos del atardecer lo rozaban. Desde los niveles más altos del convento, un observador podría mirar hacia abajo a lo largo de la curva agraciada de la bahía de la ciudad de Noroc, siguiendo las líneas de la arena blanca como la nieve que reflejaban las calles inclinadas y los bulevares.

Cualquier otro día, la belleza de tal

imagen podría haber tocado una fibra sensible en la hermana Miriya, pero en ese momento su corazón era inmune a la vista. Desde las almenas, miró a lo largo de las catedrales de Noroc y las viviendas sin realmente verlas, mirando se disipo el día, observando nada más que los últimos momentos justo antes de desaparecer el día, la lánguida marcha de las sombras, coincidiendo algunas sobre el reloj de sol gigante de la ciudad.

Una triste sonrisa se levantó y cayó de los labios al recordar sus palabras al capitán de la *Colorus*. «Tu vida se mide en los tic-tacs de un reloj». Tal vez el

destino había hecho un tanto a ella como a él. La hora se acercaba rápidamente, debía acudir a la llamada de la Canonesa y estaría obligada a responder por sus errores.

La mirada de Miriya bajó a la plaza más allá de las puertas del convento. Había penitentes allí, vestidos con camisas de pelo y capas con púas de anzuelo. Alguno de ellos gimió y gruñó de camino a través de los versos del dogma Imperial, mientras que otros tuvieron que escoger los miembros desafortunados del público que tardaban demasiado tiempo en gritar frases de condena y censura. Había

flageladores que azotaron a los novicios por usar el tipo equivocado de la campana, y hombres que llevaban lanzas que terminaban en festones de velas.

Ella frunció el ceño. Parte de los ritos en marcha ahí abajo eran conocidos por ella. La Hermana de Batalla reconoció la conmemoración del segundo Sacrificio de los Colchans, la Letanía Contra el Miedo y una de las oraciones menores a la Santa Sabbat, pero hubo otros cantos que parecían extraños y difíciles contra sus oídos. La iconografía de los penitentes llevó manga ancha con imágenes de sangre,

color del vino. Espontáneamente la cara cruda, sin vida del Lethe subió a la superficie de sus pensamientos, con la garganta de la mujer muerta abierta como una segunda boca.

—Hacen las cosas de manera diferente aquí —la voz de Cassandra se desvió hacia ella en la brisa de la tarde mientras se acercaba. La mujer lanzó un guiño a la gente en la plaza—. Yo no he visto nada igual en otros mundos.

Miriya hizo un esfuerzo para librarse de su humor negro.

—Ni yo igual que tu, esta es mi primera visita a Neva. Pero cada planeta bajo la luz del Emperador, lo abraza a

su manera.

—Por supuesto —Cassandra se unió a ella en el borde del balcón—. Sin embargo, algunos abrazan con más fervor que otros.

La Hermana Superiora la miró.

—¿Detecto una nota de inquietud en el tono?

Para un jefe de escuadra diferente, tal comentario podría haber sido una advertencia pero para Miriya era una invitación. Como comandante de Cassandra, siempre exigió respeto y honestidad en las mujeres que servían a la iglesia con ella.

—A veces me preocupa lo que

escucho, pero me han dicho que en algunos de los distritos menos… pongamos civilizados de Noroc, hay mujeres que asesinan a su tercer hijo, si se revela que es una mujer, mientras que todavía está por nacer. Esto se hace en el nombre de alguna deidad, un antiguo rito, la idolatría arcana.

—No es nuestro labor cuestionar sus formas —dijo Miriya—. La Eclesiarquía trabaja para asegurar la veneración del Dios Emperador con la doctrina de todos los planetas. Algunas desavenencias desagradables con las creencias son inevitables.

—Afortunadamente pues, que

nuestra orden este aquí para mostrar a los Nevanienses el camino.

—Nunca he creído en la fortuna —dijo Miriya vagamente—. La fe es suficiente.

—No fue suficiente para encontrar a Vaun —respondió Cassandra con voz malhumorada—. Nos engañó, jugó con nosotras como con un montón de necias.

Miriya la miró de reojo.

—Sí. Pero no se castigue, hermana. La Canonesa Galatea querrá reservar ese placer para ella misma.

—Tú la conoces de hace mucho tiempo, ¿no?

—Ella fue una vez mi hermana Superiora como yo soy la tuya —dijo haciéndola un guiño—. Una guerrera sin igual y dio un cierto crédito por el legado de Santa Catalina, pero quizás un poco demasiado inflexible para mi gusto. A menudo estábamos en desacuerdo por asuntos de nuestro credo.

Cassandra no podía mantener el miedo en su voz.

—¿Qué crees que va a ser de nosotras?

—Habrá un coste por nuestro lapsus, de eso no es posible que tenga la menor duda —Interiormente, Miriya ya

estaba ensayando la súplica que ofrecería. Entraría, se dejaría caer sobre su espada y tomaría toda la culpa como suya, de la huida de Vaun, en lugar de arrastrar a las pobres Cassandra, Portia, Isabel y Iona abajo con ella.

Su hermana agarró al borde de las murallas de piedra con fuerza, como si pudiera exprimir una respuesta de ellos.

—Este apóstata me atormenta, Hermana Superiora. Por el Trono, ¿cómo podía haber simplemente desaparecido en el aire? La cápsula de escape que robo Vaun a la *Mercutio* se encuentro en la estación de comercio, fue visto por testigos allí. Pero la única

nave en la que podría haber subido era la tartana desvencijada que abordamos. —Ella negó con la cabeza—. Tal vez… tal vez, y sí ¿se esconde todavía en la plataforma orbital? ¿En espera de una nave mejor con capacidad de dejar el sistema?

—No —Miriya señaló el suelo—. Las Naves suborbitales eran abundantes en la estación. Vaun tomó una e hizo un descenso planetario. Vino aquí. Es la única explicación.

—¿A Neva? Pero eso no tiene sentido. El hombre es un fugitivo, su rostro es famoso en todos los mundos de este sistema. Cualquier persona

racional encontraría el primer camino para salir de este sub-sector lo más rápido posible.

—Tiene sentido para Vaun, hermana. La arrogancia del brujo es tan imponente que cree que puede esconderse a plena vista. Escúchame bien, lo que digo es que Torris Vaun nunca tuvo la intención de escapar de Neva. Quería venir aquí.

Cassandra negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué correr semejante riesgo de ser descubierto?

El sol se ocultó en la distancia detrás del escudo de las montañas y Miriya se volvió desde el balcón.

—Cuando nos enteremos de la respuesta, lo encontraremos —Hizo un gesto a su hermana de batalla—. Vamos. La Canonesa estará esperando.

* * *

El bote vino con marejada, haciendo una buena velocidad a través de los estrechos, las luces de Noroc desaparecieron hacia ya mucho sobre la popa. El primer oficial se elevó en el puente descubierto y dio a ver al marinero de guardia una parte

sobresaliente de la barbilla, hizo un movimiento sutil de cabeza.

—Dormido —susurró, el marinero sabía a quién se refería—. Profundamente dormido, pero todavía estoy a la deriva en torno a él, no le quito ojo.

El marinero se pasó la lengua por los labios resecos, juntando una mirada hacia atrás a través de la escotilla abierta en una forma que había más allá, escondida bajo las toscas mantas. La atmósfera en el pequeño bote de pesca se había vuelto rancia y plomiza el momento en que habían tomado el pasajero a bordo.

—Me gustaría poder dormir —murmuró—. Hemos estado teniendo malos sueños desde que salimos del puerto, es lo que dicen. Vemos cosas. Sospechan que es brujería, yo lo hago.

El primer oficial parpadeó como un búho. Estaba cansado también.

—Mira… chico, de verdad que no estás pensando lo que estás diciendo. Mantén el curso y permanece en silencio, muchacho. Sera mejor así. La idea es llegar rápidamente, entregar el paquete y a otra cosa.

—Oh, sí —Las palabras murieron en la garganta reseca del marinero. Por el parabrisas, a través de la vista de proa

del puente, había una forma oscura que subía desde mar. Un Tajobuche, feo como el Caos y el doble de hambriento. Nunca había visto un pez tan grande, ni siquiera uno muerto de esos que se exhibían más en tabernas portuarias que en museos.

El marinero tiró del timón rápidamente en un ataque de pánico, escorando el barco en un arco con fuerza lejos de la boca sonriente del Tajobuche. Puñaladas de hielo se agrupaban en sus entrañas. La cosa iba a tragárselos enteros.

—Apártate chico, ¿pero qué haces? —El primer oficial golpeó con fuerza

sobre el bote y lo empujó lejos del timón—. ¿Estas tratando de hacernos volcar?

—Pero eso, ¡ESO! —empezó, apuñalando con su dedo hacia el mar —. ¿Pero es que no lo ves?

—¿Ver qué? No hay nada ahí, solo océano, muchacho.

El marinero apretó la cara contra la ventana. Ningún Tajobuche flotaba, ni se estaba tragando la proa ni estaba listo para masticar el bote entero. Sólo estaban las olas, subiendo y bajando. Se giró, mirando al hombre que dormía solo entre las mantas. Por un momento, le pareció oír una suave risa burlona.

—Brujería —repitió el marinero.

* * *

Como los rituales exigen, cada una de ellas rindieron sus armas a unas novicias vestidas de gris, antes de entrar en la capilla. Las novicias no eran más que unas chicas, apenas salidas de la schola Progenium de Ophelia VII, y se hundieron bajo el peso de las armas pesadas que les entregaron. Como Celestiales, como correspondía a ese rango y privilegio, la hermana Miriya y

su unidad fueron dotadas con armas superiores, verdaderas obras maestras hechas a mano que se asemejaban más a una joya que admirar que a un arma de guerra, pero como con todos los elementos del equipo del Adepta Sororitas, desde la armadura de energía que las protegía, como de sus espadas sierra con las que se defendían o los tanques Exorcista con los que purificaban, cada pieza de la maquinaria de la orden, era tanto un santuario como este mismo lugar en el que se encontraban ahora.

La capilla del convento era alta y ancha, abarcando varios pisos de la

cáscara del edificio a pesar de mantener el diseño. Arriba, donde terminaban los tubos del órgano y donde las vainas bioLumen se cernían sobre suspensores, querubines se trasladaban en perezosos circuitos, entregándose notas entre sí al pasar, el zafiro de sus implantes ópticos brillaba con la luz de la lámparas.

Las cuatro mujeres avanzaron a través de la capilla mayor hasta sus superiores que las esperaban, cayeron al llegar como uno solo, en una posición de rodillas ante la gran cruz de piedra y del cráneo que dominaba el altar de la capilla.

—En el nombre de Katherine y el

Trono dorado —entonaron—, somos las hijas deseadas del Dios Emperador. Comandamos para hacer Su voluntad.

Era costumbre para los altos cargos de las Hermanas de batalla estar presentes para que los recién llegados se destacaran después de la invocación ritual, pero Galatea no. En cambio, dio un paso adelante desde el púlpito y tomó un lugar ante el altar. Sus ojos oscuros brillaron en medio del marco de su cabello castaño.

—Miriya, Hermana Superiora. Cuando la Priora Lydia me informó que serían sus Celestiales quienes nos traerían al brujo, confieso que me

sorprendió. Me sorprendió que ante tan sensible preso, se concediera la posibilidad a una mujer de su reputación.

Miriya habló sin levantar la vista.

—La Hermana Lydia mostró una gran fe en mí.

—Lo hizo —no menciono el incumplimiento del protocolo—. ¡Qué vergüenza para ella ahora, teniendo en cuenta su lapsus imperdonable de criterio a bordo del *Mercutio*.

—Yo… —Miriya dio un suspiro tembloroso—. No hay excusa. La culpa es sólo mía, que recaiga sobre mis hombros, Canonesa. Tuve la

oportunidad de resolver el problema psíquico de Vaun y falle. Su fuga es culpa mía.

—Así es —la voz fría y fuerte de Galatea se hizo eco en el aire pesado de la capilla—. Ha vivido una vida de ensueño, hermana Miriya. Las circunstancias siempre han conspirado para salvarte de las pequeñas transgresiones, de menor importancia que has hecho en el pasado, aunque lo fueran. Pero esto…, esto, me pregunto, hermana. ¿Qué harías si fueras yo?

Después de un momento, respondió.

—No me atrevería a tener la

sabiduría para tal cosa, Canonesa.

Galatea mostró los dientes en una sonrisa helada.

—¡Qué bien dicho, Miriya! Y ahora me encuentro entre la espada y la pared. Un hechicero peligroso esta suelto en este mundo y necesitare de… todas, y digo todas, las Hermanas de batalla aptas que pueda reunir para acorralarlo, aún en contra de las más graves interpretaciones de nuestras doctrinas todo parece insistir en que así podría expiar sus culpas. Quizás será la mejor de las maneras.

Miriya miró, desafiante.

—Si es la voluntad del Emperador…

El Canonesa se inclinó hacia delante y bajó la voz a un susurro.

—Siempre abusas, Miriya. Siempre tiendes ha hacerlo.

—Entonces máteme por ello, pero prescinda de mis hermanas.

Galatea le dio una sonrisa triste.

—No voy a hacer de ti un mártir. Eso sería una excusa perfecta para ti, y no estoy de un humor indulgente.

El resto de las palabras de la Canonesa se perdieron en un accidente repentino de sonido cuando las puertas de la capilla se abrieron de golpe. Una conmoción se derramó por la habitación cuando una turba de

soldados, hombres con armas y algún clérigos marcharon por ella. Al frente de ellos un hombre alto con una mitra en su cabeza, envuelto en sedas finas e insignias sacerdotales. Sellos de color rojo y blanco de pureza colgaban de él como las medallas de un soldado, y la furia en su rostro correspondía con el carmesí de sus vestiduras. En un puño agarraba un pesado tomo bellamente encuadernado rodeado con rosarios, en la otra había la hoja de una estrepitosa espada sierra de bronce, los dientes diamantinos giraban ansiosos, listos.

—¿Cuál de ellas es? —gritó, señalando con el libro al escuadrón de

Miriya—. ¿Cuál de estas mozas fue la tonta que me hizo perder mi premio?

Galatea tendió una mano para detenerlo, con el rostro fruncido con fastidio.

—¡Santo cielo! LaHayn, a perdido el control. Ésta en un lugar de adoración. ¡Échese su arma al hombro!

—¿Te atreves a desafiarme? —El color del rostro del sacerdote se oscureció, la mitra se meció en su cabeza.

—¡Sí! —contraataco Galatea—. Este lugar es la casa sagrada de Santa Catalina y el Dios-Emperador. No debería necesitar recordárselo.

Hubo un momento en que los músculos nervudos de LaHayn se tensaron alrededor de la espada, como si se estuviera preparando para revelarse, pero en un momento la cólera descendió de él y con ella la rigidez con la que sus manos sostenían la espada descendiendo subordinada a su lado.

—Sí, sí —dijo, después de un largo silencio—. Perdóneme, Canonesa. Dejé que mis más bajos instintos hicieran caso omiso de los mejores ángeles de mi naturaleza. —Hizo una amplia reverencia que fue repetida por todo su séquito. Luego se acerco despacio a la

Canonesa. Cuando llegó, estaba mirando a los ojos de Galatea con una penetrante mirada de acero—. Mi pregunta, sin embargo, sigue en pie. Espero que la responda.

—La fuga de Vaun, no es un asunto tan sencillo, como para buscar un chivo expiatorio entre estas mujeres —dijo la Canonesa, cada palabra cuidadosamente equilibrada y sin levantar el tono de voz—. Deberá llevarse a cabo una exhaustiva investigación.

—Los Arbitres han comenzado un análisis —señaló el decano.

Galatea le ignoró, concentrándose

en LaHayn.

—Esto no puede dejarse en manos de las fuerzas del orden o de la Marina Imperial. Torris Vaun era responsabilidad del Adepta Sororitas, y lo vamos a encontrar.

La mirada del alto sacerdote derivó hacia Miriya y sus tropas.

—Insatisfactorio. Aunque aplaudo su determinación para rectificar los descuidos de las Hermanas de Batalla, la necesidad exige consecuencias. —Dio un paso hacia adelante—. En todas las cosas. ¿Acaso la llegada de Celestine no nos enseño eso? —LaHayn suavemente cambió a un modo de expresión más

adecuada para una masa de gente común fervorosa—. Este es un universo de leyes. Acciones engendran reacciones. Para todas las cosas, hay costos y sanciones. —Su rostro arrugado y duro se cernía sobre Galatea—. Tiene que haber reciprocidad.

—Señor diácono, le pido que hable claramente. —La Canonesa no se inmutó con su mirada.

LaHayn mostró una leve sonrisa.

—Los pocos supervivientes de la fuga del brujo, el hombre llamado Vorgo y los otros, se tomaran para crucificarlos así darán ejemplo convirtiendo tal acto en lecciones

objetivas. Se me ocurre que tal vez una Hermana de batalla arrepentida debería unirse a ellos, como un ejemplo de la dedicación de su orden.

—Uno de mis parientes ya ha perecido en el desarrollo de este asunto, lo siento… —replicó Galatea—. Pero acaso me pedirías que te diera otro?

—La muerta… La Hermana Lethe, ¿no?, fue la más inocente de todos, cayendo en honorable conflicto ante el hereje. Su sacrificio no es suficiente.

Miriya comenzó a ponerse de pie.

—Lo haré.

—¡Permanecerá arrodillada, hermana! —La voz de la Canonesa

martilleando sobre la cámara como un disparo de cañón, y con tal fuerza que empujó a Miriya de rodillas una vez más. La expresión de Galatea se endureció—. Mis hermanas son el recurso más valioso en mi manos, no pienso desperdiciar ninguna para apaciguar su descontento, mi señor sacerdote.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, hermana Galatea? —Exigió.

Al final, la Canonesa desvió la mirada.

—Yo te daré tu sacrificio. —Ella hizo un gesto a su ayudante, una veterana Sororitas—. Hermana Reiko.

Convoque a Iona.

Un jadeo de sorpresa escapó de los labios de Portia y Miriya le lanzó una mirada para silenciarla, aunque realmente, la Hermana Superiora estaba tan sorprendida como ella al oír el nombre de su compañera de escuadrón perdida. De la tenue sombra de un sub-presbiterio, la mujer llamada Reiko volvió con Iona siguiéndola detrás. Su rostro pálido miró al suelo, su cabello lacio y despeinado. Parecía un fantasma débil de sí misma, una copia difuminada desgastada por la edad y el abandono.

A raíz de la fuga de Vaun, fue

Isabel quien había encontrado a Iona sola en las cubiertas de carga de la *Mercutio*. Sus ojos estaban distantes y ausentes, y la voluntad fresca e intensa que había mostrado siempre en el servicio del Emperador había desaparecido. Las lesiones físicas de Iona eran leves, pero sus estado mental… Eso era una herida abierta en bruto, desigual y sangrante que el psíquico había hecho saqueado su mente para ejercer sus competencias. No fue hasta mucho después que Miriya había comprendido qué había estado haciendo cuando saqueó la psiquis de Iona, con toda tranquilidad

el brujo. Vaun la había usado para que ella probara su propia horca y la dejó con vida a modo de advertencia.

Ninguno de ellas había esperado ver a Iona de nuevo. Sus ataques de llanto incontrolado y la desorientación la marcaban como irremediablemente rota. Sin embargo, allí estaba, todavía vestida con su traje de combate.

—¿Qué es esto? —preguntó LaHayn.

—Díselo —dijo Galatea.

Iona miró y parpadeó.

—Yo… estoy muy lejos de la absolución. Estoy mas allá de toda exculpación. Me ofrezco voluntaria al

Arrepentimiento.

—No… —Miriya estaba sorprendida por la negación que cayó de su boca. A su lado, la mano de Portia voló a sus labios. Sólo Cassandra se atrevió a susurrar la terrible verdad de que todos ellos se dieron cuenta de repente.

—Ella está invocando el Juramento del Penitente…

Iona se quitó la bata roja y la dejó caer al suelo de piedra en un montón. Detrás de ella, la hermana Reiko en silencio la recogió, sin mirar a la otra mujer temblando.

—Ante el Emperador, porque he

pecado. —La voz de Iona encontró una fuerza frágil y creció para llenar la capilla—. Más allá del perdón. Más allá de la tolerancia. —Parpadeó para contener las lágrimas—. Más allá de la misericordia.

Miriya miró a la Canonesa, con una expresión de súplica en su rostro. Galatea la ignoro y le dio una pequeña inclinación de cabeza y las Celestiales llegaron cerca de sus pies, moviéndose para rodear a Iona.

Todos ellas sabían el patrón del ritual de memoria.

Miriya, Portia, Cassandra e Isabel tomaron cada una un elemento del

traje de combate, la armadura de Iona, separándolo y desechándolo a un lado. Como una sola dijeron el siguiente versículo del catecismo.

—Le damos la espalda. Abandonamos su armadura y sus armas.

—Dejo esta compañía por mi propia voluntad —continuó Iona—, y por mi voluntad he de volver. —Detrás de ella, Reiko uso una hoja tosca para rasgar el traje descartado de la hermana en tiras que Portia e Isabel usaron para atar los brazos y las piernas desnudas de Iona. Cassandra ensartó cadenas de expiación con púas en todo su torso añadiendo

volutas y precintos que llevaban las palabras del juramento en su túnica—. Voy a buscar el perdón del Emperador en los lugares más oscuros de la noche —entonó la mujer.

La Hermana Reiko se inclinó hacia adelante con el cuchillo y cogió un mechón del pelo de Iona, pero Miriya tomó la hoja de sus manos con un rostro pétreo. La Hermana Superiora se inclinó y susurró al oído de su amiga.

—No tienes por que hacer esto.

Iona le devolvió la mirada.

—Debo hacerlo. Con un solo toque, me ha vaciado, hizo todas esas cosas horribles… No puedo descansar antes

de limpiarme.

Miriya asintió con la cabeza y dijo en voz alta la siguiente estrofa.

—Cuando el perdón sea suyo, le daremos la bienvenida de nuevo. —Con afilados y difíciles movimientos, cortó mechones pajizos de Iona hasta que su cuero cabelludo quedo desnudo y apenas marcado con arañazos superficiales—. Hasta entonces no existes para nosotras.

Con eso, el juramento fue sellado, y las Hermanas de batalla dieron dos pasos hacia atrás antes de alejarse de ella. Miriya fue la última en hacerlo, agarrando todavía el cuchillo en la

mano.

—Quien me ha visto y quien me ve ahora —suspiró Iona, y recito el verso final—. Que me conozca y sepa de mi el miedo, porque no tengo ninguna cara hoy, excepto ésta. Muestro en mi una Hermana Arrepentida ante ustedes, hasta que la absolución me encuentre otra vez.

—Así sea. —Galatea inclinó la cabeza, y todos los demás en la capilla hicieron lo mismo. Iona pasó por delante de todos ellos, hasta llegar a una señora de batalla solitaria en las puertas de la capilla. La señora llevaba un par de látigos neurales iguales que

crepitaban y tarareaban con poder mortal. En su mano llevaba una capucha roja irregular. Iona se la puso, y luego desaparecieron.

LaHayn rompió el silencio con un gruñido de satisfacción.

—No es el precio que habría exigido, pero servirá. —Hizo una reverencia profunda y chasqueó los dedos para llamar la atención de la canonesa—. Hasta la bendición, entonces, Canonesa.

Galatea devolvió la reverencia.

—Hasta entonces, señor diácono. Su luz sea con vos.

—Y con vos. —La delegación del

sacerdote salió en fila, ordenadamente, dejando solas a las hermanas de batalla de nuevo.

La Canonesa hizo un gesto desdeñoso.

—Dejadme ahora. Arreglaremos vuestra dispensación después.

El resto de las Celestiales hicieron lo que se les ordenó, pero Miriya se mantuvo, todavía amasando la empuñadura del cuchillo.

—Iona no estaba en condiciones de tomar el juramento —dijo sin preámbulos—. Es una sentencia de muerte para ella.

Galatea le arrebató el cuchillo de su

mano.

—¡Necia! Ella salvó la vida con su sacrificio. La suya y la de toda su unidad.

—No… no es justo.

—Fue su decisión. Tomar voluntariamente el manto de la Arrepentida es una rareza, ya lo sabes. Incluso el Señor LaHayn no podía negar la piedad y la fuerza de celo que Iona nos mostró hoy. Su gesto arroja por los suelos cualquier duda sobre la devoción de tu equipo y nuestra orden… —Galatea miró hacia otro lado —. ¿Y qué otro camino le quedaba?, Después de sufrir terriblemente a

manos de ese monstruo… una posible muerte honorable era su única opción.

—¿Qué van a hacer con ella? —Miriya tragó saliva. Incluso pensar en tal cosa la hizo sentir enferma—. ¿Qué horrores debe haber conjurado el brujo para romper el férreo escudo de su fe?

—El camino de la brujería ve en el centro mismo del alma humana. Considera los defectos de todos nosotros como una piel y se mete por las grietas de par en par. Siento lástima por su hermana, Miriya, y así como en otra hora hizo Katherine, espero que usted nunca tenga que enfrentarse a lo que ella hizo.

Cuando se quedó sola, Miriya se arrodilló ante el altar y ofreció una súplica a los santos y al Dios Emperador para que mantuviera a salvo a Iona. Llegar a ser una Hermana Arrepentida era tirar toda idea de supervivencia y luchar poseída por la pasión de los justos. Marcó el comienzo a la batalla por el látigo de la dura Ama, las Arrepentidas eran las más feroces y brutales de las Hermanas de Batalla. Los enemigos vivían con el temor de sus asaltos audaces de como con sus espadas sierras, conocidas como Evisceradores, ardían de poderosa pasión a través de líneas tras líneas de

herejes, y sólo en la muerte o el perdón sería su ultimo deber ante el Emperador. Algunos dijeron que vivían en un estado de gracia que todos aspiraban a alcanzar, sin embargo, pocas tenían la pureza de corazón necesaria para alcanzarlo. Cada día, cada respiración para estas mujeres, era un acto de autocastigo y penitencia en honor del Trono Dorado, convirtieron su rectitud en un arma tan afilada como sus espadas.

Miriya había visto en acción a las Arrepentidas en el campo de batalla en el pasado, pero nunca había esperado encontrar a una de los suyas entre ellas.

La pureza del sacrificio de Iona apuñalo su corazón, tomaría mucho tiempo demostrar que era digna de él. La Hermana Superiora se juro entonces que Torris Vaun sería llevado ante la justicia, o que perdería su vida en el intento.



TRES

La escotilla se abrió como un puente levadizo, en las horas previas al amanecer de Neva, permitiendo que una ráfaga perfumada de aire, ingresara rápidamente, recorriendo y barriendo la bodega de carga del transporte. Frotándose el rostro, el piloto de la lanzadera observó a las tres mujeres,

que se hallaban de pie justo al borde de la escotilla, preguntándose si podría obtener algún favor o atención especial, como recompensa por transportar a las Adeptas Sororitas hacia la orbita baja. Razonó que debía de haber algo de valor en ello. Ya que después de todo, eran santas mujeres, y eso debía de contar de algún modo al momento de hacer sus diezmos anuales.

La mas alta de las tres, la de piel de ébano con el pelo rizado, le dio una mirada de advertencia con sus oscuros ojos. El piloto fue lo suficientemente inteligente para advertirlo y fingió estar ocupado con la red de carga que

colgaba suelta. *Mejor dejarlas terminar sus negocios sin interferir*, pensó.

A pesar de ello, se volvió nuevamente y robó otro vistazo al trio. Se habían guardado para sí mismas, a lo largo de todo el viaje de descenso, hablando en susurros en la parte trasera del compartimento, mientras el había recorrido las rutas de vuelo hacia el complejo portuario de Noroc. De tanto en tanto, una de ellas, la de cabello marrón, solía llorar un poco, y la otra, de rostro felino y elegante, a todas luces, la mas bonita de las tres, solía consolarla con susurros.

Nunca se habría siquiera atrevido, a

permanecer en la misma habitación que ellas, si se hubiese tratado de Hermanas de Batalla. Pero las Adeptas Sororitas, estas tres particularmente, eran solo enfermeras. Hermanas Hospitalarias, así se llamaban a sí mismas. El piloto se entretuvo pensando en lo agradable que resultaría, que ellas le confortasen una noche en la cama.

Como si hubiese olfateado las ideas de su cerebro, la mujer mas alta, se apartó de las demás, y se aproximo hasta él.

—¿Puede darnos un momento, por favor?… en privado —le preguntó.

—Ah… bien —titubeo—, la

cuestión es que… usted dijo que esto sería rápido, y tengo una carga perecedera aguardándome en el muelle superior de la estación de comercio, con destino a las epicurias de ciudad Metis —el piloto hizo un gesto vago en dirección al océano—. No puedo perder mas tiempo.

—No —dijo la mujer firmemente—, no solo puedes, sino que lo harás, soy un siervo de la Iglesia Imperial Divina, ¿sabes lo que eso significa?

—¿Que?, y por eso… debo hacer ¿todo lo que tu digas?

—Me alegra que nos vayamos entendiendo —y bruscamente le dio la

espalda, y regresó con sus hermanas, quienes caminaban ya fuera, en la plataforma del puerto espacial.

—¿Estas segura que no quieres que la hermana Zoë o yo vayamos contigo?, no deberías soportar esta pena en soledad, Verity.

La joven tragó saliva, observando los primeros rayos de la luz del sol iluminando las cimas de las montañas, y a la distancia, podía oler la sal del mar en el aire frio del nuevo día.

—¡No Inara!, ya han hecho suficiente —Verity forzó una sonrisa débil—. Esto es algo que tengo que hacer por mi misma, es una cuestión de

familia.

—Todas somos familia —respondió Zoë suavemente—, todas somos Hermanas por deber si no por sangre.

Verity negó con la cabeza.

—Les estoy agradecida por acompañarme, pero el trabajo de nuestra orden en las lunas exteriores es mas importante, y la Palatina podrá soportar mi ausencia por un tiempo, mas no la ausencia de las tres. —Verity tomó su bolso de manos de Zoë y les dio a ambas una breve reverencia—. Ave Imperator, hermanas —dijo. Con firmeza, la Hospitalaria sacó un chal negro de luto de su bolsillo, y lo ató

alrededor de su cuello.

Inara se despidió con un ligero toque en el brazo.

—Oraremos por ella —prometió—, y por usted.

—Ave Imperator —dijo Zoë, al tiempo que la escotilla comenzó a alzarse otra vez.

* * *

Verity inicio su camino, descendiendo de la pista de aterrizaje, volviéndose justo para ver como el transporte de

carga levantaba vuelo hacia el cielo luminoso, elevándose sobre columnas de humo sucio. Cepilló la suciedad del dobladillo rubí de su túnica, y se marcho a través del puerto, con un puñado de papeles y documentos sellados en sus manos.

Encontró un transporte cableado detenido fuera del puerto correspondiente, donde los conductores encapuchados se congregaban en grupos, bajo nubes de humo de tabaco, Verity tenía certificados Imperiales con los que pagar, pero ninguno de los conductores pareció prestarle atención. Sin embargo el conductor que se

encontraba a la cabeza del grupo, cubrió sus ojos con un velo de malla y le hizo una seña para que subiera a la cabina abierta de su vehículo, el conductor movió una palanca generando un estridente ruido de engranajes, y el vehículo se alejó, avanzando a lo largo de la vía curvada del amplio boulevard.

Los surcos excavados en la superficie del camino, cruzaban cada una de las importantes arterias de la ciudad, conteniendo en su interior interminables líneas de cables apilados. Los vehículos poseían dentadas púas en sus ruedas, que rodaban dentro de

dichos surcos, enganchándose al cableado por medio de llaves de cierre, lo que permitía a los vehículos, desplazarse sin fuentes de energía propia. Con ello se mantenía el aire de la ciudad limpio de humos de combustión y libres de ruido de motor, reemplazándolo con el silbido constante y traqueteante de taxis saltando ranuras y pasando por encima de los puntos de conexión. Los transportes terrestres que viajaban por las calles de Noroc, variaban en tamaño, desde los pequeños taxis, los raros coches-cama, hasta los largos ómnibus con plataformas de tres pisos. Sólo los

habitantes adinerados y la iglesia poseían sus propios transportes.

Verity entendió, a partir de su adoctrinamiento, que las leyes de Neva prohibían a todos, salvo a los agentes del Emperador: los Arbites, Guardia Imperial y Eclesiarquía, el uso de un vehículo con una verdadera libertad de movimiento.

Nunca había estado en Neva Prime antes. A lo largo de los meses, que la Orden de la Serenidad había estado al servicio de los pobres y miserables de las lunas exteriores, Verity jamás había prestado sus servicios en el mundo inferior. Las lunas exteriores, eran

lugares desolados, todos y cada uno de ellos. Planetoides enteros, entregados a la minería a cielo abierto o a las profundas perforaciones para la explotación de energía geotérmica, planteoides desgarrados por las enfermedades producto de la polución industrial que los explotaba, por lo tanto, no resultaba extraño considerar a Neva en sí, como la joya del mundo, reflexionó, ya que cada ápice de su industria pesada se había trasplantado a los satélites en orbita.

Captó reflejos de su rostro en los frentes vidriados de las tiendas, mientras transitaban a través del distrito

comercial, su piel perfecta y el pelo de color ámbar, no lograban ocultar su mirada perdida, ni su belleza atenuada por la tristeza que la embargaba. Los vendedores ambulantes ya estaban levantando sus puestos, acumulando altos montones de velas votivas de grasa, campanas, y capuchas penitentes, telas, ofrendas de papel e iconos fundidos con resina. En una o dos ocasiones, escuchó el chasquido de un látigo en el viento, pero bien podría tratarse del cableado de la vía.

El cable del vehículo resonó con un estruendo metálico, al pasar sobre una pila de líneas tendidas y apiladas, sobre

lo que parecían ser sacos de arpillera para cadáver. En un cruce, pasó un tren de adolescentes, cenicientos, asexuados, y de cabezas afeitadas, conducido a través de la avenida por sacerdotes con insignias brillantes. Entonces, el taxi avanzó nuevamente, el conductor tenso el cableado para redirigir el taxi nuevamente.

Verity suspiró, sintiendo como si presionasen su apesadumbrado pecho con un cuchillo, se sentía vacía, como si todo lo que la había hecho ser tal como era, hubiese sido extraído de su ser y destruido una vez más, las lágrimas nacían en sus ojos, jadeó tratando de

contenerlas, y fallando irremediablemente en el intento.

A través de las diáfanas cortinas, hechas de muselina de gasa, vio el Convento de Santa Catalina surgiendo a la distancia, y en ese momento se entregó a la pena que se agitaba dentro de su ser, ahogando sus sollozos en los pliegues de su manto negro.

* * *

Enterraron a la hermana Lethe en el jardín memorial, un espacio de luz y

verde follaje, en la cara sur del convento, y que crecía en las lindes exteriores del mismo, era una terraza plana con forma de disco, frente al vasto portal de la capilla. El jardín estaba dominado por una estatua de Santa Catalina, vestida con la armadura de una Hermana Serafin, de pie y lista como si fuera a saltar de su pedestal al aire, grandes llamas lamían la mochila propulsora de salto sobre su espalda, bellamente talladas espirales de humo y fuego.

En consonancia con su nueva situación y penitencias, a Iona no se le permitió asistir al funeral. En su lugar,

Cassandra caminó por delante de los ilotas porta-féretro de túnicas blancas, balanceando un incensario de aceites votivos encendidos, de un lado a otro como un péndulo. Miriya, Isabel y Portia siguieron el cuerpo encubierto, con sus negras armaduras celestiales, pulidas como un brillante espejo. De acuerdo con los ritos de la orden, telas de seda roja fueron atadas a los cañones de sus armas, para representar su silencio en este momento de duelo y reflexión.

La veterana Hermana Superior Reiko, que sirvió a la Canonesa Galatea como su ayudante, condujo la

ceremonia de forma correcta pero sin mucho sentimiento, unas cuantas Hermanas de Batalla, mujeres a las que Miriya no conocía de vista, la mayoría, probablemente miembros de la guarnición del Convento, mostraron sus respetos como solían hacer, sin embargo, ninguna de ellas había conocido a Lethe, ninguna de ellas había luchado a su lado contra las ordas traidoras y los xenos, ninguna de ellas había vertido su roja sangre en las mismas tierras malditas.

Miriya hizo una mueca, ella había perdido mujeres bajo su mando con anterioridad, en circunstancias aun

mucho peores que esta, y sin embargo, la manera sencilla y totalmente brutal del asesinato de Lethe, la agobiaba con la culpa. Era todo lo que la Hermana Superiora podía hacer, para detener la andanada de voces interiores, que pugnaban en culparla por su error abordo de la *Mercutio*.

En el interior de su mente rememoro lo sucedido, se vio una vez más en aquel momento, en que colocó la pistola de plasma contra la cápsula de Vaun y amenazó con matarlo, ¿por qué no lo hizo?, se pregunto. De haberlo hecho, entonces Lethe aún estaría viva, Iona seguiría siendo una de nosotras,

pero para ello, debería haber desobedecido una orden directa de su iglesia. Miriya, había sido convocada a menudo, para dar cuenta de sus frecuentes interpretaciones digamos, creativas, de las instrucciones de sus superiores, pero nunca había desafiado abiertamente a un superior. Tal idea era un anatema para una Sororita. Su mirada se posó sobre el camino de piedra bajo sus pies. La Hermana Dione le había advertido oportunamente, y no había observado fielmente su advertencia, hasta que fue demasiado tarde.

—Voy a hacer pagar a los

responsables —se prometió.

Una ranura ovalada en el pedregoso sendero del jardín fue descubierta, revelando un silo vertical de unos pocos metros de profundidad, Reiko concluyó la Letanía de la Memoria, los sirvientes vestidos de blanco, posaron el cuerpo de Lethe en dicho espacio cubriéndolo de tierra. Tal como se estilaba en Nevan con los difuntos, la enterraron de pie con el rostro vuelto hacia el cielo, ritual que se estilaba con el objeto de que los difuntos, pudiesen ver el camino de regreso a Terra, y por tal, el camino que los lleve al lado de la mano derecha del Emperador, por lo que sus clérigos

decían.

—En su nombre, y por orden de la Virgen Martirizada, comprometemos a nuestra hermana Lethe Catena a la tierra, donde descansará hasta que el Divino llame a su hija caída para elevarse una vez más. —Reiko inclinó su cabeza, y las demás la imitaron. Miriya vacilo por un segundo, al captar la mirada de una joven hermana vistiendo la túnica de una orden diferente, quien obsequió a la Celestial una mirada cargada de pena y cólera.

—Alabado sea el Emperador, ya que en nuestra resolución, sólo se refleja la voluntad de su propósito —entonó

Reiko—. Así será.

—Así será —exclamaron a coro.

Atraída inexorablemente al lugar donde yacía Lethe, Miriya se aproximó a la joven allí arrodillada, aunque parte de ella sabía el mal, que podría resultar de ello. Se aproximo aún mas, y logró reconocer la simbología en la vestimenta de la joven, un circulo continuo correspondiente a la marca de la Orden de la Serenidad. Al igual que la Orden de Nuestra Señora Mártir, las Hermanas Hospitalarias que servían en el nombre de la Serenidad, provenían del Sanctorum en el Convento de Ophelia VII, ordenes hospitalarias que

por ley Imperial, no eran militares, cuestión que sin embargo, no significaba de modo alguno, que sus filas se compusiesen por débiles mujeres, ya que si bien, estas eran enfermeras de expertas habilidades y gran compasión, al servicio de los guerreros de la maquinaria militar imperial en incontables mundos, también estaban altamente entrenadas en las artes marciales, y eran plenamente capaces de actuar si las circunstancias así lo exigían. Ningún planeta que se atreviese a considerarse civilizado carecía de hospicios o valetudinarium atendidos por dichas

Hermanas.

La mujer se puso de pie y observó a Miriya. Parecía estar al borde de las lágrimas, pero a pesar de ello, sus manos se cerraron en puños, y dijo:

—Tú… tú eras la comandante de Lethe. La Hermana Miriya.

—Tuve el honor —respondió Miriya cautamente.

Las palabras parecieron llenar de dolor a la chica.

—¡Tu… tu la dejaste morir! —exclamó.

—Lethe terminó su vida como la vivió, en la batalla contra el hereje y el hechicero —replicó Miriya

desconcertada por las palabras hirientes y afligidas de la joven.

—Quiero saber lo que pasó —espetó la Hospitalaria—. Tienes que decírmelo.

—Eso es un asunto de los Ordenes militares, que no te corresponde conocer —replico Miriya sacudiendo lentamente la cabeza en un gesto de negativa.

—Usted no tiene derecho a esconderme la verdad —las lagrimas surcaron el rostro de la joven—. ¡Yo soy su hermana!

—Todas somos sus hermanas —contestó Miriya recorriendo con un gesto el conjunto del convento.

La Hospitalaria expuso su cuello y tiró de una larga e intrincada cadena de plata: un rosario, del tipo que Miriya había visto sólo en una persona.

—¿De dónde has sacado eso?

—Soy la hermana Verity Catena de la Orden de la Serenidad —dijo la chica——, hermana de la Hermana Lethe de la Orden de Nuestra Señora Mártir, huérfana de la misma madre —instantáneamente tomó la muñeca de Miriya—. ¡Ahora vas a decirme cómo murió mi único pariente de sangre, o por el Trono Dorado voy a desgarrarte con mis propias uñas!

Pudo observar de manera

instantánea, la misma curvatura de la nariz, los ojos y la determinación ardiendo detrás de ellos. El momento se tenso con un denso silencio, la ira de Verity enfrentada al desanimo que acogía a Miriya.

—Muy bien —dijo la Celestial, después de un largo silencio—. Siéntate conmigo hermana Verity, y te diré la verdad dura e implacable.

* * *

El esbelto joven, rodó la vela encendida

entre sus dedos, jugando con el sebo blando, inclinándola para que los riachuelos de cera fundida fundieran pistas en espiral alrededor de su longitud.

—¿Nervioso? —preguntó Rink, balanceándose sobre el borde de la mesa. Ignis miró al otro hombre.

—¿Lo estas preguntando, o lo estas afirmando? —Rink, parecía incapaz de mantenerse quieto durante los cinco minutos que habían transcurrido desde su llegada al salón e incluso ahora en la aislado cuarto trasero, se mantuvo en constante movimiento. Como para remarcar la idea, Rink cogió la taza de

cafeína que había sobre la mesa y se humedeció los labios.

—No estoy nervioso —dijo el hombre grande con tal inocencia, que hizo sonreír a Ignis—. Es que… no me gusta este lugar.

—No puedo explicarlo —dijo el joven, jugando con la llama de la vela y negó con la cabeza—. Aún no puedo creer que estemos realmente aquí.

—Yo creo… —señaló Rink, poniendo la taza sobre la mesa de nuevo—, que tal vez deberíamos dejar esto como un mal trabajo y…

—¿Y qué? —una figura encapuchada abrió la cortina de cuentas

que separaba la sala del resto del salón —. Hice llegar hasta aquí una nave estelar para encontrarme con ustedes, ¿para nada?

Rink abría la boca como un pez, Ignis se puso de pie, con una sonrisa que brotaba feliz de sus labios.

—Por todos los santos, ¿es verdad?

Torris Vaun devolvió la sonrisa.

—Oh sí, soy yo. En carne y hueso. —Le dio una palmadita al hombre en los hombros—. Apuesto a que nunca pensaron que verían esta cara otra vez, ¿eh?

—Bueno… para ser honestos, ¡no! —admitió Rink—. Después de que las

monjas lo capturaron en Groombridge, supusimos que eso sería todo, que se había acabado.

—Algunos de nosotros lo hicimos —añadió Ignis con una mirada mordaz.

—Fueron un poco duras conmigo, pero nada para lo que no estuviera preparado —dijo Vaun sirviéndose una taza de recafeína, endulzándolo generosamente con la botella de coñac que se encontraba sobre la mesa—. ¿Tienes tabaco? —preguntó.

Rink asintió con la cabeza y sacó un paquete de tabaco. Vaun hizo una mueca al ver la etiqueta, la recordaba muy bien, era de una marca local barata

que olía como la quema de los residuos solidos de aguas residuales. Tomando uno del paquete dijo:

—Tu mano está temblando, Rink —señaló el criminal.

—¿No estás contento de verme? —preguntó.

—Yo… uh…

—Está nervioso —explicó Ignis—. Honestamente Vaun, en este tema estoy de acuerdo con él. Venir aquí… justo aquí, bueno, se ha comentado mucho si no fue un error.

—¿Error? —repitió Vaun tocando el extremo del cigarrillo con la punta de su dedo, y dando una calada al

cigarrillo encendido—. ¿Quién ha estado diciendo eso?

Los otros dos hombres se miraron.

—Algunas personas. Ellos ni siquiera vinieron.

—¿Como quienes?

—Gibbin y Rox… Jefter también —apuntó Rink al tiempo que sorbía su nariz.

Vaun hizo un gesto desdeñoso.

—Ah, la disformidad se los lleve. Seres inferiores, nunca tuvieron la visión, para ver al final la gran obra, de todos modos —sonrió—, ustedes muchachos, vinieron, ¿no?, eso alienta mi corazón —la punta del cigarrillo

brillaba con fulgor naranja.

—Los otros están esparcidos por ahí —apuntó Ignis—, pero nosotros vinimos.

—Aunque en un principio ni siquiera querías venir. —Vaun expresó la parte tácita de su condena—. Porque aún te estarás preguntando, ¿qué cosa por el Hades hizo que Torris Vaun se creyera capaz de liberarse del Adepta Sororitas?

—Sí —dijo Rink—, y además, el mensaje… el imbécil que lo trajo no explicó nada.

—Pero aún así vinieron, eso es bueno, a pesar de que los perros de

LaHayn y que todos los relojes de la ciudad sobre el Neva suenen por nosotros, aún así vinieron —expresó exhalando humo—, no se arrepentirán.

Ignis parpadeó.

—No nos quedaremos aquí… Vaun… dime que no vamos a permanecer en este santuario de oración al cielo ni un segundo más —el tono de su voz fue elevándose hacia el final de la frase.

—Ten cuidado con lo que dices —dijo Vaun, divertido—, este es mi planeta natal, no lo menosprecies —y agregó—. Pero, sí, nos vamos a quedar, pues nos aguarda un gran premio aquí

Ignis, uno mas grande de lo que te puedas imaginar, conmigo aquí y algo de ayuda de unos amigos, podremos obtenerlo. Dinero, dinero amigos, mucho dinero, y tal vez algo aún mejor.

—¿Mejor? —preguntó Rink—. Mejor, ¿como qué?

—Como venganza, Rink, sangrienta venganza —los ojos de Vaun brillaban con violencia.

Ignis miró hacia otro lado, jugó con la vela un poco más, haciendo que la llama cambiase de forma.

—¿Quiénes son esos amigos tuyos, entonces? Gente nacida en una cuna de oro de las altas esferas, ¿sin sentido del

humor?, ¿para qué los necesitamos?

—Por lo que nos pueden dar, muchacho, tu sabes como funciona esto, los hombres ricos sólo quieren ser más ricos, ellos no saben lo que es ser pobre e indefenso, y están aterrorizados de serlo, lo que los hace predecibles.

El joven frunció el ceño.

—No me gusta la forma en que me mira la gente a nuestro alrededor, como si pudieran ver la marca que llevo en mí. Cada vez que camino calle abajo, creo que ver gente con la vox de los Ordos, gritando: ¡Vamos!, atrapémoslo, hijo de una bruja. No me agrada permanecer aquí —la vela ardía

intensamente lamiendo sus dedos, a pesar de lo cual, Ignis parecían no notarlo.

Vaun dio una larga calada al cigarrillo de tabaco y pregunto:

—¿Y que hay de ti Rink? ¿También tienes algo de que quejarte?

—No me gustan los sacerdotes —dijo el gran hombre finalmente—. Me golpearon cuando yo era un chiquillo.

Una lenta sonrisa cruzó el rostro de Vaun.

—¿No somos todos pequeños pájaros heridos? Escúchame chico, cuando te digo que no hay hombre vivo que odie a Neva más que yo, pero tengo

negocios inconclusos aquí, y con la involuntaria ayuda de las Hermanas de Nuestra Señora Mártir, ahora estoy obligado a concluir tales negocios en mi tierra natal —movió el cigarrillo en un círculo y dijo—, para empezar, vamos a encender algunos fuegos de vuelta en Noroc y dar al bueno del señor diácono la paliza que tanto se merece, luego seguiremos con el evento principal —una sonrisa cruzó sus labios—. Para cuando terminemos, todo este maldito planeta arderá.

Ignis asimiló tales palabras.

—Me gustaría ver eso.

—Espera y veras —prometió Vaun

—. ¡Sólo espera y verás!

* * *

La prisión era un monumento a la disuasión, no había ventanas de ningún tipo a lo largo de su fachada exterior, solo podían observarse las ranuras delgadas, en donde las armas automáticas controladas por cogitadores vigilaban la plaza abierta a su alrededor. Las armas estridentes zumbaban y rechinaban, siguiendo y vigilando a las personas que transitaban bajo su

alcance, siempre listas y dispuestas a lanzar una granizada de balas, sobre cualquier prófugo o alborotador.

Pero ello jamás había sucedido, claro está, puesto que Noroc siempre fue un distrito modelo, de piedad, buen comportamiento y respeto por la ley. De no haber sido por las actividades menos saludables de la gente común, residente en las afueras de la ciudad, las fuerzas locales del distrito habrían tenido poco que hacer, poco mas que lustrar sus bastones de energía y participar en desfiles. De hecho, parte de la fuerza encargada de brindar la seguridad ciudadana, vino de edificios similares a

la prisión. Uno, sólo debía elevar la cabeza y prestar atención a las geométricas construcciones en forma de cono, que cubrían cada una de sus superficies.

El reformatorio, tal como se le conocía, era una obra de arte propagandística a escala masiva, cada nivel mostraba esculturas de los agentes del Emperador. Bien de los Arbites Adeptus, Marines espaciales, Inquisidores, Hermanas de Batalla y más, matando, convirtiendo y/o purgando a aquellos que quebraban la ley y/o la doctrina imperial. Criminales, tales como violadores y asesinos de

niños permanecían recluidos allí, junto con simples ladrones, estafadores y timadores. Todos y cada uno de ellos, cargaban con la culpa de sus crímenes, sufriendo el peso del castigo correspondiente como retribución. En la parte mas alta de las construcciones cónicas, megáfonos emitían himnos y severos sermones sobre la naturaleza del delito. Todo el edificio en sí, representaba una amenaza para aquellos que se entretenían con pensamientos de malversación.

La Hermana Miriya se acercó a la prisión a través de la plaza, con Cassandra a su lado y la Hospitalaria

Verity un paso o dos por detrás.

—¿Es realmente necesaria su presencia, Hermana Superiora? —preguntó Cassandra disimuladamente.

—Otro par de ojos son siempre útiles… —replicó Miriya, pero a decir verdad era una pobre justificación, si hubiera querido otro observador, habría sido mas fácil para ella convocar a Isabel o Portia para acompañarlos, la realidad era que se sentía en conflicto por Verity, presionada por un sentido de obligación hacia su compañera Lethe, de alguna manera, Miriya se sentía en deuda con la Hospitalaria, una deuda que debía pagar. *¿O es mi*

propia culpa lo que ella refleja sobre mí?, pensó. La Hermana Superiora sacudió esas ideas de su cabeza. Verity quería ver a los hombres que habían ayudado a Vaun en el asesinato de su hermana. A Miriya no se le ocurría ninguna buena razón para oponerse.

Un guardián veterano, con galones de sargento en su armadura, aguardaba en la entrada con un propósito firme, guiar a las tres, a través de las distintas plantas de la prisión de seguridad. Otros guardianes, dejaron de cumplir sus labores, observando pasar a las hermanas, aunque no miraban a las hermanas con reverencia o respeto,

sonreían a medias, disimulando las burlas y murmullos que intercambiaban entre sí, a sabiendas de que el famoso psíquico se les había escapado de entre los dedos.

La comisura del labio de Cassandra se curvó y Miriya supo instantáneamente que estaba a punto de soltar una replica furiosa, pero la Hermana Superiora silenció tales pensamientos con un apenas perceptible movimiento de cabeza, tenían preocupaciones más graves que las opiniones de unos pocos guardias comunes.

—Hemos tenido que separarlos —

advirtió el sargento—, ya han muerto un par desde que los tenemos aquí.

—¿Cómo? —pregunto Verity.

—Heridas causadas, según suponemos, al caer por las escaleras —dijo con voz firme y segura obsequiándola con una mirada maliciosa.

—¿Los han interrogado? —Miriya estudió la línea de puertas de las celdas al pasar por el cuadrante de contención.

—No hemos obtenido nada con sentido —admitió el ejecutor—, únicamente lloran mayormente por sus mujeres e hijos —hizo una mueca—. Hombres grandes, mojando sus

pantalones y lamentándose como los recién nacidos. Patético —agregó.

—Saben el precio que tendrán que pagar por traicionar al Emperador —dijo Cassandra—. No tienen nada mejor que esperar, solo la muerte.

El sargento asintió.

—Quiere verlos a todos, o qué?… le garantizo que no va a obtener nada de utilidad. —Le entregó un puñado de tarjetas a Miriya e indicó a otro guardia, que abriese la pesada puerta de acero que daba a la sala de interrogatorios.

Ella recorrió los nombres.

—Este —dijo Miriya después de un momento, señalando con el dedo una

de las tarjetas—, tráigalo ante nosotras.

El sargento y el soldado regresaron con el encadenado guardiamarina Vorgo entre ellos. La piel del rostro del marino estaba pálida y marcada por recientes moretones, pero incluso con un ojo cerrado e inflamado, no fue suficiente para ocultar la mirada de terror abyecto, que apareció cuando vio a las Hermanas de Batalla. Vorgo soltó débiles ruidos, cual maullidos, cuando el guardia ejecutor lo acerco hacia ellas, tirando del arnés de sujeción de bronce ampliamente manchado, por encima de la rejilla de drenaje en el centro de la habitación.

Miriya observo de reojo a Verity. La expresión de la Hermana Hospitalaria demostraba los conflictos internos por los que atravesaba en aquel momento, la compasión ante el semblante del miserable hombre, en conflicto con la ira por sus fechorías. La Hermana Superiora se acercó más.

—¿Me recuerdas verdad? —dijo bajo el círculo de luz que proyectaba los sobrecargados biolumenes.

Vorgo asintió con gesto brusco.

—Déjame explicarte lo que te va a suceder. No habrá ningún tribunal de justicia, ninguna apelación, no habrá ningún trato en el proceso —señaló a

los representantes de la ley y de la cárcel con un gesto vago de la mano—. No va a ser escuchado por los jueces, no se someterá al mástil de un capitán a bordo del *Mercutio*. —Miriya lo miró con gravedad—. Ha colaborado e intrigado en el asesinato de una Sororita, colaboró con la fuga de un criminal y mas grave aun, de un brujo. Usted pertenece a las Hermanas de Batalla y lo acosaremos como nos plazca. Usted no tiene derechos, ni voz, ni recursos. Todo lo que queda por decidir es cómo va a perecer.

Vorgo emitió un gemido y pronuncio unas palabras ininteligibles.

—¿Alguna vez has visto un arco-flagelante, Vorgo? —Miriya señaló a Cassandra y la otra Hermana de Batalla dejó caer su bólter en una postura dispuesta—. Déjeme hablarle sobre ello —su voz adquirió una calidad inflexible y fría cual acero—. Por la voluntad del Emperador, todos aquellos que son encontrados culpables de herejía o delitos de similar gravedad, son colocados bajo nuestra jurisdicción, atento a nuestra jurisdicción en la caza de brujos, las Hospitalarias se han adaptado a esta nueva vida a través de la cirugía, el condicionamiento, la implantación de yelmos, mascaras o

lobotomías.

Para enfatizar sus palabras, ella tocó la frente de Vorgo con un dedo.

—Imagine esto… sus miembros son retirados, sustituidos por látigos eléctricos y un juego de garras, sus ojos son extraídos de las cuencas oculares de su cráneo y sucias lentes son colocadas en su lugar, su corazón y órganos fijados con inyectores y glándulas neuropáticas. Y luego, orgulloso de su nuevo cuerpo, lo que queda de los antiguos residuos desperdiciados de su mente se vuelven hacia el bien del Imperio, con una palabra de mi mando, te lanzaras feliz y voluntariamente a las

mismas fauces del infierno. Un loco, un pedazo de carne, una máquina destinada a una larga, larga, larga muerte.

Cuando hizo un gesto, Cassandra, la Hermana de Batalla apuntó a la cabeza de Vorgo, agregando:

—Pero también hay una manera más limpia, más rápida… pero reservada sólo para los arrepentidos. —Miriya se detuvo delante de la plataforma de moderación—. Yo le daré la paz, si me dice para quien estabas trabajando, ¿y qué fue lo que lo obligó a liberar a Torris Vaun?

—¿Quién? —dijo Vorgo,

empujando la palabra de su boca—. Yo no conozco a ningún Vaun…

—¿Acaso estás jugando conmigo? —Miriya gruñó— hay otros a quien puedo ofrecer mi misericordia, ahora respóndame, ¿por qué liberó a Vaun?

—No conozco a Vaun —dicho ello, el marinero exclamo repentinamente—, ¡mi hija! ¿qué habéis hecho con mi hija, puta?

—¿De qué está hablando? —preguntó Verity.

El sargento frunció el ceño.

—De nuevo… como dije, llorando por su familia, como todos ellos, no se puede obtener una respuesta adecuada

de ninguno de estos lunáticos.

Verity tomó la tarjeta perforada con el historial de Vorgo y la alzó a la luz.

—El censo imperial, indica que este hombre no tiene familia… no tiene hija.

—¿Puedes leer el dialecto máquina? —preguntó Cassandra con asombro.

La Hospitalaria asintió.

—Un poco. He trabajado en estrecha colaboración con las Hermanas de las órdenes Dialogantes en el pasado, algunas de sus habilidades me son conocidas.

—Yo amo a mi hija —escupió el marinero, quien por pura desesperación

arremetió autoinfringiéndose heridas con los arneses tirantes con los que estaba sujeto—. Os la llevasteis y la pusisteis en el frasco de vidrio, putas de negro corazón.

Miriya le dio una bofetada con la palma de su guantelete de ceramita, arrancándole un par de dientes y silenciándolo por el momento.

—¿Pero realmente piensa que nuestra prisionera era su hija? ¿Qué tontería es esta?

—¿Por qué en nombre de Terra pensaría que teníamos prisionera a su inexistente hija? —Cassandra negó con la cabeza—. Este hombre estaba allí.

Vio de primera mano al ocupante de la cápsula, el mismo liberó a Vaun.

Miriya tomo la barbilla del prisionero con su mano y preguntó:

—¿Quién estaba en la cápsula, Vorgo?

—Mi hija… —sollozó—, mi hermosa hija.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Verity, la pregunta quedo pendiendo en el aire—. ¿Qué aspecto tiene?

Algo quedó a oscuras detrás de los ojos del marinero.

—¿Q… qué? —su cara se volvió floja y pastosa.

—Su nombre, Vorgo —insistió la

Hospitalaria—, díganos el nombre de su hija, y vamos a traerla de vuelta con usted.

—Yo… yo, no… recuerdo…

—Sólo tienes que decirnos, y la liberaremos —Verity dio un paso más cerca—, recuerda el nombre de su propia hija, ¿no?

—Yo… yo… —de pronto, el guardiamarina dejó escapar un grito desgarrado de agonía, echando la cabeza de lado a lado, gimió, sus ojos se volvieron blancos, sangro por la nariz y por las orejas. Verity corrió hacia él cuando el hombre se estrello contra el bastidor.

Después de un momento, ella negó con la cabeza.

—Muerto, una ruptura dentro de su cerebro, creo.

—¿El psíquico le hizo eso a él? —preguntó el guardián disgustado.

—Imposible —Miriya negó con la cabeza— el poder de Vaun es todo fuerza bruta y violencia, carece de sutileza para lograr algo como esto.

—No hubiera sido capaz de controlar la mente de este hombre desde el interior de la capucha psíquica —añadió Cassandra—, y menos aún la mente de una docena de hombres.

Verity miró al sargento.

—Los otros de la *Mercutio* que ayudaron Vaun en su escape, dice usted que ¿llaman a sus seres queridos?

—Como niños perdidos —gruñó el guardia.

La Hospitalaria volvió su rostro hacia Miriya.

—Hermana Superiora, el preso no se escapó por su propia voluntad, alguien lo liberó. Alguien que usa a hombres débiles como meros peones en un juego de regicida. Se debieron ver obligados a creer que una persona que amaban profundamente se encontraba bajo nuestra custodia.

El sargento soltó un bufido.

—¿Además de enfermera, eres también una inquisidora? —chasqueó los dedos, y los guardias a su lado, retiraron el cadáver, al tiempo que agregaba—, por favor, perdóname si no confió en la palabra de una docena de mentirosos traidores, quienes no saben por que liberaron a un asesino de masas. Estos hombres son escoria, eso está claro como el anochecer, tal vez pensaron que podrían ganar algo de gratitud por parte de Vaun, no hay brujería alguna en ello, ¡perdone mi impertinencia! —dijo las últimas palabras de una manera que demostraba claramente que no lo sentía

de verdad.

—La explicación más simple suele ser la correcta —admitió Cassandra y Verity miró al suelo, abatida.

—Cuando uno se ocupa de brujos, nada es simple —replicó la Hermana Superiora.



Cuatro

La Canonesa, hizo una pobre labor, tratando de ocultar su consternación, cuando vio entrar a Miriya a sus aposentos, frunciendo profundamente el ceño sobre el pictógrafo que sostenía en sus manos, la Hermana Superiora hizo una arrepentida reverencia.

—Su Eminencia, me gustaría hablar

con usted —dijo Miriya.

Galatea no le ofreció asiento en la única silla vacía del cuarto, en lugar de ello, colocó el pictógrafo sobre su amplio escritorio de madera, y desenrolló las mangas de su túnica diaria, al tiempo que dijo:

—Lo sabía Miriya… lo supe, en algún lugar en lo mas profundo de mis huesos, desde el momento en que los astrópatas trajeron el mensaje de la Priora Lydia. Cuando vi tu nombre en el documento, sabía que este día no terminaría sin problemas —dijo sentidamente al tiempo que soltaba una risa amarga—, al parecer me equivoque,

subestimando considerablemente la situación —añadió.

Miriya frunció el ceño.

—Nosotras siempre hemos leído diferentes páginas del libro del Emperador, pero siempre me has entendido hermana. Hemos luchado contra el enemigo y orado juntas desde tiempos inmemorables y sabes que yo no soy tan laxa como para permitir que esto sucediera.

—Pero lo permitiste —insistió Galatea—, por tu culpa o no, la fuga de Vaun ocurrió bajo tu mirada, por lo que has de soportar y asumir la responsabilidad que ello trae aparejado.

Y como representante principal de nuestra orden en este planeta, por extensión, también lo haré yo. Has traído la desgracia y el deshonor al nombre de Santa Catalina.

—¿No crees que soy consciente de ello? —espetó Miriya enfadada—. No crees que tomaría mi propia vida aquí y ahora, si con ello pudiera ¿deshacer lo sucedido? Perdí dos camaradas en manos de ese monstruo, una sepultada, la otra destruida.

La Canonesa asintió.

—Y más morirán aún… —dijo—. Vaun responderá por sus crímenes, de eso tengo la absoluta certeza —se volvió

observando la vista a través de la ventana vidriada de la habitación—, me has dado un caos sangriento que limpiar Miriya.

—Déjame hacer algo al respecto —la Celestial dio un paso adelante—. Nadie en este mundo quiere ver a Vaun pagar por sus crimines tanto como yo. Quiero su permiso para continuar con mi investigación sobre el fugitivo.

—Será encontrado. Neva está cerrando todas las vías de escape, Vaun nunca saldrá fuera del planeta con vida —Galatea negó con la cabeza—, su arrogancia al regresar, será su perdición.

—Vaun no intentará escapar —insistió Miriya— no hasta tanto consiga lo que ha venido a buscar.

—¿Ah, sí? —la Canonesa le lanzó una mirada maliciosa—, ¿súbitamente te has convertido en una experta acerca de este hombre? ¿Tienes algún tipo de conocimiento de sus pensamientos, o dominio sobre sus deseos? Te ruego hermana me informes sobre tu tardía percepción.

Ella ignoró el velado sarcasmo.

—Es un bruto, un ladrón y un corsario nacido sólo para hacerse más rico o poderoso, ha venido a Neva buscando algo que quiere, algo que está

aquí.

—Vaun llegó a Neva, solo porque fue capturado, no por su propia voluntad.

—¿Así fue? —replicó Miriya irónicamente— o tal vez se dejó atrapar a sabiendas de que sería liberado.

Galatea volvió la vista hacia su pictógrafo, su atención disminuía a cada momento.

—¡Ah!, esa es la teoría elaborada por la Hospitalaria, ¿no es así?, ¿cuál es su nombre, Verana?

—La Hermana Verity —corrigió Miriya— de la Orden de la Serenidad.

—Una orden sin experiencia en

asuntos marciales —comentó Galatea, secamente.

Miriya reprimió un gruñido.

—Ella puede no ser una Hermana de Batalla, pero tiene una mente aguda y un corazón fuerte. Sus habilidades podrían resultarnos útiles.

—¿Lo crees? ¿O simplemente te sientes obligada, por dejar perecer a su hermana?

Ella apartó la mirada.

—Tal vez haya algo de verdad en ello, no lo voy negar. Pero aún así me atengo a lo que he dicho. Yo… yo confío en ella —la admisión sorprendió tanto a sí misma, como a la Canonesa.

Galatea negó nuevamente con la cabeza.

—Sea como fuera, la hermana Verity no tiene lugar aquí, su permiso para permanecer en Neva se extiende únicamente por el tiempo que dure el servicio funerario de Lethe. La Orden de la Serenidad tiene sus propias labores que hacer, obras que realizar en las lunas exteriores con los enfermos y heridos. Tengo entendido que los trabajadores allí sufren al servicio del Imperio…

—Vuestro rango es superior al ostentado por la misión del palatino en las lunas —señaló Miriya—. Podrías

hacer uso de vuestra jerarquía y competencia, ordenando la permanencia de Verity si así lo deseases.

—Si así lo desease… —repitió Galatea—. No estoy convencida de que su presencia aquí revista algún valor de relevancia. Y es suficiente ya, con que una Hermana de Batalla Superior, permita que sus emociones nublen su juicio sobre este asunto. ¿Qué puedo esperar de una simple enfermera como Verity? Una mujer desacostumbrada a la violencia y a las pruebas a las que nos enfrentamos a diario.

—Lo mismo que espera de

cualquiera de nosotras… —contestó Miriya sombríamente— que abracemos la pasión y la voluntad del Emperador —se acercó todo lo que pudo y puso las manos planas sobre la mesa de la Canonesa— dame esto Galatea, Y nada mas te pediré, solo la oportunidad de enmendar lo hecho.

El peso y la intensidad detrás de las palabras de la Hermana Superior genero un in-pass en la conversación, durante el cual, ambas se estudiaron mutuamente por un largo momento, midiendo mutuamente la total resolución de sus voluntades. Por último, Galatea recogió una placa de

datos y una electropluma.

—A pesar de lo que puedas pensar de mí, Miriya, siempre te he considerado una guerrera ejemplar. Debido a ello, y sólo por ello, te concedo la libertad para proseguir con esto —dijo al momento que tachó una línea de palabras en la placa vidriosa y escribió—, pero entiende, que no tienes margen de error. Si no traes a Vaun, será el final para ti, y arrastrarás contigo a la Hermana Hospitalaria. —La pizarra dio un suave y melódico timbre cuando el programa de mensajería llegó a su fin.

—Gracias, Hermana Canonesa.

Prometo que veras al brujo ardiendo por sus transgresiones —dijo Miriya al tiempo que hacia una profunda y sentida reverencia.

Galatea esbozó una sonrisa torcida.

—No es a mí a quien tienes que convencer de ello, Hermana Superiora. El estimado Diácono Señor LaHayn ha posado su mirada sobre nuestro convento como un halcón, y querrá tomar conocimiento de los detalles concernientes a la búsqueda del psíquico.

—No comprendo.

—Lo entenderás, la *Bendición de la Herida*, comenzará a las ocho

campanadas de hoy, y la tradición exige la presencia de nuestra orden en la fiesta de celebración en la Catedral Lunar… —Galatea hizo un gesto desdeñoso con la mano, agregando—. Me acompañaras a la fiesta. Traje de gala con todos los honores hermana. Informe a su escuadra.

* * *

En las calles, los niños que eran demasiado jóvenes para comprender la verdadera naturaleza de la penitencia

de un adulto, corrieron junto a los vagones flagelatorios y lanzaron piedras sueltas a las gimientes y sucias personas dentro de los mismos. En un prolongado descenso, los penitentes fueron transportados desde las minas penitenciarias o campos de trabajo de las lunas, hacia Neva, con la promesa de una reducción en el tiempo de sus contratos o sentencias, llegado el caso de que sobreviviesen a los grandes juegos de los festejos. Los que ya se habían quebrado no resultarían de utilidad alguna, y permanecerían en las lunas trabajando hasta su muerte. Sólo los hombres y mujeres que todavía

tenían una chispa de vida o fuerza interior, podían sacrificarse a la maquinaria de la iglesia en esta gran fiesta anual.

Los sacerdotes y clérigos de las capillas, sostenían que todo el mundo estaba lleno de remordimientos, para ser humano había que nacer con ello, pues se vivía desde un principio gracias al sufrimiento del Emperador, el trabajo duro y la piedad eran un buen ungüento. Solo los criminales, los herejes, los disidentes y los esclavos, no tenían voz en la iglesia y por lo tanto, eran los mejores sacrificios para la *Bendición de la Herida*. Persistentes

rumores dijeron que a ellos se les unirían inocentes que alzaban la voz sobre el grave estado de la iglesia o sus laxas reglas y sobre el régimen ineficaz del gobernador planetario. El festival fue siempre un buen momento para librar a la ciudad de los pensadores inconformistas de la sociedad.

En otros mundos imperiales, habría celebraciones de la cosecha, arderían ofrendas, celebrarían grandes conciertos o se bailaría en ayunas, millones de planetas y billones de personas celebraban la grandeza del Señor de la humanidad a su propia manera, aquí, en este mundo de teólogos y dogmas

rígidos, no había una línea divisoria entre la penitencia y la devota adoración ferviente.

Este año, Noroc estaba lleno de vida, de charlas en las calles y en los púlpitos, incluso entre los jóvenes que se derramaban fuera de los seminarios y las scholan. El señor diácono había prometido la muerte de un psíquico para coronar el inicio del festival de este año, no uno falso como ya se había visto en celebraciones anteriores, sino un psíquico de verdad. Ahora que se sabia, que eso no sucedería, el rumor corría por la ciudad como los ratones por las paredes.

La clase alta miraba a los plebeyos, fingiendo un supuesto conocimiento de lo que sucedería en su lugar, pero contrariamente a ellos, se encontraban en la misma ignorancia que el resto, salvo en lo que refería al conocimiento de que el Señor LaHayn y el gobernador Emmel, tendrían que confabularse para crear algo igual de espectacular para aplacar a la gente. En toda la metrópoli, los individuos se pusieron su ropa ritual o eligieron sus trajes si tenían la suerte de haber recibido un documento de citación rojo sangre. Los vendedores comercializaban gran cantidad de iconos para las

próximas festividades, vendiendo y reponiendo constantemente sus mercancías, juntando con los puños grandes cantidades de documentos imperiales y certificados de diezmo de la iglesia.

Este año, las nuevas camisas de algodón adornadas con el águila imperial hilada en oro, resulto ser el objeto imprescindible de moda, las fuerzas del orden, debieron incluso que intervenir en altercados ocurridos en las tiendas de ropa, a causa de la falta de stock. En otros sectores, se llevaban a cabo desfiles devocionales, donde jóvenes locales, portando alas

artificiales, se habían pintado a sí mismas con soles amarillos, celebrando la trascendencia de Santa Celestine. En otros distritos hubo alegres lapidaciones improvisadas para aquellos cuyos delitos menores habían quedado impunes por decisión de los jueces. El ambiente era una extraña y potente mezcla de optimismo y ferocidad, con el ansia de violencia a flor de piel. Uno podía observarlo en los ojos de los niños que corrían por todos lados, en los rostros de sus padres, reflejado en el fervor de miles de clérigos de la ciudad.

Los vehículos saltaron cables y bajaron por la suave pendiente de la

ladera hacia la más grande de las basílicas de Noroc. En la distancia, el pináculo de la Catedral Lunar, parecía un cono alto con depresiones geométricas en sus flancos, de hecho, tales depresiones, habían sido cuidadosamente esculpidas, ensambladas y alineadas con las complejas trayectorias orbitales de las lunas de Neva, y durante la medianoche, a menudo era posible para los feligreses observar desde su interior, los distantes fogonazos de los hornos de fusión, en la superficie de las lejanas esferas ennegrecidas.

Debajo de la iglesia, en sus

profundidades, se encontraba el anillo oval del anfiteatro, desde el cual solía celebrar sus sermones el propio LaHayn. El poder de antiguos y grandes proyectores hololíticos funcionando al límite de sus capacidades, lo convertían en un fantasma brillante y descomunal, de más de diez pisos de altura, los ornamentados cuernos de bronce de mil bocinas, lanzaban su voz por toda la ciudad. Por ahora, las arenas del anfiteatro mantenían una quietud sepulcral, pero ello pronto cambiaría, a medida que las elaboradas formas de amplios y complejos escenarios se unían entre sí, sombras extrañas crepitaban

bajo los amarillos reflectores que colgaban de globos de gas. Una vez que los vehículos vomitaron sus cargas de actores conscriptos, una vez que las armas estuviesen cargadas y los trajes de malla tejida puestos, las grandes actuaciones del día comenzarían en serio.

Lo primero que pudo observar Verity de la gran cámara de la Catedral Lunar, por sobre el hombro de la poderosa armadura de la Hermana Miriya, fue la alta bóveda del techo de piedra blanca, elevándose sobre ella. Las piedras moteadas de mica, brillaban peculiarmente, de manera tal, que las

luces parecían danzar y jugar en las alturas, generando al fin una sensación introspectiva del convento. La Hospitalaria nunca había visto tanto oro en un solo lugar, estaba en todas las superficies, trabajado en líneas sobre los mosaicos en el piso, subiendo por las columnas en líneas de alta escritura gótica, o cerniéndose como gruesas líneas de un vasto tejido de red.

La gente lucía vestimenta tan adornada como el interior de la catedral, pasó cerca de una mujer, cuya expresión de superioridad y desdén, tan arraigada en lo profundo de su ser, solo podía concebirse a partir de la crianza,

su vestimenta imitaba el corte de los trajes inquisitoriales, y entre los más atrevidos podía destacarse los que imitaban la vestimenta de santos viviente, podía observarse que se abanicaban a si mismos con tesón, semicírculos de jade fino que al mismo tiempo, podían utilizar como un arma blanca de combate.

Verity dudaba de que cualquiera de esas nobles y perfumadas damas pudiera hacer alguna vez algo útil, pues había tropas de elaborados servidores cerniéndose sobre cada una de ellas, algunos pelando y deshuesando uvas, algunos degustando vinos para sus

amas. Algunos de los servidores, probablemente estaría armado con todo tipo de discretas, pero mortales armas de fuego. Ella observó a las maquinas esclavas ir y venir, observó la forma en que las mujeres dirigían a los siervos de este mundo, sin siquiera mirarlos, o hablarles, ignorando totalmente su existencia, a pesar de depender totalmente de estos.

Una de las damas, habló en susurros bajo la cobertura de su abanico, provocando una risa nerviosa en el grupo que la secundaba. Verity, supo clara e inmediatamente, que su presencia era el motivo de las risas y

burlas, que se sucedían a su alrededor.

La Hermana de Batalla llamada Cassandra, que se encontraba a su lado, advirtió las razones que entretenían al grupo, gesticuló como si olfatease, antes de girarse y mirar a los ojos de uno de los servidores, al tiempo que dijo sin dirigirse a nadie en particular.

—Un combate aceptable podría entablar… —y agregó—, pero imagino que cualquier atacante podría huir antes de que los servidores pudieran ser llamados a las armas.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó la hermana Portia.

—Incluso un Marine Espacial

encontraría esas fragancias irritantes —respondió ella, en voz baja pero que en realidad no sonó tan baja—. Sospecho que se usó una maquina de fumigación para perfumarlas.

Verity no pudo evitar echar una mirada retrospectiva a la mujeres de la nobleza, y observar como el rubor de color rosa coloreaba sus rostros.

Siguieron caminando, el murmullo agitado del festejo ascendía y decrecía, a medida que comerciantes y teólogos se dejaban llevar por las pequeñas charlas que mantenían. La Hospitalaria se encontraba junto a Miriya y su unidad, quienes a su vez, se mantenían

cerca de la Canonesa Galatea y su ayudante, la Hermana Reiko.

Verity vio docenas de sacerdotes en apretadas y numerosas filas, en cantidades tales que resultaba imposibles de estimar, todos vestidos con ropajes de rojo y blanco, algunos pocos vestían oro y negro, y los hombres de rojo se congregaban a su alrededor, como cachorros alrededor del líder de la manada. Verity se inclinó respetuosamente cada vez que uno de ellos cruzó la órbita del contingente de Adeptas Sororitas, pero sospechaba que su presencia no era siquiera notada. Se permitió inspeccionar los sectores

circundantes a la reunión, ni bien pasaron por debajo de un gran globo de plata sostenido por suspensores, pudo advertir la presencia de algunas hermanas de otras órdenes, representantes de las Ordenes Famulatas y Dialogantes. Compartió miradas con esas mujeres, inclinaciones de cabezas y por lo menos una docena de sutiles señales.

La mezcla entre piadosos y laicos era más o menos nivelada. La flor y nata de la clase magnate de Neva, que se pavoneaba con sus túnicas copiosas, demostrando gran arrogancia, incomodó a Verity, ya que este era

después de todo, un lugar de culto del Emperador, y no un salón de baile para los comerciantes petimetres. Los hombres, al menos casi todos eran masculinos, mostraban con orgullo medallones con sellos de las casas nobles a las que pertenecían, tabardos y túnicas. La Hospitalaria rememoró la última vez que había visto muchos de esos símbolos, marcados a fuego en la carne de los trabajadores contratados, o tallados en las humeantes fabricas como haría un niño indisciplinado embadurnando su nombre en una pared.

La procesión se detuvo con tanta

brusquedad, que Verity se sacudió de sus pensamientos y casi tropezó con la Hermana Isabel, que caminaba por delante. Se recuperó instantáneamente, frunciendo el ceño por su falta de concentración.

Solo le tomó un momento a Verity, reconocer al hombre que se paró frente a Galatea, con un saludo rígido en su postura. Ella ya había visto su rostro patricio, en las carteleras exteriores del puerto, y en algunas de las lunas, en los poster dibujados con groseros graffitis.

—Gobernador Emmel, ¿como está usted? —preguntó la Canonesa.

El gobernador, presentó una teatral

expresión de tristeza.

—Tan bien como se puede esperar, mi querida señora. Se me ha explicado que la principal atracción, la estrella de mi festival no aparecerá. —Verity podía asegurar por su tono de voz, que el gobernador Emmel estaba más angustiado por la perspectiva de lanzar un pobre festival, que de capturar a Torris Vaun.

—El Adepta Sororitas se asegurará, de que su sufrimiento será de corta duración —respondió Galatea suavemente—. El asunto está en nuestras manos.

Pareció resultar suficiente para

satisfacer el regente planetario, pues su mirada comenzó a vagar entre las mujeres perfumadas congregadas, en torno a la fuente de vino.

—Ah, bien, sé que puedo depositar mi confianza en las Hijas del Emperador…

Desde el borde de su visión, se acerco un grupo de aristócratas, animados por el buen beber y el tabaco dulce.

—Con todo respeto, eso no parece ser una idea del todo buena —dijo uno de los recién llegados, que a simple vista parecía ser del mismo estrato social que el gobernador Emmel y al igual que él,

tenía la mirada propia de un perro de caza, era delgado, enjuto, y parecía sediento de poder. La parte analítica de la mente de Verity, dio cuenta automáticamente del revelador color amarillento en los bordes de sus párpados, detalle común entre aquellos que fumaban kyxa, una planta cultivada en los mundos del Ultima Segmentum, que producía un narcótico levemente afrodisíaco, y demasiado costoso para la gente común.

El gobernador Emmel hizo una leve reverencia.

—Mi honrado Barón Sherring, su consejo es siempre bienvenido en todo

momento, ¿hay alguna cuestión que desea traer a mi consideración?

Sherring miró a Galatea y a las Hermanas allí reunidas, entonces sostuvo.

—Yo no sería tan osado como para poner en duda la dedicación de estas finas mujeres, pero las voces se alzan en las salas, gobernador. Mis compañeros barones se preguntan si nuestros guardias personales no deberían asumir la responsabilidad en la búsqueda del tal Vaun.

Miriya habló por primera vez desde que habían entrado en la sala, disculpándose inicialmente al decir:

—Con perdón del barón, pero pasa usted por alto una cuestión de cierta importancia —dijo.

—¿Lo hace? —entonó Emmel, tomando una copa de un querubín que pasaba—. Díganos.

—Torris Vaun deambulo libremente por este planeta, durante un período de dos años solares completos, antes de aventurarse fuera del planeta para continuar su carrera criminal. Durante dicho lapso, los soldados de las casas nobles fracasaron totalmente en la captura del psíquico —expresó al tiempo que observó a Sherring—. Pero perdóneme, ya que no tengo

conocimiento de los cambios radicales en la doctrina de combate que deben de haber inculcado en sus guardias desde entonces.

Sherring encubrió su molestia con el humo de su tabaco y Emmel tocó sus labios pensativamente.

—No recuerdo ningún cambio —dijo en voz alta—. Tal vez los hubo y ¿no se me informo?

El barón Sherring se inclinó diciendo.

—Tal como dije, era solo una sugerencia, nada más, es evidente que las Hermanas de Batalla tienen todo bien encauzado en sus manos —al

tiempo que se retiro despidiéndose con una falsa sonrisa.

Emmel advirtió la mirada de Verity quien le observaba, y le lanzó un guiño algo ebrio.

—Bien dicho, es un buen hombre, pero un poco ambicioso —a continuación miró a Miriya y le dijo—, hermana, su franqueza es refrescante, una buena característica en un guerrero —el gobernador se acercó a ella, y en ese momento su máscara de cordialidad afable desapareció—. Pero voy a estar decepcionado si esa es la única flecha en su carcaj —entonces la afable sonrisa reapareció y se dirigió lejos en busca de

nuevas copas antes de que desapareciesen.

En su lugar apareció un oficial de la guardia de guarnición planetaria, barbudo y de frondosa ceja, el hombre llevaba el uniforme local de color verde hierba y negro, salpicado con todo tipo de pulidas condecoraciones. En su cintura portaba una pistola láser ceremonial hecha de vitrio y una cimitarra.

—El señor diácono solicita su atención —su voz sonó plana.

—Yo estaría encantada de hacerlo, coronel Braun —empezó a decir Galatea, pero el oficial negó lentamente

con la cabeza.

—El señor LaHayn desea la atención de la Hermana Miriya —Braun miró a Verity—. Y de la Hospitalaria también.

La Canonesa disimuló su molestia.

—Por supuesto —asintió con la cabeza, pero el coronel ya no le prestaba atención ya que estaba de camino.

Verity notó como se le secaba la garganta, cuando se puso en camino junto a Miriya, y le tomó un instante recuperar el habla.

—¿Qué le digo?

La expresión de Miriya permaneció rígida, el rechazo hacia la gente que

asistía a la reunión, le resultaba mas fuerte que los perfumes que usaban.

—Lo que él quiera oír.

* * *

El Piso superior de la Devota Piedad, se extendía hacia fuera como un labio sobresaliente, ubicado sobre el sector mas ancho de la torre de la catedral, bien alto y sobre las masas rebosantes de abajo. Mientras que el pálido ruido generado por la música refinada se mantenía dentro de la capilla, allí

afuera, en la terraza con forma de medialuna, la noche parecía flotar sobre olas de aplausos e himnos. Había filas de iluminadores por todas partes, pero ninguno de ellos funcionaba de momento, la única luz provenía de abajo, de los proyectores y de las numerosas e incontables electro-velas en manos de la audiencia que llenaba el anfiteatro. Braun las guió entre las ocupadas líneas de servidores aun preparando lentes hololíticas, y las redes del cableado de bocinas. En el extremo elevado de la terraza, el gran Señor Diácono de Neva, Viktor LaHayn, se sentó encima de una

muralla de piedra viendo la multitud debajo, y al parecer, afectado por la vertiginosa vista.

Tuvo que levantar un poco el tono de su voz para que le oyeran.

—Ellos no nos pueden ver aquí arriba —comenzó el lord sacerdote—, estamos en las sombras, y si alguno de ellos, mirase hacia aquí arriba, podría perderse las palabras y ello sería imperdonable.

Miriya miró hacia abajo, hacia una inmensa pasarela, hecha con pequeñas placas torneadas, desde la cual resonaban palabras en gótico antiguo y la letra de los himnos rodaba sobre las

placas para que el público pudiera ver.

—Sin duda, señor, que deben ¡conocer las palabras de memoria!

LaHayn lanzó una mirada divertida al decano que se encontraba a su lado.

—Habla como una verdadera Sororita, ¿eh Venik?

El otro hombre asintió con la cabeza, y luego hizo un gesto a Braun. Sin emitir palabra, el coronel hizo una leve reverencia y se retiró hacia la compañía de una docena de hombres de armas posicionados en la puerta de la capilla. Quedó claro para Miriya, que el diácono aguardó hasta que los soldados se alejaran y no pudieran

oírle.

—Todos aquellos que no pueden leer, aprenden a memorizar —dijo LaHayn—. De esta manera, la palabra del Dios Emperador nunca se pierde para nosotros, permanece inalterable, inviolable y eterna.

—Ave Imperator —el ritual saludo, escapó de su boca inconscientemente.

—¿No es así? —dijo el lord sacerdote y sonrió de nuevo—. Hermanas Miriya y Verity, espero que no vayan a pensar mal de mí por mi exhibición en el convento, entiendan que el celo que el Emperador me infunde, es a veces más de lo que un

anciano puede soportar. El asunto del criminal Vaun me ha encolerizado.

—Su luz nos toca a todos, a su manera —hilo Verity, manteniendo la mirada baja.

—Y ustedes comparten mi pasión por esta misión, ¿no? —La voz de LaHayn sonó casual, pero cargada como un multiláser para la Hermana Superiora.

—¿Cómo no hacerlo? —respondió ella—. Se llevó la vida de una de mis camaradas de mayor confianza, una Hermana condecorada que dedicó su existencia entera a nuestra iglesia y sólo por ello, él, morirá un centenar de

muertes —ella mantuvo la voz firme, con esfuerzo—. La violación de la mente de la Hermana Iona, lo oscurece aún más. Si estuviera en mi poder, le ofrecería al gandul, para que pudiera ser ella, quien golpease su cabeza desde su cuello.

Dean Venik levantó una ceja, pero la expresión de LaHayn no se alteró.

—Me complace oírle decir esas palabras, he orado por el alma de Iona hoy en mi misa privada, espero que por la gracia de la condición Repentida, pueda encontrar el consuelo que ella busca.

Un nervio saltaba en la mandíbula

de Miriya, ya que Iona, tal vez nunca habría tomado el terrible exilio de los arrepentidos, de no haber sido por las demandas de LaHayn respecto a la contrición, y ese simple y determinante hecho, parecía ser omitido por el lord sacerdote.

—Honorables Hermanas, requiero que mantengan al decano al tanto de los adelantos de sus investigaciones en todo momento. Estoy seguro de que entenderán que tanto el gobernador Emmel, como el congreso planetario, tienen sus reservas respeto a su constante intervención, a pesar de lo cual, me he asegurado de que puedan

progresar sin censura indebida.

—He recibido instrucciones superiores, por lo podrán hacer uso de mis instalaciones durante el tiempo que dure la caza del criminal —añadió Venik—. Pueden solicitarme directamente la intervención en cualquier cuestión, que quede fuera de su ámbito de competencia.

—Es usted muy generoso —añadió Verity.

—Dígame —dijo el lord sacerdote en un tono confidencial—. Tengo entendido que usted llevó a cabo un interrogatorio en el reformatorio. ¿Qué descubrieron?

—No tengo conclusiones que ofrecer por el momento, mi lord —Miriya habló rápidamente, adelantándose a lo que Verity probablemente pudiera decir—. Pero temo que la orquestación de la fuga de Vaun no fue mero oportunismo, sino algo planeado.

—¿De veras?, debemos considerar eso con cuidado. —Algo más abajo en la arena, hizo que la multitud gritase con asombro y llamó la atención de LaHayn por un momento, de seguido observó a Miriya y sostuvo—. Vaun no será una presa fácil, hermana, es una persona difícil, mortal y brillante en

ello.

—Es un matón —señaló ella con una muestra de creciente irritación.

El sacerdote pareció no darse cuenta de ello.

—Sólo exteriormente querida, me he encontrado con él cara a cara, y puede ser encantador cuando quiere.

—Si usted ha estado lo suficientemente cerca para mirarlo a los ojos, ¿como es que no ha muerto? —replicó. Venik respiró hondo y le lanzó una mirada de advertencia, que Miriya ignoró—. Me pregunto por qué una criatura como esa, no fue capturada en su juventud para la cosecha de las

Naves Negras.

—Torris Vaun es astuto —señaló LaHayn—. La compasión y el amor son cualidades de las que su frio corazón carece, hermana.

Verity estudió su cara mientras hablaba.

—Habla como si le admirase, mi lord.

El sacerdote rió suavemente.

—Como solo podría admirarse el funcionamiento de un bólter o la virulencia de una enfermedad, créame, no encontrará en Neva a nadie más interesado que yo, interesado en que Vaun conozca el fin que para él he

planeado.

El decano hizo un ademan como para despedirlas, pero Miriya se mantuvo firme.

—Diácono, aún no ha respondido a mi pregunta.

LaHayn de pie, se sacudió una mota de polvo de la rica tela carmesí y oro de sus vestiduras.

—A veces, la muerte por sí sola no es suficiente para satisfacer la ley del Emperador —dijo lacónicamente, con palabras duras y fuertes—. Como los poderes de los Adeptus Astra Telepática, que me complace no poseer —el alto sacerdote dio a las dos mujeres

una larga y calculadora mirada—. Deje que le pregunte algo. ¿Teme a la brujería?

—El psíquico es la puerta por la que atraviesa el caos, y solo a través de la esperanza, el sacramento y la negación, pueden aquellos tocados por la maldita visión, vivir y servir a Terra —dijo Verity repitiendo las palabras de la Liturgia de la Retribución.

—Bien dicho, pero ahora es usted Hermana quien no responde a mi pregunta —dijo mirando a Miriya, al tiempo que agregó—, respóndame, hermana. ¿Teme la brujería?

No dudó en responder.

—Por supuesto que sí, la Hermana Verity tiene razón en lo que dice, un psíquico podría destruir a la humanidad si no fuese estrictamente controlado, su relevancia es tal como la de un enemigo mutante, un hereje, un alienígena o un demonio, el miedo a ello nos hace mas fuertes, ese temor alimenta nuestra lucha, y sin él, no tendríamos razones para luchar.

—Justamente —asintió LaHayn, agregando—. Si mi mente albergaba alguna duda, de que usted era la indicada para acabar con esa peste, esa duda ha desaparecido —se inclinó hacia ellas—. Ahora, discúlpenme, pero la

campana esta próxima a tocar y tengo un sermón que brindar —aseguró el sacerdote señalando a las multitudes con un movimiento de sus brazos.

Cuando Venik las despedía, Miriya se detuvo y se volvió hacia él.

—Disculpe, diácono —dijo—. Hay otra pregunta que me gustaría plantearle.

—Si es rápida contestare.

Se inclinó de nuevo.

—Si bien nos hemos centrado en la incidencia de la fuga de Vaun, hay un solo factor que escapa a mi entender, el criminal tuvo la oportunidad de ir a donde quiso, a un centenar de mundos

distintos de éste. ¿Por qué, en nombre del Emperador, ha elegido retornar a un planeta donde su rostro y maldad son tan conocidos? ¿Qué posible recompensa podría existir en Neva, como para arriesgarlo todo? —Miriya se dio cuenta de que Verity estaba observando a ambos muy de cerca.

El rostro de LaHayn permaneció inmutable.

—¿Quién puede entender la razón o la mente de un loco, Hermana? Confieso que no tengo una respuesta para usted.

Miriya se inclinó una vez más, y Venik se retiró dejándolas en manos

del coronel Braun, quien a su vez las condujo por un par de niveles de los miradores. Verity estaba en silencio, con el rostro pálido y su mirada volcada hacia pensamientos internos.

—¿Qué piensas? —preguntó.

Verity tomó su tiempo para responder.

—Yo… estoy confundida —dijo la Hospitalaria, las palabras le resultaron difíciles de decir—. Por un momento, pensé… la dilatación de sus ojos, el tono de su respuesta…

Miriya se acercó más, de manera tal que solo ellas podían oírse.

—Dilo.

—No —Verity negó con la cabeza —. Debo estar en un error.

—Dilo —repitió la Hermana de Batalla—. Dímelo, así sabré que no soy la única que tiene dudas.

Verity la miró a los ojos.

—Cuando tu le preguntaste acerca de las razones de Vaun… el nos mintió.

—Así es —asintió Miriya—. Pero… ¿con que finalidad?

* * *

Cuando las luces lo iluminaron,

LaHayn sintió como si su ser estuviera proyectándose hacia arriba, hacia las estrellas, mas allá de los confines de su figura de carne humana, para convertirse en algo más grande y más efímero, algo mas relacionado con la supernova más brillante, que era la luz del Dios Emperador. Ello nunca dejaba de regocijarle.

Había un viejo dicho en Neva, que decía: «… todos los hombres allí nacidos, tenían la vocación». De hecho, a todo joven, se le obligaba a participar en seminarios por determinada cantidad de tiempo, para ver si eran adecuados para la casta masiva de los

clérigos. Había sido bajo tan sencillas circunstancias, que Viktor LaHayn había entrado en la órbita de la Iglesia de Terra, y en esos claustros lúgubres, entre los adeptos de rostro sombrío, los sacerdotes encendidos por una oratoria eterna, es donde había encontrado realmente su primera vocación. El mero pensamiento de aquellos días trajo una sonrisa a su cara, eran tiempos menos complicados, cuando la palabra y la persecución era todo lo que ocupaba su mente, cuando lo único que necesitaba era la espada sierra en su fuerte mano derecha y el Libro del Destino, en su mano izquierda.

La rugiente multitud, llenó sus sentidos y él les dio la bienvenida, levantando las manos e imitando el antiguo signo del águila, el águila de dos cabezas divinas, ciegas, pero que sin embargo todo lo ven, con la visión del futuro y el conocimiento del pasado, desplegando las alas para proteger a la humanidad.

En momentos de introspección como éste, LaHayn se preguntó qué sucedería si pudiera volver al pasado y conocer a su yo más joven en aquellos días perdidos. ¿Qué le diría? ¿Podría resistirse a susurrar los secretos que más tarde se le revelaron? ¿Cómo podía

hacerlo, si para ello, debía negar la verdad a su juventud inexperta, violando las revelaciones que ardían en su alma?

LaHayn vio su imagen hololítica crecer a proporciones gigantescas y bebió el temor de su congregación. Si la primera llamada lo había llevado a un vasto y nuevo mundo al servicio del Emperador, entonces la segunda llamada lo había llevado directamente a los pies del trono dorado. Ninguno de los presentes en el anfiteatro podía verlo, pero sintieron las palabras que pronunció, el toque que puso en ellas, nacidas en su corazón, tal como él

sentía, la innegable justicia de sus palabras.

Las piezas finales fueron uniéndose. Lord Viktor LaHayn era la mano del Dios Emperador, su voluntad se haría y nada podría evitarlo.



Cinco

La Iglesia Imperial era un motor alimentado por la devoción, una máquina lubricada por la sangre de sus fieles, y a través de cientos de miles de estrellas, los templos y torres del espíritu del Dios Emperador proyectan largas sombras. Como cada planeta, la población era distintiva, por lo que cada

sociedad se llevó el culto del Señor de la humanidad y lo hizo suyo. En los planetas salvajes como Miral, los nativos primitivos lo vieron como un gran animal al acecho en las profundidades estigias de sus bosques. El mundo forja Telémaco le venera como el gran herrero, el moldeador de todas las cosas, la gente de Limnus Epsilon cree vivió en su sol, respirando resplandor sobre ellos.

La iglesia había aprendido en los días de la Gran Cruzada que imponer su voluntad sobre los mundos mediante la erradicación de sus sistemas de creencias y empezar de cero era un

proceso largo y molesto. En cambio, la Eclesiarquía trabajó por la coerción y el cambio, convirtiendo las religiones nativas a la Santa Faz de Terra y mostrarles la gran verdad del universo, que todos los dioses eran el Dios Emperador del hombre, de una forma u otra.

En un mundo como Neva, donde el dogma y el credo se enroscan irreversiblemente a través de cada uno de los aspectos de su civilización, las guerras se han peleado en algunas zonas sagradas por versos individuales o en los puntos más pequeños en la lectura de oraciones. Barones y señores

de la ciudad se habían puesto unos en contra de los otros cuando las interpretaciones de credo hacían hervir a la gente en violenta discordia. En ese planeta, donde cada hombre, mujer y niño oraron a Terra en el miedo de sus almas inmortales, hubo fricciones y conflictos peligrosos sobre el significado y el motivo de la palabra de la iglesia.

Para poner fin a esa falta de armonía, Neva necesita un milagro, y por la gracia del Dios Emperador, recibió una. Las personas la llamaron la «Bendición de la Herida».

El señor LaHayn no hablaba, esperando un gesto de la multitud para

comulgar con su silencio. Simplemente observaba y esperaba, con aspecto neutro y con las manos entrelazadas detrás de la espalda. El fantasma de la proyección hololítica brillaba intensamente debajo de él, se cernía sobre el escenario montado en la arena, colocado el proyector en la suciedad del anfiteatro. Permitió que su rostro se fijara suavemente en uno y otro, con los ojos de la imagen escaneada miraba con frescura y firmemente a la gente. Hacia ya mucho que LaHayn había dominado la capacidad para hacer frente a una multitud y que cada persona pensase que era sólo a él a quien estaba

realmente hablando.

Cuando mas tranquilos, se acallaron, les hizo una leve reverencia.

—Hijos e hijas de Neva. Estamos bendecidos. —El lord sacerdote sintió la mirada de miles sobre él, miles de respiraciones, celebradas en gargantas estrechas—. El camino hacia un mejor mañana se extiende ante nosotros, hacia un futuro que es dorado y eterno, pero nuestro viaje, juntos, debe atravesar un desierto de dificultades y conflictos.

Inclinó la cabeza.

—Cada año nos reunimos aquí para pedir que se nos conceda la bendición.

¿Por qué? Porque somos la humanidad. Porque somos los hijos del Dios Emperador, el hombre más supremo que jamás tomó aire. A través de sus siervos, le conocemos y sabemos sus palabras. Somos conscientes de lo que se espera de nosotros. Nuestros deberes, para ser fuertes, para no debilitarse, para purgar los xenos, al mutante, al brujo y al hereje de nuestras filas. —El sacerdote miró de nuevo—. Sabemos que el precio de algunas cosas no se paga siempre con oro, ni con uranio, ni con diamantes. Muchas solo necesitan la fe inquebrantable. Así como algunos

precios deben pagarse con sangre.

»Cuando la flota de guerra de Santa Celestine apareció en la órbita de Neva para anunciar el paso de la tormenta de disformidad que había aislado el sistema, las iglesias de todo el planeta se llenaron a reventar. Muchas vidas se perdieron en algunos lugares, cuando capillas llenas de fieles, se derrumbaron por su propio peso. Según algunos registros de la época, la santa en vida hizo un descenso planetario en el Disco-rock a algunos kilómetros de Noroc, aunque las cintas logísticas de insignia del guerrero nunca corroboraron plenamente este

incidente, por lo que algunos historiadores en otros mundos parecen dudar de las palabras de los sacerdotes de Nevan. Pero cierto o no, el paso de la Santa bajo el sol de Neva cambió el planeta para siempre. Los monjes viven en el monasterio que se situó en el viejo Disco-rock ahora custodiados en El Clavo. Rodeada de vallas de metal electrificadas, había una huella poco profunda en la piedra plana, supuestamente marca el lugar donde la bota de oro de Celestine tocó por primera vez la superficie de Neva. Solo a los mas rico y las castas nobles mas favorecidas del planeta se les permitió

arrodillarse allí y besar la marca. Algunos rituales incluían cortarse y ofrecer unas gotas de la propia sangre a la huella, solo si era suficientemente alta la cuna de su nacimiento y fervorosa su devoción.

»Santa Celestine, la Hieromartir de la Cruzada Palatina, sólo fue superada por el Emperador en el número de capillas dedicadas a su nombre en Nevan. Su rostro adornaba monedas, iconos y obras devocionales, en cada una, el hombre que había llegado a ser conocido como Ivar de la herida asistía a sus pies.

El sacerdote reunió a la gente con

los brazos abiertos.

—Me siento muy honrado por el magnífico ejemplo que da mi congregación al haberse establecido. Los obreros y artesanos entre vosotros que laboran y no preguntan por aclamación, pero aceptan el honor de seguir a nuestro noble gobernador Emmel. Los soldados y guerreros que se queman con el fuego frío y determinación inquebrantable, sin inmutarse ante la amenaza de la herejía y lo antinatural. Los pastores y clérigos que tienen el alma de nuestro pueblo en sus manos, protegiéndolo de las mentiras de los traidores y desleales. Y

aquí estamos buscando, solo, la recompensa a tal servicio. —Hizo la señal de la águila una vez más—. Estoy siempre en el temor de ti. —Después de un largo rato, volvió a hablar, pero ahora la calidez de su voz estaba sangrando, cambio a algo frío y duro—. El mayor orgullo de los Nevan es el orden, sin embargo hay algunos entre nosotros que sólo buscan el caos y la destrucción. Así como un cirujano puede cortar una extremidad para extirpar un cáncer letal, debemos hacer lo mismo. Nuestra sociedad ofrece muchísimo a aquellos que siguen la ley, sin embargo, estos criminales quieren

sólo la discordia y la anarquía. Ser piadoso es ser fuerte y no ceder a esos delincuentes. ¡Recordad! El robusto heredará el mañana, los débiles serán enterrados hoy. Tenemos que proteger a nuestros niños y nuestra nación a partir de la malignidad de la rebelión. En el nombre de Ivar, deben saber el costo. ¡Deben saberlo!

»La historia de Ivar era famoso para cada Nevaniano, se enseña en las guarderías y se les recuerda una y otra vez durante toda su vida. Había libros de su vida, pesados con ilustraciones llamativas y pocas palabras para los ingenuos de los jóvenes, o densos, con

capas de interpretación para el pensador. Cada año la iglesia emitía por las redes públicas vox una biografía, un video drama del hijo pródigo. Fueron celebradas sus obras en mas de una canción y su perfil aristocrático adornada murales en todo el planeta.

»Siendo solo un soldado corriente guardando la ciudad de Noroc, Ivar había sido testigo de primera mano de la llegada de Celestine en aquellos días turbulentos, cuando la sombra de su nave calmó las guerras y desestimó la tormenta disforme, se sintió tan conmovido por ello que se reunió con una legión de guerreros y siguieron a la

Santa en su Guerra de fe. Lo llamó un pago a cambio del rescate de su mundo natal por Celestine, con lo que en los meses que siguieron Ivar y sus hombres se comprometieron a sí mismos como milicias al servicio del Adepta Sororitas. Los soldados de Ivar lucharon con la pasión de los verdaderos fanáticos, su número adelgazaba a ojos vista por el desgaste, hasta que al final sólo quedo vivo el mismo Ivar.

»Definitivamente, en los campos de batalla del Cluster Kodiak, donde las fuerzas de Celestine habían encontrado un cónclave eldar, la Santa en vida se vio envuelta en un combate cuerpo a

cuerpo con un señor de la guerra alienígena. Ivar, tratando de demostrar su devoción, intentó y no pudo estrangular al señor de la guerra con sus propias manos, en su lugar se encontró tomado como escudo humano por la criatura xenos. Frente a Celestine, el xenos creía que nunca mataría voluntariamente un miembro de su propia especie a sangre fría. Pero Ivar fue declarado por la Santa un sacrificio necesario para destruir al comandante eldar. Celestine pillando así desprevenido al eldar, hundió la punta ardiente de su espada en el pecho de Ivar, lo atravesó, escindiendo el corazón

del eldar así como su vida. Pero cuando se retiró la espada, por algún milagro, Ivar aún respiraba.

»El celo. La pureza. El deber. Los pilares de la iglesia son la plataforma en la cual estamos cimentados firmes, inquebrantables e interminables. Miramos hacia el futuro, que sólo se puede lograr, como Ivar nos mostró. La historia no confía el cuidado de la libertad para los débiles o los tímidos mucho tiempo. —LaHayn volvió a la cadencia suave y cuidadosa de sus palabras anteriores—. Cada uno de ustedes comparte el orgullo más grande con todos ellos, que son los

verdaderamente virtuosos. Nosotros, seremos implacables con aquellos que se oponen a nuestra visión, amos de ésos a quienes derrotamos, inmutables ante la adversidad. Compadezco a todos aquellos que no han nacido bajo nuestros cielos, a los que nunca conocerán el toque de la justicia tal como la hacemos.

La multitud rugió su aprobación, y LaHayn les dio una sonrisa paternal.

—El camino que hemos elegido no es fácil. La lucha es la madre de todas las cosas y la verdadera virtud reside en el derramamiento de sangre. Pero no nos cansaremos, no vamos a fallar, no

fallaremos. En la sangre de nuestros hijos viene el precio que debemos pagar. La sangre solo mueve las ruedas de la historia, y vamos a ser resueltos, no temeremos ningún sacrificio y superaremos todas las dificultades para ganar nuestro justo destino. La redención está a nuestro alcance. Las recompensas del Emperador por sus hijos que muestran valor y fidelidad, así como él rechaza ¡a los que viven sin ella! —El anfiteatro exploto con el sonido, las aclamaciones resonando en las paredes y lo amaban por eso.

—El corte de la espada en el pecho de Ivar nunca sanó. En honor a su gran

coraje, Santa Celestine lo liberó de su obligación con ella y le ordenó que volviera a Neva, para servir a la voluntad del Dios Emperador con su pueblo. Desde ese día hasta el final de su vida, la santa herida de Ivar no cerro, y a pesar de la constante agonía que le trajo, la llevaba como una insignia de honor. Se dijo que los ungidos con una gota de sangre del corte de Ivar fueron bendecidos, y las vendas con las que se envolvió se veneran aun a día de hoy como reliquias sagradas. Ivar alcanzó el rango de señor diácono y fundó la construcción de la gran Catedral Lunar.

Su legado de sacrificio voluntario, la penitencia, el derramamiento de sangre y el dolor se convirtió en la base sobre la que se sitúa la secta de la Iglesia Imperial de Nevan, con su orientación, la Bendición de la herida tomó su lugar como el acto religioso más importante en el calendario del planeta.

Miriya y Verity se situaron en el borde de la galería en un estriado balcón, viendo el alboroto de la actividad en los bordes de la pista. La imagen hololítica de LaHayn hizo una reverencia y se desvaneció en la noche, con un gran clamor creciente por parte del público a su paso. A continuación,

el sitio se lleno de gente con todo tipo de trajes chillones, que corrían saliendo de puertas ocultas, formaron en líneas de baile irregulares o paseándose de un lado a otro bailando sin rumbo. Justo debajo del nivel de las galerías de observación, había pasadizos y pórticos de acero fino, pintado en tonos neutros para que no se destacaran al quedar bajo la luz de los proyectores. La Celestial y la Hospitalaria podían ver a la gente con monos grises trabajan febrilmente en cables y poleas, las piezas fabricadas de los conjuntos de madera que quedaban debajo se desplazaban y se movían al ritmo, con

el murmullo del edificio que recogía los cantos corales.

Verity parpadeó ante las figuras en el anfiteatro.

—Esos son… Son sólo niños.

Miriya siguió su mirada hacia un grupo de jóvenes y frunció el ceño. Iban vestidos con malas imitaciones de armaduras de las Adepta Sororitas, muy parecidas pero hechas de simple tela y cartón en lugar de ceramita y Flexiacero. Uno de los adolescentes tropezó, aferrándose rápidamente la cabeza para mantener una peluca como de paja, pareciendo el pelo lacio que imitaba el corte tradicional de las

Hermanas de Batalla.

—Yo… yo vi esos jóvenes en la calle, cuando viajaba al convento. ¿Es una especie de juego?

Miriya asintió.

—Los Juegos de la Penitencia, como se les conoce. Una reconstrucción de los grandes acontecimientos de la Guerra de la fe de San Celestine. Nunca los he visto yo misma…

Mira allí, señaló Verity.

—¿Ves a esos en el escenario? ¿Qué se supone que son?

—Eldars —observó Miriya, reconociendo los cabos rudimentarios y plumas que adornaban la falsa

armadura de los actores—. Están representando la batalla por el Kodiak Prime, o algo parecido. —No pudo evitar una mueca de su rostro. Toda la actuación fue una caricatura, un espectáculo ridículo, podría haber sido cómico si no lo hubiera encontrado tan ofensivo. Miriya se había enfrentado a los xenos en batalla, y los Eldar con los que había luchado eran aterradores, asesinos mortales llenos de una gracia poderosa y una velocidad imparable, estos pobres imitadores en el anfiteatro eran torpes, bufones en comparación, una parodia exagerada y simplista de la realidad.

La multitud no compartía su baja opinión, sin embargo. Los lugareños estaban cantando y gritando, haciendo girar banderas de celebración sobre sus cabezas o lanzaban pequeños fuegos artificiales muy vistosos. A través de los megáfonos en el estadio sonaron los primeros compases del Palatino de marzo, y los dos bandos en la batalla de imitación corrieron el uno al otro, aullando gritos de guerra incoherentes.

—Esto es una burla —gruñó Miriya.

—Es inquietante… —admitió Verity —, pero no se aprecia en los Nevanianos. Es su manera de honrar a la Santa.

La replica de la Hermana de batalla fue silenciada por el estruendo de unos disparos que se levantó desde el anfiteatro. Las manos enguantadas de Miriya se tensaron de forma automática en el sonido de un centenar de stubbers balísticos que se apagaron en una sucesión irregular. Todos los participantes en la escaramuza se estaban disparando unos a otros, pero donde se hubiera esperado que se golpearan unos a otros con balas de pintura y otros aderezos, sonó el crujido plano de las balas.

—Están usando armas reales… —A medida que la Hermana Superiora

observaba, una de las inexpertas jóvenes vestida como Sororitas descargó una salva de disparos en un niño con zancos rechonchos, los obuses pesados rasgaron a través de la madera y tela las imitaciones de la armadura eldar. La sangre ya estaba empapando las arenas allí donde los actores caían.

—Santa Terra —jadeó Verity, se llevó la mano a la boca en estado de shock.

Muy cerca, uno de los palcos ocupado por ricos mercaderes en la catedral aplaudieron y uno soltó una carcajada.

—¡Qué magnífico esfuerzo este año!

Esta bendición será una de las mas recordadas.

Miriya se volvió hacia él.

—Están matándose unos a otros.

La expresión del hombre corpulento se hizo añicos bajo la mirada plomiza de la Hermana de Batalla.

—Pero… Pero por supuesto que lo están. Así es como se hace… —Se obligó a sonreír—. Ah, por supuesto. Perdonadme. Ambas deben ser de fuera, de otros mundos, ¿no? ¿Las dos son nuevas en Neva y el festival?

—¿Qué clase de bendición exige que se fuerce a su gente a matarse unos a otros? —Desafió Miriya.

—¿F-fuerce? —dijo el comerciante—. Nadie está obligado, es un honor. —Buscó en los pliegues de su túnica y recuperó un pliegue de documentos largos de un bolsillo oculto—. Los participantes en la reconstrucción están mas que dispuestos… Bueno, excepto por unos pocos indomables del reformatorio y algunos internos del asilo. —Uno de los documentos era de un rojo oscuro, bien abiertos le acerco el paquete de papeles a ella—. Todo ciudadano que recibió uno de estos expedientes en la lotería oficial sabe que están obligados a participar en la genial recreación. ¡Todos estamos más que

dispuestos a hacer nuestra parte en la penitencia!

Miriya le arrebató el papel rojo.

—Entonces, dígame, señor, ¿por qué estás aquí y no allá? —Señaló con el pulgar en el cuerpo a cuerpo por debajo de ellos.

Al comerciante se le coloreo la cara.

—Yo… yo hubiera estado feliz de presentar a la iglesia, pero di una donación sustitutiva perdiendo así mi lugar!

—¿Compró su salida con monedas? ¡Qué suerte para usted que sus arcas estuvieran suficientemente abastecidas —se burló—. ¡Si tan sólo otros fueran

tan afortunados!

—Mire aquí —replicó el noble, tratando de mantener un nivel de superioridad—. Aquellos que soporten la Bendición son elogiados y recompensados. Nuestros mejores médicos les asisten si hay secuelas, y aquellos cuya fortaleza es menor, ¡son enterrados con todos los honores!

Apenas capaz de contener su ira, Miriya se dio la vuelta, dejo caer su mano inconsciente a la empuñadura de su pistola enfundada de plasma. El sonido y la furia de la confrontación la galvanizo y la hizo chirriar los dientes, lo que provocó que despertaran los

viejos instintos de batalla que estaban muy arraigados.

—Celestine, Celestine. —El grito provenía de uno de la comitiva de los comerciantes, y el nombre fue recogido y repetido por la multitud.

A partir de una trampilla oculta en las paredes de la catedral, una figura alada en oro emergió para volar sobre el anfiteatro, planeando como un ave de presa.

Verity observaba a la chica vestida como la Santa en vida como planeaba sobre la arena manchada de sangre, un conjunto de poleas en la parte baja de la espalda conectados por cables

vidriosos a un equipo en las pasarelas suspendidas. Los trabajadores con trajes grises tiraron de palancas, estos a su vez de husillos y poleas que al ponerse a trabajar la trataban como si fuera una marioneta. A su vez, sus alas de plumas de papel revolotearon y rompieron a través del aire, un halo de latón pesado destacaba sobre su cabeza, adornado con biolumenes amarillentos, había también una réplica de gran tamaño de la bendita arma del Celestine, la Espada Ardiente, fijada a un lado, por los amarres.

Un dispensador escondido debajo de su cintura escupió un torrente de

hojas de papel, cada una impresa con un mensaje devocional y un vale para el diezmo. La gente en la multitud forcejearon y se arrebataban el aire mismo tratando de ganarle la partida a los vientos nocturnos.

La pseudo Santa bajo su espada y cortó la cabeza y el torso de una docena de hombres en traje de eldar. La hoja era sólo para mostrar, bastante roma, demasiado poco contundente para cortar una rama, los golpeados estaban conmocionados o tambaleándose lejos con huesos rotos.

Verity lo vio y sintió náuseas. No era que ella fuera débil o no, ni que le

afectara la vista de la sangre derramada, pero el teatro malicioso donde este espectáculo se desarrollaba la hacía sentirse incómoda. Sobre las lunas donde servía en las salas de los hospicios, en los centros de cuidados paliativos, ha habido historias de las cosas hechas en nombre del Emperador en Neva, pero no siempre eran historias sobre el mundo exterior, y la hermana Verity nunca fue de las que daban demasiado crédito a los rumores e insinuaciones. Ahora deseó haber prestado mayor atención. La indiferencia insensible que se demostraba a la vida humana en juego

aquí, sacudió la esencia misma de la promesa de Verity a la Orden de la serenidad y la obra de su vida como hermana Hospitalaria. El juramento que había hecho el día en que ingresó en la Hermandad volvió a ella: En primer lugar, no hacer daño a los súbditos del Emperador. Tomare el dolor de quienes lo sufren e infringiré sólo a aquellos que están en contra de Su luz.

—Este es un universo severo —oyó el comentario un comerciante a uno de sus acompañantes—. No es por casualidad que nuestra iglesia y nuestro festival reflejan la verdad de eso.

Después de todo, si la sangre no se derrama en el día de hoy, ¿de que otra manera podríamos esperar mostrar al Emperador nuestra devoción?

Una ráfaga de movimiento atrajo su atención. En el pórtico de unos pocos metros más abajo, los hombres de gris fueron presa del pánico. Años de edad, con exceso de trabajo, los tirantes de la pasarela al final se rompieron con un golpe de percusión y los cables partidos fustigaban indiscriminadamente, uno rozo a un hombre en el pecho y lanzo a otro a través de la borda de la pasarela hasta su muerte. La muchacha que representaba a Celestine fue

repentinamente apartada de su patrón de vuelo y se tambaleó hacia arriba como un pez enganchado. La espada colgaba de sus dedos, y con horror, Verity vio que los cables de vidrio la enlazaban alrededor de su cabeza y cuello. Si la multitud en las gradas entendía o incluso le importaba lo que había pasado, la Hospitalaria no tenía ni idea, pero vio claro como el agua la cara de terror abyecto en la niña cuando empezó a ahogarse.

La Hermana Verity reacciono sin mediar ningún pensamiento consciente, saltando sobre el borde de la terraza. Botas raspado la piedra, se deslizaron

por la cara de la catedral aterrizando en la pasarela. Corría como un cometa hacia la chica atrapada antes de que fuera consciente siquiera que Miriya la llamaba.

El comerciante y su troupe de dandis perfumados escaparon de la realidad estallando en risas cuando la Hospitalaria saltó, se llevaron gran parte del autocontrol de Miriya, poco le falto para no tirar a uno de ellos tras ella. Sin embargo les disparó una mirada dura como el acero, siguió a la mujer hasta el pórtico, gritando su nombre, pero Verity no pareció oírla, concentrada como estaba con la chica sin suerte,

atrapada en los cables por debajo de la pasarela.

Los trabajadores que no habían sido afectados o muertos por los cables rotos eran de poca utilidad, y los aparto a un lado. La pasarela chilló y se quejó por debajo de ella a cada pisada, motas de polvo goteando sobre las antiguas articulaciones. El mecanismo de la polea rota gimió como un animal moribundo, y la mano de Miriya salió disparado para agarrarse a un soporte cuando la cubierta comenzó a inclinarse. El marco estaba lleno de moho y de descomposición.

—¡Verity! No estamos seguras aquí.

El Hospitalaria ya estaba aupando a la niña. Viéndola con el rostro ceniciento mientras trabajaba para quitarle el cableado que enlazaba el cuello magullado de la joven.

—Creo que todavía puede vivir…

En respuesta, la pasarela dejó escapar bruscamente un grito de acero quebrado y se partió bruscamente. De repente, la chica disfrazada cayó lejos de las garras de Verity, Miriya dio un rápido salto hacia adelante para coger a la Hermana Hospitalaria antes de que cayera. Sus manos casi se encontraron, la Hermana de Batalla acabo agarrando la capa del traje y justo en ese momento

el pórtico se desintegró.

Los elementos contaban con siglos de antigüedad y se mantuvieron así como fueron hechos. Los artesanos y técnicos no fueron los más favorecidos de las castas en Neva e incluso en el anfiteatro de la Catedral Lunar, nunca tuvieron manos lo suficientemente hábiles para dar servicio a toda la maquinaria de la iglesia. Acero y cuerpos cayeron por el aire y se estrellaron entre la madera y la fibra de las falsas cúpulas eldar, directamente en el centro de la arena.

* * *

Los nudillos de Galatea se pusieron blancos cuando se aferró a la barandilla de piedra.

—En el nombre de Katherine, ¿qué están haciendo?

A su lado, la hermana Reiko miró a través de un pequeño monocular.

—¿Un accidente, Canonesa? No creo que esto fue intencionado.

—Ahora, es un desarrollo interesante el de este año, ¿no creen? —Las palabras del Gobernador Emmel cortaron el discurso de Reiko mientras

se acercaba, su séquito detrás de él y el lord diácono a su lado—. Mi querido Canonesa, si su Hermana de Batalla deseaba participar en los juegos, sólo tenía que haberlo pedido.

—Gobernador, me temo que se ha cometido un error —Galatea habló rápidamente—. Tal vez, usted consideraría hacer ¿una pausa en la representación?

Emmel hizo una mueca.

—Ah, eso no sería prudente. Las reglas del fête son muy claras al respecto. La reconstrucción debe ser hecha hasta su conclusión sin interrupciones. Habría mucha

discordia, quejas y revueltas si intentaba detenerlo.

—Tal vez incluso un motín —aventuro Dean Venik.

El gobernador ahuecó una mano en la oreja para recibir mejor el sonido.

—Escuche, Canonesa. ¿Oye?, la gente esta encantada, emocionada. Deben pensar que esto es una actuación sorpresa en lugar del brujo que se les prometió.

—Tal vez no es un error, después de todo —añadió LaHayn—. El Dios Emperador se mueve de maneras misteriosas.

Emmel asintió y dio una palmada.

—Oh, sí, sí. ¡Puede que tengas razón! —sus ojos brillaban con la idea—. Me pregunto, ¿una Hermana de Batalla real en el campo? ¡Esto no me lo puedo perder!

—Con todo respeto, gobernador, la Hermana Miriya puede haber resultado lesionada y no estaba sola. La Hermana Verity es un Hospitalaria, no se utilizan para combatir. —Las palabras de Galatea eran intensas.

LaHayn aceptó con un gesto desdeñoso.

—Estoy seguro que el Emperador prolongará la protección que su vocación merece.

* * *

Miriya se arrastró a sí misma fuera de las ruinas, apartando astillas de madera hizo una mueca de dolor, su brazo derecho estaba dislocado. Apretando los dientes, se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda y tiró. Un chasquido repugnante y un momento de aguda agonía resonó a través del marco de la Hermana de Batalla. Se sacudió el dolor y tosió saliva con un regusto metálico.

Un gemido la llevó a mirar al lugar donde yacía Verity. La Hospitalaria

resultó ilesa pero estaba aturdida, Miriya se puso tambaleante en pie.

—La… la niña… —empezó a decir Verity, pero se quedó en silencio cuando la otra mujer señaló con un dedo enguantado los restos. La adolescente vestida como Celestine se había separado mucho al caer de la Hospitalaria y descansaba en un montón desordenado. Ojos nublados, recientemente apagados miraban hacia el cielo nocturno. Verity se arrodilló y cerró los párpados de la niña muerta, susurrando un verso de los ritos funerarios por su cuerpo.

El rugido de la audiencia se estrelló

alrededor de ellas, alto como una inmensa ola de mar en una costa agitada por la tormenta. Entre los disfrazados que luchaban en el simulacro de batalla, varios que imitaban a los eldar había sido sorprendido por la súbita cacofonía de metal que había caído desde el aire, se arremolinaron, aun inseguros de sí mismos. Cerca de ellas, Miriya pudo ver que las armas que llevaban eran realmente rifles y escopetas camuflados para parecerse a los proyectores shuriken alienígenas aunque con proyectiles comunes. La Hermana de Batalla conocía la mirada en sus ojos

muy bien. Lo había visto antes en los rostros de vasallos herejes y esclavos, soldados de caballería de cultistas fustigados con frenesí por los demagogos.

—Quédate cerca de mí —le susurró a Verity—. Creo, que van a disparar contra nosotras.

La Hospitalaria agitó la cabeza.

—Pero, ¿por qué?

Miriya no le hizo caso y avanzo, dando un paso fuera de la pila de escombros, levantando despacio una mano, mostrando la palma de la misma en un claro gesto de amparo y con voz suave dijo:

—Nosotras no formamos parte de sus juegos —y añadió con voz alta, clara y firme—. Haceros a un lado.

Los hombres disfrazados estaban vestidos con la misma ropa deformada, por lo que no estaba claro si había rangos o jerarquías entre ellos. Les dispararon miradas nerviosas, primero a las mujeres y luego entre ellos. Miriya vio un camino que podría tomar, detrás de los restos del escenario, unas puertas en las murallas de arena que llevarían a un lugar seguro.

—No corras —susurró—. Si corremos, atacaran.

—No son más que gente común —

insistió Verity.

Miriya hizo contacto visual con uno de los hombres disfrazados de alienígenas, al ver su mirada a través de las rendijas triangulares en su casco de plumas dijo:

—Eso no importa.

Vio la idea formarse en su mente, antes de que el hombre fuera consciente de ello, rompiendo su mano la cinta de la paz, envuelta alrededor de su pistolera. Una docena de armas camufladas viraron para apuntarlas a ellas y Miriya empujo a Verity fuera de la línea de fuego, la pistola rozo su cuero cuando tiro y la saco como un

suspiro al aire.

—¡Muerte a los humanos! —El reclamo estalló de la boca del falso eldar. La multitud rugió al verlos una vez más.

El entrenamiento automático, nacido durante décadas de duro servicio firme en nombre del Emperador se hizo cargo. El arma de Miriya ladró, el grito ensordecedor de los rayos de plasma súper calentado ahogo el ruido sordo de los perdigones de plomo. Se convirtió en una desbandada, cada disparo marcando un golpe crítico, mientras la pistola de energía segaba vida tras vida los

hombres disfrazados gritaron y murieron. Papel y tela en naranjas chillones y verdes se tiñeron con el oscuro carmesí de la sangre arterial. Cascos hechos de madera blanda se escindieron y rompieron.

La Hermana de Batalla escuchó los perdigones chocando escandalosamente contra la armadura, tan ineficaz como el granizo contra la vaina de ceramita negro que la vestía. Contra toda probabilidad un perdigón perdido al rebotar trazo una línea de dolor punzante en la mejilla, lo ignoró, giro y disparo de nuevo hacia su origen en un único movimiento fluido.

Cuando el último de los asaltantes estuvo muerto o sangrado en el polvo, Miriya se permitió cerrar los ojos y rezó por que se hiciera el silencio, pero hasta eso se le negó, el aire sobre ella se llenó a rebosar con la adulación ensordecedora de la congregación.

Verity la agarró bruscamente del brazo y la giró hacia si. La Hospitalaria estaba furiosa.

—¡No era necesario matarlos! —gritó, con voz apenas audible por encima de la multitud—. ¿Por qué hiciste eso?

Los otros en la representación se reunían con ellos, los restos patéticos en

sus trajes andrajosos y sangrientos. Algunos camaradas heridos fueron arrastrados hacia ellos, otros cojeaban mostrando heridas que estaban mojadas y desiguales. Miriya se sacudió el agarre de Verity con un gruñido de rabia y giró la barbilla hacia los penitentes.

—Ayúdales.

La Hospitalaria la dejó allí y se empezó a rasgar las ropas, desgarrándolas para hacer vendas. Miriya encuestó a los muertos esparcidos a su alrededor, la pregunta de Verity aun resonando en su mente. ¿Qué locura era esta, que obliga a las

personas a poner fin a sus vidas, todo en el nombre de un juego brutal? Había otras maneras de demostrar la devoción al trono de oro que no requería un sacrificio tan desmedido. ¿Realmente tan poco se valoraba la vida en Neva?

Los altavoces vox golpearon de nuevo con una nueva andanada de canciones, comenzando con una interpretación severa del gran himno de Castigations de Enoc. Miriya echó su mirada hacia arriba, buscando en el cielo oscuro alguna señal, alguna explicación. Sus pensamientos eran una rotación de la confusión, un estado que era inaceptable que una Hermana de

Batalla. Su piel de gallina, se encontró con que todo lo que quería en ese momento era purificarse a sí misma con un aceite purgatorio y tomar la oración en la capilla del convento. ¿Qué maldita suerte me ha traído a esta casa de locos, se preguntó a sí misma?

Un puñado de puntos brillantes cruzó la noche sobre el anfiteatro, se movían con un propósito y a gran velocidad hacia la imponente catedral Lunar. Justo como lo había hecho momentos antes cuando su mirada se encontró con los hombres armados, el sentido de combate perfeccionado de Miriya emitió un sonoro aviso en su

mente.

—Aviones… —dijo en voz alta— en formación de ataque.

Como si hubieran estado esperando que ella expresara sus pensamientos, las naves de pronto se separaron y formaron en parejas hacia diferentes puntos de la brújula. El dúo más cercano cayó en picado y entró en el halo de la lámparas dirigibles que flotaban. Eran coleópteros, las naves con un fuselaje en forma de anillo que encerraban un gran ventilador giratorio que los mantenía en el aire. Las formas inconfundibles de las vainas cuadradas con armas colgaban de aletas cortas.

Ningún grito de alarma habría advertido a la gente, la multitud veía las naves con incredulidad, tal vez creyendo que seria otra adición sorpresa para los Juegos de la Penitencia. En el siguiente segundo el pánico y el terror se levantó como una ola cuando fuentes de bombas incendiarias fueron escupidas por los coleópteros y cayeron en senderos naranja hacia el estadio. Dondequiera que aterrizaran, grandes bolas de humo negro y llamas amarillas florecían, inmolando a cientos. La nave zigzagueó por el caos sembrado, ametrallando a la gente presa del pánico, mientras que por encima de

ellos la otra nave solitaria se perdió de vista en el Nivel de Mayor Piedad. Los asaltantes, seguramente estarían desembarcando hombres sobre los niveles superiores de la torre de la iglesia.

Lásers emergieron de las galerías de observación, buscando sin éxito las veloces naves desaparecidas. Miriya asumió que los disparos serian efectuados por los sirvientes del arma que había visto al servicio de los nobles antes. Se juro a si misma como muchas veces hacia en su niñez. ¿Cómo, en el nombre de Terra se había permitido que tal cosa sucediera? Fueron las

fuerzas de defensa planetaria estacionadas en Noroc tan laxas que cualquier terrorista podría poner fin al reposo en el espacio aéreo de la ciudad sin oposición?

Inesperadamente, otro, un pensamiento más oscuro subió a la superficie de su mente. ¿Era alguna otra parte del dogma de la expiación y el sufrimiento, un ataque al azar arrojando a los inocentes como una especie de penitencia en Neva? Negó la idea misma, que fuera parte del espectáculo y salvando las distancias corrió hacia el borde del escenario, donde las jaulas ascensor la llevarían de

vuelta a las galerías de la catedral.

Verity salió tras ella.

—¿A dónde vas?

—A luchar contra un enemigo real —replicó—. Puedes unirte a mí, si crees que puedes soportarlo.



SEIS

Los hombres del reloj de la ciudad de Noroc más tarde informarían que los coleópteros terroristas habían llegado desde el suroeste, volando en la siesta de la tierra a lo largo de los valles o deslizándose cerca de las camisas blancas que eran las olas. Demasiado cerca del suelo para la detección por

sensores convencionales, sus cascos embadurnados con pintura negra y con las luces de posición apagadas, las aeronaves catando el aire sobre Noroc, directas hacia su objetivo. En la agonía de la fiesta, donde los vinos sacramentales fluían libremente con los himnos, llegaron tapando el sonido de todo lo demás, no muchos ojos aunque debieran haberlo hecho, se volvieron de sus devociones para mantener la vigilancia. En los días siguientes, las fuerzas del orden tendrán las manos llenas, tanto en materia de detención y castigo, así como para purgar sus propios funcionarios, obvios culpables

de falta de atención.

Un buen porcentaje de los hombres que los pilotaban habían visitado previamente Noroc, algunos incluso habían nacido allí. Todos ellos fueron elegidos porque conocían suficientemente la ciudad como para navegar fácilmente por ella. Torris Vaun había reunido a todos en la fría bodega, era una barcaza de transporte cruzando las aguas costeras, incitándolos y motivándolos antes de la misión. Algunos de estos hombres trajeron sus propios códigos junto con una moral alta para la lucha, con grandes palabras de golpear contra los

teócratas adinerados en el nombre de las personas, pero la mayoría de ellos, como el propio Vaun, estaban en el juego por el fuego y el caos. Querían anarquía, por el deporte que entrañaba en si misma, ya que de sobra sabían que prosperarían en ella.

Los cohetes lanzados desde los coleópteros fueron robados de viejos depósitos de municiones de los regimientos de la Guardia Imperial. En zonas repletas de bunkers, donde se esperaban rebeliones y levantamientos que nunca llegaron… hasta ahora. Las cabezas explosivas detonaron, se abrieron en bellas plumas brillantes que

hicieron amaneceres en miniatura donde golpearon, donde la gente no murió por el humo y las llamas, se ahogaron mutuamente en el pánico.

El aire en el interior de la Catedral Lunar estaba caliente por el terror. Muchos de los nobles habían huido a los niveles inferiores para encontrarse con sus vehículos y choferes. Solo para encontrarlos destruidos por alguna explosión o la tormenta de fuego, se arremolinaron y todo se convirtió en pánico frenético, algunos de ellos empezaron pequeñas escaramuzas cuando sus frustraciones se desbordaron. En los niveles más altos,

en el espacio abovedado de la capilla adecuada, en las galerías que iban por encima de ella, señores y sacerdotes del escalafón superior salieron a reunirse en pequeños grupos aterrorizados con sus servidores arma rodeándolos, con tristeza esperando que culminara la invasión, la destrucción o la salvación.

El piloto atacante que se acercó al nivel alto de la grada más grande ejecutó un tocar y desembarcar de libro, las ruedas apenas besaron el granito y en diez segundos despegó de nuevo, empujando a fondo la palanca de los gases para alejarse, entro en una amplia y vaga órbita alrededor de la cónica

torre. Dejando tras de si a un pelotón de hombres harapientos, sin un solo uniforme o apariencia similar. Lo único que unía a estos asesinos era una anticipación insensible depredadora, eso y la absoluta lealtad que mostraban a su líder.

Vaun dejó caer un par de maltratadas gafas de visión nocturna de sus ojos y señaló con ambas manos.

—Entrad ahí y crear unos pocos problemas.

Los hombres obedecieron con áspera risa y la violencia preparada.

Rink corrió para comentar con Vaun.

—Vamos a matarlos aquí, ¿entonces?

—Paciencia —respondió—. Es una buena noche. Vamos a ver cómo salen las cosas.

Los grandes ojos del gamberro brillaron.

—Quiero para mi al lord sacerdote.

Vaun le lanzó una dura mirada.

—Oh, no. Ese es para mí. Se lo debo. —Su criminal mano se desvió a una vieja cicatriz de odio bajo la oreja derecha—. Pero no te preocupes, tengo algo mejor en mente para ti.

* * *

La jaula que era el ascensor traqueteo, era poco más que una cesta de malla de acero, pero obstinadamente trepó por la pared de piedra de la catedral, con dientes abriéndose paso entre las escotillas de servicio ovales, emitiendo sonidos como los de las hojas del lecho de viejos amantes de bronce. El ascensor escupió aceite y chispas cuando de pronto freno y se detuvo, presentándolos al nivel de observación. Miriya entró por la escotilla de acceso con su pistola desenfundada, Verity le

siguió de cerca, prácticamente arrojándose al salir del ascensor. La máquina hizo un estruendo que parecía haber enervado a la Hospitalaria y después del accidente con la pasarela que cayo, tal vez no era de extrañar que tuviera tan reciente el miedo al mantenimiento deficiente de los mecanismos en Neva.

Había cuerpos. La mayoría de ellos eran sirvientes, y por el patrón de los disparos que los mataron, habían sido blanco de las armas dirigidas posiblemente desde una plataforma móvil, ciertamente más allá de los balcones. Miriya reconoció los patrones

distintivos de heridas de proyectiles de bólter pesado de la flota. Los guardaespaldas habían muerto bajo los cañones del coleóptero, ya que ametrallaron la torre con cascadas aleatorias de fuego. Con un grado de delicadeza que parecía fuera de lugar entre la carnicería, Verity se paró ligeramente sobre los cuerpos de unos pocos aristócratas, dando a cada uno un verso u oración murmurada.

La Celestial vio una de las mujeres perfumadas con la que se habían cruzado anteriormente esa misma tarde, su único ramo que lucia ahora era el cobre de la sangre derramada.

—Hermana, ¿cuántas veces ha dado la extremaunción? —La pregunta surgió de la nada.

Verity le dirigió una mirada extraña.

—Había una vez un tiempo en que lleve un recuento. Decidí parar cuando el número me hizo llorar.

—Tome el consuelo entonces que aquellos que asistió están al lado del Emperador ahora.

La Hospitalaria hizo un gesto hacia los sirvientes muertos.

—Pero eso no es todo.

—No —convino Miriya—. No todo.

Desde los pasillos interiores de la

galería en la parte posterior de la plataforma una figura se acercaba, una sombra de bordes afilados por el resplandor agonizante de los biolumenes.

—¡Ponte en pie y date a conocer! —dijo una voz.

Miriya volvió la cabeza.

—Hermana Isabel, ¿eres tú?

Isabel salió a la luz con del parpadeo de los incendios en el anfiteatro a su espalda, lanzando a los gritos de la multitud una mirada superficial.

—Hermana Superiora, es bueno ver que todavía está con nosotros. La

Canonesa me mando explorar este nivel de las nuevas amenazas, pero estos claustros son como un laberinto…

—¿Dónde están las otras hermanas de batalla?

—Abajo en la capilla. Aquí el caos campa a sus anchas. La catedral ha sido comprometida. Los asaltantes nos han invadido.

—Vi que tomaba tierra arriba una aeronave —dijo Miriya—. No parecía una nave grande. Calculo que transportaba menos de diez hombres.

—Es muy probable, apenas tenemos ese número de luchadores capaces aquí. —Una salva de fuego fue a estrellarse

en los pisos justo por debajo de ellos, cortado las palabras de Isabel y abriendo sus ojos de par en par.

La Hermana Superiora le habló al micrófono vox en el anillo del cuello de su armadura.

—Soy la hermana Miriya, ¡informe! ¿Quién está disparando?

—Está aquí —gruñó Galatea desde el altavoz, parecía un grano en su oído —. Vaun. Mil veces maldito, el arrogante brujo, ¡está aquí!

* * *

Al otro lado del piso de mosaico de la capilla huían los nobles chillando, yendo y viniendo presas del pánico, nublando la línea de visión de Galatea y de todas los demás Hermanas de Batalla en la cámara. Braseros caídos en los momentos de pánico habían prendido y puesto mas luz en tapices tan antiguos como la propia ciudad, llenando la sala abovedada con espeso humo asfixiante. El Canonesa deseaba que hubieran acatado su orden las mujeres de llevar sus cascos, la matriz óptica del Sonoritas en el casco seguiría un patrón Sabbat, este tenía una capacidad de espectro completo, haría

las nubes más oscuras totalmente transparentes. Pero entonces recordó, no estaban preparadas para hacer frente a un ataque terrorista en este día, el más sagrado de las fiestas de Neva, por orden del Alto Eclesiarca sólo habían sido autorizadas a portar armas para aturdir en la casa del Dios Emperador.

Vislumbró a Vaun y sus asesinos mientras se movían y disparaban. No tenían ninguna necesidad de elegir sus objetivos, descargando ráfagas de rondas automáticas sobre torsos vestidos de seda, disparando sin ni siquiera apuntar. Detrás de ella, el iluminador flotante que dominaba el

centro de la capilla recibió un tiro en su mismo corazón y explotó, cubriéndola de fragmentos de vidrio y rizos de bronce caliente.

—El gobernador —le espetó—. ¿Dónde está? —No se le ocurrió preguntar por la eclesiarca. El señor LaHayn era más que capaz de defenderse mucho mas de lo que un político jamás podría. Años de servicio a la iglesia habían enseñado a LaHayn cómo luchar contra los enemigos del orden. Pero Emmel… era harina de otro costal, otro caso por completo. Nacido de la mejor nobleza de Neva, se creía un hombre de acción, pero la

realidad era mucho menos halagüeña. Él era un pavo real entre pavos reales, tanto como él jugaba a ser un halcón, sin duda no era rival para un asesino del calibre de Torris Vaun.

La Hermana Portia estaba cerca, despejando un cartucho usado de su bólter. La tela ritual que se requería por ley, que envolviera durante la ceremonia su arma, se había enredado en el mecanismo expulsor, obstruyéndolo al disparar de nuevo a los atacantes.

—Vi por última vez el gobernador en compañía del Barón Sherring, un momento antes de que comenzara el

tiroteo.

La ayudante de Galatea, la hermana Reiko, asintió con la cabeza.

—Sí. El barón y su comitiva se dirigían al este de la terraza. —Sólo estaba armada con una espada con su vestido adornado, se irritó sobremanera al ser inmovilizada por las armas terroristas, incapaz de devolver el fuego.

La Canonesa vio movimiento, como algunos de los hombres de Vaun se atrincheraron detrás de las filas de bancos de roble pesados. El psíquico mismo fue desapareciendo por un pasillo lateral.

—Debe detenerlo. Miriya, ¿me

oyes? Vaun anda suelto dentro de la torre. ¡Parece moverse hacia las zonas altas!

Como si fuera atraído por el sonido de su voz, el fuego enemigo llegó a su manera, recortando los antiguos mosaicos del suelo, cerca de los pies de Galatea.

* * *

—¡Rápido, rápido! —espetó Emmel, lanzando sus manos alrededor de los pliegues de su abrigo de brocado. Sus

dedos largos y delgados se aferraron a una pequeña esfera de labrado oro con incrustaciones de grandes rubíes, una pistola de agujas de los difuntos talleres en los Estudios de Isher, una antigüedad que databa del trigésimo noveno milenio. Se transmitía a través de las generaciones, el gobernador sólo había matado con ella una vez en su vida, cuando él había disparado accidentalmente a un compañero de juegos a la edad de once años. El sentido del objeto en la mano, dejó clara la comprensión de lo peligroso de su situación. Ladró más ordenes a un par de sus guardias de élite que a su vez

empujaron hacia delante a la pandilla de lacayos del pasado Barón Sherring, abriéndose paso entre la gente que bloqueaba el pasillo.

—Por favor, gobernador —dijo Sherring, con una cadencia de falsa sumisión en su voz—. Mi aeronave esta sólo un poco más adelante. Seria para mi un honor trasladarle bien lejos de esta pelea.

—Sí, sí, date prisa. —En privado, Emmel ya estaba jugando con la idea de abandonar al ambicioso barón en la terraza de aterrizaje, de tomar su avión para huir a la seguridad de la inexpugnable ciudadela

Gubernamental. A menos que el hombre que sembraba el caos en Noroc, tuviera alguna fragata espacial armada con lanzas, estaría totalmente protegido allí.

—Que buena suerte —dijo uno de los amigos de Sherring—, que buena idea tubo al traer una aeronave con usted, mi querido Holt.

—En efecto —dijo el barón—. Que suerte…

El ruidoso sirviente que los dirigía a través del laberinto de pasadizos, dobló una esquina y rozó una estatua alta de posiblemente algún juez, dispersando a todos tras de si. Había escasa

iluminación en estos claustros angostos, pero la visión del gobernador era lo suficientemente aguda para ver salir un arco de un chorro de líquido grueso y aceitoso del cuello de la máquina esclava. Un sonido como un saco de harina mojada que se abría le acompañaba. El sirviente dio un peculiar grito ululante y se hundió doblando sus rodillas.

—¡Retroceder! Llamada para la guardia de Emmel. Vuelva, señor.

Nuevas formas surgieron alrededor de la esquina, obstruyendo el pasillo con cuchillas y armas de fuego. Al frente de ellos estaba el brujo.

—Buenas noches, señores —les sonrió—. Que la bendición de Ivar este en todos vosotros. Me temo que su vuelo ha sido cancelado. Se ha producido un accidente… un incendio.

—¡Matadlo! —gritó Emmel algo redundantemente, mientras sus hombres ya estaban disparando.

Hubo un momento horrible cuando el aire sobre el cuerpo de Torris Vaun hizo una reverencia y fluctuó como el aire recalentado, borbotones como chorros de plomo fundido salían escupidos lejos de él. Vaun levantó una mano en un gesto displicente y dos guardias comenzaron a temblar y gritar.

Emmel había elegido personalmente a estos dos de las filas de la fuerza de la guardia privada por su dedicación y fortaleza, pero eso no contaba para nada al verlos morir a sus pies. Desprendían radiación de calor, junto con el olor a quemado de la carne y la piel recocida. Plumas finas de humo graso brotaban de sus fosas nasales y de la boca, mientras que las cintas del festival decorativos en su pelo y barba se incendiaron en festivas llamas. Hinchados por la combustión interna, los guardias cayeron al piso de piedra, quemados desde dentro hacia afuera.

Unos pocos del séquito de Sherring

huyeron y fueron abatidos por los hombres que seguían a Vaun. El barón y su compañero más cercano tropezó hacia atrás, chocando con el gobernador horrorizado. Emmel se sacudió de su shock y bajó la pistola orbe. Hacía tanto tiempo… que no podía recordar cómo usarla. Vaun se acercó.

—No te atreves a perjudicarme —baló Emmel—. Yo soy un agente supremo del Emperador.

El psíquico mató al amigo pálido de Sherring con una aguja de llama amarilla, la descarga mental le golpeó como de un puñetazo, su cuerpo dando

tumbos por el pasillo. Vaun pareció disfrutar bastante con ello.

Había un hombre grande detrás de Vaun, inclinó la cabeza hacia el magnate con una extraña gran sonrisa sobre su rostro.

—¿Qué tal este?

Sherring parpadeó y su boca se movía en silencio. Vaun se inclinó hacia el barón y le miró, como si el noble fuera un ilota que comprar en una subasta. Levantó la punta todavía en llamas en sus dedos y rozó la mejilla sudorosa del Sherring. La piel húmeda crepitaba y el barón reprimió un grito de rabia y dolor.

—Sólo es un pequeño pez —sonrió Vaun, luego con una arranque salvaje, golpeó a Sherring en la cabeza, dejándolo tirado en el suelo.

El hombre grande tomó el arma inerte de los dedos de Emmel y la arrojó lejos.

—Yo soy muy rico —declaró el gobernador—. Te puedo pagar un montón de dinero, te daré una fortuna.

Vaun asintió.

—No lo dudo —asintió con la cabeza al otro hombre—. Rink, lleve a su señorito hasta el piso superior y espera allí. Comunícate con Ignis por el vox y dile que vamos a salir. Quiero que

todas las otras naves salgan en los próximos diez minutos.

—¿Y tú?

Vaun miró por encima del hombro.

—Ya que he venido hasta aquí. No puedo irme sin mostrar mis respetos al señor diácono.

Emmel intentó resistirse a la mano de hierro del hombre grande.

—Suéltame. No iré contigo.

En respuesta, Rink le dio un empujón descuidado y el gobernador se estrelló contra el muro de piedra. Se tambaleó, aturdido y sangrando.

* * *

LaHayn se propulsó hasta el púlpito de la capilla. El humo flotaba desde gruesas rejillas a la altura de la cabeza, ocultando el desorden que como una enfermedad se había extendido alrededor de la cámara. El lord sacerdote aspiró una profunda bocanada de aire viciado y rugió al conjunto vox, justo al ángel de oro en la misma cresta del podio.

—No tengo miedo. Presten atención, mis amigos. La discordia es lo que estos brutos persiguen, ¡no les den

lo que buscan! —Algunos de los altavoces escondidos en gárgolas sobre las paredes todavía estaban funcionando, se llevaron sus palabras cerca de la capilla como una baja cantidad de truenos—. Únanse a mi, aquí en al altar, que el noble cuerpo de guardias firmes y las Hermanas de Batalla sean ¡nuestro escudo y nuestra espada!

Los aristócratas eran muy volubles, pero cada uno de ellos habían asistido a los sermones semanales de LaHayn durante años, su autoritaria voz de mando fue suficiente para romper su terror e inanición. Hizo caso omiso de

la mueca que la Canonesa Galatea le mostró, por el rabillo del ojo vio a la Hermana de Batalla escupir órdenes a los pocos supervivientes de los guardaespaldas, sirvientes de armas y a sus propios guerreros, las Sororitas. Un sonajero inconexo de fuego de percusión resonó en la capilla de la nave lejana, perdido tras los humos grises. Los atacantes habían dejado de disparar por el momento, probablemente para poder reagruparse.

—Todo lo que necesitamos hacer es mantener la fe, manténganla, mis amigos —dijo a la congregación—. Mientras hablo, destacamentos de

guardianes y de la Guardia Imperial están en camino para rescatarnos. —De hecho, el Señor LaHayn no tenía forma de saber si eso era cierto o no, pero la Catedral Lunar representaba la mayor concentración de la nobleza en el planeta Nevan, y esperaba, mejor aún, exigiría, que todo el poder de los militares se volviera a la cuestión de su protección.

Debajo de su púlpito, los aristócratas, magnates y barones estaban nerviosos, se agruparon bajo la tutela de su sombra, alrededor de las mesas destrozadas, donde antes había habido montones de los mejores

alimentos y licores mas raros. En algunas de las fuentes todavía podía verse la espuma o las burbujas embriagadoras de los vinos picantes.

—Ya vienen —LaHayn atrapo las palabras de Galatea en el borde de su audiencia—. Esté alerta.

—Tengan fe en el Trono Dorado —gritó LaHayn—. ¡El Emperador protege! —Desde las profundidades del humo, el sacerdote vio formas en movimiento, y una voz que esperaba no volver a oír otra vez, vino con ellas, burlona e insolente.

—¿El Emperador protege? —dijo Vaun—. No aquí, veréis como no lo

hace. No… no esta noche.

* * *

Rink tiró a Emmel al suelo y le puso su gran bota sobre el cuello.

—Si trata de escapar, ¡te lo rompo! —El gobernador gimió algo, pero no le molesto lo mas mínimo a Rink. Se llevó un pequeño transmisor vox a los labios —. ¿Ig?, Ig, pequeño escarabajo de fuego, ¿puedes oírme? —Miró a su alrededor al nivel de la grada más grande, los servidores muertos, la

maquinaria destrozada. Todo sobre la terraza en forma de cuenco eran brillantes hilos de humo provenientes de la catedral abajo.

Después de un par de segundos se produjo una respuesta, cargada con el crepitar de interferencia.

—Estoy un poco ocupado en este momento. Espera. Espera. —En los oídos de Rink el aire de la noche trajo la conmoción lejana de la deflagración de algo grande y muy inflamable, en el corazón de la ciudad, en alguna parte. En el canal vox la electricidad estática ahogaba la voz de Ignis, de pronto sonó mas claro.

—Mejor, ¿qué necesitáis?

—El tiempo de juego se ha terminado. Vaun quiere que nos vayamos a casa.

—¡Ay! ¿Tan pronto? Hasta ahora solo estaba calentando.

Rink olfateó.

—Ya sabes lo que dijo. El evento principal esta por venir.

—Sí, es cierto. —Ignis no parecía feliz—. Regresando. Hemos perdido a un helicóptero sobre las casetas de guardia pero eso es todo. Voy a pasar la orden. Aguante firme, Rink. Voy a por vosotros.

—No me hagas esperar. —Apagó el

aparato y lo dejó caer en un bolsillo.

Emmel resopló y trató de moverse.

—Por favor, escúchame. Permítanme hablar un idioma que usted entienda. Dinero.

Rink mostró los dientes torcidos.

—Adelante…

—Yo te podría pagar…

—¿Cuánto? ¿Mil kilos de oro? ¿Diez mil? ¿Un millón?

—Sí —concedió el gobernador.

—¿Lo lleva encima? —Rink se inclinó y le habló a la cara a Emmel—. ¿Ahora mismo?

—Eh. Bueno, no, pero…

—Mala suerte, entonces.

—¡No quiero morir! —gimió el noble.

—Y yo no quiero ser pobre —sonrió Rink—. Hasta tu puedes ver la molestia en ello.

—¡Incluso el oro se volvería negro en manos tan corruptas como las tuyas!

Las palabras gritadas giraron alrededor de Rink, agarrando mas fuerte su arma.

—¡Ay!, jodida mierda.

Miriya se acercó lentamente a través de la terraza, la pistola de plasma apuntando al hombre grande. Por el rabillo del ojo vio a Isabel haciendo lo mismo. Verity se quedó atrás en el arco,

tratando de mantenerse fuera de la vista.

—Escúchame —dijo la Celestial—. Está obligado por ley a entregarse y liberar al gobernador Emmel. Es su puesta en libertad o morir, tu decides.

—¿Y luego qué? Vas a dejar que siga mi camino, igual hasta ¿me das un beso en la mejilla? —Arrastró a Emmel a sus pies, usando al hombre como un escudo humano—. No te pierdas caramelito, en nada ¡ventilo a este mequetrefe!

—Esta es tu última oportunidad —dijo Isabel—. Única oportunidad de aceptar la luz del Emperador o morir a

su sombra.

El rostro de Rink se arrugo por la ira.

—¿Qué? ¿Qué significa eso, ¿eh? Os odio perras de la iglesia. Pero no podéis superar a Rink ahora, o ¿o acaso creéis que podéis, ¿puede tu? —Y con un rugido, lanzó a Emmel por el borde de la grada y disparo a su vez a Isabel con su láser. Miriya salto en picado al suelo, rodando duramente sobre su hombro. Era vagamente consciente de su Hermana de Batalla intercambiando fuego con el matón, pero su atención estaba en Emmel, deslizándose inexorablemente sobre la piedra

ensangrentada hacia una caída que le aplastaría contra el suelo muy, pero muy por debajo del anfiteatro.

Descartó su arma en su precipitada huida y se lanzó a por el gobernador mientras este se deslizaba por el borde, sujetando con una mano su pesado abrigo en sus manos.

El abrigo de Emmel se rasgó, pero aguantó lo suficiente como para mantenerlo allí colgado, suspendido a cientos de metros sobre el estadio en llamas. Tensando los músculos de sus brazos, Miriya lo arrastro hacia arriba. El esfuerzo la dejo aturdida.

Isabel había caído contra un

sirviente muerto, parecía herida. Miriya no podía ver a Verity en ningún lugar… y el hombre grande…

Rodó sobre su espalda cuando espirales recientes de humo se enrollaron sobre el balcón, el criminal estaba ahí, sobre ella, mirándola con lascivia.

Cayó sobre ella con un impacto aplastante, golpeándola contra el interior de su armadura de ceramita. Los dientes de Miriya se sacudieron en su cabeza, tenia el sabor del cobre en la boca.

Un rostro sonriente, con el aliento apestando a tabaco, se apretaba contra

el suyo. Luchó contra él. Era el doble de su tamaño, todo musculo, firme y grueso. El enorme peso del hombre fue suficiente para forzar la salida del aire de sus pulmones.

—Da a Rink un beso, hermanita —dijo entre dientes. Y lamiéndole la mejilla—. Vamos. No sea tímida.

Golpes en las costillas e ingle propinados al matón trajeron gruñidos de dolor, pero nada más. Los ojos de Rink se estrecharon y rodeó el cuello con sus gruesas manos lo bastante grandes como para aplastar su cráneo. Ya apenas podía jadear o respirar. Iba a matarla con su propio silencio. Miriya

trató de desalojar sus manos sin éxito.

—¡Hey! —sonrió el matón—. No hay sermones para mí, ahora, ¿eh?

Rink se inclinó para lamerla otra vez, con un último esfuerzo, la Celestial le incrusto la frente en la nariz. Sintió como crujió el hueso del hombre, salió un chorro de sangre, pero pareció hacer hecho poco más que molestarlo. Rink apretó aún más y el color desapareció de la visión de Miriya. Todo cambió como bajo una gasa, como un dibujo al carboncillo perdió definición, convirtiéndose al gris y distorsionándose.

Un ruido vago y confuso como el

ladrido de un perro llegó a sus oídos, y luego Rink rodo sobre ella. Le tomó un largo rato a Miriya darse cuenta de que tenía materia pegajosa, le humedecía la cara y el torso. Se incorporó y utilizo su túnica sin miramientos para limpiar los despojos mas gruesos. La Hermana de Batalla sacudió su aturdimiento, se dio cuenta al mirar a Rink, este estaba tirado en el suelo a su lado y no tenia cabeza.

Verity emergió de la bruma con el bólter de Isabel en sus manos, el vapor aun saliendo del cañón del arma. La pistola parecía mal en su agarre, de forma casi obscena resaltaba, el abisal

negro del bólter contra el blanco virginal de la vestimenta del Hospitalaria.

—¿Esta, esta él…?

—¿Muerto? —Miriya se puso de pie con una mueca de dolor—. Ya lo creo. —Se tambaleó un poco y Verity bajo el arma a un lado a su costado—. ¿Dónde está la Hermana Isabel?

—Herida —Verity no apartó la mirada del hombre sin cabeza.

—¿Es esta la primera vez que ha quitado una vida, hermana?

—Yo… —Sus ojos estaban vidriosos y huecos, con la mirada clavada en el cadáver—. He dado la paz del

Emperador a los que lo necesitan muchas veces… Pero nunca… Yo nunca he…

—Nunca ha matado con un arma en la mano, ¿en el fragor de la batalla? —Miriya tosió y escupió—. Suerte para mí entonces que todavía recuerde su entrenamiento. Un poco a la izquierda y el tiro me hubiera encontrado a mi, no a él. —Suavemente, la Celestial la condujo cerca de donde el gobernador Emmel estaba sobre la piedra.

En un terreno más familiar, Verity hizo eficiente y rápido uso de sus manos, saco un dispositivo auspex intentando adivinar el estado del

hombre, lo toco para sentir el pulso. Frunció el ceño.

—No podemos huir de este lugar, hermana. Tiene lesiones internas que empeorarán si lo movemos.

—No podemos dejarlo aquí, no es seguro.

—Deberíamos llamar a una nave de rescate para extraerlo y llevarlo a un hospicio. A menos que un cirujano se encargue de él, podría morir. —La Hospitalaria hizo un gesto con la cabeza en dirección a la catedral—. Vaya en busca de ayuda. Me quedaré aquí. Para mantenerlo estable.

Arrastrando su pierna lesionada

mientras caminaba, una pálida Isabel se acercó a ellos.

—Tiene razón, Hermana Superiora. El brujo psíquico sigue estando en la torre. Mientras más nos demoremos aquí, por cada aliento suyo, mayor será la afrenta al Dios Emperador.

—¿Puedes luchar? —preguntó Miriya, mirándola.

—¿Necesita preguntar? —Isabel miró la sangrante herida láser en el muslo, estaba medio cauterizada—. Solo es una simple picadura de pulga. Parece peor de lo que es.

—Entonces, ¿qué hay de ti? —Miriya se volvió hacia Verity—. No

pueden cogeros desprevenidos Vaun y su matón aquí. No puedes luchar tu sola contra ellos.

La Hospitalaria le dirigió una mirada desafiante.

—Entonces, sea rápida y no tendré necesidad de hacerlo.

Miriya acepto que con la cabeza, y luego recuperó el rifle láser del delincuente muerto.

—Toma esto hasta que podamos encontrar un arma mejor —dijo, entregándoselo a Verity. Y mirándola a los ojos añadió—: Úsalo si tienes que hacerlo.

—Pero dijiste que no sería capaz de

luchar contra Vaun.

La Celestial negó con la cabeza.

—Sólo quedan dos cargas en el arma. Si Vaun viene, me permito sugerir que se utilicen para otorgar la paz del Emperador al buen gobernador aquí presente y a ti misma. —Recogió su pistola de plasma caída y se alejó—. Se trata de un destino mil veces mejor que dejar que la bestia entre abiertamente en tu mente.

* * *

El brujo apareció entre la niebla asfixiante de la capilla con burbujas de aire ardiente bailando entre sus dedos. Arrojó serpentines de fuego contra los aristócratas y los barrió a todos, usándolos como una amante arrepentida usaría un látigo neural. Donde quiera que las llamas tocaron la piel o tela, la gente al instante brillaba en chirriantes antorchas. Detrás de Vaun llegaron sus hombres, extendiendo aún más el caos junto al fuego del Brujo.

—Aquí vienen —espetó Galatea—. Todas las armas de fuego preparadas. —Llevó a las hermanas en una letanía

subvocalizada rápida, cada una de ellas murmurando oraciones de bendición para sus armas de fuego.

Portia hizo subir su bólter y Reiko, que habían liberado un torpe rifle ornamental de un guardia de honor muerto, hizo lo que se le ordenó, pero los sirvientes de armas y los demás hombres de armas se vinieron abajo ya derrotados de antemano. Los servidores, con el cerebro demasiado lento para reaccionar con un mínimo de reflejos, entraron en la zona de fuego de Vaun y que les llevo la muerte mientras seguían de pie. Cargadores de munición internos cocinados salían

despedidos creando grietas y arrancando extremidades o haciendo sus torsos añicos. Los guardaespaldas y guardias perdieron los nervios cuando se encontraron con un psíquico de la destreza mortífera de Vaun, rompiendo filas y haciéndose blancos perfectos para los hombres de Vaun.

Líneas de fuego zumbaban junto a la cabeza de Galatea como sírfidos, con un lento zumbido cercano. Las Hermanas de Batalla habían venido con poco para recargar sus armas, donde los asesinos de Vaun dispararon para llamar la atención, la Canonesa y sus combatientes contuvieron la cadencia

de fuego. Cada disparo tenía que tener como destino una muerte segura. No podían permitirse el lujo de gastar más que un precioso disparo por cada atacante.

Los látigos llameantes de Vaun desaparecieron y el psíquico cayó al suelo, ocultándose a sí mismo, minimizando su silueta como objetivo. Un misterioso resplandor apareció sobre los ojos del brujo. Galatea había visto algo semejante antes en los besados por el Caos o tocados con el signo de los mutantes.

—Por el corazón de Katherine, ¿qué está haciendo? —Portia vaciló,

intentándolo pero sin poder conseguir un buen ángulo de disparo en el hombre en cuclillas.

Detrás de ella, donde las fuentes de licor gorgoteaban espumosas, Galatea oyó el chirrido de la presión del edificio y un torrente de burbujas calientes. De repente, lo comprendió.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritó, echándose sobre Portia y Reiko.

Vaun lanzo un «¡Ja!», del esfuerzo y tiró una lanza de fuerza psiónica mental a los tambores de vino. Sobrecalentados por su fuego mental, la presión de los alcoholes volátiles quemados destrozaron la madera de los barriles.

Con un grito de aire, los líquidos atomizados volvieron un trozo de la atmósfera en un infierno. Un maremoto ígneo en miniatura resulto de la quema de whisky y vino espumoso especiado de Nevan, se lanzó a través de los nobles acobardados. La inundación abrasadora los hervía en rojo mientras gritaban, la agonía era tan feroz que algunos de los comerciantes murieron en el acto.

LaHayn se aferró al púlpito, este se sacudió y se hundió en la marea ardiente de alrededor. Ante él, caminando a través de la piscina en llamas sin una pizca de incomodidad,

Vaun miró a los ojos y le dio al sacerdote una reverencia teatral de arrepentimiento con la cabeza.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. —La última palabra salió sibilante, convirtiéndose en una sonrisa cruel—. Hola Viktor. Estoy dispuesto a apostar que no es así como había imaginado que irían las cosas cuando nos volvimos a encontrar. —Con una patada insensible, empujó a un noble lamentándose de su camino—. Es el momento para cosechar su tempestad, viejo.

—Se arrepentirá de su arrogancia, criatura —escupió el sacerdote—. ¡Me

asegurare de eso!

Vaun resopló.

—¿Usted? —Abrió los brazos—. Mira a tu alrededor, Viktor. Los vagabundos que te rodeaban están muertos o moribundos. Incluso tus preciosas Sororitas se encuentran derrotadas por mí. —Señaló el lugar donde Galatea y las otras mujeres yacían heridas e inmóviles—. Conozca su final con un poco de decoro, querido maestro. Si me lo pides bien, puede que incluso te permita sostener abiertamente algunas oraciones ante tu precioso dios.

—¡No te atrevas a nombrar al Señor

de la Humanidad en vano! —La rabia de LaHayn rodó por su rostro como un nubarrón oscuro—. Pirata. Pequeño ladrón, salteador. ¡Escoria! Tu pequeña mente carece incluso de la idea más pequeña de mi unidad con ¡Él! —El eclesiarca apuñaló con un dedo acusador al psíquico—. Podrías haber sido grande, Torris. Podrías haber conocido la gloria de la talla de los cuales, no se han visto en diez mil años. Pero ahora sólo puede aspirar a morir, sólo seras recordado ¡como un anarquista y un criminal!

Vaun soltó una carcajada.

—¿Y quién me va a matar,

decrépito tonto? —Echó hacia atrás sus manos y tomó el aire entre ellos. Las moléculas del humo y la neblina que ocupó allí parpadearon y se condensan, se prendieron fuego—. Este monumento ridículo tuyo será tu pira funeraria y una vez que seas cenizas voy a saquear todos tus sucios secretos para mí mismo.

Estaba lo suficientemente cerca, razonó el sacerdote. Lo suficientemente cerca para estar seguro.

—Creo que no, hijo —dijo LaHayn y de sus voluminosas mangas sacó una caja ornamental que terminó en un bozal de Argentium finamente labrado.

Apretó el dispositivo y chilló, proyectando una concha de disparos de mediano calibre hacia el pecho del brujo.

El retroceso del arma fue tan fuerte que casi rompió la muñeca del sacerdote, pero el arma era sólo el medio para entregar la cáscara en la meta. El disparo en sí no era la típica bala de matriz, fusión de carburo que brotaban de innumerables armas de Astartes y Sororitas, las de esta ronda fueron impregnadas con energía psiónica, sacadas de la mente de los herejes al morir. Cada molécula apestaba por la angustia mental, dolor y

terror psíquico impresos hasta en el casquillo hasta el nivel atómico. Estas municiones eran muy raras, pero Lord Viktor LaHayn se había tomado mucho tiempo para construir la posición que ahora sostenía y en el camino muchos de esos artículos había llegado finalmente a sus manos.

El disparo del cañón-mental golpeó a Torris Vaun en el pecho, rompiendo a través del escudo de calor que habría devuelto los disparos menores de otras armas, gastando su energía cinética masiva en la perforación a través de la armadura Flexiacero de su chaleco de batalla. El impacto lo lanzó de nuevo en

los charcos de la quema del licor, ondas conteniendo fuerza psiónica lamiendo a su alrededor, decolorándolo. Tosió con fuerza y expulsó una nube de sangre.

—Tonto —el sacerdote gruñó—. ¿Creías que iba a venir desprevenido cuando ya sabia que estabas en libertad? —Enfundó el arma irradiada, masajeándose la palpitante muñeca—. Ahora voy a poder entregar el prisionero que prometí para este día. —LaHayn miró como Miriya e Isabel entraban en la cámara, sus pistolas moviéndose, buscando algún objetivo —. Qué momento podría ser mas perfecto —remarco—. Aquí, hermanas.

Aquí está su brujo, listo para la jaulas.

Un chorro silbante de fuego entró en erupción desde donde Vaun había caído, empujando la parte posterior penal a sus pies. Rizos de calor lo envolvían, les enseñó los dientes, masticando un nuevo dolor envuelto en calor.

—Bien jugado, Viktor —escupió el psíquico—. Pero aun no he caído del todo, por el momento.

El mundo de LaHayn se puso rojo cuando el púlpito estalló en llamas a su alrededor.

—¡Cubridlo! —gritó Miriya, su voz fluyendo en la explosión de conmoción

de ruido de la pistola de plasma. Isabel disparó con ella, tanto como ellas las demás Hermanas de Batalla lanzando sus tiros a Torris Vaun, dejándolo atrás en su postura.

El psíquico tropezó y les gruñó, la sangre de los capilares rotos en sus ojos corría por la cara en pistas rojas. La marca brillante del tiro del cañón-mental que le había golpeado todavía parpadeaba con destellos inconexos de energía azul y blanco, Vaun la recorrió con los dedos manchados de sudor, usando su otra mano en un gesto de amparo para desterrar los disparos que entraron. Las rondas golpearon la pared

de fuego conjurado por su mente y se desviaron, algunos se rompieron y fundieron, otros saltaron a distancia, pero Miriya pudo ver la agonía causada por la lesión que habían infligido a LaHayn le había pasando factura. Vaun la miró a los ojos por un instante y ella supo que él, se había dado cuenta también.

—No voy a dejar que se escape otra vez —le espetó—. ¡Coger al brujo!

* * *

Aturdida y herida, Portia se arrastró a la lucha junto a sus compañeras de escuadrón. Cerca de los bancos destrozados, Galatea, con una mata de su perfecto pelo castaño crispado en blanca ceniza por los fuegos, tropezó llevando a Reiko en un hombro.

—No deberías haber vuelto —gritó LaHayn—. Ahora vas a pagar por atreverse a desafiar a la iglesia. —El sacerdote señaló a los cadáveres de los atacantes, a los que Galatea y las Hermanas de Batalla había puesto fin a lo largo del camino—. Todos los atracadores y asesinos han huido o muerto, demonio. Estas solo y desnudo

ante la ¡justa venganza del Dios Emperador!

—Mira que le van las charlas, Viktor, ¿eh? —Vaun soltó una carcajada y sacudió la manga de su chaqueta, revelando un dispositivo bulboso, adornado de joyas y metales preciosos alrededor de su muñeca—. Comete los mismos errores una y otra vez, Viktor. Nunca dejas de subestimar. —El psíquico apretó un interruptor esmeralda triangular y centenarios delicados microcircuitos, enviaron una señal de activación.

Las Hermanas de Batalla escucharon un traqueteo de estática a

través de sus canales de vox. Instantes después, las cargas huecas de detonite que los hombres de Vaun habían escondido en secreto por toda la catedral estallaron. Bajo la cobertura de los incendios y el pánico habían pasado desapercibidos. Sin embargo, había suficientes en el lugar para hacer lo que deseaba Vaun de ellos.

Fallas completas haciendo un ruido de tos rompieron las ventanas de cristal-acero tintadas y arrojaron las puertas de sus bisagras. Cortaron pilares de apoyo como las sierras talan los árboles o se lanzaron bancos antiguos sobre los desafortunados llenando el

lugar con nubes de vapor.

La cantería de las zonas altas bajó a hacer agujeros irregulares a través de los pisos de mosaico, lord LaHayn se tiró del púlpito justo antes de que un ángel de granito lo rompiera en astillas. Parpadeando a través del polvo de ladrillo y el dolor, el sacerdote maldijo el nombre del psíquico cuando la risa burlona de Vaun hizo eco a su vez.



SIETE

El nivel de la Devota Piedad se estremeció bajo los pies de Verity, quien se derrumbó, cayendo lejos de donde se encontraba el gobernador Emmel. Su piel estaba pálida y cerosa, la muerte se cernía sobre ella. La Hospitalaria escuchó sonidos como de roca triturando roca, con horror, vio la

alta aguja de la torre de la Catedral Lunar retorciéndose y agrietándose, cayendo en cascada hacia abajo, más allá de la terraza. Crecida bajo la solidez de Ophelia VII, Verity nunca había experimentado terremotos, por lo que observar el desmoronamiento de un sólido edificio a su alrededor, resultó algo nuevo y aterrador. El tronar de explosiones, surgió de los niveles inferiores retumbando por toda la catedral, y la mujer lanzó una mirada temerosa hacia el cielo ahogado en humo. ¿Dónde estaba la nave de rescate?, se preguntó. Si permanecían allí más tiempo, Emmel moriría por sus

heridas o ella perecería con él cuando la gran terraza se derrumbase.

Desde arriba, escudriñando entre la confusión del espacio, un estrecho rayo de luz, apuñaló repentinamente el nivel en el que se encontraban, Verity se puso de pie inmediatamente, soltando el arma de su mano, y agitando la misma desesperadamente.

—Aquí… aquí… —el sonido de rotores direccionales llegó a sus oídos, y en medio de la bruma vio la forma oscura de un coleóptero moviéndose contra el cielo nocturno.

El rayo de luz pasó sobre ella, se centró inmóvil en ella por un momento

y luego se alejó, iluminando el arco de entrada que conducía a la capilla. Una figura emergió a la luz de sodio, vistiendo una chaqueta oscura, una túnica salpicada en sangre fresca, y protegiéndose los ojos de la luz. El rayo de luz se desvaneció y el coleóptero efectuó un giro para realizar una nueva pasada. Con un gran escalofrío, la mujer se dio cuenta, de que se trataba de una de las naves que había atacado la catedral.

Torris Vaun caminó penosamente hacia el centro de la terraza y se detuvo allí, jadeante. Por un momento, Verity se quedó muda ante la imagen que

tenía ante ella. El psíquico examinó el rojo en sus manos, volviendo luego a cubrir la herida sobre su pecho, y echando un breve vistazo hacia su arma.

—¿Vas a usar eso, enfermera?

Verity trató de hablar, pero no pudo hilar ninguna palabra. Vaun se acercó aún más.

—¿Cómo está el estimado gobernador? —dijo escudriñando a quien yacía tras las sombras—. Muerto, o cerca de estarlo?, que pena, quería usarlo un poco mas antes de que muriera. ¡Oh, bueno! —Una triste sonrisa cruzó sus labios—. Los planes

cambian.

La Hospitalaria tragó aire. *¿Dónde estaban Miriya y los demás?*, se preguntó.

—Sé lo que estás pensando —empezó.

—Mantente fuera de mi mente —exclamó la mujer. Más acostumbrada al manejo de una pistola bólter, sostuvo el rifle láser en torpe posición.

Vaun lanzó una risa hueca y una mueca de leve dolor.

—No tengo necesidad de utilizar mis poderes para conocer tus pensamientos, hermana. ¿Sabes la suerte que corrió la pobre Hermana

Iona en el *Mercutio*, no? Y por ello, te estas preguntando si fácilmente he podido hacer lo mismo, con una guerrera endurecida como ella, ¿qué posibilidades tiene mi pequeña y frágil Hospitalaria?

—Voy a matarte.

—No llevas eso en ti —dijo risueñamente arqueando una ceja—. Creó que deseas hacerlo, pero no puedes…

—Maté a tu hombre —replicó y señalando con un gesto de su cabeza ante los restos de Rink—. Puedo terminar contigo también.

—¡Oh! —Vaun miró el cadáver—.

Impresionante. Tal vez me equivoqué contigo. —Tosió un poco—. Vamos entonces, dispárame si te atreves, pequeña Hospitalaria.

Verity apuntó cuidadosamente contra el psíquico, y fue recompensada por el más mínimo temblor de consternación en el rostro petulante de Vaun.

—No pretenda conocerme, cuando no me conoce. Su arrogancia es repugnante. ¿Cómo se atreve?, ¡demonio sin corazón! —su pulgar quitó el seguro—. Tal vez podría haber dudado en quitar cualquier otra vida, ¿pero la suya?, con solo mirar su rostro,

¡estoy dispuesta ha olvidar el juramente de ética!

El criminal se quedó tieso, mirándola atentamente.

—Entonces, antes de hacerlo, le ruego me conceda una cosa. Dígame lo que he hecho para ganarme tal enemistad.

Ella se quedó sin aliento.

—Tú… ¿tú ni siquiera lo sabes? ¿Esas muertes…? significan tan poco para ti, como para que las olvides, con cada nuevo asesinato?

—En su mayor parte… Sí —señaló Vaun—. Déjame ver si puedo adivinar. ¿Un padre? ¿O un hermano, tal vez?

—Mi hermana —espetó—. Lethe Catena, de la Orden de Nuestra Señora Mártir, muerta por tu espada. —Un sollozo quedo atrapado en su pecho—. ¡La eliminó como a un simple animal!

—Ah —asintió—. Por supuesto. Hay un aire de familiaridad entre ustedes, ¿no es así?

Sus palabras fueron suficientes.

—Muere en el nombre de Terra —gritó, al tiempo que tiró del gatillo de la pistola.

—No —exclamó Vaun, y chasqueó los dedos frente a ella. Antes de que el cristal de emisión láser de la delgada pistola pudiera incluso energizarse, el

psíquico sobrecalentó y fracturó con su poder, las moléculas de la matriz emisora del arma. Verity no pudo prever que el arma, ardería al rojo vivo, crepitando y quemando la piel de sus manos. Por puro reflejo, la Hospitalaria soltó el arma al tiempo que gimió tanto de dolor como de sorpresa. Su grito fue ahogado por el repiqueteo de las hojas del coleóptero que se ladeó a su alrededor sobrevolando la terraza. La Hospitalaria cayó de rodillas, llevando su herida mano a su pecho.

—Toma esto como un aprendizaje, de que no puedes probarte ante tus superiores. —La voz de Vaun sonó

como un susurro helado en sus oídos, presionando sus pensamientos—. Tú eres una niña tonta y sentimental. Yo maté a tu hermana porque debía de hacerlo, y no encontré ningún placer en ello. Era un obstáculo para mí, nada más que eso. No compliques las cosas transformándolo en algo personal.

—Que el Emperador os maldiga… —sollozó la mujer.

El psíquico se estiró para agarrar una cuerda que colgaba del coleóptero, que sobrevolaba a baja altura. El ruido era ensordecedor, pero a pesar de ello oyó sus palabras tan claras como el día.

—Esto no es acerca de usted, Verity.

Usted no tiene ninguna comprensión de lo que esconde este planeta, usted o esa otra mujer. Sus mentes simples, sofocadas por el dogma, no pueden comprender nada mas allá de sus conocimientos.

Verity gritó.

—¡Sal de mi cabeza!

—Déjame decirte esto. Mis crímenes son legión, de ello no deberías dudar, pero ni en mis peores excesos, nada de lo que he hecho pueden ensombrecer los pecados cometidos por Viktor LaHayn —el odio brotaba de las palabras en su mente—. Tú me has detenido esta noche, pero al final, nada

me impedirá cobrar diez veces lo que ese hijo de puta me debe. Te lo juro.

Sintió las últimas palabras de Vaun como un golpe físico, se dobló sobre sí y vomitó.

El coleóptero huyó hacia la noche, dejando a la Hermana Hospitalaria, y al gobernador en estado de coma medico cuando la ayuda finalmente arribó.

* * *

El amanecer trajo lluvias provenientes del mar, una lluvia fría y solitaria,

grisácea, cargada de humo y piedra pulverizada. El olor de la madera ennegrecida era denso en el aire.

La eventual llegada de unidades de la Guardia Nacional y demás refuerzos llegó demasiado tarde como para salvar la vida de muchos de los nobles, aunque por la gracia del Trono Dorado, al salir el sol, pudo estimarse el fallecimiento de menos de una cuarta parte de la clase alta de la ciudad. Los que habían fallecido fueron presentados en los miradores del hospicio central, donde los feligreses pudieron formar una procesión dentro y fuera, a fin de rendir homenaje a los hombres y

mujeres que les habían llevado la luz del Emperador.

Miriya encontró visitantes obstruyendo los ingresos a los pisos superiores del edificio, y le dieron a entender, que muchos de los sollozantes dolientes también habían perdido miembros de sus familias, pero de acuerdo con los mandatos de la iglesia Nevaniana, los ritos funerarios de los sacerdotes tenía prioridad sobre los de los demás ciudadanos.

Noroc estaba tan herido como su gente. La luz cruda del día mostró los lugares donde los cohetes lanzados durante el ataque aéreo, habían

quemado bloques de apartamentos y eviscerado cientos de capillas. En algunos lugares, los cableados de la calle yacían rotos, hecho que había impedido la llegada de los camiones de bomberos, razón por la cual, aún ardían pilas de ruinas y ferrocemento. Miriya había visto la misma escena repetida en cada esquina mientras avanzaba hacia el hospicio, angustia, miedo, el terror en cada rostro.

El rostro de la Hermana de Batalla mostraba su desconcierto con un ceño fruncido, dos veces ya, había tenido a Torris Vaun bajo su punto de mira y en ambas ocasiones se le había escapado, el

solo pensar en ello le revolvía el estómago, y en esos momentos sombríos, soportaba sola el peso de lo sucedido. Si ella lo hubiese detenido en la *Mercutio*, ninguno de estos horrores habrían sucedido, su estado de ánimo se oscureció como un cielo tormentoso, Miriya siguió adelante para encontrar su camino hacia el cubículo donde estaba siendo atendida la Hermana Verity.

—¡Por supuesto que usted entiende las preocupaciones del diácono! —dijo Dean Venik, cerniéndose sobre el pequeño siervo-medico que vendaba el antebrazo de Verity—. No quiero dar a

entender que no es así Hermana Hospitalaria, pero sin embargo, es importante garantizar un panorama completo y correcto de las intenciones del psíquico.

—¿Cómo puedo saber eso? —replicó Verity. Encontraba al hombre intimidante, a pesar de su amable forma de ser.

—¿Qué fue lo que el criminal le dijo? —Venik la miró a los ojos—. ¿Habló él de algo… malo? ¿Ha usado los nombres del Señor LaHayn o del Dios Emperador en vano?

—Sucedió muy rápido, él… él utilizó sus poderes… —Ella levantó

amoratada e inflamada su mano, la piel con costras, con nuevas cicatrices asomando a través de la gasa blanca—. No he podido evitar su fuga.

—Es una lástima —Venik asintió para sí mismo—. Me imagino que le hubiera agradado formar parte en la derrota de Vaun, después de lo ocurrido con su hermana.

La hermana Miriya entró detrás del clérigo, sorprendiendo al hombre.

—Aún estamos a tiempo. —Hizo la señal del águila—. Señor decano, si lo permite, desearía hablar con la Sororita.

—Hermana Superiora —Venik devolvió el gesto—. Por supuesto, he

culminado con la entrevista y hay otros con los que tengo que hablar, para reunir información para el señor diácono.

—Señor, un momento —dijo Verity —. ¿Qué hay de Gobernador Emmel? ¿Sigue aún con vida?

El decano le dedicó una leve y superficial sonrisa.

—Por la gracia de Dios Emperador, lo está, tengo entendido que el gobernador está siendo atendida por diez de los mejores médicos de Noroc.

—¿Diez? —Miriya lo observó—. ¿Un hombre necesita tantos médicos, especialmente en un día como este?

—Yo no soy un apotecario, Hermana, no puedo responder a eso. Sólo sé que él nunca podrá recuperar plenamente sus facultades después de semejante brutalidad —resopló Venik.

—¿Entonces, quién gobierna Neva ahora? —preguntó la Hospitalaria.

Venik arqueó una ceja.

—Su señoría el eclesiarca, por supuesto. Es justamente ahora, en esta época de ultraje moral, que la iglesia debe tomar la sartén por el mango —se volvió para retirarse—. El primer edicto del Señor LaHayn, haciendo uso de las facultades que su nuevo cargo le otorgan, fue reforzar la orden de

captura de Vaun. El psíquico ha de ser capturado vivo.

—Venik, tal vez usted podría proporcionarnos ayuda en otra cuestión —la voz nerviosa de Verity vaciló—. Hay registros dentro de los salones del Librarium Administratum de Noroc que podrían ayudar en la persecución del fugitivo Vaun. Con su permiso, me gustaría examinarlos…

Venik sonrió fríamente.

—Los guardianes ya han realizado un control minucioso de toda la documentación, y se actuará en consecuencia con toda la información obtenida.

—Sin embargo…

—Preocúpese en recuperarse, Hermana Verity —replicó el decano—. No gaste sus energías en asuntos o esfuerzos inútiles —miró a Miriya—. Estoy seguro de que hay muchas vías de investigación a seguir en este asunto —con un suspiro final, pasó cerca de la otra mujer y salió al pasillo.

La Hospitalaria despidió con un gesto al servidor-medico y se palmeó el vendaje en su antebrazo. El servidor-medico hizo una reverencia tan bajo como pudo sin tocar la frente al suelo y desvió la mirada. La Hermana de Batalla, a su vez lo despidió con un

gesto brusco y las dos mujeres se quedaron solas.

—Tú estás ilesa —sostuvo Verity—. ¿Y las otras Celestiales?

—Tan bien como pueden estarlo —Miriya frunció el ceño—. La Canonesa Galatea fue quemada, pero afronta el dolor con una fortaleza típica de ella —hizo una pausa y prosiguió—. Acudo ante ti para pedir disculpas por un error, hermana Verity. Yo presioné a la Canonesa para retenerte aquí, en Neva, y al hacerlo, te he expuesto a una amenaza a la que nunca deberías haberte enfrentado.

—No —Verity negó con la cabeza

—. Tu no tienes culpa alguna. Por alguna extraña razón, me alegro de haber mirado a Vaun a los ojos. Por lo menos ahora puedo dar una forma al dolor en mi corazón.

—Deberías volver a la misión de la Orden de la Serenidad. El ataque de anoche va a cambiar las cosas aquí, preveo que el derramamiento de sangre y la agitación no hará sino aumentar.

—Agradezco tu preocupación, hermana Miriya, pero me niego. No me confundas con una flor delicada, por el hecho de no portar espada o bólter en mis funciones. Mi orden ha servido en cientos de mundos infernales y campos

de batalla, conozco el rostro de terror bastante bien.

La cabeza de la otra mujer se balanceaba.

—Como desees —por un momento guardó silencio, estudiando a la Hospitalaria—. Pero Vaun… él habló contigo ¿es así? tu respuesta a la pregunta Venik…

—No estaba muy próxima a él —Verity desvió la mirada—. Sí. él… él me dijo que la muerte de Lethe fue solo obra del destino, nada personal.

—Una excusa conveniente para los de su especie. ¿Qué otro ser podía cometer semejante acto de semejante

barbarie y continuar exento de culpa?

Verity alzó la mirada hacia ella, hacia uno ojos sorprendentemente suaves, en un rostro tan duro.

—Pero tú también has matado… y ahora, yo también lo he hecho.

—Y mira cómo lo sentimos profundamente, hermana, ello es lo que nos separa de los herejes, de los alienígenas, luchamos y matamos porque debemos hacerlo, no por la gloria o por el deporte en sí mismo, cada muerte que infligimos sirve a una causa mayor.

La Hospitalaria asintió.

—Por supuesto, tienes razón,

perdóname si parezco irresoluta, es sólo que… estos días han resultado toda una prueba para mí.

Miriya le tendió una mano a la joven.

—Mira al Emperador, hermana. Cualquier cosa que nuble tu visión, él estará allí.

Verity volvió la mirada hacia su interior.

—Si alguna vez necesité tu guía, es hoy. Hay más cosas que no revelé a Dean Venik. Vaun me dio una advertencia antes de huir.

La Hermana de Batalla dijo burlonamente.

—Sus amenazas tienen poca influencia sobre mí.

—No, no lo entiendes. Habló del lord diácono. Vaun dice que el Señor LaHayn es culpable de crímenes mucho peores que cualquiera de los que él ha cometido.

—Sedición y mentira —Miriya escupió la negación al instante, aunque con menos convicción que la que debería tener—. El psíquico trató de sembrar la disensión en tus pensamientos.

Verity le hecho una mirada.

—He asistido a muchos interrogatorios durante mi servicio y he

visto muchas confesiones y negaciones, reconozco las mentiras cuando las oigo. Lo que escuche de Torris Vaun fue la verdad, al menos desde su punto de vista. Él creía en ello.

—¿Lo que crea un hereje no cuenta para nada —dijo la Hermana de Batalla — y cuando tu hables de ello con el decano o cualquier otra persona, es posible que encuentres al interrogador utilizando sus habilidades en ti.

—He considerado eso, incluso he considerado la posibilidad de que Vaun haya forzado un poco, la semilla de la duda en mi mente con sus habilidades monstruosas, pero todo en lo que

puedo pensar, es en que él psíquico decía la verdad, mientras Lord LaHayn hizo lo contrario en la catedral.

Sus palabras sorprendieron a Miriya y sus ojos se estrecharon.

—Él es un alto sacerdote de la Iglesia Imperial, la voz del Santo Sínodo. Se halla dentro de las atribuciones de Lord LaHayn la posibilidad de negarnos hechos o verdades, si considera que ello es lo mejor para nosotros —a pesar de su respuesta, Verity podía asegurar que no estaba convencida de su propio argumento.

—¿Por qué hacer eso, ocultando

cosas, cuando por su propio comando, nos ordenó la persecución de este hombre? Ya has oído el decano hace un momento. Se nos ha prometido ayuda, y acto seguido, nos la ha negado. No te equivoques, quiero que Vaun pague por sus fechorías, pero no puedo dejar de temer que en este asunto, hay mucho más en juego de lo que sabemos. Hay mentiras y secretos que nos envuelven, Miriya. Sé que piensas lo mismo.

Durante un largo momento, Verity temió que la Hermana de Batalla daría una fuerte negativa o la censuraría por tales dudas, pero en lugar de ello, la cabeza de la celestina asintió

lamentándose.

—Sí. maldita sea, pero sí, siento lo mismo. Hay demasiadas preguntas sin respuesta aquí, demasiadas cosas ocultas del escrutinio.

Verity suspiró.

—Me siento confusa, hermana. ¿Cuál es nuestro deber?

—Nuestro deber es con la iglesia y el Dios Emperador, como siempre lo fue. Pero veo y entiendo cual es la pregunta que haces, ¿el diácono de Neva le sirve a él, o hay otro oscuro asunto en sus manos? —Se estremeció —. No me atrevo ni siquiera a expresar tal cosa.

—Entonces prepárate —dijo Miriya sombríamente— puede llegar el momento en que debas incluso atreverte a hacer algo mas que eso. Nunca olvides que el precio de la vigilancia, nos requiere observar tanto a aquellos que marchan bajo nuestra bandera, como a quienes marchan contra ella.

—Reza para que no sea así. —Verity se puso de pie, probando su brazo herido—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Creo que habías dicho algo sobre el Administratum? —la Hermana de Batalla levantó una ceja.

—Pero el decano dijo que…

—Los guardianes no son nada más, que centinelas nocturnos blindados. El día que acepte las palabras de investigadores de segunda mano, será el día en que el sol arda frío en el cielo —ella se alejó—. Tengo que velar por el bienestar de mi equipo. Mientras tanto, te sugiero que utilices la confusión del día, para visitar los salones de registros y buscar esos hechos que puedan ayudarnos a encontrar a nuestra presa. —Miriya se detuvo frente al portal de salida—. Eso es siempre y cuando, usted no necesite realmente permanecer aquí.

—Me pides que desafié al decano.

Miriya le dirigió una mirada inquisitiva.

—No he hecho tal cosa. El decano solo se limitó a decir que las fuerzas del orden ya han comprobado los registros. ¿Qué daño puede ocurrir por un segundo examen de los registros? ¿Sólo para estar seguras?

Verity le dirigió una inclinación de cabeza, para bien o para mal, de repente entendió que la decisión que había tomado en esta pequeña habitación, podría condenarlas a ambas.

* * *

Con un fuerte golpe de revés, Vaun alejó el medico de él.

—Encárgate de ti mismo, ya he tenido suficiente, seguiré a partir de ahora, yo mismo. Ya he recibido suficiente atención. —Tanteó las partes de su rostro, donde los pequeños cortes fueron tratados con gel de curación—. Al igual que miles de cortes en papel —hizo una mueca, mirando como Ignis se le acercó por la penumbrosa y crujiente bodega de la barcaza—. ¿Y ahora qué?

El joven supo anticipar los pensamientos que poblaban su mente y le entregó un cigarrillo encendido. Ignis

había mutado al silencio desde su regreso a la nave, como disgustado por la ausencia repentina de Rink. Los dos habían sido amigos, o lo suficientemente cercanos.

—Él está aquí —dijo el joven, sin preámbulos—. Trajo su aeronave justo bajo la cubierta —señaló el techo de acero arriba.

Vaun se tomó un momento, aspiró el humo de su tabaco y se puso de pie.

—¿Por ello tanto alboroto? —Allí en la improvisada enfermería de la barcaza, Vaun había oído los traqueteos y gritos de los tripulantes. Ellos estaban atemorizados por transportar al psíquico

y sus secuaces, pero les había pagado muy bien por su servicio. Escupió duramente—. Idiota. ¿Por qué no puede simplemente actuar como un simple tonto y jugar su papel?

Pasos pesados se oían aproximándose desde la cubierta superior y Vaun dijo burlonamente, mientras aspiraba otra bocanada de tabaco.

—Mírame ahora, y observa la manera en que se maneja a este tipo de hombres.

La escotilla de la enfermería se abrió con dificultad, crujiendo y gimiendo. El recién llegado se veía desalineado, sus

finas ropas manchadas de hollín y algo de sangre. Encontró a Vaun y sacudió un puño hacia él.

—¿Qué… ¿Qué ha sido todo esto?

El psíquico puso una cara neutral.

—¿Que ha sido, ¡qué!, milord?

El otro hombre se plantó delante.

—Torris, usted me habló sobre velocidad, sobre muertes limpias y ataques quirúrgicos, Esto… —señaló en dirección vaga a Noroc—. Eso no fue ni rápido, ni quirúrgico, fue ¡una chapuza militar!

Vaun lanzó a Ignis una divertida y fraternal mirada.

—¿Qué es lo que esperaba? ¿Un

puñado de discretos asesinatos? ¿Alguien colgando de las lámparas de la capilla? Tal vez ¿las inquietantes muertes de algunos servidores y nada más? —Súbitamente, giró su rostro oscurecido hacia el noble, sosteniendo el cigarrillo en sus dedos—. ¿Quería tener el poder?… el poder debe arrebatarse. Tal vez si sus ridículas legiones de espías y soldados tuvieran dos dedos de frente, ayer por la noche podría haber ido hasta el final, imponiéndose sobre el dominio de la Iglesia sobre una Neva en crisis, con la muerte de Emmel y LaHayn.

—La vida de Emmel… —escupió el

hombre—. ¡Ni siquiera me has dado eso!

—Eh. —Vaun, hizo una pausa, considerando lo dicho—. Pero el no estará en estado de gobernar. No tengo dudas de que LaHayn terminará el trabajo por mí. —Suspiró al agregar—. Qué divertido.

—¿Divertido? —La contenida ira del noble hombre se desató—. Has causado serios estragos, dejándome expuesto, eso, ¿te parece divertido? ¡Maldito brujo-retorcido!, has puesto todo mi juego en peligro.

Vaun acortó en un instante la distancia entre ellos, aplastando al

hombre contra el suelo, quien gritó y palpó una fresca quemadura sobre su mejilla.

—Lo único en juego aquí, ha sido su complacencia barón. Durante demasiado tiempo, he estado jugado a su insignificante y estúpido juego de rivalidad con LaHayn, como si de un juego de regicida se tratase, con todas sus reglas de cortesía —tiró el cigarrillo —. Ya no me divierte, Holt. He alcanzado un nivel superior. Ahora ya no es un intercambio de puñetazos, es mas como el apuñalamiento de una pelea real.

—No estoy listo —gimió el noble—.

Habrá guerra a muerte.

—Sí —acordó Vaun—. Y cuando así sea, cuando Viktor LaHayn sea crucificado en la plaza del Juicio y usted se encuentra en el palacio del gobernador firmando mi perdón por todo lo bueno que he hecho por Neva, ese día me dará las gracias por hacer que eso sucediera —acercó su rostro al del Barón Sherring—. Por liberarte a ti —después de un momento, dio un paso atrás y agregó—: Vuelve a tu aeronave y empieza a hacer tus planes. Es hora de decirle al mundo lo malo que es el viejo y querido diácono.

El barón se puso de pie y se alejó

arrastrando los pies.

—Lo… ¿lo veré en Metis?

Vaun se inclinó.

—Puedes contar con ello.

Sherring se alejó, hecho una sombra del hombre que había ingresado impetuosamente momentos antes en la habitación. Ignis tapó sus labios con un dedo.

—¿Lo ha empujado usted para hacer que cayera… mentalmente, quiero decir?

—Un poco, hay maneras más fáciles para coaccionar a los hombres, que utilizar el tacto mental, sólo le di lo que quería.

Desde arriba, provino el ascendente zumbido de los rotores dirigibles.

—¿Y qué fue eso, entonces?

—Libre de toda culpa, Sherring siempre ha soñado con prender fuego a ese viejo piadoso fanfarrón, y a toda su santa iglesia, yo lo hice por él, y ahora es libre para dar un paso hacia adelante, hacia la lucha, sin tener que cargar con la culpa de ser el que ha comenzado todo.

Ignis soltó una carcajada.

—Él… él piensa que estas haciendo todo esto, ¿por él? ¡Ja!

Vaun asintió.

—Él va a descubrir que no es la

razón de ello, probablemente justo antes de morir.

* * *

Verity podía ver poco mas, había un largo río de iluminación a ambos lados de la pasarela, que atravesaba el Librarium. Los perfiles de los estantes, se desvanecieron en la oscuridad, entre los muros invisibles del largo bunker. El malhumorado logistor que la había guiado, en este bajo nivel recitó algunos hechos superficiales sobre el lugar, al

igual que la información que pudiese provenir de la placa de datos de un turista. Habló sobre los cientos de metros que estaban por debajo de las calles de Noroc, y de cuantos más niveles estaban por debajo de éste. A medio camino, la Hospitalaria pudo oír el ruido metálico de grandes engranajes de bronce engrasados, cuando una de las cubiertas móviles de la gran sala, descendió hacia los niveles inferiores de almacenamiento. Se detuvo para mirar el espacio vacío, tan grande como un campo de juego. Tras un instante, otra cubierta descendió del techo hasta reemplazarla, la estructura de una

enorme biblioteca rodando hacia su posición final, colmada por un sinfín de archivadores de papeles y pequeños hombres estudiosos que trabajan en sus pasillos. Automáticamente, desde los aleros superiores, descendió una bandada de deslustrados servo-cráneos plateados, que comenzaron a sobrevolar los amplios corredores de libros, plantas enteras del librarium, se movían con velocidad pesada, posicionándose como partes de un inmenso rompecabezas en manos de gigantes.

El logistor, cuyo cuerpo enjuto se encontraba cubierto por una túnica coloreada con grandes manchones de

tinta, la miró con ojos argumétricos.

—Como usted entenderá, no solemos ver representantes de su orden en estas salas —dijo intentando algo parecido a una sonrisa—. Las hermanas Dialogous del Quill y el Sagrado Juramento nos visitan a veces, pero no recuerdo la visita de una hermana Hospitalaria durante mi gestión —se quedo pensativo, al tiempo que agregó —. Tal vez debería efectuar una comprobación estadística en ese sentido.

—Tal vez debería… —interrumpió Verity—, pero mientras tanto, deberíamos centrarnos en los asuntos

que me han traído hasta aquí.

—Sí, los registros de la tripulación de la nave de guerra *Mercutio*, no lo he olvidado —hizo una seña—, sígame. —El secretario sacerdote deambulaba a lo largo de la pasarela—. Tengo curiosidad en saber por qué la Orden de la Serenidad requiere tal información.

En la penumbra, Verity sintió sonrojarse sus mejillas. Que hubiera llegado tan lejos sin dificultades, había sido pura cuestión de suerte, y con cada paso más allá de las labores propias de la Orden de las Sororitas, temía que su presencia aquí se descubriera y sus acciones declaradas fraudulentas, dudó

durante un instante, sin saber qué decir. ¿Cómo habría respondido la Hermana Miriya?, se preguntó, probablemente con amenazas, pero ella no podía hacer algo mejor que ello.

Verity aspiró una bocanada de aire seco y apergaminado. —¿Es necesario que usted sepa para qué necesito la información?—, ella hizo uso del mismo tono de voz, que el palatino usaba en sus conferencias con los novatos.

—Bueno, eh… no. —El logistor parpadeo con sus pestañas de latón—. Yo… no era más, que…

—Solo curiosidad, sí, curiosidad, le pido mis disculpas, se nos ha enseñado

que la curiosidad es un rasgo, que el Adeptus Ministorum no desea cultivar en sus bibliotecarios. ¿No obra ello, en los tratados de fe, con que vuestra Orden las instruye, a fin de evitar el contacto con materia anti-natural?

Sonrió débilmente otra vez.

—Nunca he sido tentado, hermana. —Lanzó una nerviosa mirada hacia los zumbantes servo-cráneos por encima de ellos, equipados con delgados cañones de rayos láser colgando de sus bocas sin labios—. Hacerlo sería incurrir en la pena máxima —agregó, al tiempo que se detuvo a un lado del pórtico, sacando una cadena de cierre de

vínculos cercana—. Aquí estamos, el cogitador le proporcionará la información —hizo una reverencia y se retiró—. Espero, perdone mi uso imprudente de las palabras anteriores. Es sólo que, con el incidente de la noche de la bendición…

Verity le devolvió la sonrisa.

—Estamos todos conmocionados, sacerdote. Afortunadamente, el Emperador nos guía con su luz.

El logistor se inclinó de nuevo y la dejó allí con el antiguo cogitador, las bobinas estridentes y los collares internos de plateados filigranas, tintineaba como si tratase de expulsar la

vida misma de los guardias de la nave, y de quien había liberado a Torris Vaun.

Había amplias redes de vigas, grasientos cableados y piezas de trabajo por todas partes dentro del Librarium, casi todos bajo una perpetua penumbra. El resplandor de las escasas fotoelectrovelas posicionadas sobre la sala subterránea, jamás llegaba a alumbrar las gruesas sombras de ébano que proyectaban al final de los corredores. Muchos de los documentos allí archivados, eran tan antiguos, que se arruinarían bajo una luz potente, de echo, en algunos sectores, los servidores trabajaban inclusive, bajo la luz de

lentes infrarrojos, en dichos lugares, el acto de ocultación era casi bienvenido.

Una sombra, la observaba desde un soporte hexagonal bajo el marco del techo de ferrocemento, existente sobre la cabeza de la Hospitalaria. La sombra se fundía en la oscuridad con tal habilidad, que incluso, ni siquiera los servo-cráneos vigilantes con sus diminutos ojos rojos, advertían su existencia al pasar directamente sobre ella. La sombra de Verity observaba, escuchaba y medía considerando el día iba a tener a la bonita Sororitas. La certeza comenzó a construirse en los pensamientos de la sombra, afirmando

que la mujer no iba a ver la luz del día otra vez, y con tales intenciones, la sombra preparó su pistola fantasma para matarla.



OCHO

Verity presionó sus dedos hasta el lugar donde su frente se encontró con su nariz y se pellizcó la piel allí, tratando de dar con los masajes algún tipo de vida a su cara. Ahogó un bostezo y parpadeó, los ojos estaban cansados y arenosos. En un escritorio de roble tenia pilas ordenadas alrededor del

pedestal de mármol del cogitador, pliegues de pergamino amarillo, marrón o acres de texto aparecían en gótico alto, en el dialecto de la máquina y en la lengua local de Neva. Muchos de ellos lucían etiquetas rojas con una pequeña versión del escudo de los ejecutores, junto con una cadena de texto se mostraba un número. Representaba los lugares en los que los investigadores habían escudriñado los papeles, el punto en el que habían completado sus búsquedas. Verity había leído todos los archivos, hasta los marcadores de color rojo y luego fue más atrás, buscando alguna relación,

alguna pequeña sospecha, algún vínculo entre los hombres que habían liberado al prisionero de Miriya.

Suspiró, un fuerte abatimiento amenazaba con superarla. No había relojes en ningún lugar a la vista aquí en el librarium, así que no tenía idea de cuánto tiempo había estado confinada en esta cámara oscura, solo el pasar de dedos y dedos rastreando sobre una página tras otra bajo el parpadeo de las velas de fotones. Sus labios estaban secos y se sentía un poco enferma. Las libaciones que el medicae le había dado después del incidente en la catedral fueron desapareciendo, el cuerpo de

Verity estaba enviando mensajes contradictorios entre dormir y mantenerse despierta. Sin embargo su pecho se sentía bien con el polvo de los libros antiguos.

—Esto es una pérdida de tiempo… —murmuró—, todo para nada…

Ante el sonido de su voz, el altavoz del cogitador con forma de máscara estañada se encendió, sobre sus ejes engrasados giro para hacer frente a la mujer. Era algo taciturno, trabajado en metal para asemejarse al aspecto de un exaltado alto sacerdote seguramente muerto ya hacia algunos siglos. Fuelles y pequeñas campanillas en la garganta

del dispositivo soplaron y se sacudieron, creando un sonido que se asemejaba a la voz humana.

—Para encontrar la claridad, será necesario repetir su petición.

—No estaba hablando contigo —replicó Verity, la frustración y el cansancio amenazaban con romper su voz—. Cállate. —Durante las primeras horas, el cogitador había roto el silencio a intervalos regulares entonando axiomas aprobada por la Iglesia al azar diseñados para reforzar la piedad y la claridad del pensamiento. La Hospitalaria se había cansado rápidamente de repetidas afirmaciones

tal como: «Una mente cerrada no está abierta a la herejía», o del tipo: «La muerte es la moneda de los traidores».

—A sus órdenes. —El equipo hizo clic y zumbó, dándole la espalda de nuevo. A través de los espacios en blanco de la boca y los ojos de la máscara, la Sororitas pudo distinguir la tenue forma de un orbe de cristal manchado y su forma al girar los carretes en color gris, atravesado por miles de filamentos de oro. Ella entendía poco de cómo funcionaban los Cogitadores, pero encontró su mente vagando en pensamientos sobre los componentes que lo formaban. ¿Acaso

tal vez, hace tiempo se creo una maquina antiquísima y erudita en Terra, una tan vieja y sabia que no se pudiera permitirse cesar en su servicio?

Negó la idea de puro absurda y frunció el ceño ante el antiguo aparato, como si fuera el culpable de su falta de éxito. El cansancio que sentía estaba haciendo que le fuera difícil concentrarse, tocó el rosario de plata de su cuello en un intento de concentrarse. Las vidas del guardiamarina Vorgo y una docena de marineros de la nave *Mercutio* yacían delante de ella en papel y tarjetas perforadas, todo, desde certificados de nacimiento a los avisos

del fideicomiso, cuentas bancarias, nominas e infracciones disciplinarias.

Verity pasó el dedo sobre las etiquetas elevadas de las tarjetas, su índice se poso en el nombre de un hombre, Priser. Era notable cómo un pequeño pedazo de cartón podía encapsular la vida de una persona. Se demoró en más de un punto en blanco con el índice. Sólo un arañazo accidental de su uña, un punto de tinta derramada en la página equivocada y Priser podrían encontrarse sin dinero o declarado muerto. Tal era la inercia monumental de la burocracia monolítica del Imperio que la palabra

de estos documentos era la ley, estas máquinas increíblemente viejas eran los custodios de todo. Era un pensamiento a tener en cuenta el imaginar todas las cosas, gente, barcos, mundos quizás incluso todo, podría ir desaparecidos por el simple hecho de un punto decimal mal colocado.

Verity se dio cuenta de que había estado mirando el mismo documento por varios minutos, leyendo y releyendo la misma línea de texto en el archivo de Priser sin realmente memorizarlo, suspiró y volvió a leerlo.

Era un código de referencia a un incidente en el registro de servicio,

algunas semanas antes de que el *Mercutio* había partido de Neva y antes de recoger a las Celestiales de Miriya, antes incluso de su cita con el Barco Negro. Verity parpadeó. Había visto este número antes.

La mujer tomó otro archivo y encontró el mismo punto de referencia. El código estaba allí también. Era la mismo numero una tercera vez, una cuarta vez. Todos ellos, incluyendo Vorgo, lucían la misma referencia numérica, laica en su lugar debajo de las etiquetas rojas colocadas por las fuerzas del orden. Una oleada de emoción repentina inundó Verity,

haciendo latir su corazón vertiginosamente. Golpeó la parte delantera del cogitador para atraer su atención.

—Este código —dijo, mostrando a la máscara sin ojos el papeleo—. ¿A qué hace referencia?

El mecanismo de relojería pío e hizo clic.

—Su tolerancia. Su respuesta aparecerá inmediatamente. —Después de unos momentos, el dispositivo hizo un ruido de succión y un tubo de vacío en su pecho se abrió, revelando un pergamino enrollado—. El sacrificio es el culto más noble.

Leyó rápidamente. Los papeles eran una copia mimeografiada de un informe de la oficina del Agregado Naval, en el se explicaba cómo una oferta de transporte tomaba algunos de los tripulantes del *Mercutio* en libertad por Noroc habían sido desviado por un mal funcionamiento. El servicio de transporte se vio obligado a hacer escala en la ciudad-estado de Metis, finalmente, regresó a la órbita con sus pasajeros intactos al día siguiente. Hubo uno o dos nombres adicionales, pero sin excepción, todo hombre que tenía una mano en el escape de Vaun habían estado en ese transporte. Verity buscó

los tripulantes que habían estado a bordo, pero no se había unido Vorgo y los demás. Ninguno de ellos estaba todavía vivo. En una nave tan grande como el *Mercutio*, las muertes por accidente y los accidente eran un hecho cotidiano, pero el patrón hizo que se le pusiera la piel de gallina a la hermana. Los otros habían muerto antes de la cita.

Recogiendo su placa de datos, Verity tomó notas rápidas con una electro-pluma. Pensó en Vorgo, allí en la celda de aislamiento, gritando por una hija que nunca tuvo, y tomó sus papeles.

Sus ojos se estrecharon. Según el informe económico Naval, Vorgo y sus compañeros habían cambiado su remuneración habitual en vales Imperiales para gastar en sus vacaciones en Noroc, pero no figuraba ni una sola nota de que se hubieran gastado o cambiado. Eso parecía imposible. Metis era conocido por tabernas y diversiones obscenas. Cualquier visitante pardillo con un bolsillo lleno de vales de pago sin utilizar volvería sin nada que mostrar excepto una resaca y algunas enfermedades sociales interesantes.

—¿Que pasó en Metis? —Verity hizo la pregunta al aire, y de repente

estaba muy, muy despierta.

* * *

Una sombra ladeó la cabeza y se preguntó por las palabras de la joven. Había estando observando y registrando los papeles en los que ella había estado trabajando, interesado para la posterior evaluación de su amo. El lenguaje corporal de Verity había cambiado radicalmente en los últimos momentos. Antes, parecía estar al borde del agotamiento físico, pero ahora la

sombra podía ver la chispa de la adrenalina en sus ojos, casi podía olerse en el aire aceitoso.

El asesino sopesaba esta nueva información con cuidado, entretenido brevemente con la idea de poner fin a la chica ahora, pero los años de servidumbre en las guerras asesinas de Neva había dejado una marca indeleble en la sombra. Era el enemigo, seria la muerte invisible. Con esa única certeza, haría un solo tiro, un golpe perfecto. La sombra eligió esperar un poco más. Otra cifra dentro de la dotación del destino, que podría llegar a ser necesaria para poner fin a algo más que

la vida de la niña.

La pistola fantasma se movió unos pocos grados. La edad y la procedencia del arma del asesino eran datos desconocidos. Algunos habían dicho que era de fabricación xenos, otros que se remontaban al período negro conocido como la Edad Oscura de la Tecnología. A la sombra le gustaba por su silencio. Dentro de la culata se alojaban los proyectiles en forma de dardo, acomodados, esperando. Fueron hechos a mano, hecho a mano por Tecnosacerdotes ciegos especialmente cegados para ese fin. Cuando se disparaba, dejaban la pistola fantasma

sin eyecciones, sin sonido o un resplandor de fuego. Ni siquiera el aire susurrando cerca de los dardos que vuelan podría alertar de su paso, el material con que ellos y el arma se hicieron a partir de energía, era completamente inerte. Los sentidos, un auspex o una exploración de un psíquico, no la podrían ni ver, ni detectar.

Había muchos dardos en el arma, pero uno sería suficiente.

Con un pesado ruido metálico, el pórtico que conduce a la pasarela principal se coloco en su lugar y la plataforma de la biblioteca se

estremeció ligeramente. Verity acompaño con la mirada a otro logistor recorriendo su camino hacia ella. Este era de un rango inferior al adepto que la había acompañado al Salón, un mero Quillan con menos de una docena de botones de servicio. El secretario-sacerdote se inclinó y señaló con el dedo los papeles dispersos. Estaba un poco angustiado por que los archivos se mostraran en una manera tan imprecisa.

—Tengo que revisarlos —dijo entre dientes—. Tienes que dejarme continuar.

—¿Revisar el qué?

El logistor deambulo hacia adelante con sus pies de bolas rotatorias y tomo el primer archivo que tuvo a mano. Papel enrollado de una bobina del dispensador en la cadera, un dispositivo formado para parecerse a un libro cerrado. Lanzó una mirada a Verity.

—Certificaciones. Después del ataque, ha habido mucho que hacer. —Una lengua gris colgaba de sus labios y lamió el papel con él. Con un movimiento rápido, la Quillan pego una etiqueta al archivo, lo plegó y lo guardó. Empezó a repetir el procedimiento.

Verity tomó el archivo alterado y lo estudió. La nueva adición fue la

longitud de un dedo de una etiqueta con el borde negro que llevaba un código de fecha, hora e identificador. En letras rojas, una palabra se destacó como una marca lívida. Fallecido.

—¿Qué está pasando? —exigió Verity, dependiendo como estaba de los logistores.

Él parpadeó y retrocedió un poco. El Quillan parecía nervioso en su compañía.

—Se refiere a ¿ayer por la noche? ¿El ataque? —Lamió otra etiqueta y la metió en la tarjeta del archivo de Priser —. Algunos de los cohetes disparados impactaron en un reformatorio.

Muchos prisioneros murieron en el incendio que se produjo. —El empleado se detuvo e hizo un gesto en torno a los archivos con una mano de metal, con plumillas de acero para los dedos—. Todos estos hombres están muertos. Los archivos deben ser revisadas para reflejar la nueva verdad.

Verity dejo que los logistores completaran su trabajo sin más interrupciones. El adepto robaba miradas de soslayo hacia ella cuando pensaba que ella no lo miraba, y finalmente ella dejó escapar un suspiro.

—¿Tienes algo más que decirme?

El parpadeo como un búho.

—Yo… yo la conozco. Su identidad cruzó por mi cola de trabajo recientemente, la hermana Verity, ¿no? Sé de su participación en la investigación sobre Vaun.

Algo en el tono del logistor la hizo ser prudente.

—Sí —dijo con cautela—. Estoy recopilando información sobre el brujo para ayudar en su captura.

El secretario sacerdote hizo una pausa, su tarea ha terminado.

—Nunca he sido el encargado de participar en una investigación criminal. —Había un aire de esperanza nostálgica de su voz—. Mis obras son puramente

administrativas. A menudo me pregunto cómo deberían ser.

Verity se arriesgó.

—Tal vez usted podría ayudarme ¿esta vez?

El Quillan paro su trabajo quedándose congelado.

—Sería un honor. ¿Cómo podría ser de ayuda, hermana?

La mente del Hospitalaria giró. La pregunta bailaba en sus labios.

—Yo… yo quiero ver los archivos que tienes sobre Torris Vaun.

—Esos datos están restringidos. —Los logistores la miraron—. ¿Pero debo suponer que usted tiene el permiso

requerido de la oficina del señor diácono?

La hermana Verity retuvo toda emoción sin reflejarla en su cara, con miedo de que lo compartido con él llegara a otros oídos, pero entonces recordó que los logistores eran muy reservados y no solían ponerse en contacto con otros seres humanos, también dudaba de que fuera capaz de detectar la mentira en su labios.

—Por supuesto, puede estar usted, seguro de ello —dijo ella.

El Quillan se inclinó y la llevó más profundamente en el Librarium.

Bajaron por una serie de

compuertas en una cúpula de hierro, que a su vez cruzó entre dientes metálicos, lentamente volviéndose hacia otra plataforma, llena de libros que estaban encadenados a sus estantes. El logistor extrajo un mecanismo de teclas en la palma de su mano y se les concedió la entrada. Echó un vistazo por encima del hombro encorvado a Verity.

—Acabo de acordarme, no te he dado mi identidad. Soy Quillan, logistor Unshir de clase cuatro, con acceso al cortador de papel y a la máquina de copia. —Se inclinó un poco—. Perdóneme si parezco atrevido, pero si

pudiera ver la manera de resaltar mi colaboración en este asunto con mi sabio Senioris…

Ella le lanzó una rápida sonrisa falsa.

—Por supuesto. Será recompensado por su ayuda. —A Verity no le gustaba mentir, incluso a un semi-humano como un Unshir, pero se había comprometido a fondo a sí misma—. Que el Emperador me perdone —susurró—. Esto lo hago en su nombre.

El Quillan la miró.

—¿Se dirige a mí, hermana?

—No —le espetó ella, un poco demasiado rápido—. Los registros de

Vaun. Muéstramelos.

Él hizo una reverencia.

—Por supuesto.

El Unshir utilizo una llave para abrir un tomo forrado que absorbía de luz, como de obsidiana, tocando un anillo de puntos de código en la tapa para abrirlo. Le susurró algo que sonaba como un canto de los pájaros en una parrilla en el lomo del libro y obedientemente este se abrió por sí mismo, las páginas pasaron en su armadura como un borrón. Con un chasquido, el libro estableció su propia pagina en las manos del Unshir y este se dio la vuelta, presentándoselo a ella.

—Las páginas son de un papiro psicoactivo —dijo con reverencia—. No los toque con la piel desnuda.

Verity asintió con la cabeza y comenzó a leer. Estos libros del diezmo mantenían los registros de las idas y venidas del Adeptus Astra Telepática en el sistema de Neva. Cada vez que se encuentra una persona que lleva el estigma de un psíquico, su nombre fue introducido aquí junto con un registro preliminar de las habilidades que exhibían. Con el tiempo, cuando las naves negras llegarían a reclamarlos, los brujos serían transferidos de las células profundas en las mazmorras

inquisitoriales de Neva a las naves misteriosas, para nunca ser vistos otra vez.

Y ahí estaba el nombre de Torris Vaun. Los registros eran superficiales, al parecer, vendido como esclavo cuando era todavía un niño, sus talentos psíquicos ya de joven había llegado a llamar la atención de los agentes del Eclesiarquía, ¡que revelador!, por el propio Viktor LaHayn, en ese momento un confesor de alto nivel. Había varias notas en prosa florida sobre la cuestión de las capacidades profanas de Vaun. Estaba visto que había cometido actos de telepatía intencionadamente,

calafrios y hazañas de extremo dominio de habilidades piroquinésicas. Verity recordó el fuego que ardía en los ojos del brujo y sufrió un estremecimiento involuntario.

—Como puede ver, los archivos permanecen intactos. —El Unshir asintió para sí mismo—. ¿Está usted satisfecha?

La Hospitalaria no le hizo ni caso. Ella sabía qué debía buscar ahora, siguió buscando discrepancias siguiendo el garabato estricto de texto luminoso.

—Los datos… —dijo Verity al fin, centrando la clasificación de sus pensamientos en voz alta—. La

secuencia temporal es incorrecta.

El logistor se estremeció como si le hubiera golpeado.

—Debe estar equivocada. Nos preocupamos por estos documentos como si fueran las palabras del mismo Dios Emperador. No puede haber ningún error.

—Detección y captura de Vaun. Hay un vacío aquí, es obvio que falta información.

—Eso es imposible. —La pálida cara del Unshir enrojeció.

—Hay un salto en los archivos desde la fecha en que fue capturado hasta la anotación de su fuga en Neva.

¿Dónde estuvo durante ese intervalo de tiempo? ¿En que se ocupó? La página no dice nada.

—Debe estar usted malinterpretándolo —exclamó súbitamente irritado el secretario sacerdote.

—Míralo tú, por ti mismo.

—No —se estremeció el Unshir—. Nos está prohibido que asimilemos las páginas que escribimos y protegemos. Nuestras funciones cognitivas están compartimentadas por lo que no podemos entender las palabras que transcribimos.

—Tiene que haber pues otros

registros de Vaun —le exigió—. ¿Dónde están?

—No hay otros —balbuceó, aborreciendo la misma idea de que la información pudiera encontrarse en cualquier otro lugar, dentro de estos muros era una broma pesada. En el siguiente instante, la cara del logistor se nubló—. Espere un momento. Si el señor diácono le envió con este recado, ¿por qué dices tal cosa? ¿Es una especie de prueba? O ¿tal vez no?

—Yo… —tomada por sorpresa, el frágil manto del engaño de Verity se desintegró con una sola mirada—. No, no me envió.

Por fin vio la mentira en su rostro.

—Charlatana, mentirosa. ¡Usted me informo mal! —el Unshir escupió las palabras como una maldición—. No tiene derecho a estar aquí. —La ira y terror cruzó el rostro del sacerdote cuando se dio cuenta de que su falta de atención, había permitido a Verity obtener acceso donde no debía—. ¡Alarma! ¡Alarma! —gritó, dando bandazos e incrementando la distancia hacia una rejilla de control en una de las vigas de soporte.

Desde arriba, la Sororitas oyó el zumbido lamentándose de los servo-cráneos descendiendo de las alturas.

Las digiplumillas de Quillan rayaban en el panel, hacia las alarmas de seguridad, luego súbitamente la cabeza se desgarró con un ruido como de tela arrancada y el secretario cayo muerto con estruendo sobre el suelo.

Verity creyó ver la forma de algo oscuro que se movía en los refuerzos de los pórticos. En algún lugar allá arriba, burbujeante chispas de fusión de color compitieron con breves destellos cuando un trío de servo-cráneos fueron perforados con dardos de metal rapado. La Hospitalaria corrió, su corazón golpeando como un mazo contra su pecho.

* * *

La sombra no disfrutaba en modo alguno de la caza, el asesino no disfrutaba de la emoción de la caza, la fiebre, el calor de la persecución, como un objetivo huía con toda su energía por temor a perder su vida. Al contrario, lo que prefería la sombra era ser uno con el sigilo. El asesino nunca se esforzó en carreras para llegar el primero a la meta, sino en estar ahí cuando el objetivo menos sospechara, para plantar un dardo en silencio en su suave piel, haciendo que nunca se

sospechara siquiera, sabiendo que la muerte le sobrevendría. Pero la hermana Hospitalaria había interrumpido ese plan al desviarse de los patrones de conducta atribuidos. No se esperaba que la mujer tomara la valiente decisión de mentir al desgraciado Quillan, y aún más que se atreviera a adentrarse en los registros de la iglesia sellados. Si hubiera tenido una pizca de incertidumbre con si la muerte de Verity era necesaria, era con esa acción con la que se eliminó cualquier duda en la mente del asesino.

Pero el bufón del logistor había sobrereaccionado y su asesinato fue del

todo necesario, eso llevo rápidamente también a la eliminación de los exploradores servo-cráneo antes de que pudieran transmitir ninguna alarma a los tecnoguardias en las zonas altas.

La penumbra del librarium se hizo bruscamente brillante por el mecanismo de búsqueda que en el casco sellado que la sombra llevaba, también llamado preysight. Por delante, el asesino vio la mancha de calor de la hermana Verity dando bandazos de una estantería de libros a otra, sin dirección y aterrorizada. Una arruga se formó detrás de la placa frontal. En su pánico, se hacía imposible establecer una

predicción de la posición de la mujer, de modo que un disparo no mortal podría ocurrir. Esto era del todo, simplemente, inaceptable.

El asesino inspeccionó la plataforma de la biblioteca y encontró un carrito lleno de pesados libros suspendidos sobre el ancho de uno de los estantes de metal. Había volúmenes que cubrían turbios asuntos de la decrépita y vieja historia, esperando el regreso al lugar que le correspondía por algún funcionario menor, como el difunto Unshir. Con cuidado, la sombra apuntó al cable que sostenía el carrito con los libros y disparó.

Grandes losas negras por encima de ella se separaron de la oscuridad y se estrellaron alrededor de Verity, los libros pesados golpeando la cubierta de malla sobre ella con golpes sordos. Uno de los tomos se estrelló contra ella y envió a la mujer despatarrada. Verity gritó, chocando con las estanterías y girando alrededor. El golpe dejó sin aliento sus pulmones y sintió como caída su preciosa placa de datos de sus dedos. Oyó un sonido exitoso a plástico roto y rápidamente como un volumen pesado aterrizó en el pequeño dispositivo y lo aplastó en fragmentos finalmente.

Una ver la carga desapareció del carrito, el propio carrito cayó también, desparramando el contrapeso de punta a punta. Verity trató de escapar, pero los dobladillos de su túnica se enredaron a sus pies y cayó de rodillas. El carrito cayó sobre ella, atrapando las piernas debajo de ella.

Visto a través del velo del preysight, el grito de dolor de la hermana Verity era una flor naranja de aire caliente en los espacios vacíos, fríos y secos del librarium. El asesino era consciente de la confusión y el ruido de los otros pórticos en el pasillo. El secretario de los sacerdotes se dio cuenta de que algo

andaba mal, los colores de sus cuerpos en movimiento y el enjambre cercano así lo indicaban. Había poco tiempo. El asesinato de la Hospitalaria tendría que ser ahora.

Con cuidado, hábiles dedos seleccionaron en el cañón de la pistola fantasma el máximo alcance, la sombra acumuló un dardo en la recámara. Un sensor en la punta de la pistola transmitió información a la preysight, destacando la forma de los órganos internos dentro del marco estremeciéndose de Verity. Allí estaba el orbe latido de su corazón, ubicado debajo de la mira. El dedo del asesino

se tensó sobre el gatillo.

* * *

Miriya disparó a ciegas.

Desde el pórtico de conexión, Miriya había visto la caída de los libro. Había oído el grito de muerte de Unshir y los estallidos de la detonación cuando las servo-cráneos fueron barridos. Su pistola de plasma estaba cantando en la mano y echó a correr, su disciplinada memoria muscular tomo el control. A la sombra de las altísimas

estanterías alcanzó a ver el aleteo de las ropas al caer Verity. El grito de la hermana estaba lleno de miedo.

Miriya siguió disparado, lanzando una salva de rayos de energía rápida para arriba hacia las vigas de acero. No podía ver al atacante, pero la mente de la Celestial estaba operando a un nivel instintivo instantáneo. Había una parte de su conciencia calculando ángulos y posibles puntos de ataque, buscando los lugares donde ella misma se pudo haber ocultado con el fin de matar a la chica.

¡Y ahí estaba! Por una fracción de segundo, iluminado por un rayo de

plasma gaseoso, brillante como un sol, la forma de la sombra de un hombre reboto en las vigas.

El del traje negro eligió el cambio de objetivos y disparó de nuevo, esta vez a la Hermana de Batalla. Miriya se lanzó a través de la cubierta, primero en plancha y luego rodando sobre ella, invisibles dardos en la penumbra se estrellaron en los soportes o perforaron las portadas de raros manuscritos.

Su oponente se movió y volvió a disparar. La precisión de los disparos, demasiado cercanos, la estaba castigando, lo que la obligaba a estar continuamente a la defensiva. Tuvo

claro inmediatamente Miriya que el asesino poseía algún tipo de sentidos mejorados.

Debe tener un Preysight, razonó, sacudiendo su capa para obtener una mayor libertad de movimiento. La mujer sabía de la tecnología arcana de la Edad Oscura de la Tecnología, los cascos del mismo Sabbat del Adepta Sororitas tenían capacidad similar, pero también entendía sus limitaciones. Miriya apunto mas bajo, no en el lugar donde la sombra del asesino acechaba, sino a los estantes de los documentos antiguos que había justo debajo. La pistola de plasma chilló y bengalas de

luz blanca brillante alcanzaron los tomos, secos y envejecidos. La conflagración fue instantánea, y envío una lengua de fuego hacia el techo.

Un grito resonó por el aire, sobre los estantes estaba el asesino, enmarcado por las anaranjadas llamas, aferrando su cara. Miriya tenía sólo un momento. Los espíritus de las máquinas del librarium se resistirían a dejar un fuego rabioso durante más de un segundo o dos, evitando así que se extendiera por todo el complejo. Había redes de tuberías que suministrarían los gases inertes, asfixiando tales brotes, si las llamas no se extinguían, sí lo harían ella

y Verity.

El Arma de la hermana de batalla aulló.

Un puño de materia gaseosa tan caliente como el núcleo de una estrella arrancó todo el brazo izquierdo de la sombra, justo por encima del codo. Todo explotó por debajo de esa articulación al tacto del increíble calor, el choque hidrostático de la sangre hirviendo envió una sucesión de golpes como de un martillo a través del cuerpo del asesino. El asesino cayó de las estanterías y siguió cayendo a través de las guirnaldas de niebla ignífuga.

Las armas de plasma fueron

diseñadas no para atacar las formas no blindadas como la sombra, sino para derretir abriéndose camino a través de la ceramita o de un casco de metal. Utilizarlo en la blanda carne, eran como usar un soplete sobre la tierna cera. El dolor del golpe fue de tal intensidad que el corazón del asesino se detuvo por el shock, y a su vez, este factor desencadeno la compacta carga negativa exógena que llevaba implantada debajo de la caja torácica, la sombra. Los patrones del asesino no estaban en el negocio precisamente por ir dejando las herramientas desechadas caer en las manos equivocadas.

Con una grieta húmeda, la sombra voló en pedazos por el aire.

Manchas de la materia quemada, un poco de la carne de él, algunos trozos no identificables, esparcidos a su alrededor en una lluvia macabra. Tal repugnancia revolvió el esófago de Miriya, mientras golpeaba la quema de restos sobre su capa. Cerca de allí, Verity salía por sí misma de debajo del carrito de libros caído, liberando por fin su pierna. Ella miró la marca de quemadura negra y espanto con las manos los soplos acres del gas extintor. Nada reconocible como un ser humano quedaba del asesino.

Miriya vio el brillo del cristal y enfundó su arma. Allí, perdida en la sombra, cuando había tomado su presa, estaba el arma arcana del asesino. La Hermana de Batalla la recogió, reposando en sus manos enguantadas, ejecutando un ojo experto sobre las líneas mortales de la pistola.

—Santa Sabbat, ¿qué es esto? —Su mano encontró el mango de bella porcelana estriada y empuño el arma por puro reflejo. A través del cristal del tambor almacén de municiones se podía ver las malvadas barbas de las cargas de dardos.

—Me has salvado la vida —logró

decir Verity.

—De gracias al Emperador por colocarme a mí aquí, donde más se me necesitaba —dijo Miriya—. Ha estado aquí durante la mayor parte del día. Estaba preocupada y por eso he venido a buscarte. ¿No había…?

—Vaun. Tiene que haberlo sabido —dijo como verdad descarnada Verity, su garganta en carne viva por los vapores del fuego apagado—. Quería mantenerme alejada de saber…

Los ojos de Miriya nunca dejaron el arma.

—Tuvo amplias oportunidades para asesinarte en la catedral Lunar.

—¿Qué estás diciendo? —La voz de la hospitalaria sonó alta por la emoción.

—Nunca he visto nada como esto antes. No creo que un corsario como Vaun sería capaz de desplegar un arma y un agente de este tipo. —Sopesó el arma en la mano, cuidadosamente pasando su pulgar sobre los pernos de ajuste—. El valor solo de esta pistola podría probablemente comprar la lealtad de una docena de hombres…

—Entonces, ¿quién? —las palabras de Verity fueron cortadas por un ruido de un escupitajo efervescente proveniente de la culata de la pistola fantasma. De repente, el arma se puso

al rojo vivo, la estructura de la misma sufría deformación y distensión.

—¡Abajo! —Miriya apartó el brazo y tiró la pistola hacia la oscuridad con todas sus fuerzas. Oyó el estrépito contra las paredes metálicas y el momento siguiente se produjo el choque de la detonación. La Hermana de Batalla sintió, más que oyó, uno de los dardos liberado del tambor, pasar junto a su cara e incrustarse en un estante de libros. La sospecha envió una sensación de frío arrastrándose sobre su piel. Este asesino, tal armamento iban mucho más allá de las capacidades de un renegado como Vaun. Sólo alguien

con influencia, con conexiones que se extendían por todo Neva y más allá, podría haber enviado la sombra para silenciar a la Hospitalaria.

Miriya levantó la vista e inconscientemente trazó la flor de lis entre la plata de sus pechos blindados.

* * *

—¡Esto es escandaloso! —La voz de Venik era casi un grito, su diatriba rugiente floto sobre las cámaras de la Canonesa—. No sé por dónde empezar

con esta letanía de fechorías e insubordinación. —Se giró, con la capa rojo fuego, apuñalo con un dedo a Miriya y a Verity. La cabeza de la Hospitalaria se inclinó, pero la Hermana de Batalla hizo poco para mostrar cualquier contrición ante el furioso decano—. Estas presuntuosas mozas se atreven a ir en contra de mis órdenes explícitas, contra la palabra del señor diácono y se infiltran en su camino en el librarium, entonces su Celestial comete un acto de vandalismo horrible. Cientos de los manuscritos más preciados de Neva, ¡las obras de un millar de dedicados lex-mecánicos

convertidos en cenizas!

De pie al lado de la gran mesa de Galatea, la hermana Reiko se aclaró la garganta.

—El término, preciados, es una interesante elección de palabras, querido Venik. Tengo entendido que los documentos destruidos fueron los relacionados con la rotación de cultivos en la cadena de islas Pirin. Teniendo en cuenta que el archipiélago se hundió en el océano durante el trigésimo cuarto milenio, uno podría preguntarse por qué podrían ser considerados de más valor que la vida de la hermana Verity.

—La Hermana Superiora disparo un

arma dentro de un santuario sagrado del Adeptus Ministorum.

Miriya le clavó una dura mirada.

—De hecho si lo hice, fue en defensa de una compañera Sororitas, contra un intruso que ya había asesinado a un inocente sabio. Un intruso quien los guardianes del Librarium, ni detectaron, ni detuvieron.

La Canonesa Galatea juntó los dedos y no dijo nada, contentándose en mirar el juego con una expresión de medida neutralidad.

Venik se calmo, hizo una pausa, recogiéndose a sí mismo.

—Muy bien. Entonces, por el bien

del argumento, vamos a desestimar la cuestión de los libros y sus tiroteos sin sentido, y consideramos a esta Hospitalaria errante. —Dio un paso más cerca de Verity—. ¿No se os dijo en términos muy claros que la investigación de los ejecutores impide la necesidad de más investigaciones? ¿Acaso no fueron mis palabras lo bastante claras? ¿O son las Hermanas de la Orden de la Serenidad dadas a ignorar las órdenes de sus superiores? —El decano estaba casi gritando de nuevo.

Galatea llamó la atención de Miriya, y la hermana de batalla sintió a la

Canonesa calibrando su alma, con su impávida mirada. Finalmente, habló.

—Verity estaba actuando bajo mis órdenes.

Venik giró para enfrentar a la mujer, con el rostro tenso por la ira.

—¿Qué ha dicho?

—Permití a Verity proceder hacia el librarium, a pesar de sus palabras con ella. Estaba allí con mi autoridad.

Sin ser vistas por el decano, Verity y Miriya intercambiaron miradas. Galatea no supo nada de las aventuras de la Hospitalaria en la sala de registros hasta después de la conmoción que ocurrió allí. Era obvio que estaba dando la cara

por ella, protegiéndola…

—¿Lo hiciste? —Venik parecía poco convencido—. Sin embargo, no considero acaso, ¿informar a mi oficina de ese hecho?

Galatea hizo un gesto con la mano izquierda.

—Tengo muchos deberes que atender en el convento, mi honrado decano. Pido disculpas por dar a tal asunto una prioridad tan baja.

Venik miró a Miriya. Si supiera que la Canonesa estaba proporcionando una salida para las hermanas, no había manera de que pudiera desafiarla. Las filas que ocupaban en la jerarquía de la

iglesia eran más o menos similares, ni con la celebración de la antigüedad de uno sobre el otro.

—Así sea. Espero que entonces, después de todo lo que ha ocurrido, que la improvisada aventura de la hermana Verity diera algo de valor. Habla, niña —le espetó—. Díganos qué gran revelación encontró entre los ardientes libros y cadáveres.

Con un temblor en su voz, Verity explicó el dato que había descubierto en los archivos de las renumeraciones y la correlación entre los amotinados del *Mercutio*. Venik escuchó con una sonrisa burlona en los labios, pero

Galatea estaba evaluando cada palabra, Reiko la seguía con rápidas entradas en su placa de datos.

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿El mal funcionamiento de las lanzaderas y el dinero no gastado? —espetó Venik—. Habladurías, datos circunstanciales, nada más.

—Hay hombres que han sido pasados a cuchillo por menos —dijo Miriya misteriosamente.

—La ciudad-estado de Metis esta bajo el gobierno de Barón Holt Sherring —señaló la hermana Reiko—. La considerable fortuna del barón proviene de las posesiones de su familia en el

transporte de Neva y gremios de envío. Fue una nave bajo la librea de Sherring la que se desvió ese día.

Galatea asintió.

—Y no nos olvidemos, el buen barón es un importante accionista en el consorcio que controla la estación de comercio orbital de la que el brujo escapó.

El humor de Venik cambió abruptamente.

—Usted… Usted está sugiriendo que un miembro de la casta aristocrática de Neva pueda tener ¿complicidad con un criminal conocido? ¿Qué de alguna manera

diseño la fuga de Torris Vaun? —resopló—. Estas son acusaciones muy graves.

—¿Qué tan difícil sería pues coaccionar a los miembros de un equipo de transporte y personal de la estación de comercio, sobre todo ¿si la presión provino de un noble? —respondió Galatea—. Es bien sabido que el barón Sherring es un hombre despiadado y ambicioso. Sus numerosas disputas con el gobernador planetario son un asunto de interés publico.

—Creo de que los amotinados fueron de alguna manera… condicionados por un organismo

desconocido, mientras estuvieron en Metis —dijo Verity—. Yo sugeriría algún tipo de sugestión post-hipnótica, tal vez adaptados a un determinado evento o estímulo que active un conjunto programado de la conducta. Este tipo de cosas son médicamente posibles con los dispositivos adecuados.

Galatea se puso de pie.

—Reiko, prepara mi Immolator personal. Querido Venik, usted me acompañara a una reunión con el señor diácono. Voy a pedir una orden judicial para preparar un pogrom contra Sherring. Si el criminal Vaun ha pisado el suelo en Metis…

La pesada puerta se abrió de golpe, la cámara tubo que admitir a la hermana Cassandra. La mujer estaba enrojecida por el esfuerzo.

—Canonesa. Perdone mi intromisión.

—Dejé órdenes muy claras de no ser molestada.

Cassandra asintió.

En efecto, pero las cosas requieren su atención inmediata. Un comunicado de Lord LaHayn ha llegado… Hay un incidente en Metis…

—¿Metis? —repitió Venik, lanzando una mirada a Verity—. ¡Explíquese!

—A las cinco en punto del día de

hoy, la red vox pública lleva emitiendo una señal de la mansión del barón. Sherring mismo ha declarado la secesión de la dominación del Gobernador Emmel y de la ley de la Eclesiarquía. Afirma que el señor diácono es culpable de crímenes contra el Imperio.

—Imposible —susurró Venik—. ¡Ese insensato ha firmado la sentencia de muerte de su ciudad!

Cassandra continuó.

—Lord LaHayn ordenó de inmediato la movilización de una fuerza de represalia. Estamos encargados de marchar sobre Metis y censurar al

barón por su herejía.

Reiko frunció el ceño.

—Si Verity esta en lo cierto y Vaun se esconde bajo la protección de Sherring, el barón puede tener más que algunos guardias equivocados a su lado.

—Parece que los acontecimientos nos han superado —dijo la Canonesa con gravedad—. Mis órdenes han cambiado. Movilizar a toda la Hermandad. Metis se entregara a nosotras, o la arrasaremos hasta que solo queden cenizas.



Nueve

La fuerza de asalto salió de la carretera cuando las puertas del paso de Staberinde se cernían amenazantemente por el bosque. Las exploradoras avanzadas informaron, la caballería leal de Sherring había colocado cargas explosivas en las escarpadas paredes del paso, la

Canonesa Galatea no estaba de humor para caer en una táctica tan burda. Con mensajes cortos, envió sus órdenes a lo largo de la línea de Rhinos, Represores, Exorcistas e Immolators. Con lenta precisión, los vehículos blindados procedieron a forzar un camino a través de los árboles. De las rejas de bronce que tapaban una docena de cuernos en alados altavoces llegaron las primeras notas de los cantos de apertura de la Fede Imperialis, el himno de batalla del Adepta Sororitas.

Miriya se agachó en el techo de transporte de la Canonesa, la vista a través de sus magnoculares se movió

cuando el tanque oruga montó sobre la tierra oscura. Avanzaban por una suave pendiente, estaba trufada de árboles, estos rodeaban Metis City en un grueso anillo. A primera vista, la solución parecía ser un objetivo formidable, Metis fue construido en el tazón de basalto de un volcán muerto, una caldera de ciudad rodeada por un muro de protección natural. Había pocos puntos de entrada y enormes puertas custodiaban cada uno, pero en una inspección más cercana, había innumerables debilidades. En algunos lugares los muros de piedra eran más delgados, lo suficientemente delgados

para que una andanada sostenida de misiles fuera capaz de quebrarlos y desmoronarlos.

La soldadesca de Metis, aunque destacaba por sus finos uniformes y sus habilidades con espadas ornamentales, estaban mal entrenados para hacer frente a los asaltos armados y atacantes decididos. Las tropas del barón Sherring eran petimetres, principalmente locales, con sólo un puñado de soldados de la Guardia Imperial engordando en un cómodo destino. Las Hermanas de Batalla no esperaban aquí un desafío importante.

El punto de vista de la Celestial

flotó hasta el borde superior de la vegetación arbórea, donde los edificios de defensa en forma de tambor tachonaban las faldas de la muralla de la ciudad. Dean Venik había proveído datos de inteligencia que mostraban que fortines del barón sólo estaban atendidos por sirvientes de armas automáticas. Miriya se preguntó distraídamente por qué la Iglesia sintió la necesidad de mantener unos datos tácticos tan detallados sobre Metis. Parecía cada vez más claramente que Lord LaHayn había sospechado durante hacia ya bastante tiempo que Sherring podría separarse algún día.

La cúpula de la escotilla de cristal-acero del artillero estaba abierta, se apalancaba hacia atrás para permitir que una figura acorazada se mostrarse a sí misma. La Canonesa Galatea se reconvirtió en el lugar, compartiendo vigilante camaradería, asintiendo brevemente a las hermanas que marchaban al lado de su Immolator. Agrupada alrededor de sus hombros y en cascada cayendo sobre su espalda tenia una brillante capa hecha de terciopelo negro como la noche que contrastaba fuertemente con su rígida piel blanca. La capa de Santa Aspira es uno de los objetos más sagrados del

convento de Neva, bendecida en el gran Palacio Eclesiarcal sobre la mismísima Terra. El manto fue fabricado con un extraño parecido a la malla metálica que llevaba debajo de las galas, una forma casi ingrávida de armadura, su creación fue otra de las cosas que se perdió hacia ya mucho tiempo. Se decía que la santificada capa podría rechazar un disparo asesino por la voluntad del Emperador.

La Canonesa atrapo su mirada de asombro. —No me gusta la expectación que atrae—, dijo en voz baja, acariciando la capa. —Esta reliquia es demasiado sagrada para ser arrastrada a

la batalla con un enemigo tan indigno.

Miriya enfundó sus magnoculares.

—El poder de un artefacto no está sólo en su fuerza física, sino que la honra hermana. Solo por poder ver el manto sobre ti, da gran valor a nuestras hermanas y siembra la duda en la mente de quienes se nos oponen.

Galatea olfateó.

—Está por debajo de nosotras. El honor de este manto se desperdicia.

—Sólo si no salimos victoriosas.

La Canonesa puso una mano en los dos cañones acoplados de fusión en la escotilla.

—Un día de Interés, Miriya. Me has

traído días interesantes, una vez más.

—Yo no podía saberlo.

—¿Que la fuga de Vaun provocaría una revuelta? —espetó Galatea—. Por supuesto que no. Para usted, la misión era simplemente tomar un criminal en custodia. ¿Cómo podrías llegar a entender la trama de la política y subterfugios que truenan sin ser vistos sobre todo Neva? —Ella negó con la cabeza—. He servido a la orden aquí durante años y todavía los secretos entresijos del reino y la sociedad en este mundo se ven empañados ante mí. Sherring, LaHayn, Vaun… todos ellos son las cartas de un peculiar tarot.

A su pesar, Miriya se irguió.

—Somos hijas del Emperador, no fichas en algún juego de mesa.

Galatea sonrió.

—Exactamente, Hermana Superiora. Y es por eso que este será un día interesante.

La columna blindada ascendía una colina baja, permanecieron en silencio por un momento, el Imperi Fede sonando sobre ellos. Por fin, Miriya se acercó más a la Canonesa y habló en voz baja y grave.

—El tema de la hermana Verity… Usted respondió por ella antes delante de Venik a pesar de que no sabía nada

de su aventura en el librarium.

—Si tienes que preguntar por qué la protegí, entonces tal vez la comprensión de nuestra hermandad no está para ti clara, Miriya. —Ella contempló el horizonte—. Venik nunca ha sido amigo de la Adepta Sororitas. Él preferiría que los hombres de la FDP (Fuerzas de Defensa Planetaria) de Nevan o de su DFM (Defensa Fraternal Miliciana) defendieran sus capillas, los soldados así estarían más directamente influenciados por su voluntad que por la palabra del Dios Emperador. Él es como cualquier clérigo nacido bajo el cielo de Neva, ambicioso y estrecho de

miras. Yo no le daré la oportunidad de oponerse a nosotras.

Miriya exhaló un suspiro.

—Le voy a hablar con claridad, Canonesa. Este artificio, el juego de doble sentido, el poder que rodea cada palabra y las obras, me irrita sobremanera. Sólo tengo una misión y es traer a Torris Vaun ante la justicia no tengo ningún deseo de quedar atrapada en un triste vodevil político. —El rostro de la Celestial se arrugó con disgusto ante la sola idea de ello…

Galatea le obsequio una triste sonrisa.

—Entonces, le aconsejo hermana,

que nunca permita que la fuercen para ir más allá de su rango actual. He aprendido con un costo cruel que de todos los desafíos del poder de la Palabra, es la confusión de aquellos que dicen servir, el que con diferencia me fastidia más. —Apartó la mirada—. El rigor de una honesta batalla es un gran respiro.

—Este Sherring… Si su dominio sobre Metis es tan férreo, ¿cómo fue posible que se le permitiera ganar esa posición de autoridad? Sin duda, su tendencia a la sedición, acaso, ¿no se había observado? —preguntó Miriya.

—La nobleza de Neva siempre ha

participado en las escaramuzas y los duelos. La avaricia del barón Sherring no es diferente de cualquier otro de su especie.

—Excepto que esta vez, parece que ha hecho un pacto con una brujo.

—Si, si la hermana Verity esta en lo cierto, por lo que parece.

Desde abajo, Miriya captó el zumbido crepitar de un canal de vox abierto, luego la voz de la hermana Reiko susurró al auricular de su oído.

—Disculpe, Canonesa, pero creo que deberíais escuchar esto.

—¿Que le preocupa Reiko? —Galatea miró hacia la cabeza de la

formación, donde su ayudante montaba en un Rhino con los portadores de la bandera.

—Una difusión blasfema se está enviando por la frecuencia general. Creo que está dirigida a los defensores de Metis.

La Canonesa echo a Miriya un vistazo.

—Déjamela escuchar.

Había una corteza de estática que se movió con el sonido de la voz de un hombre, fuerte por la emoción que la envolvía.

—… el amor a mis ciudadanos. Y con ese ideal, no puedo en buena

conciencia continuar prometiendo la lealtad de mi casa y la buena ciudadanía, a un hombre para el que el abuso, en el nombre de la Iglesia Imperial, no conoce límites. Ha quedado claro para mí que el autoproclamado Lord Viktor LaHayn, está abusando de su autoridad como señor diácono de la diócesis de Neva. Mis fuentes me han aportado pruebas de que él y sus corruptos lacayos pagan lealtad no para con la Santa Tierra, sino a un plan sorprendente vil, de tal traición y deslealtad que no me atrevo a pronunciarlo en voz alta. Incluso ahora, nuestro santuario de Metis está

amenazado por funcionarios equivocados de LaHayn, cegados por su propia miopía. No queremos una guerra abierta, pero eso es lo que se ha impuesto sobre nosotros. Por nuestro futuro, por nuestro Emperador, debemos rechazar la regla torcida del sacerdote traidor. Nuestra ciudad debe ser una antorcha de luz en esta oscuridad. Tenemos que limpiar y borrar este contagio. ¡Tenemos que luchar!

Miriya reconoció la voz del Barón Sherring, pero a su vez también noto que la confianza que había exudado en la Catedral Lunar había desaparecido,

reemplazada por un tipo de intensidad maníaca.

—Tiene miedo —pensó en voz alta.

—Sí —convino Galatea— como debe ser. —Golpeó la pestaña vox en el anillo del cuello de su armadura y silenció la alimentación de esos balbuceos de la ciudad—. Reiko, haga sonar la alerta. Ha empujado a esos pobres tontos al frenesí de la batalla. La batalla no tardará mucho en empezar. —La Canonesa hizo señas a Miriya—. Vamos abajo, hermana. Debemos tomar un momento para bendecir nuestras municiones antes de usarlas.

Verity se levantó de un salto

cuando el Rhino salió al pasar un bache profundo, agarrando en un acto reflejo el Ministorum Medicus (botiquín de combate) de su regazo. A medida que la orden había comenzado su reunión para el avance de Metis, Reiko había llegado hasta Verity para ofrecerla el santuario del convento hasta que la cuestión de la insurrección de Sherring hubiera sido zanjada.

Su respuesta llegó rápidamente, sin ningún pensamiento consciente. Creía que el barón estaba conspirando con Torris Vaun, todavía más ahora, que la ciudad-estado había osado desafiar abiertamente a la iglesia. En su corazón

sabía que si Vaun estaba en cualquier lugar, estaría sin duda detrás de las paredes de piedra negra de la caldera. Parecía imposible para ella que pudiera estar en otro lugar. Verity no tenía más remedio que ver esta cadena de eventos a través de su consecución. La Hermana Reiko no desafió su elección, en su lugar, entró el nombre de la Hospitalaria en el rollo de batalla y le encontró un puesto. Una medicae más en la fuerza de asalto sería bienvenida.

Asegurándose su equipo, pasó junto a las Hermanas de Batalla que se congregaron en el transporte donde estaba ella, apretó la cara contra una

ranura de disparo en el espeso casco blindado. Sus ojos se dirigieron inmediatamente a una tropa de mujeres que se movían en un rebaño apretado, con la cabeza gacha y ocultas bajo capuchas improvisadas, cortadas como trapos del material de las capas desechadas de alguna vieja batalla, jirones de armadura rota apenas cubría la desnudez pálida de sus cuerpos.

El corazón del Hospitalaria saltó a su garganta, nunca antes había visto a las Hermanas Repentia a tan corta distancia. Caminaban como mujeres condenadas, con los brazos cruzados en el pecho para sostener sus espadas

sierra de aspecto letal como un sacerdote puede llevar una cruz o una reliquia. Vio un abrir y cerrar de las cadenas de hierro negro alrededor de sus extremidades y torsos, algunas de ellas portaban pliegues de pergamino santificado que caían de sus espaldas como alas enfermas. Cada una de los Repentia sin rostro llevaba el veteado de innumerables cicatrices sobre su piel desnuda, algunas autoinfligidas y otras recientes figuraban con el ritual hecho antes de la batalla. Verity no pudo evitar estremecerse mientras su mente conectada esta visión con los horrores que había presenciado durante los

Juegos de la Penitencia.

Sonó el vicioso silbido como de serpiente, dando comienzo al chasqueo en los látigos neurales. La Señora Repentia avanzó por en medio de las Repentias, diciendo en voz alta una letanía.

—Aunque tenga que morir —les gruñó—. Voy a dar con gozo la bienvenida a la muerte.

—Voy a dar la bienvenida a la muerte como a un viejo amigo —corearon las Repentia— y envolveré mis brazos alrededor de ella.

—Sólo en la muerte se acaba el deber. —La señora cruzó las manos y

dejo que el látigo neural en sus manos restallara sobre la piel expuesta de sus hermanas, encendiendo el odio y el justo santo celo en su interior.

La devoción de las Repentia era a la vez imponente y terrible. La Hospitalaria podía sentir la necesidad que las quemaba, a cada una de ellas, el ansia de obtener una gloria virtuosa en combate sin restricciones. Las otras Hermanas de Batalla se separaron ante ellas como las aguas ante Moisés, sin ninguna palabra, sin siquiera mirarlas, lo que permitió a la Señora guiar con facilidad su rebaño hacia adelante. Incluso entre las Sororitas, el respeto

que a la Repentia se mostraba, no se basaba tanto en el miedo, sino en una gran estima. Todas las hermanas al servicio del Emperador aspiraban a la misma pureza de fervor, pero sólo unas pocas podían en realidad entregarse totalmente al terrible poder, ese mismo poder que estas mujeres sobradamente tenían.

Una de las Repentia volvió la cabeza con laceraciones, apenas ocultas por su rasgada capucha carmesí, unos ojos más azules que el hielo, hundidos en un rostro pálido y atormentado, se encontraron con los de Verity. La Hospitalaria exclamó, entonces la mujer

sin una chispa de reconocimiento, lentamente sin gesto alguno, se dio la vuelta de nuevo y continuó con el resto.

Con un rugido, el Rhino comenzó a moverse de nuevo, detrás de las Repentia hacia la línea de batalla. El viento trajo como su fuera una señal convenida, presuroso los sonidos, Verity escuchó gritos de guerra y el resonar de los disparos.

La Caballería acorazada de Metis había tendido una emboscada a la Orden de Nuestra Señora Mártir. Más allá de los lugares donde se habían establecido bloqueos, gruesos rodales de árboles difíciles de mover y capaces

de frenar cualquier avance blindado, un escuadrón de exploradores móviles Salamander se ocultaba bajo redes de camuflaje, a distancia óptica apenas asomando por debajo del material hecho de un patrón de falsas hojas, espiaban a las Hermanas de Batalla.

Algunos oficiales de las tropas de Sherring habían planteado sus dudas e hicieron preguntas cuando dijeron como iban con sus armas a atacar al Adepta Sororitas. Esos hombres habían sido las primeras víctimas del conflicto, en silencio asesinados y reemplazados con los capitanes que entendieron mejor la naturaleza de la lealtad a la

baronía.

Todos a una, los Salamanders dispararon sus armas primarias, un diferencial que castigo con su fuego automático rasgado a través de su cobertura temporal de ramas, hacia adelante, contra las Hermanas de Batalla. Las mujeres murieron en rayas de fuego naranja detrás de la arboleda, el comandante ordenó a sus unidades exploradoras que encendieran sus motores y empezara la retirada. Los tanques de exploración volvieron a disparar mientras se movían, recubriendo el perímetro con silbante acero.

—¡Fuego enemigo! —La voz de Reiko resonó desde el vox. A bordo del Immolator de Galatea, Miriya se sacudió cuando el conductor cambio de marcha, la línea de vehículos se disperso para minimizar cualquier daño por bombardeo enemigo. La Canonesa se acercó a un complejo dispositivo que mezclaba un escáner con un periscopio auspex y un cogitador de focalización—. Más allá de esos matorrales —ordenó— explorar en busca de movimiento. —Miró por encima del hombro a Miriya —. Exorcistas. Quiero esa línea de árboles quemada. Todas las unidades, ¡apoyen el ataque y mantengan el

avance!

La Hermana de Batalla escuchó las oraciones de reconocimiento por parte de las unidades de misiles que iban a distancia por detrás de ellos y tiró de ella hasta la escalera corta en la cúpula del vehículo. Miriya llego a tiempo de oír los gritos y el clarín de campanas de los tubos de lanzamiento de los tanques Exorcista detrás de ellos.

Construido, al igual que muchos de los vehículos blindados del Imperio, en la construcción de la plantilla estándar que sirvió de base para el Rhino, los Exorcistas son las unidades tácticas que más tiempo llevaban de existencia. Casi

todos ellos se remontaban a los años turbulentos de la Era de la Apostasía, cuando viajaron a los campos de batalla de las Guerras de la Fe como unidades santuarios de ataque móviles. Donde la mayoría de los vehículos de guerra de la orden, lucían librea en rojos, negros y blancos, muchas unidades Exorcista tenían oro y plata sobre ellos con un intrincado detalle. Las laminas de la armadura ablativa se trabajaron con incrustaciones de las piezas en la misma fundición, brotando de la parte trasera sobresalían imponentes tubos de órgano de cobre, reflejando los colores de la luz del sol de Nevan. A partir de estos

instrumentos no venia música, sino el juicio y la destrucción. Con gritos de fuego en sus colas, fuentes de misiles salieron de los tubos de lanzamiento, describiendo un arco delante mismo de los lanzadores, luego decayeron hacia los Salamanders y los árboles espinosos. Los árboles resistentes se separaron o fueron talados, despejando el camino para que las Hermanas de Batalla y las Hermanas Vengadoras pudieran avanzar. Con ellas llegaron las proas de una docena de Represores e Immolators.

Un segundo bombardeo fue innecesario. Las Salamandras

sobrevivientes huyeron en franca retirada, con un bello encaje al azar de fuego laser hacia los hombres en las cabinas que se atrevieron a probar la paciencia de la Hermandad. El tanque de Galatea rodeó una de las unidades enemigas. El vehículo explorador había volcado sobre su lado por un socavón cercano, Miriya recogido algún vago sonido de movimiento en su interior a medida que pasaban. Prestó poco su mente al hecho. Sus hermanas a pie se ocuparían de los supervivientes. El Immolator giro fácilmente su torreta, dejando que el mecanismo de seguimiento de los cañones de fusión se

desplazaran en una ida y vuelta a través del horizonte. Los salamandras que quedaban usaron su gran velocidad para alejarse rápidamente, había una clara posibilidad de que conseguirían estar fuera del alcance antes de que las Sororitas pudieran encontrar un tiro claro.

—Están tratando de atraernos al alcance de las armas emplazadas —señaló Miriya—. Tal vez podríamos buscar un lugar y ¿romper el muro de protección penetrando por otro sitio?

—No estoy de acuerdo —respondió Galatea—. La Puerta del Oeste esta en este eje de ataque. Vamos a concentrar

las fuerzas y progresar hacia la ciudad.

Un rayo de rifle láser pasó cerca del tanque, golpeando un árbol y convirtiéndolo es una antorcha. Miriya manipuló la torreta para rastrear al culpable, marcando la distancia focal y esperando el momento oportuno.

—Con todo respeto, una penetración a través de los muros sería la opción más rápida. Los Exorcistas podrían…

—Ya tiene sus órdenes, Hermana Superiora. —El tono de la Canonesa no admitía discusión—. Estás en lo cierto, pero esto no es una cuestión de mostrar todo lo que sabemos de táctica. Si

esperamos quebrar al barón Sherring sobre esta ciudad, tiene que ver como rápidamente penetramos su baluarte más fuerte, aquí no queda margen para la astucia. La puerta debe caer y para ello tendremos que silenciar sus armas. Presionándolos.

—Ave Imperator —dijo la Celestial, y apretó la barra de tiro doble en la torreta. Cuatro líneas de energía brillante fueron expulsadas de los cañones acoplados de fusión, reuniéndose y cayendo como flechas de fuego puro. Las explosiones de microondas golpearon la parte trasera de un Salamander y sobrecalentaron la

estructura molecular del vehículo explorador en nanosegundos. El metal se retorció, siseo y desgasifico, mientras que los hombres en el interior gritaban de pura agonía, mientras los vapores ardientes rasgaron sus pulmones. El Salamander viró bruscamente su rumbo y chocó con un grupo de árboles.

Miriya lanzó una mirada por encima del hombro a la fuerza de vehículos acorazados detrás de ellos. A sus espaldas había nubes sucias de humo gris compacto en el aire. Pequeños incendios iniciados en los bosques por el fuego indirecto tomaban nuevos ánimos.

La escotilla se retorció en su marco, así que tardo cuatro intentos el conductor, pateando con fuerza hasta conseguir abrirla. Sus piernas temblaban y no podía ver muy bien, por lo que se guiaba por el tacto y un poco por la vista era todo lo que realmente tenía para seguir adelante. Las salvas de misiles habían sacudido a los Salamanders como un bote en una tormenta, y en su camino había plantado su cabeza explosiva en las paredes metálicas de media docena de vehículos. Él sonido de las explosiones ceso ahora. No había más que un curioso chirrido pasando dentro de su

cráneo. Sólo para asegurarse de que todavía podía hablar, el conductor soltó un par de maldiciones dignas de un día en primera línea, se abrió paso hacia fuera más allá de la pasta húmeda de los restos que era todo lo que quedaba de sus compañeros de tripulación.

La escotilla rota lo dejó salir cerca del revuelto Y oscuro barro, trepó frenéticamente, añadiendo más vetas de suelo marrón a su ropa, el rojo recubierto de negro aceite manchaba la heráldica de su uniforme de soldado de caballería. Había perdido su pistola Stubber en algún lugar dentro del tanque, finalmente, acabo de rodar por

una pequeña pendiente y se quedó parado boca arriba.

Cuando el hombre se limpió la sangre de sus ojos, vio el círculo de mujeres alrededor de él y chilló. Todas llevaban la cabeza tapada con campanas de la muerte del color de la sangre nueva y estaban vestidas con harapos. Una de ellas se inclinó para examinarlo, como un niño podría considerar un insecto debajo de una lupa.

—Pie… piedad, ¡por favor! —logró escupir el conductor—. Por el Emperador, por favor. ¡No soy un hereje!

Los labios de la mujer se movían y

él luchó para entender lo que le estaba diciendo. Por último, la mujer encapuchada retiró la mano y se la apretó plana en su pecho desnudo para poder sentir la vibración mientras hablaba. Luchó con su estado al darse cuenta de que ella no estaba hablando, sino cantando.

—A morte perpetua, domine, líbranos —entonó la Hermana Iona—. Tú que quisiste sólo traer muerte, que de ninguna has prescindido, expuesto quedas a ningún perdó.

Vio el brillo de la espada sierra evisceradora mientras la levantaba, luego su cuerpo se encendió con el

dolor cuando ella la usó para cortar presionándola sobre su torso con la mano. El conductor se tambaleó e intento alejarse gritando mientras la Repentia dejo caer el resto de su hoja y lo cortó en pedazos.

Los emplazamientos defensivos con torretas estaban hambrientos de ellas, en toda la zona descubierta y despejada de maleza delante de la puerta del oeste, un cañón automático trazador fue dejando trazos de color púrpura en el aire, cortando el suelo demasiado cerca de las botas de las Hermanas de Batalla, unas utilizaron un Salamander tumbado como cobertura. Algunos

disparos salieron rebotados hacia el explorador blindado, haciendo ruido como piedras en una taza de estaño.

Vidriosas Lentes oculares de cogitador en tallos de hierro se extendía desde la parte superior de las torretas planas, había cables que conectaban a algunos de ellos junto a la Mente-Servidor, así cada uno podrían compartir los datos, el destino y los posibles objetivos. Las armas eran ancianas y pesadas, pero aún así su precisión fue suficiente para destrozar a las Hermanas que se atrevieron a presionar demasiado hacia delante ó avanzaron demasiado rápido. Los

Salamanders supervivientes se retiraron detrás de las líneas de los cañones, tras las ultimas trincheras donde pesados cañones Stubber estaban siendo alimentados con cargadores por más soldados con los colores de Sherring. Algún destello laser ocasional mostró donde los mal informados soldados de la Guardia Imperial de Metis se habían unido a la caballería en la defensa.

La Hermana Reiko dirigía a las mujeres bajo su mando directo para concentrarse en las armas de fuego y matar a los guardias primero. Su entrenamiento fue mejor que los locales de segunda categoría, cuyas habilidades

marciales se basaban sobre todo en ejercicios de patio de armas y desfiles reglamentados. Disparos precisos sobre los guardias que huían también tuvieron un efecto desmoralizador sobre los soldados de caballería, haciéndoles ver la muerte repentina y brutal a la que ellos mismos se enfrentaban si continuaban luchando.

La Canonesa Galatea no detuvo el avance. El impulso de las Hermanas de Batalla era alto, los comandantes de Sherring tontamente había jugado sus tácticas de libro contra las mujeres, pero estas no fueron los soldados rasos de otras ciudades-estado con las que la

caballería se había enfrentado en los últimos años. La Orden de Nuestra Señora Mártir se movía con la velocidad de la pasión y el celo divino brotando en todos sus corazones.

—La luz del Emperador esta sobre nosotros —exclamó Reiko—. ¡Censurar a los caídos y castigar! —Su lanzallamas chillaban mientras escupía llamas desde la escotilla de su Rhino, a su lado llegó un portaestandarte que mostraba la norma sagrada de Santa Catalina. Rodando por el accidentado paisaje que rodeaba la puerta, una falange de Immolators y un escuadrón de Hermanas Vengadoras barrio como ella

a los pocos supervivientes por detrás de la unidad de Reiko.

Las Vengadoras eran valquirias sin rostro, sus cascos sellados contra el humo y la furia de la batalla. Muchas de ellas llevaban los voluminosos bólters pesados y cañones de fusión. Reiko les instó a continuar con un fuerte gesto de su lanzallamas, escribiendo un barrido de fuego naranja a través de las líneas enemigas. Como uno solo, se desató la fuerza de sus armas, vadeando las espinas de trampas para tanques de acero y vertiendo la muerte en las líneas de trincheras exteriores. Balas de punta

roma de los rifles Stubber salieron rebotadas de las armaduras de las Hermanas de Batalla con un repiqueteo, apostasía como granizo. Reiko dio fuego a cambio, incendiando los hombres demasiado lentos para correr. Algunos cayeron de rodillas y suplicaron. Aquellos que murieron así, con su cara apartándose con disgusto mientras se les concedía la absolución.

Los Represores en la primera fila apoyaron su parte delantera reforzada en las trampas de tanques y las empujaron a un lado con un progreso constante. Las oxidadas vigas metálicas fueron dejando surcos en la carretera,

hasta que cayeron, rodando por la pendiente de barro como tomas descartadas por un niño gigante. Los Exorcistas hicieron una descarga constante sobre las puertas, el establecimiento de las puertas grandes de metal sonaban con cada sólido impacto. Los Immolators estaban al borde de la punta de lanza, impactos de fuego y lanzas de energía de microondas, procedente de los cañones de fusión, cubrieron el ferrocemento hasta que comenzó a deformarse y a empezar a hervir.

Miriya oyó el ruido metálico de puerta trasera de su tanque y sintió la

fortaleza del vehículo cuando la Canonesa saltó sobre la superficie dorsal. Galatea tenía en la mano un gastado volumen de la guerra de la reprensión, uno de los muchos santificados libros de la doctrina de combate respetados por las Hermanas de Batalla. La mujer lo sostuvo en alto para que cada Sororitas en el campo de batalla fuera capaz de mirar hacia arriba y divisar la luz de la brillante tinta en las páginas abiertas. —Somos el oprobio de Terra Santa, el corte que quema sobre el mismo acero—, rugió. —Mostremos a estos derrochadores la ventaja que nunca embota. La fe pura

en el Emperador, el ¡beso eterno de la llama!

El grito de guerra era viejo, pero todavía tocaba el fervor en cada una de las Celestiales como si fuera nuevo en sus oídos, lo que desató una euforia viciosa dentro de ellas. Noto, la sangre cantando en sus venas, Miriya colocó las armas del tanque sobre sus merecidos enemigos y los desintegró.

El fuego de las torretas con un cañón automático zumbaba en el aire mientras los tanques entraron en su área de distribución, negros socavones perforaban la tierra y puños de tierra saltaron manteniéndose unos instantes

en suspensión.

La residencia del señor de la ciudad se basaba en una antigua casa real de un pasado lejano de Terra. Ancha y baja, la parte delantera de la casa del barón Sherring presenta una docena de ventanas altas de cristal-acero blindados, con motivos ornamentales y más allá la sombra de la pared color caldera. El mismo barón continuó como había hecho durante las últimas horas, orbitando entre las ventanas y la colección de tubos para la inserción de comunicados en las estanterías de su despacho. La puerta se abrió de golpe para dar paso a Vaun, que había

ignorado la insistencia de Sherring de ponerse un uniforme de caballería y en su lugar quedó envuelto en una túnica y un pantalón de color azul noche profunda.

—Mi señor barón, ¿todavía yendo de un lado para otro? Si sigue así, hará una zanja en esa carísima alfombra.—

Sherring se puso rojo de ira, casi tiró el monocular que tenia en la mano sobre el psíquico. Los guardaespaldas del barón se tensaron, dispuesto a sacar las armas contra Vaun sin una orden directa de su empleador.

Vaun hizo un guiño grosero a las tres figuras que le habían seguido a la

cámara. Sherring sabía que el joven con el pelo rojo rebelde, Ignis, creyó recordar lo llamaban, pero la mujer con cara de rata y el hombre encapuchado, estos dos, parecían poco más que vulgares sin nombre, posiblemente de la banda de matones de algún corsario.

—El compromiso no va por buen camino —exclamó el barón—. Sus estimaciones del número Sororitas en Noroc fue baja. ¡Usted me dijo que no comprometerían tantas de las fuerzas de su orden!

Vaun hizo un gesto con la mano izquierda. —Sí. La Orden de Nuestra Señora Mártir ha sido más que devota

en su despliegue. Entiendo por ello que enviaron casi todo lo que tienen a esta región. Las mujeres del Manto Ermina se han mantenido para defender Noroc en su lugar, para que la Canonesa Galatea pudiera venir aquí y castigarnos —. Una sonrisa amenazó con levantarse en su rostro.

—¿Te parece divertido? —escupió Sherring—. Nos estamos embarcando en una batalla por el alma de este planeta, contra un enemigo en el que usted y su cuadro serán todas las víctimas. —Pasó la mano señalando a Ignis y a los otros dos—. Sangre del Emperador, ¡no hay un asunto más

serio!

Vaun hizo una reverencia contrita.

—Perdonadme, barón. No quise faltarle el respeto. Me complace que haya sido capaz de iluminar el camino, para llevarnos a esta importantísima decisión.

El torrente de pensamientos de Sherring vaciló por un momento.

—La hermandad es más peligrosa de lo que esperaba. Avanzan sin miedo…

—Sí —convino Vaun—. El celo es un arma poderosa, ¿no es así?

—Si tan solo pudiera mostrarles lo que hay detrás de LaHayn, sin duda

dejarían de luchar.

—Eso sería un error —espetó el psíquico—. Por mucho que nos duela tomar la vida de estas dedicadas siervas del Dios Emperador, su equivocada fe las ha cegado a las verdades que hemos descubierto. Nunca aceptarían su palabra sobre la traición del Lord Diácono. —Asintió con la cabeza—. ¡Ánimo!, piense en el hecho de que van a ir al trono de oro con honor, pues su único error es creer demasiado ciegamente en la iglesia.

—Este curso que he tomado …- Las palabras de Sherring estaban cargadas con un esfuerzo plomizo. —Rezo para

que la Eclesiarquía vea el mérito de la misma, o de lo contrario todos seremos condenados como traidores.—

—Estoy convencido, barón. El Ordo Hereticus le nombrará un héroe por el papel que se atrevió a tomar hoy.

Sherring lo miró.

—¿Y? ¿Qué hay de la ayuda que me prometiste? ¿Dónde están las armas de la propia creación de LaHayn, que según usted dijo que se volvería contra él?

—Aquí —sonrió Vaun, señalando a la mujer y al hombre—. Pero déjeme mi buen Barón, que le presente a mis compañeros, Abb el ciego y la chica se

llama Suki.

Era el turno del barón para divertirse.

—¿Seguro que esto no es una broma? ¿Una mujer delgada y un hombre ciego? ¿Para qué diablos van a servir?

Vaun inclinó la cabeza.

—Mostradle a nuestro amigo Holt, vuestras virtudes… ¿quereis?

Suki se encogió sobre sí misma, por un momento pensó Sherring que iba a vomitar sobre sus ricas alfombras, luego dejó escapar un aullido gutural de su boca de la que salió inesperadamente una gota de apestoso fuego. El más

cercano de sus guardaespaldas fue capturado en el nimbo de su aliento de dragón y murió súbitamente de pie.

El segundo guardián tenía la pistola en la mano, el ciego señaló con un dedo torcido hacia él. Sus lechosos ojos examinaron la habitación como si todavía pudieran ver, centrado en el hombre de Sherring. Las venas de la frente de Abb palpitaban y el soldado gritó. Volutas de humo emplumado salieron por la nariz y la boca, cayó al suelo tostado desde su interior.

—Terra me proteja —murmuró el barón—. ¡Pyrokinesis!

La sonrisa de Vaun creció.

—Impresionante, ¿no? Te estoy concediendo el servicio de estos dos como un gesto de solidaridad.

—Por… por supuesto… —Sherring retrocedió, el olor a carne humana quemada era repugnante en su nariz.

* * *

Enviaron aeronaves para bombardear las máquinas de guerra de la Hermandad, el mismo modelo de coleópteros ovalados que Vaun había utilizado para atacar Noroc durante la

Bendición de la herida. Esa noche, la vigilancia de la guardia en la capital había sido floja y muchos habían pagado por su falta de atención con la muerte, pero las tropas de Galatea eran más que un simple blanco listo para un bombardeo aéreo. El afecto del Barón Sherring por los aviadores y las aeronaves estaba bien documentado, y las Hermanas de Batalla habían venido preparadas.

Los coleópteros vibraban a través de la cobertura que les proporcionaba el humo que crecía en altura y volumen sobre la Puerta Oeste de Metis, disparmente iluminada por las líneas de

lento movimiento que los tanques escupían en forma de proyectiles bólter y fuego láser. Llegaron volando a baja cota, creyendo erróneamente que seguían contando con el factor sorpresa, pero esa táctica ya había agotado su valor.

Unidades de las Hermanas Dominios, la casta de armas especial del Sororitas, cambiaron los objetivos de los emplazamientos de las torretas y servidores de armas de los blindados. Bólter pesados y cañones de fusión convergieron y se llevaron la primer aeronave en forma de disco del cielo, derramando palas de turbina y trozos

de metal del casco, cayendo de punta a punta en la línea de árboles ardiendo. Las llamas se extendían fuera de Metis ahora, enrolladas alrededor de las laderas del sur y el oeste en un retorcido naranja parpadeante sobre el cuello de la ciudad.

Otras dos de los naves chocaron llevadas por el pánico, sus pilotos se dieron cuenta demasiado tarde de que las hermanas no eran los fáciles blancos que habían bombardeado en Noroc. Una tercera nave apareció, con el combustible ardiendo detrás, justo como la cola de un cometa en llamas, convergió hacia la línea de los Rhinos

blindados, y el metal se reunió con las placas de ceramita cuando los dos vehículos chocaron.

La explosión hizo que el suelo ondulara y temblara. La onda expansiva de la explosión se desplazo por la ladera y se metió bajo los cuartos traseros del Rhino donde iba la hermana Verity. Su mundo giró como loco cuando la caja de acero de repente se agito bruscamente a su alrededor, lanzando a las mujeres y equipo en el interior en un desorden caótico. La sangre manchaba su visión cuando noto como su cabeza golpeo un borde y fue despedida alrededor. La parte clínica,

separada de su mente captó el sonido, ese crujido seco del cuello de alguien al romperse, cuando una de las Hermanas de Batalla como ella misma, fue golpeada por una caja de munición suelta. Una cálida oscuridad robó el resto de los impactos confusos en ella y luego, abruptamente, sin desplazamiento aparente entre momentos, la joven se encontraba tendida en la hierba hasta los tobillos, su estrecho cuerpo tatuado con docenas de nuevos cardenales.

Verity se movió y recibió una ola de dolor de sus articulaciones. Unas solidas manos pasaron ahuecadas bajo

sus axilas y la ayudaron a ponerse en pie. Parpadeó, intentando despejar poco a poco su visión, esta revelo una multitud de vagas formas de color rojo ó rosas, bastante borrosas. Había un nuevo ruido peculiar, como el zumbido de un diminuto y molesto insecto.

—Hospitalaria, cúrate a ti misma —masculló alguien densamente, las palabras burbujeando con un toque de histeria. Luchó para que sus ojos enfocaran bien y cuando enfocaron de nuevo, lo lamentó. Allí, delante de ella estaban los restos del Rhino, el volátil combustible de promethium se agrupaba debajo de ella, en medio de

una pasta de cadáveres de Sororitas. Su estómago le dio un vuelco y se quedó sin aliento.

—El Emperador, sin duda vela por ti —dijo una voz en su oído—. Él tiene un plan para ti, hermana. No sobrevivió ningún otro de ese transporte.

Verity se centro en el orador, el aturdimiento en su mente se fue desvaneciendo con cada segundo que pasaba. Miró hacia abajo para ver una pálida mano con una cicatriz sostenerla en brazos. Lo siguió hasta un rostro bajo una capucha roja rasgada y ahogó un suspiro.

—Repentia…

—Por la gracia del Emperador —respondió Iona, sosteniendo aun al ralentí su espada sierra, una evisceradora—. Perderás tu vida si permaneces aquí. Él no la perdonó para que eso pudiera suceder.

La Señora, una oscura figura acorazada con pesados látigos neurales en sus manos, levantó la vista y señaló hacia el cuerpo a cuerpo.

—El medicae está a nuestro cuidado. Mientras, seguimos adelante. ¡Su vida debe ser protegida!

Luego reanudaron el avance, hacia delante, las mujeres de trapos rojos y alta rabia, dándolo todo, acercándose



cada vez mas a la batalla, que se mostraba cada vez mas cruda.



DIEZ

Una ráfaga de calor quemó la mejilla de la hermana Miriya, quien se inclinó sobre los controles de disparo, girando la torreta del *Immolator* en un arco cerrado. A sotavento del emplazamiento de los cañones automáticos, un soldado de caballería, con más valentía que intelecto, operaba

un mortero portátil, cuya recámara se encontraba bloqueada por un reluciente proyectil. La Hermana de Batalla activó el cañón de fusión, trazando una línea ondulante de calor a través del ferrocemento hasta el barro donde estaba el mortero, incinerándolo con intermitentes detonaciones.

Atraído por tal actividad, el cerebro cogitador de la torreta, inició un laborioso giro. Cuando quedó centrado, Miriya presionó el pedal interruptor de control con su pie y pronunció una breve oración a los Tecnosacerdotes del Dios Emperador. La acción derivó en el bloqueo del objetivo, un misil cazador

asesino de un solo disparo, situado en la parte de arriba, muy atrás hacia un flanco del *Immolator*, con palabras de consagración escritas sobre pergaminos que cubrían el tubo, ciñéndose a este con sellos consagrados de cera roja y blanca, sellando así las rejillas de escape de gases.

Miriya señaló el emplazamiento del arma y miró a la Canonesa.

—¿Da su permiso, honorable hermana?

—Puede remover los sellos —asintió Galatea—. El cazador está a tus órdenes.

—Bien. —Miriya no necesitó más

estímulos, giró una llave de bronce ornamentada del tablero de control de tiro.

El tubo resopló con una gran bocanada de humo blanco, del centro de este salió un proyectil de aspecto terrible, de cabeza aserrada y dentada cola. Por medios, cuya comprensión resultaban ajenos a la hermana Miriya, el misil cazador contactó directamente con el espíritu máquina del *Immolator* y con su auspex, en los escasos segundos que le llevó la expulsión de la recamara hacia su objetivo, el cohete ascendió en el aire dejando una estela gris, como un salmón saltando fuera del agua, empezó

a decaer balísticamente sobre su propio eje y acabo penetrando en la parte superior de la torreta del cañón automático.

El emplazamiento del blanco se abrió con un destello rojo y negro, las celdas de energía sin usar rasgaron el aire, a medida que se encendieron desatando un infierno. A lo largo de la línea de torretas enemigas, una onda de descarga eléctrica atravesó los cables de conexión del cerebro de los servidores conectados, lo que generó unos instantes de confusión.

—¡Reanuden el ataque! —gritó Galatea. El micrófono vox de su

armadura tomó sus palabras y las amplifico a través de los megáfonos de su tanque.

—Fe inquebrantable —respondió cada Hermana en el campo, soltando el grito de batalla con fuego y furia. Los *Exorcistas* y los *Immolator* abrieron fuego sobre los bunkers de armas automáticas, estos uno por uno, se abrieron al cielo como flores, haciendo que los restos descuartizados de cerebros humanos de los Servidores, hirvieran en el aire.

El eco de múltiples detonaciones sacudió el humo, mostrando bocetos de la carga de las Adeptas Sororitas, en las

trincheras y en los puestos de tiradores más allá de las torres de la Puerta Oeste, los soldados rompieron sus líneas y se dispersaron, huyendo al ver cargar a las benditas mujeres. Las capas rojas chasquearon en las espaldas de las Hermanas de Batalla, la tenue luz del sol, ilumino a través del velo nebuloso del combate, las brillantes y poderosas armaduras negras avanzando con sus cabezas descubiertas de capuchas, mostraban la incontenible ira en sus rostros, enmarcados por mechones de cabello ceniciento o negro. La pasión del Dios Emperador estaba con ellas, el espíritu de Catalina Mártir en sus

escudos y espadas.

Los defensores de Metis respondieron abriendo fuego, pero a las mujeres les sobrevino una natural fe manifiesta.

La Hermana Repentia llevó a Verity, como una ola podría haber llevado un trozo de madera a la deriva, estaba fuera de control, guiada y presionada por las manos de la encapuchada roja y su Señora Superiora, se sentía incluida y al mismo tiempo aislada del pequeño grupo. La Hospitalaria se cubrió con su propia túnica, tapó su rostro aislándolo de la locura y del rugido de la batalla, allí no

había ningún lugar, que pudiera ocultar de su vista la sangrienta ruina de una guerra, la doctrina recibida durante su instrucción como medicae se volvía real, tan real como un globo ocular roto rodando por el suelo de ferrocemento, como un hombre yaciente, abierto y descorazonado como una manzana, como aquellos huesos blancos que reposaban sobre una masa sangrante roja y chamuscada. Verity se había encontrado con heridas tan salvaje como estas y más, pero siempre en la distancia, había visto muertos y moribundos al ser removidos del campo de batalla, la idea de en donde o como

se habían originado tales heridas, le sonaba abstracta, como si fuese un concepto dislocado de la realidad. Ahora, era testigo presencial de cómo se ocasionaban tales heridas, y sintió el familiar aroma a cobre quemado, típico de lugares horribles como este.

Verity se tambaleó, y la Señora la cogió del brazo, evitando que cayera. Las Hermanas Repentias irrumpieron delante de ellas, lanzándose imprudentemente sobre las alambradas de púas y arrojándose en las profundidades de las trincheras detrás de estas. Las lesiones surcaban cada centímetro de su piel, el

arrepentimiento llamaba a la muerte con sus gemidos. Las Hermanas que superaron tras ellas estos obstáculos, con sus pesadas espadas-sierra evisceradoras, hicieron el trabajo de varios hombres en un breve lapso de tiempo, girando sus filos dentados y triturando carne, hueso y tela durante su carrera descendente, con los desafilados bordes de hierro de sus armas, en cuyas cavidades y nervaduras se observaban ornamentados cráneos.

Aquella llamada Iona, la mujer que había invocado el Catecismo de la penitente luego de haber fracasado en salvar a Lethe de la muerte, demostró

todo su oficio ante sus Hermanas, matando con total frenesí, Verity vio como recorría con su espada el esternón de un aullante oficial de caballería, asombrándose al notar la total indiferencia, la falta de sentimientos y la mirada glaciar en sus ojos. La Hospitalaria sintió retornar el conflicto de emociones que la acosaba, el mismo huracán de ira, tristeza y pesar que había cargado desde el día que llegó a Neva. ¿Ya poseía Iona tales sentimientos? ¿Había quedado tan marcada por la brutal muerte de Lethe, que lo único que podía hacer, era perseguir la merced de una sangrienta

redención? Verity se turbó al darse cuenta de que de alguna manera, podía identificarse con la pálida mujer.

—¡Avancen! —gritó la Señora Repentia—. Tomen sólo los pecados y ningún prisionero. Dejen solo carne y expulsen la corrupción. ¡Avancen, avancen!

Verity fue llevada con ellas tras las trincheras a los túneles que conducían a la ciudad.

Las leyendas locales, rezaban que las Puertas del Oeste de Metis, fueron forjadas a partir del casco de metal de la primer nave colonizadora que llego a Neva, allá en los tiempos de la

expansión, cuando las estrellas aún eran nuevas para la humanidad, resultaban por lo tanto, una reliquia histórica de gran importancia para los habitantes de este planeta, dicha reliquia cerró el paso de los agentes elegidos por el Dios Emperador, razón por la cual, el acero que había viajado un millón de años luz desde su forja, se hizo añicos por el fuego de un centenar de armas de las Sororitas, con un estruendo monstruoso, la puerta de cuatro pisos de altura acabó colapsándose y derrumbándose.

Las proas afiladas como navajas de los tanques Represores, mordían la

ruinas dispersas a lo largo de la carretera, a medida que giraban hacia las calles, tratando de tomar agarre sobre el liso ferrocemento. Los hombres muertos y las máquinas destruidas fueron empujadas por los vehículos hacia los canales, a medida que las Hijas del Emperador marchaban en compactas líneas, tras un puñado de tanques acorazados. La sangre corría tras su paso, calle arriba y calle abajo, aun cuando el viento se llevaba sus himnos.

La última línea de defensa comandada por un puñado de oficiales aterrorizados y francotiradores armados

con láser, situados en lo alto de los edificios exteriores, lanzaron una lluvia de líneas carmesí cayó sobre las Hermanas de Batalla. Miriya y las otras mujeres situadas en las torretas de los tanques, les hicieron pagar diez veces el precio de tal ataque, con fuego de plasma y cohetes, arrasaron las plantas superiores de las viviendas de piedra, débil material se les oponía, tal como la madera y las tejas. El fuego proveniente de los incendios del bosque, siguió el paso de las Hermanas de Batalla, el humo y las llamas, se encrespó y arremolinó sobre las sangrientas trincheras.

Metis era una rica ciudad, como tantas aglomeraciones en Neva, las cicatrices de la pobreza y la anarquía que se observaba en los rostros de los habitantes de muchos mundos colmena y colonias, estaban en Metis ausentes o por lo menos estaban en otro lugar, desplazados a las lunas forja, en donde los pobres y los desesperados podían ser utilizados y retenidos. Los distritos de mercados más pobres de Metis, eran verdaderos palacios en comparación con las madrigueras de ratas que la hermana Miriya había visto en algunos mundos del imperio. Sin embargo, semejantes distritos ardieron igual de

bien aquí que a lo largo del imperio. La población civil, formó una verdadera ola de refugiados a partir de la llegada de las Sororitas, corrieron de sus hogares cuando los *Immolator* avanzaron sobre ellos, aquellos que se atrevieron a permanecer firmes, demostrándose desafiantes frente a las Hermanas de Batalla, recibieron la censura ritual del santo tiro de gracia, aquellos que demostraron una obediencia ciega, fueron dejados con vida a los lados del camino.

La Canonesa se mantuvo firme sobre su tanque, a la cabeza del justo castigo que impartía su legión, el manto

de Santa Aspira ondeaba tras ella rompiendo con la brisa. Sujetó el sagrado libro en una mano, recitando las citas imperiales hacia el frente de batalla, donde la errante caballería de Metis aún pretendía desafiar la procesión. Algunos de los soldados del barón, arrojaron sus armas y oraron por una misericordiosa piedad cuando vieron avanzar a las Sororitas. Hombres que doblaban la edad de Miriya, aullaron como niños, soportando la mirada del juicio, comprendieron el terrible delito que habían cometido, algunos de ellos, posaron sus miradas sobre el manto de Galatea, sabiendo o

conociendo lo que ello era y significaba, la reliquia sagrada, tocada por el aura de su Eterna Señora transformaba a la Canonesa en el avatar del Emperador, rápida y terrible era su justicia.

Miriya podía leer en sus rostros, los interrogantes que los acosaban por aquel entonces, preguntándose a sí mismos, ¿cómo podíamos haber pensado siquiera, en desafiar a la iglesia? ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Vamos a ser perdonados? Los entrecortados chasquidos de las pistolas bólter, respondieron los interrogantes por ellos. Aquellos vestidos con el brocado de Sherring y con altas galas

reflejando su rango, fueron escogidos para un sacrificio ejemplar como resultado de su deslealtad.

—Con el rayo y la tempestad, Emperador, líbranos —Galatea citó el versículo de la oración de batalla de memoria—. De la peste, del engaño, la tentación y la guerra, nuestro Emperador, líbranos.

La Hermana Miriya reconoció el aroma a cordita y madera quemada en el aire, volvió a dirigir su mirada hacia las cercanas Sororitas que rodeaban y escoltaban el lento desplazamiento del tanque. A pie, Reiko llamó su atención con un guiño de ojo, la veterana

Superiora avanzaba con Portia e Isabel a su lado, secundadas por una portadora del estandarte. Entre los trajes ceremoniales de color rojo, Miriya se dio cuenta de que no había señal alguna de la Hospitalaria Verity, por reflejo hizo la señal del águila.

—Terra protege a los fieles —susurró, mirando las huellas de muerte que dejaban tras de sí las cadenas del *Immolator*.

* * *

—¡Torris! —La voz estridente de Ignis, viajo por los amplios pasillos de mármol y detuvo al psíquico en seco. Vaun giró sobre sus talones, sujetando una placa de datos en la mano.

—Cálmate muchacho, suenas como si estuvieras en llamas. ¿A qué viene tanto pánico?

El joven pelirrojo tragó ruidosamente saliva y cogió aire.

—El barón ha venido, está fuera de sí, tras las puertas —señaló con el dedo pulgar hacia las puertas de la cámara—. Me envió a buscarte.

Vaun tocó sus labios con el dedo índice.

—En mi opinión, nuestra *bienhuida*, está a punto de ser llevada a cabo, así que, por el bien de todos, es hora de tomar medidas —miró a su alrededor, no había guardias al alcance del oído, como consecuencia de una de las primeras órdenes frenéticas de Sherring, habían sido enviados todos los hombres disponibles a fortificar las puertas de la mansión—. ¿Dónde están esas monjas sangrientas?

—La Puerta del Oeste ha sido volada, todo el tráfico de vox en dicho sector no es más que aire muerto o estática, los incendios se extienden desde allí también.

—Entonces, esto no es un ataque de castigo —replicó el criminal—. La Hermandad no dejará nada sin arder aquí, nuestro querido amigo Holt se convertirá en un claro ejemplo de ello.

Los dedos de Ignis palparon nerviosamente el cuello de su camisa.

—No quiero estar aquí cuando lleguen.

Vaun se encogió de hombros.

—¿Quién lo desearía? No te preocupes, nos habremos ido para entonces, en mi calidad de asesor especial del barón, voy a tomar su veloz aeronave estacionada sobre la plataforma del techo, una vez que

veamos los tanques rodando hacia el centro comercial, vamos a salir de aquí y nos dirigiremos a la Torre del Vacío.

Los ojos del joven se abrieron con sorpresa.

—¿La Torre del Vacío? ¿Por fin la encontraste?

El psíquico agitó la placa de datos ante él.

—Yo no, muchacho. Sherring lo hizo, fue parte del acuerdo que hice con él, es el precio de mi buena compañía.

—Pero ¿cómo? Si ese viejo bastardo de LaHayn lo mantenía tan bien escondido.

—No importa el cómo, Ig, sólo

importa que sabemos dónde está, el pequeño y sucio secreto del honorable señor diácono, es ahora nuestro y está listo para ser saqueado. Sherring estaba ocupado mientras estábamos fuera del planeta, claro está que él es una pequeña y grasosa garrapata, pero tiene contactos en Neva, debió costarle mucho conseguir esto —dijo, al tiempo que sopesó la placa de datos en su mano, parecía algo pequeña e insignificante como para ser importante, y sin embargo, dentro de la memoria biocelular primitiva del dispositivo, residían cadenas de números que significaban más para Torris Vaun, que

cualquier otro premio que hubiera tomado.

—Sherring no dejará que nos vayamos —Ignis frunció el ceño—. Se supone que debemos ayudarle a ganar esta batalla.

—¿Sí? ¡Qué triste! —señaló Vaun mientras guardaba la placa de datos—. Eso nos demuestra el gran tonto que realmente es. Debajo de toda la fanfarronería, de los aires de grandeza, Sherring no ve más allá del final de su propia nariz. Así mientras él nos da la espalda, haciendo el suficiente ruido como para despertar a los muertos, nosotros tomaremos lo que queremos

de él y escaparemos tranquilamente.

Una sonrisa brilló en el rostro de Ignis.

—Tu lo enfrentas con LaHayn, como si se tratara de perros de pelea, todo este griterío y pataleo, la secesión de Metis y todo lo demás, ¡es solo una cortina de humo!

—Estás aprendiendo chico, eso es bueno, la mejor manera de conseguir que los hombres trabajen para uno, es hacerles creer que el trabajo ha sido todo idea suya —Vaun le dio una palmadita en el hombro, y agregó—. Es cuestión de aprovechar cualquier debilidad, la identificas en ellos y a

continuación, los destruyes con ella. —El sonido de la artillería a distancia, les llegó por el retumbar de las paredes, a través de la vibración de los lúmenes de cristal colgando sobre sus cabezas—. Este pequeño baño de sangre va a cubrir nuestras huellas fácilmente. Por el momento los confesores y los cardenales están tamizando las cenizas de Metis, vamos a ser los reyes de la Torre del Vacío y de todo lo que contiene. Y entonces… entonces… Ig, vamos a escribir nuestros nombres en la galaxia.

—¿De verdad lo crees? ¿Podríamos destruir un planeta entero?

El psíquico sonrió.

—Sabes, siempre me he preguntado cómo se sentiría uno al hacerlo, será interesante averiguarlo. —Vaun señaló con un gesto hacia el pasillo—. Ahora vete, mantén al barón ocupado, ya sabrás cuándo es el momento de partir —se había alejado un par de pasos, cuando el joven efectuó la pregunta.

—¿Qué hay acerca de los otros? Todavía se encuentran afuera, en medio de todo esto, me refiero a Abb y Suki.

—Sé a qué te refieres —dijo Vaun sin volverse—. Siempre hay sacrificios que hacer Ig, lo sabes.

—Pero ya perdimos a Rink, y si… ¿solo quedamos nosotros dos?

—Habrá un montón de nuevos reclutas en la Torre del Vacío —espetó—, más que suficientes —lo miró por encima de su hombro—. Haz lo que te dije. No puedo darme el lujo de tener favoritos, no a esta altura del juego.

Dejando a Ignis, Vaun se alejó palpando cautelosamente la cicatriz tras su oreja… y recordando.

* * *

La avenida central que partía de las puertas destruidas, guio a las Hermanas a la gran plaza de Metis, en cuyos confines, se encontraba el recinto vallado de la mansión del barón. La ciudad circular se encontraba organizada como una rueda, con rayos irradiantes desde el centro, y anillos concéntricos de bulevares, decrecientes a medida que se acercaban hacia el centro. En algunos cruces a lo largo de la línea de avance, el convoy de blindados y Hermanas de Batalla, se topó con rudimentarias e improvisadas barricadas, fácilmente asaltadas por los ataques concentrados del convoy o con

tanques Leman Russ apresuradamente emplazados tras ser requisados a la guarnición de la Guardia Imperial, los soldados de línea que se habían comprometido a estar en contra de la Hermandad fueron ritualmente quemados vivos, negándoles inclusive la misericordia de un disparo de bólter, siguieron avanzando, dejando tras de sí los restos humeantes de sus cuerpos incendiados.

Desde grandes altavoces, colgados en lo alto de los grandes edificios de la ciudad, sonaban repetitivamente los histéricos discursos del barón Sherring, sus palabras eran casi alaridos. Galatea

destruyó sistemáticamente cada uno de los altavoces con cohetes o disparos láser, en contrapartida, hizo que los megáfonos de los vehículos de las Sororitas emitieran cantos de penitencia, amonestación y advertencia. El pánico cundía en las calles por el avance de las hermanas de batalla, más aún a medida que se iban acercando al centro de Metis, como una flecha lenta disparada hacia el corazón. Los bordes de la caldera se vieron envueltos en fuego, para los observadores a bordo de las naves en órbita baja, la columna de humo hacía suponer que el volcán muerto había vuelto a la vida.

Cruzando los jardines exteriores de la gran plaza, Miriya observó a corta distancia destellos de color rojo, oyó el agrio zumbido de las evisceradoras, las Hermanas Repentia habían avanzado presionando, ocasionado los primeros muertos en la guardia personal de Sherring, las fajas y los galones dorados de los hombres, absorbieron la mayor parte de la sangre vertida por las espadas-sierra. Galatea saltó a la parte posterior del *Immolator* y Miriya se dejó caer por la escotilla de la torreta para seguirla hacia la batalla. *He viajado montada por bastante tiempo* —se dijo a sí misma—, *es momento de*

enfrentarme a los traidores cara a cara.

Fuego láser y disparos de bólter silbaban por el aire alrededor de ellas, fallando una parca emboscada, Galatea bramaba órdenes.

—Hermana Reiko, tome las Vengadoras y asalte el flanco sur. Hermana Miriya, haga que sus Celestales se reúnan y sigan el camino de las Hermanas Repentias.

—¡Sí! —dijeron a coro Reiko y Miriya, saludando con un puño cerrado sobre la flor de lis en el peto de su armadura.

Un movimiento de Portia captó la atención de Miriya. La Hermana de

Batalla miró hacia el cielo y señaló con su arma, su rostro rojizo formó una mueca.

—Por los ojos de Dominica. ¿Qué es eso?

Había una forma que se dirigía hacia ellas, planeando entre los flujos de la neblina, era una mujer cuyos brazos apuntaban hacia ellas lanzando un fuego anaranjado. Portia no esperó una respuesta a su propia pregunta y disparó a la aparición, la bruja psíquica llevó las manos contra su propio pecho mientras forzaba la respiración, aún ahogada por el esfuerzo, escupió su aliento ardiente hacia las Hermanas con

un ruidoso crujido.

Miriya se tambaleó lejos, percibiendo una ardiente irritación sobre su cuerpo, sus ojos y manos, acto seguido, se lanzó tan lejos como pudo para eludir el ataque.

Reiko se unió al fuego de Portia contra la mujer.

—¡Maldita bruja! —escupió la veterana Hermana de Batalla—. ¡Una maldita psíquica!

Miriya parpadeó tratando de atenuar el picazón en sus ojos, sacó su pistola de plasma y disparo tandas rápidas y sucesivas hacia la bruja, esta describió un bucle irregular en el aire

brumoso y se dejó caer al suelo en cuclillas, rodando inmediatamente para eludir el fuego de bólter. Miriya vio una segunda figura, un pequeño hombre corpulento avanzando con pasos decididos entre el humo, este levantó sus dedos regordetes formando una garra, mientras susurraba algo para sí mismo.

—¡Cuidado, Reiko!

Su advertencia apenas había salido de sus labios, cuando la veterana Superiora giró su bólter apuntando hacia el hombre. El aire sobre él vaciló y los disparos efectuados a distancia parecieron desviarse, era el mismo truco

que Vaun había utilizado para protegerse a sí mismo durante el ataque a la Catedral Lunar.

Alrededor de los pies del hombre, la coloreada hierba ornamental se crispó y se marchitó, su rostro se puso rubicundo por el esfuerzo y el sudor perlaba su ancha frente, en el espacio de un momento, el psíquico que se hacía llamar Abb, utilizó su talento sobrenatural para excitar las moléculas dentro de la munición de bólter de la hermana Reiko, con un rugido gutural, los cargadores de munición de Reiko detonaron a la vez, la llama producida por la explosión arrancó el arma de su

mano, la mayor parte de la coraza y la carne que había debajo, la onda expansiva de la detonación la arrojó como si de una roca se tratase contra Miriya y las celestiales.

El olor a ceniza y carne cocida llenó los sentidos de Miriya, empujó a Reiko sacándosela de encima, notando al hacerlo que la cabeza de esta colgaba a un lado de un modo antinatural, con el rostro desencajado y en estado de shock, en ese momento, mientras aferraba a su hermana, advirtió como la luz desaparecía de los ojos de Reiko. Maldiciendo para sí, Miriya dejó caer el cuerpo y dio un paso hacia adelante,

portando en su mano su pistola de plasma.

Abb la vio venir y comenzó a formar su poder de nuevo, a base de un conjunto de inhumanas energías en el corazón de su poder psíquico. Miriya, sintió como si de repente hubiera entrado en un horno, como si el calor húmedo del día fuese aplastado por un calor castigador, la celestial rememoró repentina e inconscientemente las acciones de batalla en los despiadados desiertos de Ariyo, sintiendo el poder de un sol centrado sobre ella en ese preciso instante.

La pistola de plasma comenzó a

entrar en fusión, la bobina de la recamara comenzó a generar brillantes emisiones de poder blanco azulado, desatando los violentos poderes contenidos dentro del arma de energía, las pistolas de plasma eran conocidas por los caprichosos fallos inoportunos en su funcionamiento y por los recalentamientos catastróficos de sus células de energía, pero en todos los años que Miriya la había utilizado, jamás había tenido motivos para lamentarse o arrepentirse, diaria y ritualmente, oraba al espíritu del arma, pidiendo la indulgencia del Emperador por su uso.

—Con esta llama, te purifico —murmuró entre labios.

Abb gritó y gimió al tiempo que forzaba sus poderes al extremo para generar energía que pudiera dirigir hacia la Hermana de Batalla. El dedo de Miriya se crispó en el gatillo y la pistola de plasma le obedeció. El poder psíquico y el rayo sobrecalentado de plasma ardiente, casi como un pequeño sol, se cruzaron en el aire como un trueno. La Sororita se tambaleó hacia atrás, ardiendo y gruñendo. Abb, por otro lado, se convirtió en una maza de carne negra y humeante, cuando la energía del disparo hipercalentado lo

envolvió.

El hedor de las exhalaciones psíquicas de la mujer, volvió el viento sobre sí. Miriya siguió a las Hermanas de Batalla que se habían trabado en combate con los asesina psíquica de Vaun. Portia, Isabel y una docena de Sororitas de otras líneas, lanzaron ráfagas de disparo al aire, tratando de alcanzar a la psíquica que volaba de aquí para allá a traves de la telaraña creada por el fuego graneado, vomitando chorros de repugnante y ardientes bilis sobre ellas. Miriya se maravilló, de que a pesar del fuego constante, la psíquica, prosiguiese

emitiendo oleadas de vomito llameante, como el aliento de los míticos dragones de Terra, cobrándose otra vida de una de las hermanas, a quien envolvió con su fétido aliento y cuyos gritos de dolor cesaron cuando la carne de su garganta se derritió.

—¡Hermanas, concentrar… —exclamó Portia—… todo el fuego sobre esa maldita bruja!

Era difícil predecir donde se dirigiría la mujer a continuación, sus brillantes y flexibles alas de fuego confundían a las tiradoras. Por un momento, Miriya se preguntó si sería necesaria la presencia de las venerables

hermanas Serafines para derrotarla, pero las escuadras de asalto de la orden, estaban trabadas en combate en otras zonas de la batalla, contra las restantes fuerzas rebeldes voladoras que todavía quedaban dando vueltas por encima. Atendiendo las órdenes de Portia, las Hermanas de Batalla lograron concentrar el ataque y cercar poco a poco a la psíquica, quien en cuestión de segundos se quedó sin posibilidad de maniobrar en vuelo. Disparos del arma de Isabel, fuego de la pistola inferno de Galatea y el de una docena de entusiastas Hermanas, se centraron y cruzaron en un punto por el cual la

psíquica intentó cruzar en vuelo, las ráfagas desgarraron su pecho en pleno vuelo, las toxinas ardientes allí contenidas entraron en combustión espontánea explotando, sus restos se esparcieron como una dispersa lluvia macabra.

Miriya desvió la mirada y volvió su rostro ante la lluvia de restos, no tenía deseo alguno de ensuciarse como consecuencia de la muerte de la criatura.

—¡Sufre, las brujas no deben vivir! —exclamó Isabel decidida y sombríamente.

—Sí —agregó la Canonesa—, pero

hay más de estos seres con los que acabar, mis órdenes han sido claras, avanzar y tomar la mansión.

—¿Somos libres de matar a Vaun? —preguntó Miriya, con gran entusiasmo.

—Los mandamientos del Señor diácono fueron claros. Torris Vaun debe ser capturado con vida. —Se dio la vuelta—. Pero el Barón Sherring y los otros conspiradores han de compartir el mismo destino que estos monstruos mutantes.

* * *

Todas las torres de vigilancia de Metis habían sido derribadas o incendiadas, las extensas redes de tuberías de la ciudad, cuyos inyectores de agua se utilizaban para soportar la llegada de la estación seca, habían sido destruidos, dejando apenas algunos pozos de agua con los apagar los incendios que la invadían, algunos sectores ya habían sido abandonados al concluir que la conflagración no tenía parangón y que no sería vencida, los súbditos de Sherring huyeron en masa, colapsando las principales arterias que los acercaban hacia las puertas, solo para encontrarse,

que los bosques exteriores también estaban ardiendo, un collar crepitante de fuego se batía sobre ellos. Las Hermanas de Nuestra Señora Mártir habían venido a traer fuego a los infieles, sólo abandonarían este lugar, cuando cada centímetro de Metis se convirtiera en ceniza, las llamas alcanzaron grandes alturas en el cielo oscuro, formando dedos llameantes de color naranja y negro, alzándose como manos suplicantes, orando y pidiendo a gritos el perdón y la misericordia al distante Trono de Terra, una misericordia que nunca llegaría.

En las profundidades del infierno

desatado, las Hermanas oyeron las peticiones de auxilio, pero cerraron sus oídos a ellos. El baron Holt Sherring, había desobedecido a la diócesis de Nevan, y así, por orden del Señor LaHayn, fue declarado excomunicatus. La Eclesiarquía había firmado la orden de madrugada, alegando que Sherring había dado la espalda a la Iglesia imperial, añadiendo de paso una gran cantidad de falsas acusaciones. No importaba lo fuerte que pudiera ser su creencia, por muy equivocada o acertada que esta fuera, Sherring era considerado un traidor y un hereje a los ojos de la Hermandad. Como medida

ejemplar, LaHayn había ordenado que los súbditos del Barón compartiesen su suerte y su castigo.

Metis ardió, la ciudad se entregó poco a poco a las imparables llamas, calle tras calle se volvió un infierno.

* * *

La Hermana Miriya llevó a Cassandra, Portia e Isabel a su lado, moviéndose sigilosa y rápidamente a través de la pequeña elevación de los céspedes ornamentales. El ruido de los disparos

provenía de algún lugar por delante de ellas, la Celestial vio el resplandor en las bocas de las armas provocaban al disparar, posicionadas en puestos de tiradores, flanqueaban las paredes de la mansión, estudió la estructura del perímetro en busca de una brecha que posibilitara un medio de acercamiento.

Cassandra estaba concentrada con los mismos pensamientos, presionando sus ojos ante sus magnoculares dijo:

—Allí… —señaló—, las dos puertas ornamentadas. ¿Las ves?

Miriya asintió.

—Fuertemente custodiadas… veo stubbers… vamos a tener que

destruirlos antes de que podamos acceder al edificio.

Cerca de las mismas puertas, formas en rojo y blanco, emergieron entre el humo, cargando contra las fortificaciones de los soldados de caballería.

—En el nombre de Celestina, ¿qué es eso? —Isabel señaló con el dedo—. Mirad allí, ¿qué veis?

Cassandra se quedó sin aliento.

—Las Repentias, por mi sangre, ¡están atacando sólo con sus evisceradoras!

Miriya se puso en pie.

—No dejaremos que ellas entreguen

sus vidas sin nuestro apoyo. ¡A las armas, rápido, sigámoslas!

Las Hermanas de Batalla se apresuraron a llenar el vacío detrás de las encapuchadas combatientes de rojo, añadiendo fuego de apoyo con plasma y bólter, al coro de muerte estridente que salía de las espadas-sierra. Delante de ellas, Miriya vio las señales de los stubbers abriendo fuego sobre las Hermanas Repentia, algunas de ellas murieron en el acto, otras fueron heridas de muerte, pero sólo aquellas que murieron dejaron de avanzar, la Señora Repentia cruzaba latigazos neurales tanto sobre sus espaldas como

sobre las espaldas y torsos del enemigo.

Isabel y Portia tomaron una posición de flanqueo, mientras que Miriya y Cassandra lo hicieron detrás de la Hermana Superiora. Esta, se maravilló una vez más al ver la ira justificada de las Repentia, las mujeres enmascaradas decapitaban y evisceraban a cualquiera de los soldados de Sherring, demasiado lentos para evitar sus evisceradoras ceremoniales, al tiempo que ellas les brindaban apoyo con sus armas de fuego, las dos unidades rápidamente cumplieron con su objetivo eliminando a los defensores de la barricada, convertidos en trigo

para la guadaña de su santa y justa venganza.

Pasando por encima de la barricada rota, Miriya vio una Hermana Repentia empapada en sangre mientras luchaba por ponerse en pie, la traqueteante hoja de su espada sierra seguía enterrada en el cráneo de un oficial traidor. Por puro reflejo, ella extendió una mano y la ayudó a destrabarla, notando el rostro ensombrecido por la capucha roja se volvió hacia ella, reconociendo instantáneamente la pálida piel salpicada de carmesí, su cráneo rasurado y lleno de cicatrices.

—¿Iona? —exclamó.

—Hermana Miriya…

La dura picadura de un látigo neural, araño la espalda de Iona y esta se tensó, pero no gritó.

—Silencio, no puedes hablar —gritó la Señora Repentia—. ¡Los edictos, prohíben la comunión con la vida anterior al juramento!

La mano de Miriya salió disparada y atrapó el final del látigo, la punta de púas llenó de dolor su mano a través del guante blindado, a pesar de lo cual lo sujetó con fuerza al tiempo que agregó con un tono amenazante.

—¿Qué dices?

La Señora Repentia arranco de un

brusco tirón el látigo de sus manos.

—Conoces la tradición, tanto como cualquiera de nosotras Miriya, ¡no puede hablar contigo!

La celestial abrió la boca para replicar, pero algo en la mirada vacía y hueca de Iona se lo impidió.

—Sí. Por supuesto —se dio la vuelta y dejó que la Señora Repentia se reuniera con sus mujeres.

* * *

Cassandra estaba hablando por el

micrófono vox de su armadura.

—Canonesa, el camino hacia la mansión se encuentra despejado, a través de las puertas flanqueadas por los jardines —mientras hablaba, se estremeció al notar una herida laser a lo largo de su antebrazo.

—¡Hermanas! Arrasar y limpiar —la voz de Galatea crujió a través de varias docenas de comunicadores—. Buscar a Vaun. Excepto él. ¡No dejéis supervivientes!

Miriya confirmó la orden con la cabeza, y echó una mirada a su segunda.

—¿Puedes luchar con esa herida?

—Voy a intentarlo… —contestó Cassandra.

—Déjame ayudarte —la nueva voz, acabó con la conversación de las Celestiales, la hermana Verity salió de un improvisado refugio, tras un camión volcado. Miriya se quedó sin palabras por un breve instante. Los ojos advirtieron numerosos rastros de sangre en las ropas de Verity, pero parecía estar ilesa.

—No deberías estar aquí —le espetó Portia.

—Me trajeron —dijo la Hospitalaria, indicando a las Hermanas Repentia.

—Es un milagro que este viva todavía —dijo Isabel en voz baja.

—Sí —convino Miriya— un milagro. —Se agachó y recogió un bólter cerca del cadáver acuchillado de una hermana y se lo ofreció a Verity—. No tentemos más los caprichos del destino, defiéndete.

La Hospitalaria negó con la cabeza.

—Yo no soy una combatiente —dijo mientras aseguraba el estuche de su Ministorum Medicus contra su pecho, como para acentuar más aún su posición.

—No fue una petición —dijo Miriya, en un tono marcial—. Toma el

arma. No puedo tener una hermana a mi lado que no pueda luchar.

—En nombre del Dios Emperador, mi misión es salvar vidas, no destruirlas —sostuvo Verity con voz tranquila, pero firme como una roca.

—¿Incluso a los traidores como estos? —La Hermana Superiora barrió con un gesto de sus manos a los muertos—. Estas vidas deben llegar a su fin. La iglesia del Emperador ha declarado que así sea.

La otra mujer asintió con la cabeza.

—Eso es cierto, pero aun así, yo no soy un instrumento para traer la muerte —dijo y señalo con un gesto de su

mirada a la propia Miriya—. Ese es vuestro trabajo.

Los ojos de Miriya se estrecharon.

—Lo es. Pero tal vez has estado muy ocupada y preocupada con ciertas cuestiones o tareas, has olvidado cuidar de ti misma, no olvides que Vaun y sus traidores, no harán diferencias entre una Hermana Hospitalaria y una Hermana de Batalla.

—Es por eso que tanto tú, como el Emperador caminareis a mi lado —respondió la enfermera.

—Toma el arma —repitió firmemente la otra mujer.

Por un momento, parecía que

Verity se negaría nuevamente, pero en lugar de ello tomó el bólter y lo guardó en su hábito.

La llamada de la Señora de las Repentia a las armas, interrumpió la respuesta de la Celestial.

—A spiritus dominatus. Domine, líbranos —rezó al tiempo que exclamó —. ¡Muerte al hereje y al mutante!

Miriya sostuvo su pistola de plasma en alto y señaló tras la furiosa Repentia. No podía pensar en ninguna cita conmovedora en aquel momento. En silencio, las Hermanas de Batalla siguieron a sus hermanas encapuchadas…



ONCE

Las palabras presionaron el cerebro de Ignis como dardos ardientes.

—Ahora es el momento, muchacho. Estamos evacuando. Llega a la plataforma del techo, rápido.

El joven se agarró la cabeza y se tambaleó, un hilillo de sangre goteaba de su nariz. Tropezó con la mesa de

cartas, que dominaba el centro del despacho del barón, el montón de comunicados, los marcadores y pequeñas banderas sobre ella se agitaron.

—¿Qué estás haciendo? —espetó Sherring, apartando a uno de sus soldados—. Respóndeme. ¿Qué está pasando? —Su expresión era tensa por la preocupación.

Ignis agitó una mano vaga hacia el noble.

—Yo… tengo que ir… —Sacudió la cabeza para deshacerse de la secuela del contacto telepático con Vaun. La bilis le subió a la garganta y tosió.

Sherring agarró del brazo al joven cuando este trató de alcanzar la puerta.

—¡Párese donde está! —Y girando a Ignis para poder mirarlo, enfermizo y furioso le espetó—. ¿Dónde está Vaun? ¿Me ha abandonado? ¡Dime dónde está!

—Voy a buscarlo.

—¡Rápido! —la palabra le golpeo en la mente y una nueva oleada de náusea se apoderó de Ignis—. ¡Las Sororitas están aquí! No podemos quedarnos!

—No sé cuánto tardarán… —Ignis hizo eco de las palabras en voz baja.

El barón vio el momento en los vidriosos ojos del joven, entendió lo

que estaba pasando.

—¿Lo oyes, no, maldito brujo! Puede conocer los pensamientos de los demás, es eso ¿eh? ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? —Sacudió violentamente a Ignis—. Dímelo ahora, inútil rata de alcantarilla.

—¡Suélteme! —replicó Ignis, luchando frenéticamente por liberarse de las garras de Sherring—. Lo voy a traer ante usted.

—Mentiroso —rugió el barón—. Me usó. ¡Arruino mi hermosa ciudad! —La mano libre de Sherring apareció con una daga ornamental en ella—. ¡Te voy a matar!

—¡No! —gritó Ignis, la palabra golpeó en el aire de la habitación. En el eco de su grito, cada vela fotónica y tubo iluminador empezaron a escupir chispas y al poco estallaron en llamas.

Sherring se encogió y retrocedió hacia atrás en shock, blandiendo todavía la hoja de oro.

—Tú… Tú no puedes desafiarme. ¡Yo soy tu superior!

—Cállate, patética sabandija —Ignis escupió hacia él—. Todo el dinero de la galaxia no va a poder salvarte ahora. Creyendo que estabas jugado y… ¡No fuiste más que un peón! —Con cada palabra, los incendios de origen

eléctrico vibraban con destellos de calor.

El Barón miro implorando a sus hombres.

—Maten al brujo. Destruirlo. ¡Os lo ordeno!

Los hombres tenían las armas en sus manos pero apuntaban hacia el suelo. Los oficiales se miraron, todos ellos habían experimentado el rápido deterioro de Sherring durante las últimas horas, ninguno tenía el deseo de enfrentarse al psíquico por unas palabras del Barón. En el exterior, más allá de las ventanas de cristal, el cielo sobre Metis estaba escondido tras una

cortina de humo, a través de las paredes llegaron los sonidos de disparos y de hombres moribundos. Los soldados se miraron en silencio, esperando que la batalla llegase a su inevitable final. Reflejaban en los ojos el silencioso reconocimiento de que ya habían perdido.

—Nos vamos, Barón —se burló Ignis—. No hay nada que puedas hacer para detenernos. —El joven se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—No lo harás —Sherring se arrojó sobre el muchacho y enterró el cuchillo en su espalda. Tomando por sorpresa, Ignis cayó al suelo. Trató de arrastrarse

lejos, los pequeños incendios en todo la habitación palpitaban con sus latidos—. ¡No lo harás! —gritó el barón de nuevo, sus labios temblando de agitación.

Algo silbó y siseó tras las cerradas puertas de seguridad de la cámara, en el segundo siguiente todo el sonido en bruto de la batalla atravesó el aire y entro súbito cuando el portal de pesada madera se abrió de golpe.

Envuelta en humo, la hermana Miriya y sus hermanas entraron en la habitación. Sherring quedo muy impactado cuando vio a la Repentia que las seguía, llena de cicatrices y empapada en la sangre de sus hombres.

—Demasiado tarde… —susurró Ignis, alcanzando con dedos temblorosos el cuchillo de su espalda.

—Barón Holt Sherring, señor de la ciudad de Metis y sus territorios, vuelve a estar bajo la ley imperial. —La Hermana de Batalla avanzó hacia él, su pistola de plasma firmemente dirigida a su pecho—. Su crimen es la herejía, que usted mismo declaró y puso en conocimiento del Lord Diácono Viktor LaHayn.

Sherring levantó las manos en un movimiento vacilante. Estaban mojadas con la sangre de la juventud.

—Espera. Por favor. No lo

entiendes, es LaHayn quien es el hereje. Usted no sabe lo que ha estado haciendo. Él quiere usurpar el trono.

—La sentencia es la muerte, que se llevará a cabo con la debida celeridad. —Miriya levantó la pistola para ponerla al nivel de su cara.

El barón lanzó una mirada suplicante a Ignis.

—¡Por favor!

Verity captó el gesto y su corazón se heló.

—Miriya, el muchacho.

Ignis fue tan rápido como el rayo. Sus ojos brillaron y los fuegos de la habitación estallaron como sopletes. En

una fracción de segundo, las paredes de la habitación eran de color amarillo con rayas de fuego conjurado, lamieron las opulentas baldosas y salieron lascivas volutas hacia el techo de la mansión.

El caos estalló entre los soldados, algunos de ellos se zambulleron buscando refugio, algunos debajo de la mesa, otros girando sus armas contra las Hermanas de Batalla. Isabel y Portia dispararon como respuesta, pero las llamas canalizadas bajo el control del joven psíquico, arrancaron un tornado de llamas. Verity fue arrojada de espaldas al suelo por Iona cuando las llamas en espiral fueron a su encuentro.

Ignis envió la columna de fuego contra la Repentia encapuchada, con intención de prenderla fuego. Los gritos de muerte eran penetrantes, las llamas suaves que solían dar luz pública ahora incrementaron la presión en la habitación haciendo añicos las ventanas de la cámara acorazada.

Parte de la onda de calor azotó a Miriya y la envió volando por la habitación, impactando con un banco cogitador haciendo girar a este sobre si mismo como un trompo. Un rayo de energía procedente de su pistola en un disparo a ciegas, fallo por muy poco, aunque acabo derribando a uno de los

oficiales de caballería por la fuerza de su nimbo de plasma.

Iona empujó y se lanzó a por Ignis, blandiendo su evisceradora, la capucha roja desigual volando de sus hombros. El psíquico se puso temblorosamente en pie, encauzando el fuego en un escudo de hiladas llamas, con el que quemo sin piedad la mesa y las pesadas cortinas de brocado. Con un grito mudo de venganza en sus labios, Iona le acusó y se empujó a sí misma a través del mismo corazón del muro de fuego. Su ropa y la armadura se quemaron sobre ella, el increíble calor controlado por el niño quemaba las capas de su piel

mientras esta lo atravesaba. Serpentines rizados de carne ennegrecida iban cayendo tras ella.

Ignis levantó los brazos para protegerse de su furia, pero la espada sierra cayó sobre él como la mano de un verdugo sobre la empuñadura de su hacha. Los templados dientes de carburo de tungsteno arrancaron hasta el mismo hueso la materia de sus hombros y se acabó incrustando en el pecho del joven. Su cerebro dictó una última orden a sus nervios, el muchacho abrazó a la Repentia mientras esta hundía su espada en él, y la tomó en un abrazo ardiente. Ignis

pereció cuando enfoco su poder de fuego sobre sí mismo, su cadáver ennegrecido se estrelló contra la mesa con Iona aun unido a él en un abrazo mortal. La Repentia gimió mientras seguía al psíquico en la muerte. Eran una parodia monstruosa de dos amantes, se fundieron como uno solo, en un halo de llamas anaranjadas.

Sin el psíquico para mantener vivo el infierno con su poder profano, los fuegos se contrajeron, arrastrándose como grasientos insectos, volvieron a las conducciones en las paredes. Tomó un monumental esfuerzo a Verity girar la cara para poder observar la carnicería.

La asistió Miriya, rebuscando hasta extraer un inyector sacado de las profundidades de su Ministorum Medicus.

Cerca de allí, Cassandra dijo unas palabras del Juramento de Katherine sobre la Repentia muerta.

—Estás rescatada —dijo al cadáver —. Ve a la siguiente vida, libre de tu carga. —Con un movimiento de su muñeca, la hermana de batalla salpico el cuerpo del psíquico con gotas de un frasco de agua bendita. El líquido se convirtió en vapor y silbó donde se reunió con los calientes huesos.

La Hospitalaria frunció el ceño

mientras aplicaba la aguja del inyector de bronce a la vena yugular de Miriya, presionando el embolo e inyectando su contenido. La Celestial tembló con sorpresa cuando el filtro químico inyectado se mezcló en su torrente sanguíneo, luchando contra el shock provocado por la onda psíquica de Ignis. Después de un largo momento, Miriya parpadeó y abrió los ojos.

—¿Qué… qué me has dado? —Preguntó ella.

—Un restaurador —dijo Verity—. Una mezcla de la perdición del brujo y tetraporfalina, bendecido por el mismo apothecarium. Deberías descansar un

momento, estas sangrando.

Miriya la empujó a un lado, se arrastró y ayudándose de una silla tumbada logro ponerse en pie.

—No tengo tiempo para derramar sangre, cómodamente tumbada, mientras aún respira delante de mí los traidores. —La Celestial encontró de rodillas a Sherring, acobardado detrás de su escritorio—. ¿Dónde estábamos? —le preguntó. La droga en su cuerpo hizo que el dolor de sus heridas pareciera distante y sin importancia.

—Yo no soy el enemigo —susurró el barón—. El diácono es el diablo.

—Si eso es cierto —le dijo en voz

baja—, entonces, cuando llegue el momento lo voy a juzgar tan duramente como te he juzgado ti. —Miriya apretó el gatillo y vaporizo la parte superior del torso del hombre arrodillado con un solo disparó. El sonido de fuego de los bólter se reunió con ella desde las armas de las otras hermanas de batalla, mientras ejecutaban a los hombres que quedaban en las cámaras de Sherring.

* * *

Vaun sintió en su mente morir a Ignis, como cuando se extingue una luz, blasfemo en alto y violentamente. En la cúpula de control de la aeronave, el sacerdote tecnológico del barón le dirigió una mirada de preocupación. El psíquico ya había matado a los compañeros con una hábil demostración de fuerza, el sacerdote tenía miedo que él sería el próximo si disgustaba en lo más mínimo al criminal.

—No me mires —gruñó Vaun—. Tienes un trabajo que hacer. Despega y mantén esta cosa en el aire.

El sacerdote tecnológico parpadeó

con sus párpados de estaño, sonaron como un chasquido.

—¿Pero, todavía falta que suba una persona? Usted ha dicho que debíamos esperarla.

Vaun tiró de la escalera de emergencia depositando ésta en el corredor, dentro del vientre del dirigible en un gesto elegante.

—He cambiado de idea. Nos vamos ahora. —Se acercó al adepto que permanecía encogido y empujó una placa de datos bajo su nariz—. ¿Sabes dónde están estas coordenadas?

Piezas metálicas dentro de la caja del cráneo alargado del sacerdote

tecnológico, también llamado a veces adepto, hacían clic y zumbaban mientras almacenaba los números en su pizarra mental, en una memoria intermedia de referencia.

—Sí, pero esa zona está restringida. Es una región geológicamente inestable, tiene flujos volcánicos que hacen que volar sea muy peligroso y el aire está saturado con el azufre de los pantanos.

—Llévame allí —Vaun clavó un dedo en el cielo lleno de humo—. Ahora.

—Es un páramo tóxico —replico el adepto—. ¡Vamos a morir allí!

Vaun agarró la túnica del sacerdote

tecnológico y apretó.

—Vas a morir aquí a menos que lo hagas —dijo empujándolo violentamente—. ¿Entiendes?

El adepto asintió exageradamente y comenzó a trabajar febrilmente en los controles. Con los metálicos ruidos del acero bien engrasado, el aviador personal del barón Sherring tiro de una palanca, separando así las correas que las sujetaban, se desplegaron sus velas. Las fuertes corrientes térmicas que florecían a partir de la ciudad en llamas se apoderaron de la nave y la empezó a elevar hacia el cielo.

* * *

—Honra restaurada Canonesa, soy la hermana Miriya. —La Celestial habló por su vox—. He aplicado la justicia del Emperador sobre el Barón Sherring.

—Entiendo —la voz de Galatea crujió a través de su oído, sonando granulosa—. Vamos algo retrasadas. Una bolsa de resistencia de la Guardia rebelde ha tomado una posición en los invernaderos y se ha hecho fuerte. Asegure la mansión y encuentre a Vaun.

—Su voluntad. —Miriya cortó la

comunicación y miró a Verity. La Hospitalaria se inclinó sobre los restos quemados del psíquico y la pobre Iona —. Apártate —le espetó la Celestial, de repente enfadada por la falta de respeto hacia los muertos de la otra mujer.

Verity no obedeció, y en su lugar se agachó cerca de la calavera ennegrecida de Ignis.

—Hay algo aquí.

—No es el lugar para interferir con los difuntos —comenzó Cassandra, pero Miriya le indicó silencio y cruzó la cámara, posando una mano pesada en el hombro de Verity.

—Desiste.

—Yo no hago deshonra alguna a Iona —replicó la Hospitalaria—. Me imagino que muchas de ustedes tienen una deuda de vida con ella. Sepan entonces que me salvó la vida a mi hoy también. Es el brujo el que me interesa. —Usó un lápiz para apuntar a algo en uno de los huesos entre la carne chamuscada del muerto—. Mira. ¿Qué ve usted?

Miriya estudió el objeto. Era una media esfera de peltre, tan pequeña como un huevo de pájaro tikker, fusionado a la curva del cráneo de Ignis. Alambres tan delgados como cabellos humanos entraban y salían

fuera de él a lo largo del interior del hueso.

—¿Un implante biónico? Nunca he visto nada igual. —Pasó un dedo detrás de la oreja derecha, tocando el lugar en el que el dispositivo se había arraigado en el cuerpo del psíquico.

—Curioso —dijo Verity—. El hueso ha cubierto en parte el metal. Debió ser injertado hace varios años. Parece que es de tecnología Imperial, no parece tecnología xenos o de los traidores del caos. En cuanto a la finalidad, no puedo comprenderla.

—Tal vez, ¿el dispositivo sirva para conjurar más fácilmente su poder del

fuego brujo? —dijo Portia haciendo una mueca de disgusto.

—Es muy avanzado —añadió la Hospitalaria, miró a Miriya—. Mucho más allá de las posibilidades de un matón como Vaun.

Una comunicación silenciosa pasó entre ellas, el recuerdo del sombrío asesino en el librarium de Noroc.

Cerca de las ventanas rotas, Isabel reaccionó con un sobresalto.

—Escuchar. ¿Oís eso?

—Deben ser bombardeos —empezó Cassandra.

—Nooo. ¡Son rotores! —dijo Isabel señalando como una silueta se movió

tras el vidrio—. ¡Allí!

El viento cambió entonces y todas las mujeres lo oyeron, los golpes de rasgado de las palas, las hélices cortando el caliente aire. Miriya corrió hacia las ventanas a tiempo para ver la elegante forma alargada de la llamativa aeronave de Sherring pasando por encima de la mansión. La proa de la aeronave cayó y se levantó, como si alguien la pescara desde lejos.

—Es él —escupió la Celestial, se lanzó por el óvalo de cristal roto, cayendo fuertemente en los jardines rasgados de abajo. La nave proyecto una oscura piscina al pasar su sombra

sobre ella, Miriya corrió para mantenerse dentro de ella. Su formación se hizo cargo de su mente consciente, compartimentando el dolor de sus heridas y suministrando adrenalina a su torrente sanguíneo. Su visión quedo atrapada en una cuerda, se arrastraba por detrás de las escaleras ornamentales que colgaban de la parte inferior de la aeronave. Con cada segundo que pasaba el cable le quedaba menos cerca y la nave fue poco a poco ganando altura.

Haciendo caso omiso de los disparos que le lanzaron, Miriya saltó hacia la cuerda y la atrapó en las garras de sus

guantes blindados. Apenas lo había hecho la mecánica de la aeronave se asentó, batiendo las palas el aire ya sin rasgarlo y el dirigible se alejó a gran velocidad. De repente, la hermana de batalla colgaba suspendida debajo de la nave, viendo los jardines de la mansión pasar rápidamente por debajo de sus pies. Con una determinación tenaz e implacable, Miriya se fue izando, mano sobre mano, hacia la cúpula de pasajeros debajo de la envoltura de gas.

—¿Es esta la mejor velocidad que puede sacar a esta nave? —exigió Vaun, amenazantemente al adepto—. Se supone que es una nave veloz.

Con visible esfuerzo, el adepto encontró su voz.

—La distribución de peso es errónea.

Vaun le pinchó con un dedo.

—Tal vez, ¿debería aligerar la carga, entonces? Debería empezar con tu cadáver.

—Noooo —chilló el adepto—. Las oraciones correctas deben ser ofrecidas al espíritu de la máquina. Voy a compensarlo.

—¡Bah! —El psíquico le empujó hacia atrás en la consola y se alejó, calmándose un poco caminando por la cubierta de listones de madera mientras

el sacerdote murmuraba y hacia símbolos en el aire sobre la consola de navegación—. Consigue algo más de altura, al menos. No quiero estar dentro del alcance de los tanques Exorcista.

El cuarto delantero de la cúpula de la aeronave se hizo a partir de un esqueleto de vigas y una capucha de cristal-acero transparente, de modo que el difunto barón y sus secuaces pudieran ver el paisaje por debajo de la aéronave. Ahora, la visión de las calles que había debajo de la aeronave se le atragantó, con los muertos y moribundos, con los edificios en llamas y los escombros de una ciudad

asesinada.

Un epitafio apropiado para un fanfarrón y un tonto como Sherring, consideraba el psíquico. Estaba seguro de que el barón, con su exagerado sentido de la grandeza, habría disfrutado de la idea de que sus preciosos ciudadanos de Metis no soportarían vivir sin él. Jugar con Sherring había sido fácil. Como con cada uno de estos nobles idiotas, habían pensado que su pequeño mundo, sus pequeños juegos de política dentro del imperio, eran las únicas cosas realmente importantes. No les importaba nada a los ricos de Neva que en otros planetas,

criaturas de naturaleza alienígena devorasen mundos enteros o que existían lugares donde la materia prima de la misma esencia del Caos cobrara vida. El universo comenzaba y terminaba para ellos en el borde del mismo sistema solar de Nevan, no les importaba nada la mayor parte de la galaxia que existía más allá, siempre y cuando no interfiera con ellos y sus estúpidas fiestas.

Vaun pensaba de otra manera. Era irónico, en realidad. Sólo había otro hombre oriundo por nacimiento de este pretencioso y grandilocuente planeta que lo sabía, que lo vio con una visión

aún más amplia, como él hizo. Torris Vaun odiaba a Viktor LaHayn con cada fibra de su ser.

Fue ese odio el que había atraído al principio a Sherring a la órbita del psíquico. Vaun había visto el codicioso deseo en los ojos del barón, la necesidad de poder en el hombre colmaba todo lo demás. Vaun había ayudado al barón en el fortalecimiento de su posición, a su vez Sherring había ayudado a Vaun a romper las cadenas que lo ataban al diácono. Pero mientras que el noble había ansiado cargo y título, Vaun jugó y todavía estaba jugando a un juego mucho más largo.

Ahora, por fin, después de que Vaun hubiera sido obligado a pasar años huyendo, escondiéndose tanto aquí como en el espacio profundo, el repugnante pedante del Barón por fin había visto cumplidas sus promesas.

—Y por eso, yo te pago en la inmortalidad —susurró el psíquico, al ver una estatua coja del barón cuando la aeronave pasó sobre la ciudad—. Nadie en Neva olvidará jamás el nombre de Holt Sherring —dijo a la efigie—. Vas a ir a la historia como un traidor y un tonto. —Vaun escupió a la estatua y se dio la vuelta, notando como crecía el resentimiento dentro de él.

La placa de datos también llamada estaba allí en su bolsillo, la notaba quizás aún más pesada por el alto precio que había tenido que pagar para conseguirla. Oh, por supuesto que nunca había tenido la intención de mantener a esos derrochadores de Abb y Suki a su alrededor. De haber sobrevivido, él mismo habría encontrado otra manera para que sirvieran de carne de cañón. Después de todo, sus talentos eran difíciles de controlar e impredecible. Vaun sólo los había contratado porque era lo mejor que pudo encontrar.

Pero el niño… Eso lo hizo enojar.

Ignis era un muchacho fuerte, tenía un potencial real. Vaun había visto en él a alguien digno de ser su protegido, un psíquico con gran capacidad, pero a la vez, también muy despreocupado ante las dudas y preguntas que generarían la ética o la moral. Le molestaba tener que perder así una herramienta que prometía tanto, antes de que pudiera llevar al máximo su potencial.

Con un bufido, descartó la idea. Entendió que iba a encontrar toda la materia prima que necesitaba para comenzar de nuevo, entonces tal vez destrozara la ciudad de Neva, como el muchacho había querido.

Un crujido en las planchas de la cubierta atrajo la mirada hacia la ventana, poniendo los nervios del asesino al límite. No estaban solos. Vaun se giró, señalando al encontrar el origen.

Una forma en armadura de color negro y rojo se lanzó a la cúpula del compartimento trasero, estrellándose al atravesar la escotilla. La cara del psíquico se retorció en una agria mueca cuando reconoció a la mujer.

—¡Tu!, tu otra vez —dijo con odio—. Esto se está volviendo muy aburrido.

—¿Cómo subió a bordo? —

preguntó el adepto, encogido sobre el timón.

—Cállate —lo interrumpió Miriya —. Tendrás tiempo para hablar de sus crímenes muy pronto.

—¿Crímenes? —preguntó el adepto —. Él, fue él, el que me obligó. Mató a todos mis hermanos.

—Deberías haber muerto con ellos. Eso habría demostrado tu dedicación. Ahora eres culpable de complicidad con un delincuente.

Vaun sonrió, divertido por ella.

—No seas tan duro con el pobre infeliz, hermana. Puedo ser muy persuasivo, si yo quiero —dijo dándose

un leve toque con un dedo, en un lado de la frente.

—Su socio y conspirador el Barón Sherring ha muerto —contesto Miriya —. Esta nave está siendo controlada por unidades de la Orden de Nuestra Señora Mártir. No hay forma de escapar de las represalias de la iglesia.

—Oh —dijo el psíquico, su voz adquirió un tono de burla—. ¿Tal vez debería inclinarse y rendirme? Sí, debería hacerlo y pedir tal vez, ¿una muerte rápida y misericordiosa? —Dio un resoplido burlón—. No se atreverá a disparar el arma en el interior de esta nave. Un disparo fuera de lugar,

desviado o errado podría interrumpir una línea de combustible o perforar la bolsa de gas. Nos matarías a todos al instante.

—No entiende mi devoción por el Dios Emperador, brujo. Mi vida no cuenta para nada mientras usted todavía pueda respirar. Si el precio que debo pagar para lograr tu muerte es mi propia sangre, entonces lo hago de buena gana. —Y disparó la pistola de plasma enviando una bola de caliente luz a través de la cabina.

Vaun se arrojó lejos del soporte de madera donde había estado de pie, la bruma de calor abrasador que

acompañaba el disparo le rozo el rostro. Él gritó de dolor y se echó hacia atrás devolviendo un trío de conjurados dardos llameantes. Los dardos se perdieron cerca de la Sororitas y uno hizo estallar una lámpara de bello cristal adornado.

—¿Estás enojada, perra de estrechas miras? —escupió—. Eres solo un juguete de cuerda estúpido. No tienes ni idea de lo que realmente está pasando aquí, ¿verdad? LaHayn es el mayor traidor de todos.

—Cuando lea sus crímenes a los servidores pluma, me aseguraré de añadir difamación a la lista. —Miriya

acarició un selector con marcas en la culata del arma, lo empujo levemente, la boquilla del emisor de la pistola de plasma paso a una configuración de haz estrecho. Agachándose detrás de un pilar de soporte, disparó de nuevo, cortando a través de una consola de un cogitador terciario.

Un repentino cambio en la térmica hizo dar un bandazo a la nave a estribor, los combatientes perdieron el equilibrio y fueron zarandeados. El adepto gimió, su voz sonó como una sirena de alarma.

El siguiente disparo de fuego psíquico de Vaun dio más cerca de la

mujer, uno de los dardos atravesó el aire y reboto, abrasando antes parte de la placa de armadura del hombro, tallando una fea cicatriz en los paneles de madera detrás de ella. Miriya gruñó y volvió a disparar. El arma de plasma se volvió contra un puntal de acero convirtiéndolo en escoria caliente, este envió llamas hasta el techo del compartimiento.

—Debería haberlo adivinado, ¡que se podría esperar de la inteligencia de un siervo de su corrupta religión! —dijo Vaun desde detrás de su cobertura—. Puede que sea un ladrón y un asesino, pero por lo menos soy fiel a mí mismo.

Yo no hago la licitación de los antiguos, ¡de clérigos corruptos! —dijo con voz severa, luego rio y su voz volvió a ser burlona—. Dime, hermana, ¿no se ha hecho preguntas nunca? ¿Siempre ha sido la misma mestiza entrenada, un perro en la correa de un sacerdote?

Miriya no dijo nada, moviéndose con cuidado hacia el sonido de su voz. Colocó cada paso con un cuidado absoluto, manteniéndose firme cuando la nave se volvió a escorar. Las paredes de la caldera térmica flotaban por debajo de ellos, avivadas por el humo de los incendios en los bosques.

—Si usted supiera lo que yo sé —

continuó Vaun—. Si tan sólo pudiera ver los horrores que Viktor LaHayn ha perpetrado en los últimos años. ¿Crees que soy una amenaza para su preciosa ley y el orden? ¡Ja! Mis planes son sólo para el dinero y el caos. El diácono, ¡se propone nada menos que la destitución de su Dios! —Su voz estaba llena de odio—. Mis crímenes son como los de un niño comparados con su locura.

La Celestial endureció su corazón contra las palabras del psíquico, obligándose a dejar a un lado sus dudas. Él estaba muy cerca ya, a solo un par de pasos de distancia, se agachaba detrás de un sofá reclinable de carísimo

cuero, color rojo sangre, seguramente de grox. Miriya apuntó con cuidado.

—Sé que no confías en él. Tu y la niñera, hay algo que roe vuestros pensamientos. Si me matas, no habrá ya un momento en que lo entiendas, será demasiado tarde. LaHayn tomará el Imperio para sí mismo. Yo soy el único que puede detenerlo. Es por eso que esta tan desesperado por capturarme. —El psíquico parecía estar luchando contra el esfuerzo de hablar—. Él me necesita para completar su plan.

A la mujer no le importaba nada de eso ahora, terminaría con este brujo gandul y ya soportaría la ira del diácono

después.

—En el nombre del Dios Emperador… —Miriya se arrojó alrededor del sofá para tener una línea de tiro y visión clara, estabilizó el arma… a la nada. ¿Y Vaun? ¿Pero dónde estaba?

—Aquí. —Detrás de ella, las garras calientes de sus manos presionaron en la carne del cuello de la hermana de Batalla.

—¿Pero cómo…?

Vaun rió.

—No es sólo una cuestión de lanzar bolas de fuego y similares, Sororitas. Ser un brujo trae algunos talentos de otro

tipo. Redirección, muy útil, entre otros. —Él parpadeó despejando el sudor de sus ojos—. Una tarea muy ardua, sin embargo.

—Mátame entonces, si te atreves —gruñó—. Si me matas habrá diez hermanas que tomaran mi lugar.

El desprecio goteaba de las palabras de Vaun.

—Ustedes, necias mujeres son tan predecibles. Tan desesperada por desperdiciar tu vida al servicio de la iglesia, que prácticamente solo os falta rogar para ser asesinadas. Es lo que quieres, ¿no? Para convertirse en una mártir trágica como la amada Santa

Catalina, perecer en la hoja de un hereje y ganar su lugar… ¿en los anales patética de algún convento olvidado?

La mirada de Miriya permaneció centrada hacia adelante. Delante de ella se podía ver al adepto, totalmente acobardado con la cabeza agachada, sus piernas de araña de bronce aun trabajando en la caña del timón.

El criminal presiono más aún.

—¿Quieres morir ahora, hermana? ¿Sería mitigar la culpa que llevas, como una piedra de molino, alrededor del cuello? Mucho más fácil poner fin a su vida en un gesto inútil, que vivir en el dolor, ¿no es así?

—Vaun… —dijo la mujer, girando suavemente la mano para apuntar su pistola—, hablas demasiado. —Miriya apretó el gatillo y la pistola de plasma escupió su fuego en la cabina. El penacho gaseoso derritió el timón en regueros de metal líquido y envió al adepto y sus gritos a distancia, sus ropas en llamas, sus augmeticos retorcidos o derretidos por la oleada de calor.

La cubierta de la aeronave se zarandeó con fuerza y cayo, separando a los dos combatientes, empujándolos a golpearse contra paredes y vigas. La Hermana de Batalla noto el sabor de la sangre en su boca cuando su cabeza

rebotó en una viga de apoyo. Oyó a Vaun gritar una sarta de inventivas maldiciones mientras su visión se volvió borrosa durante un segundo.

Cuando parpadeó y se le aclaro, Miriya vio el bosque ennegrecido como si de un titán se tratara levantarse para llenar el parabrisas de la aeronave, los pelados árboles con algún fuego aún, alcanzando la nave y volverse todo oscuro.

* * *

La noche había caído en el momento en que encontraron el lugar del accidente, en los bosques al sur de Metis. La hermana Verity había esperado encontrar un campo de escombros, pero la aeronave del Barón Sherring estaba intacta en su mayor parte. La forma de bala elegante de la envoltura de gas del dirigible, estaba sucia y descolorida, algunas de las células, rotas, abiertas y flácidas. La nave había cortado a través de un bosquecillo quemado y aterrizó con una inclinación hacia el lado de estribor, dejando al descubierto la cúpula de pasajeros. La parte delantera del compartimiento era un desastre de

vigas y cristal-acero, retorcidos ó rotos.

A su lado, la hermana Portia consultó un auspex y frunció el ceño.

—El espíritu máquina del dispositivo informa de vidas aún dentro, pero los glifos son contradictorios.

—El calor de los incendios —dijo Cassandra, acercándose a la nave derribada con su bólter dispuesto—. El calor que irradia el suelo. Confunde los sensores del aupex.

Verity se abrió paso a través de un sendero de placas del casco ralladas y trozos de muebles ornamentados, habían sido expulsados durante el

aterrizaje. Sus botas crujían al pisar restos de cristal de una lámpara sobre la cenicienta tierra, caminó alrededor de un detallado taburete en cuero rojo, que había aterrizado intacto, del todo incongruente en este negro escenario de destrucción.

Desde el rabillo del ojo, vio a Isabel inclinarse y recuperar algo de la suciedad.

—El arma de la Hermana Superior. —Levantó la pistola de plasma por su culata—. Si cayo de sus manos… —Las palabras no dichas se cuajaron en su garganta.

Cassandra le lanzó una mirada.

—Seguir buscando.

Verity vio un destello de movimiento entre el desorden de los restos y las llamó.

—Aquí. ¡Alguien vivo! —Las otras mujeres acudieron a su lado en un instante, trabajaron juntas para levantar lejos un panel de metal del tamaño de una mesa de comedor. Todavía estaba caliente al tacto, y si no hubieran estado usando guantes, las manos se habrían quemado.

De debajo del panel surgió lo que parecía un hombre torcido, casi estrangulado por el peso de sus propias ropas. Unas pequeñas manos con

pequeñísimas herramientas enganchadas parecían estar trabajando en una zona que estaban medio derretida, algo se recoloco e hizo clic.

—¿Hola? —Su voz estaba cargada de estática, como un canal vox mal ajustado.

—Un sacerdote tecnológico, un adepto —dijo Isabel con poco más que decepción—. ¿Dónde están Vaun y la hermana Miriya?

—Gracias. —Una de las pequeñas manos se dio la vuelta y señalo hacia detrás, lo que quedaba aun de nave—. Dentro, creo. Gracias. —Le dio una tos metálica, la pequeña mano golpeó con

casi mimo el implante codificador de voz. Verity permaneció un rato donde estaba, observando como Cassandra llevó hacia los restos a las otras mujeres con las armas en constante alerta.

Miró a su alrededor, convertido casi en desierto, la tierra quemada, los esqueléticos árboles y de fondo el penacho de humo, aun saliendo de la oscura caldera en la que se había convertido la ciudad contra el cielo nocturno. Verity se sintió plomiza y pesada, con repugnancia ante la visión. ¿Cuántos miles han muerto hoy, en este día, con el fin de castigar la estupidez del Barón Sherring? La carnicería sin

trabas la enfermó, y la Hospitalaria se encontró con una ira que flirteaba casi con ser traición hacia el señor diácono. LaHayn había mostrado desprecio por la gente de Metis, no todos eran los culpables de las insensatas decisiones del señor de la ciudad. Con esfuerzo, se obligó a reordenar sus pensamientos.

Una conmoción repentina, cerca de los restos del naufragio, rompió por fin su ensueño. Cassandra tenía a un hombre por la piel del cuello y lo arrastró fuera de la cúpula. Era Vaun.

La Hermana de Batalla le dio una tremenda patada en la parte posterior de las piernas al psíquico y lo tumbó al

suelo. Verity se acercó con cautela, en seguida vio que estaba gravemente herido, su cara estaba sombreada con nuevas y recientes cicatrices, causadas seguramente por fragmentos de vidrio. Logró una sonrisa sangrienta.

—Ah. La niñera. Por fin vas a hacer algo que me vaya a ser útil. —Sin intercambiar ni una sola palabra de mando entre ellas, Cassandra, Isabel y Portia, todas apuntaron con sus armas a la cabeza de Vaun.

Vaun parpadeó.

—Oh. ¿Viktor ha cambiado de opinión, entonces? ¿Voy a morir ahora?

Verity se esforzó por dominar su

repugnancia hacia el hombre.

—Su ejecución será a discreción del señor diácono.

Su sonrisa se ensanchó.

—Qué suerte la mía. Cómo de frustradas deben sentirse, hermanitas, por encontrarme a mi con vida y a la ramera de Miriya, no. Peor aún debe sentarles, que me deban mantener con vida.

Verity miró a Cassandra.

—Miriya, ¿está muerta?

—No había ni rastro de su cuerpo en la aeronave.

La cabeza de Vaun se balanceo afirmando.

—Si, muerta. Cayó hasta el suelo. Es tan triste.

Con un fuerte golpe y antes de que nadie, ni siquiera ella misma se diera cuenta, Verity estaba mirándose la mano y mirando la marca roja, le había abofeteado.

Autentica cólera destelló en los ojos de Vaun.

—Ten cuidado —le dijo en voz baja y rica en amenazas—. No debes dañarme aún más.

—A la mierda… —Las palabras eran un jadeo irregular—. Al diablo con esto. —Verity se volvió con un sobresalto para ver como Miriya les

abordaba desde la línea de árboles, avanzando torpemente y sujetándose a sí misma. La Hospitalaria reconoció al instante los signos de costillas fracturadas, contusiones y heridas leves. La Hermana Superiora marchó lo mejor que pudo hacia el círculo de mujeres, tomando su pistola de la mano de la aturdida Isabel.

—En el nombre de Terra, ¿cómo sobreviviste? —Susurró la Hermana de Batalla.

—Como dijo el brujo —Miriya asintió con la cabeza hacia el psíquico, haciendo señas sobre su arma—. Me caí justo antes de la colisión. Pero por la

gracia del Trono Dorado, no he muerto.

Incluso Vaun se quedó sin palabras en ese momento, luego Miriya apretó el perno de activación en su arma de plasma y él sabía lo que iba a hacer a continuación.

—No, no… —le espetó—. No puedes matarme aquí. En el Nef, nadie lo sabría, pero en este caso, le verán, se sabrá. No se puede desobedecer al diácono.

—Al diablo con el diácono. —Solo esas palabras ya eran suficientes para hacer ganar a Miriya mil latigazos—. Muere, brujo.

—Miriya… —Había una advertencia en el tono de Verity—. Nuestras órdenes…

La Hermana Superiora no parecía escucharla. El mundo de Miriya se había derrumbado, solo existía al espacio entre la boca del cañón de su arma y la cabeza de Vaun.

—Estas tratando de reunir tu poder brujo de fuego, pero el dolor que sufres te lo impide. Sabes que tengo tu vida en mis manos, Vaun. ¿Cómo se siente ser la víctima? ¿Puedes saborearlo?

Entonces, lenta e inexorablemente, los ojos del psíquico se enfriaron.

—Al diablo con el diácono, repitió.

De mis propios pensamientos, hermana. ¿Quiere que le diga el por qué? Si mi muerte no va a ser más que un corto latido en la distancia, entonces te voy a dar un regalo antes de irme. Déjame decirte por qué Viktor LaHayn merece la condenación, más de lo que la mereció ningún pecador de los que alguna vez haya enviado a la tumba. Déjeme hermana, hacer solo esta pequeña cosa.

Verity vio el dedo de Miriya tensarse sobre el gatillo, pero no lo suficiente. Mientras miraba, la Hospitalaria oyó su propia voz en lugar del silencio.

—Que hable.



DOCE

Vaun no sonreía.

—Su curiosidad es lo único que me mantiene aun respirando, ¿no es así? —Movió un poco la cabeza para mirar a la hermana Verity—. Le doy las gracias por estos momentos adicionales de vida.

—No tiene nada que darnos —

murmuró Cassandra irritada—. Hermana Superiora, si quiere romper el edicto del señor diácono sobre mantener vivo a este brujo, hágalo ahora, antes de que trate de hablarnos de la muerte.

Vaun parpadeó, Miriya buscó en su rostro, intentando distinguir la verdad de la mentira. El aspecto del psíquico, fue uno que nunca había visto antes en él, sin máscaras ni artificios. A su manera, él estaba desnudo ante ella.

—¿Es la absolución lo que quieres? —le preguntó—. ¿Vas a confesarme tus pecados?

—Oh, habrá una confesión —

asintió—, pero no será la mía. Te voy a dar como un intermediario al propio Lord LaHayn. Te mostrare sus oscuros secretos —Vaun levantó una mano ensangrentada y tocó un punto en la base del cráneo—. Puedo mostrarte cosas.

Los ojos de Miriya se estrecharon al recordar el extraño dispositivo, que Verity había encontrado implantado en la cabeza de Ignis. Con un rápido movimiento, se enfundó la pistola de plasma.

Un momento de alivio pasó por el rostro de Vaun.

—Has visto el valor de mis palabras.

La Sororitas negó con la cabeza.

—He aprendido que cada frase que pronuncias es sólo una táctica más, una estrategia para darle a todo la vuelta. —Miró a las otras mujeres—. Sujetadlo.

Antes de que Vaun pudiera reaccionar o luchar, Cassandra e Isabel tomaron las muñecas de Vaun y las presionaron contra una placa de metal del casco. Portia lo mantuvo en todo momento apuntado con su arma. El psíquico parpadeó, tratando de reunir sus fuerzas, pero sus lesiones le había debilitado y estaba cansado.

Salvando una vuelta de alambre irregular, de afilados bordes, que

sobresalía de los restos del naufragio, Miriya formó una unión improvisada para mantener las muñecas del prisionero juntas. Echó un vistazo a Verity.

—¿Tienes un sanguinator y drogas neuropáticas en tu kit de Medicus? Muéstramelos.

La Hospitalaria hizo lo que se le pedía.

—¿Qué quieres que haga?

—Sedarlo. —Hubo un largo momento antes de Verity entendiera lo que Miriya no le estaba diciendo abiertamente pero pidiendo que hiciera.

Vaun luchó.

—Ya os lo dije, voy a explicároslo todo ¡libremente!

La Hermana Superiora lo midió con la mirada.

—Debo estar segura —señaló el brazo, Verity a regañadientes introdujo la aguja del inyector de vidrio en la húmeda piel del psíquico.

La precipitación de los productos químicos golpeó en su corriente sanguínea. Dejó escapar gemidos y algún ataque de tos ocasional, los sonidos rodaban sobre el paisaje quemado. De vez en cuando, pequeños incendios volvían a la vida por el claro como visible respuesta al dolor de

Vaun. Acabo viéndose el blanco de sus ojos. Al igual que los líquidos que le habían contenido en la cápsula de la cárcel de cristal en el Navío Negro, el potente filtro le robó la voluntad de crear y manipular el fuego brujo con la mente. Llegó a estar pálido y mareado.

Finalmente, cuando estaba segura de que iba a estar tranquilo y sería incapaz de atacar, Miriya le permitiría responder a las preguntas.

—Tienes atendiendo a todo tu público —dijo ella—, ahora ilumínanos.

Miro a Verity limpiar suavemente el sanguinator usado.

—¿Cómo escapaste de la custodia?

Vaun olfateó húmedamente el aire.

—Eso no tiene apenas importancia. Ya sabes la respuesta a eso.

—Estabas aliado con Sherring. Él trajo a los hombres de la *Mercutio* a Metis y les coaccionó.

—Brillante, muy inteligente. Demasiado inteligente para su propia seguridad. Sí, en realidad fue una tarea sencilla. Con el alcance que el clan del Barón le daba, controlando los gremios de transporte y la estación de comercio, le resultó bastante fácil. La mente de un hombre puede ser moldeada con bastante rapidez, si uno tiene las herramientas adecuadas y se muestra

imperturbable por cosas tales como la moral. Aquellos que fueron fuertes y se resistieron a la impresión… bueno por decirlo suavemente, se les permitió morir. Los otros se hicieron mis futuros salvadores, aunque nunca lo sabrían, tenían las semillas de mi sueño de control bien arraigadas en sus cabezas. —El psíquico tosió y escupió—. El que entro primero en la bodega de carga… llevaba la orden que lo activaría, implantada en su subconsciente, luego una vez activado, lo hizo él mismo con todos los demás.

Los labios de Cassandra se curvaron.

—¿Esperas que creamos que permitiste ser capturado en Groombridge? ¿Porque no podría llegar hasta Neva? —Ella resopló—. Tiene que haber formas más simples para llegar a casa.

La sombra de una sonrisa apareció.

—En efecto. Pero soy un esclavo de mi sentido dramático. —Su autodiversión se desvaneció—. Quería asegurarme de que Viktor bajara la guardia. Sabía que su arrogancia le haría complaciente y negligente, pero para que eso sucediera, tenía que creer que me tenía en sus garras. —Los dientes de Vaun brillaron—. ¡Todo

para darle mayor altura al caer!

—Su odio por él debe consumirte —dijo Verity, con piedad en sus palabras.

Él la miró.

—¿Odio? ¿Odio dices? No hay ni una palabra lo suficientemente fuerte para describir mi sentimiento hacia su valioso diácono. Un millón de sus muertes no me devolvería los años que me robó de vida.

—Explícate, brujo —exigió Miriya—. Me estoy cansando de tus torpezas.

—Pregúntese esto, hermana. Si mis talentos eran tan mortales, entonces, ¿por qué no se me ofreció a las Naves Negras mientras todavía era un simple

niño? ¿Por qué me encerró a escondidas? ¿Qué me sucedió desde entonces hasta ahora?

—Los datos… —dijo Verity en voz baja—. Los registros del librarium. Faltaban pedazos…

—Años —escupió Vaun—. De hecho, solo fui un experimento para él, una herramienta, ¡un juguete! Se llevó sólo a los que podía ocultar, a los que tenían mayor potencial. Nos rompió como a animales, ¡nos usó! —Con un tirón salvaje, Vaun se arrancó un puñado de pelo de la parte posterior de su cabeza, mostrando la distorsión que un implante metálico ejercía bajo su

piel—. ¡Este fue sólo uno de sus regalos!

—Al igual que el piroquinesico en la mansión de Sherring —dijo Isabel.

—Sí. Estábamos todos sus juguetes, adulterados y castrados por el secreto de un intrigante LaHayn. —Sus ojos estaban muy abiertos y mostraban una mirada maníaca—. ¿Veis ahora, hermana? ¿Podéis empezar a entender? Su agenda no es la de su iglesia, no es ni siquiera la de vuestro dios. Con su gobernador títere y esclavos voluntarios en una mano, los ciegos y retrógrados a su dogma en la otra, LaHayn hace lo que quiere. Él juega su juego a muy largo plazo.

—¿Hay que escuchar más de esta basura? —gruñó Portia—. Nos hemos demorado bastante tiempo con este gandul. La Canonesa Galatea tendría que ser informada de su captura y deberíamos procesar al brujo.

—Sí —añadió Cassandra—. ¿Puede alguna de estas divagaciones, de esta criatura corroborarse? ¿Hay pruebas de su traición?

—No —dijo Verity, después de un largo momento—. En las profundidades del librarium de Noroc, encontré hechos que respaldan lo que nos ha dicho. Estoy segura de que podría haber encontrado más, si tan sólo pudiera

buscar más profundamente.

—¿Hechos? ¿Los suficientes como para tomar la palabra de un brujo sobre la de un Alto Eclesiarca? —exigió Portia—. No imagino ninguno, ahora mismo.

—Pero no hay duda, ¿no? —interrumpió Vaun—. Deben haber visto los bordes de la gran mentira de LaHayn. Sé que tienen serias dudas, de lo contrario la Hermana Superiora me habría ejecutado en el mismo momento en que fui retirado de la aeronave. ¿Quieren saber más, ¿no? ¡Tienen que estar seguras!

—La duda es el cáncer en la mente de los injustos —dijo Portia, citando

una máxima de la Noctum Cardinae.

—Sólo el seguro puede saber que es la fe. Sólo ellos están en condiciones de juzgar —respondió Miriya.

—¿De quién son esas palabras? —preguntó Verity.

—Del gran Sebastián Thor, de su discurso en Nueva Hera durante la Era de la Apostasía. —Se volvió y se encontró la mirada penetrante de Portia —. ¿Estás segura de esto, hermana? ¿Más allá de toda sombra de incertidumbre? —El silencio que recibió Portia fue respuesta suficiente.

—¡Ja! —consiguió decir el psíquico —. Como entretenimiento, está bien,

escucharlas citarse sus turgentes escrituras la una a la otra, ¿puedo continuar? —Vaun parpadeó—. Por su propia seguridad, la Canonesa aún no sabe nada de mí, ni de mi supervivencia hasta el momento. Mantenga ese silencio por mí y a cambio yo abriré las puertas de la duplicidad del diácono. Mejor que eso, les llevaré al sitio de su secreto más oscuro y mendaz. —Tomó aliento, con los ojos brillantes—. Voy a llevaros a la Torre del Vacío, donde la nulidad es mantenida, donde nada traspasa el vacío allí creado, lo veréis por vosotras mismas.

—¿Pactar con un brujo? —Miriya

hizo una mueca de disgusto—. ¿Como se atreve a pronunciar semejante sugerencia a una Hermana de Batalla? ¿Acaso a perdido el juicio?

El hombre dio un suspiro de falsa contrición.

—Es su decisión, Hermana Superiora. Pero sabe tan bien como yo, que en el momento que les ponga sobre mi pista, será mi muerte. Nunca tendrá las respuestas que desea. Nunca sabrá por qué he venido aquí o por qué perecieron, la Hermana de Batalla y la Hospitalaria. —Ignoró bruscamente a Verity para respirar y centró toda su atención en Miriya—. En el momento

en que te des cuenta de que digo la verdad, ni todas las Escrituras en la galaxia serán capaces de dejar que Viktor LaHayn rompa su precioso Imperio en trocitos.

—¿Y qué vas a ganar tú con este altruista acto? —exigió la Hermana de Batalla.

—La satisfacción de ver cómo te das cuenta por ti misma, de que no miento. Será bonito ver como reconoces la traición de tu querido Lord Sacerdote.

Ninguna de las mujeres habló, el momento parecía extenderse por horas. Sólo el crepitar de los fuegos lejanos en el viento cruzado, sonando entre ellos.

Entonces, por fin, la hermana Miriya echó una mirada al sacerdote tecnológico, el adepto medio reparado tropezó alrededor de la aeronave dañada.

Lo llamó.

—Tú, adepto. ¿Crees que la aeronave sería capaz de volar por el cielo otra vez? ¿Podrías repararla?

El sacerdote hizo un gesto brusco.

—Muchos sistemas fueron dañados, pero el espíritu de la máquina se diseñó para soportar daños. Podrá volar otra vez, aunque sin tanta gracia como antes.

—Repáralo, que esté listo pronto

para volar. —Se giró hacia Vaun—. Esa Torre del Vacío de la que habla, este lugar de secretos. ¿Dónde se encuentra?

—A pocas horas del Nef. Estaba justamente de camino yo mismo, cuando, uh… se unió a mí.

—Nos llevará a él.

Un coro de incredulidad brotó de las otras Hermanas de Batalla, pero Miriya las hizo callar con un gesto severo.

—Galatea no permitiría esto —dijo Cassandra—. Sus órdenes fueron muy explicitas.

—Lo sé. Se cuáles eran sus órdenes —respondió Miriya—. Pero también sé

que desde que llegamos a Neva, todas las veces hemos estado confundidas por una, tras otra, capa de mentiras. Quiero la verdad, si para obtenerla he de seguir esta blasfemia y tenemos que llevarnos a él como guía, así se hará. —Hizo señas hacia donde estaba el psíquico—. No se sabe aún de la captura de Vaun y no debe ir más allá de nosotras, cinco. No vamos a volver a Noroc, ni renunciar a nuestro prisionero a favor de la iglesia. Estas son mis órdenes, las obedeceréis, si no por mí, entonces para honrar los sacrificios de Leteo y Iona. —Dirigió su mirada sobre todas ellas, una por una, las mujeres hicieron gestos de

asentimiento. Portia fue la última, pero finalmente bajó la cabeza.

—No te arrepentirás de esto —dijo Vaun con una sonrisa como una navaja.

—Tu no sabes nada del arrepentimiento —le dijo y empujó al brujo hacia la aeronave dañada.

* * *

Galatea pasó por encima de los escombros de una ventana rota y observó las cámaras de Sherring con una mirada fría. El centro de

operaciones del barón era un pobre intento de una sala de guerra, algo que un guerrero de sillón podría crear con el fin de desempeñar el papel de un general. Un grupo de Hermanas de Batalla ya habían sido asignadas a identificar, aislar y atender a los cadáveres, con la colocación de tiras de pergamino santificado sobre los hombres muertos que llevaban advertencias de no acercarse a los cuerpos de los traidores.

El fuerte olor a carne cocida aún colgaba sobre ellos, mezclado con el almizcle omnipresente de madera quemada procedente de la ciudad. Se le

ocurrió a la Canonesa que no había tomado una sola bocanada de aire puro durante horas, desde que el avance hacia Metis había comenzado. Con tristeza, vio a dos mujeres envolviendo cuidadosamente una Repentia muerta en un paño funerario.

—Mi señora. —Una veterana del cuerpo de serafines entró en la habitación y le hizo una pequeña reverencia.

—¿Hermana Chloe? ¿Qué pasa?

—Hemos completado nuestro barrido de la mansión y puesto a los desleales contra la espada. —La poderosa mochila de salto, patrón

Serafín de Chloe, que llevaba en la espalda la hacía parecer más alta y ancha de hombros que al resto de las mujeres en la habitación. Galatea, la conocía de campañas de antaño, donde la guerrera con rostro aguileño había llevado su unidad sobre pilares de chorros de anaranjadas llamas a través de una multitud de herejes—. La evidencia de la traición del Barón se está recogiendo en estos momentos.

La Canonesa empujó el cadáver de Sherring con su bota. El hecho de que Chloe, no le había dicho a los medios lo que querían oír, era confirmación suficiente, pero lo preguntó de todos

modos.

—¿Y el brujo Torris Vaun?

—Aun sin localizar. El avión personal del Barón fue visto saliendo de los terrenos de la mansión. Es probable que el brujo huyera, mi señora. Pero, una unidad de hermanas fue en su persecución.

—¿Quién, que unidad? —preguntó.

—No esta verificado aún. Varias unidades todavía tienen que responder a las consultas de su estado, operativos, situación…

—Miriya… —dijo la Canonesa, en voz baja. Chloe se agitó—. Quiero se me informé de cualquier novedad.

Puedes retirarte.

La Hermana Serafín se balanceó sobre sus talones, con timidez.

—Con todo respeto, Canonesa, hay otro asunto. También llevo un mensaje de uno de los adeptos en los vehículos de mando. La oficina del señor diácono ha estado intentando ponerse en contacto con usted durante la última hora. Parecen más que atormentados.

Galatea ocultó una sonrisa pálida.

—Por supuesto. Me imagino que sí.

La Hermana de Batalla deliberadamente había afinado sus frecuencias de vox para que recibieran sólo señales locales, en las

inmediaciones de su legión, anulando los vínculos de comunicaciones de los muchos otros canales que conectarían al Señor LaHayn a su oído. Quería poca distracción durante el ataque, así que razono que cualquier cosa de verdadera importancia sería transmitida a su eventual. Galatea enganchó sus dedos sobre la guía, un anillo en el cuello de su armadura de poder Sororitas y fue recompensada con la contestación de un timbre en el relé de su oído.

—Canonesa Galatea, volviendo a la red —anunció.

En cuestión de segundos, incluso la voz oficial del FDP (Fuerza de Defensa

Planetaria), Coronel Braun llegó a ella.

—Honrada Sororitas —comenzó, un borde de irritación se introducía en sus palabras—, al fin. Prepárese, la pasare con el Palacio de Gobierno. —No hay duda de que el soldado estaba muy irritado, seguramente pensaba ella, por haber sido condenado a sentarse y esperarla para poder contactarla vía vox.

—¿Un mensaje desde el Palacio de Gobierno? —La Canonesa frunció los labios con sus pensamientos. Tal vez, Emmel se había recuperado lo suficiente, ¿tal vez, como para reincorporarse a sus funciones?

La siguiente voz que escuchó

respondió esa pregunta de inmediato.

—Canonesa, soy Dean Venik. Gracias por su atención. Hemos estado observando la confrontación a través de los sensores de la *Mercutio* en órbita. Lord LaHayn exige un informe sobre la situación.

—Páseme con él —respondió ella, caminando hacia fuera de los pasillos y de los atrios de la mansión, buscando más intimidad—. Voy a informarle yo misma.

Hubo una pausa minúscula.

—El señor diácono… se haya indispuesto. Pero, puede informarme a mi en su lugar.

—¿Indispuesto? Yo había pensado que querría oír un informe de primera mano de la suerte del brujo. —Frunció el ceño—. No importa. Mi honrado decano, por favor, haga saber al diácono que por su decreto, Metis está ardiendo por los cuatro costados y todos los que estaban en contra del gobierno del Emperador, se les ha hecho mostrar la debida contrición… o han muerto. El Barón Holt Sherring y su gabinete en la ciudad han sido exterminados, al igual que una serie de piroquinesicos que nos encontramos actuando a su servicio.

—¿Y Vaun? —exigió Venik con

abierta impaciencia.

Galatea consideró un hecho curioso, Venik no mostró preocupación por la mención de los otros brujos de fuego que habían eliminado.

—Estado desconocido, pero se presume que está vivo en general. La Hermandad se dedica a su búsqueda.

La furia surgió del decano.

—¿Quema toda una ciudad y es incapaz de capturar y enjaular a esa criatura? La decepción de Lord LaHayn será muy grande.

—Pásemelo, voy a explicárselo.

—Se lo dije antes, Sororitas, no está disponible.

—¿Y por qué podría ser? —le espetó Galatea, la tensión de la lucha del día y su disgusto por el decano amenazaba con romper su barniz de urbanidad—. ¿Qué es de tal importancia, que no puede hablar conmigo el mismo? ¿Está aún ahí, en el palacio con usted?

Casi podía ver el aspecto de shock en el rostro de Venik al oír su réplica.

—Él… El diácono, no tiene por qué justificar sus movimientos, hermana Galatea.

La mujer movió la mano, como si estuviera despidiendo un molesto insecto.

—Sí, por supuesto. Permítame

entonces preguntar por la salud del noble Gobernador Emmel. ¿Se está recuperando?

La voz de Venik cambió en un instante, a un falso fastidio.

—Ah, sí, pero… por supuesto. Usted no lo ha debido de oír todavía. Me entristece informar que el gobernador falleció hace unas horas. El diácono estaba allí en el momento de administrar los últimos sacramentos y la bendición del Emperador.

—¿Ha muerto? —Galatea sopeso la noticia en su mente—. ¿Entonces, quien preside el gobierno ahora? —Estrujándose el cerebro por encontrar el

nombre del vicevirrey de Neva y el segundo de Emmel, un gran compañero y el vástago de una familia con una larga tradición en la Guardia Imperial —. El Barón Preed, ¿no es así?

—No. No lo es —respondió Venik, con más que un poco de arrogancia—. El Lord diácono ha determinado que lo mejor para la gente de Neva, en este momento de gran crisis moral y espiritual, es que la Iglesia Imperial debe asumir un papel más directo en la gestión del planeta. Hasta nuevo aviso, he asumido el honor de la gubernatura.

La Canonesa quedó en silencio. Era una decisión sin precedentes en el

moderno Imperio. Desde la Era de la Apostasía, cuando el Sumo Eclesiarca Goge Vandire había tratado de convertir y gobernar la galaxia, la separación de Iglesia y Estado en la resolución de los mundos humanos se había convertido en una máxima irrompible, un hecho que LaHayn había barrido con total impunidad, mientras que las Hermanas de Batalla estaban profundamente enfrascadas en el fragor de la lucha. Galatea frunció el ceño. Aunque creía totalmente en lo correcto de la iglesia en todas las cosas, se trataba de un desarrollo de los hechos que no la hacía sentirse especialmente

cómoda, pero no le haría ningún bien dejar que Venik lo supiera. Finalmente habló.

—Mis felicitaciones en sus nuevas funciones, honrado Decano. Que le traigan lo que merece. —Se volvió hacia las cámara de cuerpos quemados—. Me pondré en contacto con usted de nuevo una vez Vaun este bajo nuestra custodia. —Antes de que Venik pudiera hablar de nuevo, desactivo el enlace en su control de vox, se alejó caminando y meditando.

* * *

Una vez que la aeronave había alcanzado su altitud óptima, la naturaleza de la nave, diseñada como una nave de competición, salió a flote. A pesar de los daños que había sufrido, incluso con el solitario y nervioso adepto a los controles, el dirigible de Sherring cortaba a través de las nubes de los cielos de Neva con la rapidez de un ave de rapiña, a veces viajando en las fuertes corrientes térmicas la parte superior de la atmósfera, tan rápido como una Thunderhawk a velocidad de crucero.

Verity observaba con cierto

desinterés el paisaje, se alteraba a medida que viajaban hacia el norte. Las zonas habitables de campo dieron lugar a valles ahogados por densas nieves grises y estas a los negros, recias colinas de basalto. Varios rechonchos picos volcánicos escupieron nubes inconexas de ceniza, en muchos lugares no había más que finas corrientes de lava. Este era el punto más geológicamente activo del planeta Neva, dividido continuamente por pequeños y persistentes terremotos, ahogado por sus cáusticos humos. Nada vivía aquí más allá de las plantas más obstinadas, adaptables y resistentes, salvo algunas

formas de vida invertebrada. Así como predijo en su día la mitología del planeta… Llegará el día que las tierras tóxicas engullirán todo el mundo. Esto seguramente hubiera sin duda pasado hacía tiempo, pero llego antes el Emperador de la Humanidad, con un gesto noble y gracias a su magnífica tecnología, detuvo la marcha de los volcanes y tiró de las riendas de la supervivencia del planeta, ahora los restos del arruinado paisaje quedaban como un recordatorio del turbulento núcleo del planeta, un ejemplo más de la deuda impagada de Neva hacia el Dios Emperador.

Detrás de ella, Cassandra estaba en un susurrante debate con Miriya.

—Este es un viaje sin sentido —gruñó—. Hemos estado viajando toda la noche y para nada. Vaun nos está mintiendo.

—Eso es seguro —respondió Miriya—, pero hay que saberlo con seguridad. Le daremos suficiente cuerda para ahorcarse.

—Puedo escuchar cada palabra que dices —dijo el psíquico a toda la cúpula—. Y eso me hace sentirme triste. ¿No existe aún la más pequeña pizca de confianza? ¿En cualquiera? —Miró a Verity—. ¿Incluso ni ti, niñera?

—Sería más fácil darte cierta credibilidad, si pudieras revelar este misterio destino —dijo la Hospitalaria—. Vamos, Vaun. ¿Cuánto más lejos esperaras que vayamos?

El hombre le dirigió una débil sonrisa y miró un cronógrafo de cierre.

—No mucho más —dijo Vaun—. Ya estamos allí. —Asintió con la cabeza hacia el adepto—. Llévanos abajo, agradable y suavemente. Y apaga las lumes. Van a estar mirando.

—¿Quién va a estar mirando? —preguntó Miriya, caminando hacia adelante hasta que el cielo desnudo se asomó a la cabina destrozada.

—Los perros de LaHayn —Señaló hacia la oscuridad—. ¿Qué veis?

Verity entrecerró los ojos.

—Sólo los volcanes.

Vaun asintió.

—Eso es lo que tú crees ver. Esa es la mentira más extendida. —La aeronave cayó rápidamente y a pocos metros del suelo, se estabilizo. Con las manos aún atadas, el psíquico tomó la garra del adepto y volteo el timón. Al momento, la nave se tambaleó hacia un lado, desplazándose lateralmente—. Las almenas están pintadas con diseños inteligentes, los puntos de entrada disfrazados. Busca bien ahora. ¿Lo ven?

La Hermana Hospitalaria lo hizo y se quedó sin aliento cuando una serie de marcos pareció surgir de la nada a lo largo de la superficie de la peña más alta, cubierta de ceniza.

—La Torre del Vacío —sonrió Vaun —. He estado fuera demasiado tiempo.

Desde lejos, ningún ojo humano, auspex o exploración, nunca habrían considerado que la imponente estructura fuera distinta de lo que al principio parecía ser, una gran masa volcánica, enturbiaba la imagen el ocasional hirviente vapor de sucias aguas y el calor que desprendían riachuelos de lenta lava fluyendo. Sin

embargo, cuando más se acercaba uno, más cambió para parecerse a una ciudadela en lugar de a una forma natural. En un tiempo, siglos, tal vez milenios atrás, el pico de basalto escarpado había sido retocado por dispositivos de tecnología humana, pero ahora era una obra maestra de ingeniería clandestina, una sigilosa fortaleza indetectable en este árido paisaje. Grandes túneles habían agujereado las gruesas paredes de cara a la roca, conectando los huecos dejados por el magma de la misma manera que hacían hormigas y termitas dentro de sus colonias en la tierra. Estas grandes

cámaras habían sido vaciadas de piedra fundida, sellándolas entre ellas perfectamente con una ciencia que se ha perdido hace ya muchas eras y haciéndolas habitables. Algunos de los huecos eran cosas pequeñas, tal vez del tamaño de unas pocas habitaciones. Otros eran lo suficientemente grandes para dar cabida a una corbeta de la Marina Imperial, con varias cubiertas, pasillos y sistemas de rastreo internos.

El centro volcánico dormido era el eje sobre el que se había construido la ciudadela, proporciona reservas inagotables de energía geotérmica, los mecanismos hundidos en la líquida

capa del magma de Neva, se condensaba el exceso de gotas de vapor sobrecalentado sobre los conductos en la superficie de la torre.

Almenas y las aberturas de ventanas estaban bien situadas. Con astutas formas a partir del corte de la roca misma, estas aberturas parecían ser formaciones naturales. Sólo un examen más minucioso podría detectar el tenue resplandor de biolumes que se podía ver desde el suelo detrás de estas. Espinas de cristal de obsidiana y árboles petrificados enmascaraban grupos de blindados sensores y antenas vox. Había incluso plataformas que hacían de

muelle, superficies de piedra plana que se extendían lo suficiente como para dar cabida a algo del tamaño de un Coleóptero o un compacto Landspeeder.

Cada hueco, entre sombras, en la escarpada cara de la montaña podría ser el hogar de un sensor o un emplazamiento de un arma oculta. Era un edificio opresivo, amenazante, todo de negro, se difuminaba entre el aire caliente y sulfuroso. El esfuerzo por crear una estructura de este tipo, la voluntad de ocultar una torre secreta en este árido paisaje, era una obra que empequeñecía los palacios y los templos

de Noroc. El propósito original de la construcción se había perdido en la antigüedad, pero sea el que fuera, había nacido en la clandestinidad. Las paredes de las cámaras interiores enmascaraban todo lo que ocurría en el interior, con dibujos hechos de exóticos minerales que desafiaban el estudio de los pocos tecnoadeptos a los que en su día se les permitió acercarse a ellos. Nada, ninguna longitud de onda por radiación, ni siquiera la energía distorsionada de la psique humana, podía escapar de los muros de la torre. El silencio que la Torre del Vacío mantenía era más profundo que el

vacío del espacio.

Salieron de la aeronave en un abismo de empinadas paredes, el adepto parecía excitado y nervioso, se le encadeno al patín de aterrizaje para evitar que su curiosidad pudiera más que él. Cuando las hermanas de batalla hubieron asegurado al adepto, la intención en la mirada de Miriya a Verity provocó un rechazo preventivo de la Hospitalaria.

—No me pidas que me quede aquí, Hermana Superiora. No tengo ninguna intención de permanecer guardando la nave, mientras se van de aventura.

—Sólo tengo en cuenta su seguridad

—comenzó Miriya, pero Verity negó con la cabeza.

—Si he venido hasta aquí. Veré a donde nos lleva este camino hasta el final.

Vaun resopló.

—Ah, ¡bravo!, niñera. Que tenacidad.

Miriya volcó su ira en el psíquico, apenas pudo controlar el temblor de la mano que sujetaba la pistola.

—Ya estamos aquí, brujo. Ahora dinos, ¿qué es este lugar?

—No puedo simplemente informarles y describirles lo que es la Torre del Vacío Mantenido —dijo

gravemente Vaun—. Tienen que verlo con sus propios ojos.

Portia resopló.

—Por el amor de Katherine. Por lo que sabemos, esto podría ser una elaborada trampa. Si nos aventuramos dentro, lo más seguro que encontramos será, ¡una horda de mutantes psíquicos aullando por nuestra sangre!

—Si quisiera matarte, hermana, habría sido sencillo reducir la aeronave a cenizas. —Con su frente perlaba de sudor y con gran esfuerzo Vaun logró hacer una bocanada de fuego, una llama, en la yema de uno de sus dedos —. No, de verdad quiero que veáis esto.

Me complacerá mucho ver cómo encaja la verdad a su manera en sus cerradas mentes. Incluso si usted me disparara, aun así, nunca escaparía al hecho de que yo, tenía razón… y ¡su preciosa iglesia estaba mal!

La mujer sacó su bólter, pero Miriya levantó una mano para advertirla.

—Sabes controlarte mejor, no deberías dejarte aguijonear tan fácilmente por un brujo, Portia. Recitaras el Lamento del Santo y reflexionaras sobre ello.

Su rostro se agrió, pero la Hermana Batalla de piel oscura hizo lo que se le pidió, dándoles la espalda empezó a

murmurar la oración en voz baja. Miriya miro a Vaun una vez más. Podía ver como el efecto de las drogas neuropáticas empezaba a desaparecer y sabía que Verity no tenía más.

—Aun así tiene razón. ¿Por qué debería confiar en ti, brujo?

—Nada de lo que he dicho hasta ahora ha sido mentira —respondió a la hermana Miriya—. No veo ninguna necesidad de cambiar eso ahora. —Hizo una pausa—— La Torre del Vacio es el dominio encubierto de Lord LaHayn. Es aquí donde pasé los años perdidos de mi vida. —Vaun echó un vistazo a Verity—. Aquí es donde los planes de

su precioso diácono se están incubando. Como dijo la niñera, este lugar es el final del camino. Para todos nosotros.

Miriya aceptó con un movimiento de cabeza, luego con las manos hizo un par de gestos rápidos, directivas en lenguaje de batalla a las que las otras hermanas reaccionaron al instante. La mujer cogió la pistola de plasma de su funda y recitó la Letanía de activación. Se acercó a Vaun y le hecho una mirada a su mismo nivel.

—Ya ha oído esto de mí antes, pero vale la pena repetírselo antes de ir más adelante. Si nos traicionas, perderás la vida. Todo lo que mantiene aún el aire

en tus pulmones es mi deseo de llegar por fin a la verdad. Dame un solo motivo para dudar de ti y yo te daré in extremis el sangriento grito final que tanto mereces.

—Un argumento convincente —bromeó—, y… dígame por favor, si la verdad que os doy, no es la verdad que buscan, ¿entonces qué? ¿Qué regalo obtendré?

—Una oportunidad de arrepentirse y un final rápido.

—Bueno —sonrió burlonamente Vaun—. Me ha convencido. ¿Vamos?

* * *

Había entradas a la Torre del Vacío, pero ninguna de ellos tenía menos de cuatrocientos metros sobre el nivel del suelo del valle. En cambio, Vaun los llevó a un lugar donde las bocas ovales de los túneles de vapor se abrían hacia el nublado cielo.

—Esta es la manera por la que salí de la ciudadela el día que me escapé. Muchos lo habían intentado antes que yo y todos habían sido luego traido ante nosotros, para que viéramos sus hinchados cuerpos y como terminaron

cocidos por las quemaduras, su piel se les caía como hojas en invierno.

—Habla de este lugar como si fuera una prisión —comentó Cassandra.

—Es eso y muchas otras cosas. Como un panal de celdas, existe dentro de estas paredes mazmorras acondicionadas en las burbujas de magma solidificado, habitaciones imposibles de obtener o comprar… —Se estremeció ante el recuerdo.

Isabel se asomó con cautela por el borde del túnel y volvió a meterse de un salto, parpadeando furiosamente.

—Ach. ¡El calor! Asará cualquier carne expuesta.

Miriya trazó la flor de lis en su placa pectoral.

—Pónganse los cascos. Nuestra armadura de poder nos protegerá.

Isabel señaló a Vaun.

—¿Y… qué pasa con él? ¿Y con la Hospitalaria?

El psíquico negó con la cabeza.

—Hay una pauta, es una rutina provocada por la desgasificación del núcleo. La temperatura cae y se levanta a un preciso ritmo, puedo predecirlo. Manténgase cerca de mí y las guiaré, pero no pierda el tiempo. Duda en el lugar equivocado y podrías acabar cocida. —Como un pretendiente

pidiendo una danza cortesana, Vaun ofreció la mano a Verity—. Quédate a mi lado, querida niñera. —Terminó la frase con una mirada lasciva.

—¡Verity! —dijo Miriya llamando su atención y asintiendo—. Déjate guiar por Vaun.

El asco que sintió coloreo de rosa la cara de la Hospitalaria, se acercó a él con cautela.

—No temas, hermana —dijo Vaun con voz sedosa—. Prometo que seré un consumado caballero.

La chica cerró los ojos, luchando contra la repugnancia que sentía, Miriya dio a Vaun una última mirada

de advertencia.

—Portia, conmigo. Cassandra, la parte trasera. Isabel, mantén vigilado a nuestro guía, en otrora honrado. Si siquiera sospechas que nos está llevando por mal camino o que realiza algún acto en la mente de la hermana Verity, tienes mi permiso para matarlo, sea cuál sea nuestra posición o circunstancia.

* * *

En una línea irregular, entraron en el

túnel y se aventuraron en su interior. Corrientes calientes de abrasador aire en ebullición retumbaban más allá de ellos, la nebulización por condensación nubló las viseras de sus yelmos patrón Sabbat. Miriya jugó con la configuración de visualización, pero los colores eran un derroche de volteretas rojas, blancos pixelados y rayas naranjas, rápidamente acabó desorientada.

Parpadeando para apartar el sudor con sus pestañas, siguió adelante, consciente de que los mecanismos internos del traje estaban trabajando para mantener su cuerpo fresco. Un

pequeño icono en el casco, representando el núcleo de fusión en la mochila de su armadura, mostró pictogramas de advertencia en la esquina de su visión, el indicador de temperatura iba subiendo rápidamente hacia la línea roja.

La Hermana de Batalla amasaba la empuñadura de su arma y ponderando las palabras de Portia de nuevo. Por lo que sabía, Vaun los conducía a un pozo de lava hirviendo, ¿pero les había traído hasta aquí sólo para llevarlos a una muerte segura? No, no creía que ese fuera su estilo. En los días transcurridos desde su fuga a bordo de *Mercutio*,

Miriya descubrió que estaba llegando cada vez más a comprender su aberrante mente. El ego de Vaun era su motor, terminar sólo con su vida y la de su equipo no sería bastante satisfactorio para él. Quería verlas admitir que tenía razón antes de morir.

En el fondo de su mente, una pequeña voz hizo la pregunta, ¿y qué, si lo es? Miriya se sacudió ese pensamiento y siguió moviéndose.

Después de lo que parecieron horas de caminata, llegaron a una intersección adornada con pasarelas de servicio. Vaun se hundió un poco, pero los dirigió a una escotilla de servicio.

Portia se aventuró a través de él y les hizo señas que era seguro, llegando a una sala de mantenimiento. El alivio brotó en cada una de ellas, las Hermanas de Batalla tomaron un momento para quitarse los cascos. Verity estaba pálida y su traje estaba empapado de sudor. Dreno la mayor parte de su botella de agua, administrando una poción para cada una de ellas, restableciendo el equilibrio de su cuerpo, rehidratándolas.

Había otra puerta en la habitación y Vaun se acercó a ella, mirando a través de una estrecha rendija. La fuerza psíquica que había estado ausente,

notaba que estaba empezando a volver.

—Y aquí estamos —había una curiosa tristeza casi melancolía en su tono, que Miriya no había oído antes.

La Hermana Superiora le echó un vistazo por sí misma y se quedó sin aliento.



Trece

Era una galería de obscenidades.

La abertura de la ventana daba al interior de una amplia cámara, atravesada por la telaraña de un centenar de pasarelas y tuberías, formaban complejas vías de cableado serpenteantes de un lado al otro, se asemejaban a las que podían

encontrarse sobre las calles de Noroc, pero con un trazado mucho más sofisticado, de estas colgaba un sinfín de ganchos, tensores y cables, algunos vacíos, otros soportando el peso de amplias plataformas, otros soportando el peso de grandes cubos de metal envejecido, cuyo tamaño era comparable al de un tanque blindado, muchos de estos colgaban suspendidos mientras que otros avanzaban por los rieles con rumbos desconocidos, a través del constante ruido que producía tal actividad podían escucharse extraños sonidos, bien podían asemejarse a gritos ó a descargas eléctricas, resultaba

realmente difícil distinguirlo con claridad.

Tan lejos como la vista de la hermana Miriya llegaba, podía ver las paredes exteriores de las cubiertas transitando hacia las profundidades, cargadas con celda tras celda de opacos vidrios verdosos, similares a la cápsula de reclusión utilizada para transportar a Vaun en la *Mercutio*.

Una sensación de irritación circuló sobre su piel, pudo saborear un aroma indefinido en el aire, un espeso y grasoso aroma, arrugó su cara en una mueca de desagrado.

—¿Puedes sentirlo? ¿Puedes? —

preguntó Vaun en susurros—. La desesperación y el dolor de miles de psíquicos, vivos y muertos, las paredes de la ciudadela están impresas con ello, manchadas por la angustia —sacudió su cabeza con un gesto negativo—. Imagina el sentimiento que despierta en mí.

—Mi corazón sangra por tu sufrimiento, brujo —replicó ella con desdén.

Formas humanas parecieron moverse en algunos de los niveles, la Hermana Miriya estiró el cuello para obtener un mejor ángulo de visión, pero se encontraba muy por encima

para realizar un adecuado escrutinio, podía distinguir la lejana amalgama de metal y carne de los drones servidores, hombres ciegos y blindados vestidos con lo que podía tratarse de túnicas del Mechanicus, pero que en su mayoría vestían hábitos sueltos de un gris monótono, cubriendo inclusive sus rostros, dejando ver solo una pálida mascaras con aspecto de medialuna.

Vaun sabía hacia donde dirigía su atención.

—Los casi soldados del sacerdote, chusma mercenaria, sicarios, una broma terrible, denominación suave, compasiva y pervertida por estos

cretinos sin corazón.

Las Sororitas oían las palabras que el psíquico decía, este era el momento de permanecer atentas a él, por su propia confesión se había ganado la entrada a este lugar, le habían facilitado la tarea, si bien, Vaun necesitaba permanecer en su compañía por el momento, no tenían duda alguna de que en cuanto se presentase la oportunidad trataría de huir.

Las otras mujeres habían tomado un descanso para hidratarse y orar. Cassandra se acercó, con el rostro acosado por la preocupación.

—Hermana Superiora, ¿has visto

alguna señal de alarma? Soy consciente de que si bien Portia no encontró nada que lo indique, cualquier señal que pudiera alertar a… los habitantes…

—Las máquinas delicadas no duran mucho en la humedad de los túneles —interrumpió el psíquico—. Además, las líneas de defensa de la Torre del Vacío han sido diseñadas para rechazar a la gente del exterior y no del interior, con lo cual, a menos que haga ruido en los niveles inferiores, o se decida a dar un sermón, deberíamos permanecer sin ser detectados.

Miriya hizo un gesto a sus hermanas, para que permanecieran

dispuestas.

—Somos intrusas en este lugar, así que manténganse alerta. Hasta que sepamos qué es lo que sucede dentro de estas paredes, deberemos permanecer ocultas. —Enfundó su pistola y agregó —: Si surge la necesidad, solo armas silenciosas, ¿está claro?

—¡Salve Emperador! —contestaron las hermanas al unísono.

La Hermana Superiora, empujó por la espalda a Vaun hacia la puerta.

—Avanza entonces, ¡hereje! Déjanos ver el espectáculo que tanto quieres que veamos.

El psíquico respondió con un

gruñido venenoso a cambio.

—Será un placer, estoy seguro de que lo encontrará de lo más instructivo.

* * *

Avanzando con todo el cuidado y sigilo que pudo, Verity caminó entre las hermanas Isabel y Cassandra, atravesando innumerables charcos de sombras que oscurecían y bañaban los niveles superiores de la cámara, inconscientemente, sus pensamientos se volcaron hacia Iona y las Hermanas

Repentia en Metis, habían hecho lo mismo, la habían protegido con calmada habilidad y efectividad, pero Iona estaba muerta, ahora era solo un esqueleto incinerado, igual que el resto de las Repentia que habían caído a su lado, la Hospitalaria sintió una dura punzada de culpa en su pecho, no quería traer la misma suerte a estas mujeres.

Interiormente se recriminaba a si misma, preguntándose ¿Por qué no podía simplemente haber permanecido atrás en la aeronave? ¿O haber vuelto a Noroc?, o mejor aún, ¿por qué no haber mostrado sus respetos a Lethe y luego,

simplemente volver a las obras de su orden en las lunas exteriores? Verity se sentía vacía e incompleta, tratando de aferrarse a alguna solución ilusoria e intangible, que le permitiese cerrar y curar la herida dejada por la muerte de su hermana, contrariamente a ello, los eventos continuaron desarrollándose a su alrededor, cada vez más, comenzó a concluir que nada, ni siquiera la contrición y la ejecución de Torris Vaun, cerraría ese vacío.

—Emperador, guíame —rezó en susurros y con un sollozo—, te lo ruego, líbrame de todo esto.

—Observen —dijo Isabel, señalando

— el área abierta ahí debajo, parece ser un patio de ejercicios…

Un destello verde actínico parpadeó en el recinto, Verity se estremeció cuando un agudo gemido se filtró un momento después.

—¡Ellos… han matado a alguien!

Miriya las guió hasta una zona elevada, desde donde pudo escrutar el área a través de sus magnoculares, se mantuvo en silencio por un breve lapso de tiempo, como si estuviera tratando de dar sentido a lo que estaba viendo. Verity trató de ver a simple vista, pero lo único que podía atisbar, eran puntos pequeños, como un enjambre de

hormigas en movimiento, y de tanto en tanto, la destellante descarga de los rifle láser.

—Una escuadra de entrenamiento —dijo Miriya finalmente—. Allí hay… ¿ilotas tal vez? Están siendo utilizados como blancos para los que están encadenados, y aquellos vestidos de gris, parecen dirigirlo todo.

—Las cadenas están hechas de una aleación de hierro tratado —agregó Vaun, su mano tomó su muñeca opuesta, acariciándola inconscientemente, rememorando los recuerdos que le traían una vieja herida —. Quema la piel cuando uno utiliza

energía psíquica.

Verity asintió.

—He oído hablar de este material, es una rareza, una reliquia de la Era Oscura de la Tecnología.

Vaun contestó.

—No es una rareza aquí, enfermera, LaHayn tiene en abundancia —hizo un gesto en torno a las paredes—. Imagina el ácido quemándote, cada vez que tratas de hablar, de respirar o comer… pues así es como se siente el maldito metal.

La Hermana Superiora guardó su equipo y retrocedió desde la posición de observación.

—En marcha, seguimos adelante.

—¿Qué sucede ahí abajo? —dijo Cassandra.

—Un ejercicio de fuego real, los brujos son adoctrinados, les enseñan a matar con sus mentes —solo pensar en ello, le generaba un claro disgusto.

Vaun señaló hacia las profundidades de las sombras, hacia unos compartimentos que seccionaban la pared de la recámara.

—Por aquí. En este nivel solía haber laboratorios y salas de cirugía, justo antes del incendio.

—¿Incendio? —preguntó Cassandra.

Vaun sólo sonrió y siguió caminando.

Siguieron adelante, caminando tras Vaun en una cuidada línea, Verity tocó la cadena de su rosario de plata trazando las letras cuidadosamente grabadas en la superficie de metal brillante, se agachó para pasar a través de una escotilla claramente deformada por una masiva descarga de calor, la piedra negra tallada y la placa de acero de la cámara exterior, contenían la misma clase de diseño que la Hospitalaria había visto en docenas de naves espaciales y edificios imperiales, observó columnas almenadas y

arqueadas vigas totalmente remachadas, bien podía hallarse dentro de una nave estelar en ese momento.

Vislumbró laboratorios en desuso, cuyas paredes salpicadas por manchas de color oscuro, daban a los ambientes un aspecto interior decadente y moribundo, la mayoría de los objetos hallados en su interior, se encontraban sumergidos en un mar de antiguas telarañas, observó otras puertas de metal confeccionadas a partir de un calibre mayor que el de las escotillas, pero estaban totalmente selladas por medio de elaborados cierres oculares, también descubrió celdas, aunque

rechazó la idea de mirar dentro por temor a lo que pudiera descubrir.

Pudo percibir la manera en que el lenguaje corporal de Isabel se alteró ligeramente, la Hermana de Batalla se encontraba en su habitat natural, la forma de los corredores le resultaba claramente familiar, por lo que Verity no tenía la menor duda de que Isabel, Portia y las demás hermanas, habían sido entrenadas para combatir en el interior de los confines imperiales. Algunas partes de la planta eran desiguales, deformadas por la misma conflagración explosiva de calor que había observado anteriormente en la

escotilla, su brazo salió disparado tratando de sostenerse sobre un candelero para evitar un tropiezo, la Hospitalaria retiró su mano cubierta con una gruesa capa de viscosa ceniza, sabiendo de inmediato que se trataba de residuos orgánicos de un cuerpo inmolado, con un cuidado exagerado se limpió la materia en cuestión, lanzando hacia Vaun una mirada de disgusto. Si él la percibió, no dio muestra de ello.

Portia encendió una pequeña linterna y escrutó con su crudo rayo amarillento, los confines del recinto que los biolumes no alcanzaban a iluminar, algunos de los compartimentos laterales

del pasillo estaban sumergidos bajo una total oscuridad, el haz de luz brillaba sobre los vidriosos objetos, a veces a través de charcos líquidos estancados, el lugar daba a Verity la impresión de un descuido y abandono total.

—El brujo dijo la verdad —comento Portia—. Veo mesas de operaciones y dispositivos medicae, ¿tal vez la Hospitalaria podría instruirnos un poco mas sobre ellos?

Verity inclinó la cabeza en reconocimiento y dio un paso hacia adelante.

—Si pudieras acercar tu linterna… —dijo, pero un sonido similar al roce de

metal contra metal la interrumpió, guardó silencio sobresaltada, las Hermanas de Batalla se detuvieron.

—Hay alguien ahí —advirtió Vaun con un breve murmullo.

Portia puso la linterna en los dedos temblorosos de Verity, y echó una mirada inquisitiva a Miriya. La Hermana Superiora la miro y asintió, esta se deslizó fuera del halo de luz, hacia la oscuridad, se escuchó otro ruido, esta vez inconfundible, el sonido de pisadas humanas, vacilantes, inseguras…

Un sombra difusa, no más alta que la Hospitalaria, vaciló al margen de la

vista de Verity, justo allí, entre las inescrutables penumbras de la cámara de cirugía, una reacción automática e instintiva le permitió dirigir la linterna hacia ella, un rostro pálido como el de una muñeca parpadeó frente a ella, con agujeros negros donde debería haber ojos, y una oscura ranura donde debería haber una boca, la máscara blanca se fundía con el gris de la andrajosa túnica que vestía. Sorprendida por la luz, la figura cruzó raudamente el cuarto en dirección al panel situado del lado opuesto de la cámara.

Sorprendida por la aparición, Verity

pudo hacer poco más que perseguir con la vista a la figura en fuga, esta había extendido su mano pretendiendo operar una consola, cuando Portia se materializó sorpresivamente a partir de las sombras cerniéndose sobre la figura, todo sucedió con tal velocidad que la Hospitalaria solo pudo capturar flashes de la situación, el chasquido húmedo de un hueso al quebrarse, el ligero movimiento de la túnica, el brillo de un arma, la armadura negra y reluciente de la Sororita brillando como el caparazón de un insecto, el desgarro de un cuello al romperse, un jadeo y un cuerpo cayendo.

—Mis disculpas —se excusó Portia frente a la Hermana Superiora—. Estaba tratando de llegar a este atril vox, mi intención fue evitar que accionara la señal de alarma.

—Has actuado correctamente —señaló Miriya.

Verity tragó saliva, el momento de la muerte había tomado apenas un parpadeo.

Portia redirigió la linterna fija de su equipo hacia el hombre muerto, usando su mano libre removió la blanca mascara, y expuso a la vista un rostro común y corriente, que les devolvía aún una leve expresión de sorpresa.

—Mmm, nadie que yo conozca —señaló Vaun—, por cierto, buena muerte, una excelente técnica.

Portia exclamó sin siquiera levantar la vista de la víctima.

—Será para mí un placer demostrarte personalmente mi técnica, maldito —a continuación tiró de la túnica y salto una línea de botones, la túnica se abrió—. Este manto está revestido con tejido de ceramita.

—Trajes blindados —señaló Cassandra—. En caso de que su trabajo se vuelva tempestuoso.

—La ropa que lleva debajo… —Portia tocó una prenda de rico material

rojo—. Este es el atuendo de un clérigo —encontró el collar del muerto, era una sarta de cuentas de ónix que terminaba culminaba con un águila de oro, una derivación del culto Imperial en Nevan.

Vaun rió suavemente.

—¿Qué preocupante, ahora… me pregunto, ¿qué haría un siervo devoto del Dios Emperador aquí?

Miriya se volvió hacia Vaun.

—Tú lo sabías, lo sabías y sin embargo… no hiciste nada para impedir que le pusiéramos fin a la vida de un sacerdote, guardaste silencio y no dijiste nada —espetó—. ¡Su sangre está en tus manos!

—Junto con la de otros cientos de personas —replicó Vaun, su diversión se desvaneció por un instante—. No es que me importe.

—Te importará —aseguró la Celestial—. Tienes mi palabra.

El hombre hizo una mueca de molestia.

—¡Mira más allá de esto, mujer! —exclamo señalando el cadáver—— ¿No entiendes lo que significa?

Isabel estaba examinando las consolas en la cámara cuando informó.

—No soy un tecno-adepto, pero yo creo que él parecía estar tratando de realizar una lectura de diagnóstico en

estos dispositivos —pasó las manos por un conjunto de bronceados y deslustrados diales cuando una imagen hololitica cobró vacilante vida.

Si bien la imagen carecía de color, se detectaba claramente la actividad desarrollada por un grupo de figuras, uniformadas de igual manera que el cadáver, trabajaban sobre un cuerpo recostado en una camilla de operaciones.

Verity miró por un momento antes de darse cuenta de dos cosas, la primera, era que el cuerpo pertenecía a una persona con vida, consciente y sin anestesiar, la segunda, era que la

pantalla era un registro visual de algo que había tenido lugar en esta misma sala.

La pantalla arrojó más luz sobre la recámara en la que se encontraban, iluminando el estrado de porcelana blanca, las manchas oscuras y secas de la sangre estancada sobre los canales de drenaje del suelo.

Vaun estiró el cuello para observar mejor la imagen hololitica.

—¡A ella sí la conozco! —advirtió—. O mejor dicho, la conocía. Kipsel, ese era su nombre —apartó la mirada de la pantalla—. Ella murió despues de eso.

—¿De qué? —preguntó Verity con

voz apagada.

Vaun se tocó el bulto detrás de la oreja.

—De esto.

Isabel analizó una pantalla en antiguo gótico.

—Kipsel, ese nombre está aquí en la grabación, las fechas, también aparecen.

La hospitalaria miró por encima del hombro, las fechas parecían coincidir con el periodo por el cual, los archivos del Librarium sobre Vaun estaban vacíos, levantó la vista hacia la pantalla y sus ojos se abrieron.

—¿Puedes detener la imagen?

La Hermana de Batalla giró un

control y la grabación se desaceleró hasta detenerse.

——¿Qué sucede, niña?

Verity señaló en la esquina de la imagen hololitica, su dedo rompió la superficie fantasmal al tiempo que dijo.

—Es él. Son ellos.

—Santa Terra… sí, los veo —Isabel manipuló los controles de nuevo, haciendo que la imagen retrocediera.

Verity y las otras mujeres vieron a varios hombres, vestidos con las mismas ropas que el sacerdote muerto pero con la capucha hacia abajo, dos hombres en particular se encontraban en el centro del grupo, los demás a su alrededor

mostraban una deferencia obvia, sus perfiles eran inconfundibles a pesar del tiempo transcurrido y la baja calidad de la grabación.

Vaun señalo la imagen de los hombres con un barrido teatral de su mano.

—Honorables Hermanas, permítanme presentarles los rostros aborrecibles, de los Señores Viktor LaHayn y Venik Lickspittle.

* * *

Miriya ordenó a sus Celestiales que aseguraran el perímetro de la sala de operaciones y las antesalas que se extendían fuera de ella, al parecer, el sacerdote muerto había estado revisando el proceso visionando los contenidos de las grabaciones. ¿Tal vez preparándose para volver a utilizarlos?, se preguntó. En una de las habitaciones contiguas, cargadas sobre ruedas, había cantidades de unidades de grabación apiladas, Verity las identificó como una variedad de medios de almacenamiento, similares a los utilizados en la grabación que había reproducido las imágenes de LaHayn y

Kipsel en la imagen hololitica, había incontables horas de metraje, y solo el Emperador sabría cuántas de ellas, contenían las grabaciones de brujos sometidos a las mismas brutales vejaciones.

La Hermana Superiora observó las celdas de grabaciones con desapasionamiento y frialdad, si bien no sentía ningún tipo de simpatía por los psíquicos, el modo, la forma indiscriminada con que la mujer había sido profanada, caló hondo en su mente, la iglesia no tortura, ni mutila sin una buena razón, se sintió acuciada por conocer las razones, que habían

impelido al Lord LaHayn llevar adelante semejantes acciones.

—Esto debe de haber estado ocurriendo por décadas —murmuró Cassandra—, y sin embargo, nunca he oído comentario alguno acerca de ello.

Miriya se preguntó si la Inquisición Imperial podría haber tenido alguna intervención, pero no había nada que indicara la presencia del Ordo Malleus o cualquier otra rama de los investigadores del Dios Emperador. Según su experiencia, los inquisidores estaban más que contentos al pregonar sus obras para la iglesia. No, la ocultación estudiada y cuidadosamente

mantenida de lo que estaba ocurriendo allí, tensó su experimentada mente de guerrera.

Verity examinó el estrado de operaciones, había herramientas, ahora oxidadas y sin brillo, aún almacenadas en los cajones empotrados entre marcos de rota porcelana, una bandeja conectada a un brazo servidor corroído, tomó una esfera plateada y la sostuvo frente a la luz de las antorchas, Miriya intercambió una mirada con la Hospitalaria, ya que ambas reconocieron su diseño, idéntico al implantado en el interior del cráneo de Ignis.

En otra antesala, encontraron objetos suspendidos dentro de tanques rebosantes de finos aceites, de cuyo inhumano origen no cabía duda, Portia volvió la luz iluminando las aceradas construcciones de la sala, marañas de probetas y varillas vidriadas de tonos verdes por todos los estantes, superficies y en cualquier sitio, junto a ello, vio dentro de un deposito hueco, un grupo de curvados huesos amarillentos marcados con runas eldar de color púrpura, cuyo propósito resultaba imposible de descifrar, por último, observó un grotesco cráneo abierto mostrando la masa cefálica de un orko,

hinchado más allá de su tamaño normal por el toque de la mutación.

—Viktor siempre tuvo un gusto ecléctico —señaló Vaun maliciosamente—. No hay ninguna vía de investigación que él no estuviera dispuesto a seguir.

Algo dentro del corazón de acero de Miriya se rompió, le dio un revés al psíquico, con un golpe salvaje y veloz como un rayo. Vaun se alejó, aferrándose el corte sangrante de su mejilla, al tiempo que ella sacó su pistola de plasma.

—He llegado al límite con tus juegos, maldita criatura. ¡No quiero oír más tus verdades a medias!

Vaun escupió sangre en el suelo de baldosas.

—Aprieta el gatillo puta, y todo el mundo lo oirá. ¡Jamás saldrán de aquí con vida!

—Creo, que voy a correr ese riesgo. —Las bobinas colimadoras de la pistola zumbaban y brillaban—. Se acabaron las necedades, no más juegos de palabras, no más circunloquios, vas a decirme la verdad ahora, o te derribaré yo misma con mi pistola contra las negras paredes y ¡te arrancare la verdad!

El psíquico limpió la herida en su rostro, analizando sus opciones.

—Muy bien, parece que no tengo más remedio —suspiró—. Es una historia interesante…

—Cuando un muy joven Torris Vaun descubrió que el clérigo de su asentamiento había contactado con la capital poniendo al descubierto sus «talentos», desbordado por un arranque de ira, quemó la iglesia hasta sus cimientos con la zumbante potencia eléctrica que yacía tras sus ojos. Encontró el hábito ardiente y humeante del clérigo sobre la hierba del cementerio, antes de encontrarlo a él. Vaun se quedó de pie observando y

escuchando la crepitante carne humana ardiendo.

»Ni una sola alma del asentamiento, se acercó a él mientras se encontraba bajo el arco de la capilla, observando su obra, pues estaban demasiado asustados como para ello. Temiendo lo que él pudiera hacer con ellos lo mismo que había hecho con el clérigo. Mientras escuchaba los susurros de la población, Vaun entendió que tendría que abandonar el lugar en busca de mayores retos. En los últimos tiempos, el asentamiento había resultado sofocante, aterrorizar a la pequeña población resultaba cada vez menos

interesante.

»En ese momento, un hombre arribó al asentamiento tras descender de un coleóptero, que rápidamente había aterrizado sobre la colina, otro sacerdote pensé. Comencé a reunir fuerzas en preparación para volver a matar, pero cuando el recién llegado estuvo lo suficientemente cerca, pude ver que reía, su negro sentido de humor me resultó contagioso y rei también, allí, bajo el resplandor de la iglesia en llamas. El recién llegado me ofreció su mano, la oportunidad de fortuna y gloria, de una talla tal que sólo había soñado.

»¿Conoces la historia de la herida, de Santa Celestina, el fallecimiento y su gloria? —Vaun gesticuló con la mano—. Por supuesto que sí, pero el histórico pasado de Neva está compuesto por más que eso, más que los ridículos juegos de lucha de los nobles con sus asesinos silenciosos, sólo tienes que profundizar tu mirada, un poco más allá —el psíquico enderezó una silla caída y se sentó sobre ella—. La llegada de la Celestina despejó la tormenta de perversidad que había cubierto el planeta, por eso fue debidamente consagrada en sus miserables anales, pero esa no fue la primera vez que las

nubes del empíreo habían convergido en Neva, veras, cosas como esas han sucedido aquí docenas de veces, en épocas tan lejanas como la Era de los Conflictos —hizo una pausa a la narración, tomando una caja de lata maltratada de su bolsillo—. ¿Puedo tomar un cigarrillo? —preguntó Vaun a Miriya—. Ha pasado ya mucho tiempo desde el ultimo…

Cassandra se inclinó y arrancó la caja de sus manos con un golpe de revés, enviándola lejos entre las sombras.

—Ah. Entonces tomare eso como un no.

—Sigue hablando —gruñó Miriya.

—Muy bien. Las tormentas. Mientras que algunos mundos sufrieron el contacto con las tormentas del empíreo y quedaron destruidos, o peor aún, cayeron corporalmente en el reino del caos, Neva se salvó. En Neva la caricia del immaterium fue más sutil, más insidiosa, como una mancha que fluye río arriba, la disformidad dejó una huella en este mundo, y alteró sutilmente la línea sanguínea de cada ser vivo sobre él, sólo un poco —el hombre levantó el pulgar y el dedo índice a pocos centímetros de distancia —. Pero lo suficiente. Dime, Hermana

Superiora, ¿normalmente, cuántos psíquicos hay en el imperio por cada humano normal?

—Uno o dos cada cien mil nacimientos, tal vez menos.

Vaun asintió.

—En Neva, el número se acrecienta probablemente al quíntuple —dijo mientras ignoró las miradas de incredulidad en los rostros de las mujeres—. La cercanía espacial de Neva con la disformidad implica que sus habitantes son más sensibles a la esfera psíquica, la mayoría de ellos no lo saben, acaban por tener «sentimientos» o «extraños sueños», pero muchos de

nosotros exhibimos poderes mayores, se podría decir… con características únicas.

—Imposible —replicó Portia.

—Corta de miras, como siempre —replicó Vaun—. Piensa, Neva no es el único mundo que tiene semejante bendición, ¿qué hay de Magog, o Prospero, el mundo de los Mil Hijos? Esos planetas eran ricos en poder sobrenatural.

—Magog se autodestruyó asimismo —señaló Verity— y los Marines Espaciales de los Mil Hijos se volvieron hacia el Caos, Próspero se desvaneció en el Ojo del Terror.

Vaun desestimó sus palabras con un gesto de la mano.

—Detalles, meros detalles, pero los hechos persisten, los linajes de Neva se atan con potencial metapsíquico, soy la prueba viviente de ello.

—¿Qué tiene que ver esta teoría loca con LaHayn y con este lugar? —exigió saber Miriya.

—¡Todo! —exclamó Vaun.

—El clérigo, que por aquel entonces era un confesor de alto rango dentro de la diócesis, no obstante, Lord Viktor LaHayn me llevó a un castillo oscuro para hacerme jugar con mis poderes. Allí destaqué, imperturbable por las

preocupaciones morales y otras pequeñeces, LaHayn vio el potencial de grandeza dentro de mí. No lo sabía en ese momento, pero ahora entiendo a LaHayn, una mente normalmente patética como la de todos los demás, estaba celoso de mis poderes, ansiaba lo que tan fácilmente había adquirido, y cuando él no pudo engendrar semejante poder, trabajó para adueñarse de quienes sí lo poseían…

»LaHayn quiso transformarme en su seguidor, su mascota, abriendo mi cerebro y adoctrinándolo. La agonía que ello supuso, me provocó un feroz padecimiento, peor de lo que cualquier

ser humano normal pudiera llegar a imaginar, pero también abrió las puertas a los poderes que yacían en mi interior, permitiendo su liberación. Mi mente infernal floreció, al servicio de su nuevo amo, me vi obligado a luchar en las guerras secretas que se prolongaron bajo la plácida superficie de la sociedad de Neva, pero al mismo tiempo que mi capacidad y destreza crecía, también lo hizo mi resentimiento.

»Llegó el día en que Vaun se cruzó con un Barón avaro de poder, llamado Holt Sherring. El Barón sólo conocía partes fragmentadas de la historia secreta de la Torre del Vacío y de Neva,

sin embargo, resultó suficiente para que LaHayn lo convirtiera en blanco de su juego, cuando fui enviado para matarlo, Sherring me ofreció un camino para liberarme de su forzado servicio. No deseaba ser un peón del Barón del mismo modo que lo había sido del diácono, tan pronto como fui capaz de liberarse, hui a las estrellas para labrarse una reputación por sí mismo, planeando mi venganza.

»La Torre del Vacío fue creada en el profundo pasado como un baluarte contra los demonios de la disformidad, Lord LaHayn lo tomó para sí mismo, al igual que el pueblo de Neva trasladó su

industria contaminante a las lunas exteriores. Este resultó un lugar ideal para sus obras, aislado, invisible, mantuvo sus oscuras maquinaciones ocultas para salvaguardar su imagen pública —Vaun golpeó con los nudillos la pared… recordando…—. Este fue mi hogar, mi prisión, mi casa de las torturas, todos nosotros fuimos solo piezas en los juegos del Lord diácono, luego de que me liberé, juré que volvería a destruir este lugar… Bendito sea el pobre estúpido de Holt, pues él lo encontró por mí.

—No lo entiendo —dijo Isabel—. Si tu has estado aquí tanto tiempo, ¿cómo

es que has necesitado la ayuda del Baron Sherring para encontrar el lugar?

Se señaló el implante.

—Los Tecno-adeptos de Viktor son muy virtuosos, los implantes que me colocaron bloquearon mi mente, por ello, puedo mantener la ubicación de este lugar en mi cabeza, tanto como puedo contar las estrellas de las galaxias —dijo resignadamente—. Todo se desdibuja, es una forma inteligente de evitar que cualquier fugado vuelva para acosarlo, o al menos así se pensó.

—¿Aprendiste a romper su condicionamiento?

Vaun hizo un guiño y dijo.

—Verás, LaHayn aprendió el secreto de Neva en sus inicios, a partir de una secta secreta de los monjes Gethsemenite, me contó que fue toda una revelación para él. —Vaun sonrió fríamente—. Años más tarde, me hizo cazar y matar a cada uno de ellos, incendiar su monasterio, destruir sus manuscritos.

—Tú eras su arma… —dijo Miriya.

—Yo era su esclavo —replicó Vaun, el hielo quebradizo de su sonrisa se hizo añicos—. Él me obligó, a matar por él, me hizo hacer todo lo que consideró necesario para consolidar su posición jerárquica, lo ayudé a mantener este

secreto cuando un inquisidor se acercaba demasiado, o cuando algún clérigo sabía demasiado, de golpe recordaba tener conciencia. Los muertos que ardieron en nombre del gran esquema de LaHayn crecieron en gran número —miró al suelo y agregó —. Durante un tiempo me gustó, yo fui su sangrienta mano derecha, su amenazante agente, pero sabía que un día tarde o temprano iba a dejar de resultar de utilidad para él.

Vaun dejó escapar una largo suspiro.

—Mientras yo guardé sus secretos, LaHayn trabajó diligentemente en sus

esfuerzos. Reunió a aquellos que portaban el don psíquico y se aseguró de que los diezmos a los barcos negros siguiesen llegaran como debía ser. Entregó a los débiles, a las mentes inferiores y ya quebradas, al mismo tiempo que sacó todo el provecho que pudo para su propio beneficio, aquí, en la Torre del Vacío. Lenta pero inexorablemente, ha estado experimentando con gente como yo, usurpando los secretos de sus mentes con antiguas tecnologías sobre todo, con cruel determinación. Paralelamente, construyó un ejército que mantuvo al margen, dormido hasta

que los necesitase, hasta que optara por dar inicio a la invasión.

—¿Invasión? —repitió Casandra—. ¿De que estas hablando criminal?

—¡La invasión de Terra! Por supuesto, el señor diácono se propone nada más y nada menos que destruir el Trono Dorado de la Tierra.

* * *

La lanzadera clase Aquila, trazó un camino supersónico a través de las negras y turbulentas nubes, inclinó sus

alas hacia un lado bordeando las exhalaciones tóxicas de gases, que salían de las cadenas volcánicas con un constante murmullo, la nave, diseñada a semejanza del águila imperial, desarrollaba grandes velocidades y era muy capaz de realizar cerrados virajes, era un icono de la voluntad del Emperador manifestándose en acero y ceramita, había sólo unas pocas naves de ese tipo en Neva, sólo una de ellas para uso exclusivo de un solo hombre, en el compartimiento de pasajeros de la nave, Lord LaHayn ignoró la turbulencia del vuelo y sustituyó el vaso de amasec vacío por uno nuevo. Una

bocina ubicada sobre un mamparo con forma de coral, emitió una señal de alarma.

—Gran Eclesiarca —dijo la voz del piloto-servidor—. Nos aproximamos a la Torre del Vacío, por favor, prepararse para el aterrizaje.

—Bien —respondió el diácono con una inclinación de cabeza, se acomodó de nuevo en su suntuosa silla antiaceleración, su actitud exterior mostraba una notable calma, aunque en realidad enmascaraba la verdadera conmoción de sus pensamientos, el curso de los acontecimientos parecía tomar la forma de una peligrosa espiral

a punto de salirse de control. LaHayn temía que si no reforzaba aún más su poder, los hilos podían deslizarse de entre sus dedos. Resultaba imperativo para la «Gran Obra» que él personalmente se pusiera al mando de todo. No había lugar más adecuado para ello, que su santo sanctórum, el lugar perfecto para el descanso, su taller y laboratorio, la Torre del Vacío. El señor diácono había dejado a Venik atrás, acomodándose en su nuevo cargo como gobernador interino de Neva. El altivo decano mantendría ocupados a los nobles y a la gente común, mientras tanto, él trabajaba entre bastidores, con

suerte tendría todo listo, cuando llegase el momento de celebrar el funeral del pobre estúpido de Emmel.

Al margen de sus pensamientos, se desplegó una duda. ¿Quién fue el culpable de este inesperado giro de los acontecimientos? A la fría luz de la verdad, la culpa podría recaer fácilmente a sus pies, si no hubiera sido tan rígido en sus órdenes, si hubiera estado dispuesto a autorizar a las Hermanas de Batalla la aniquilación de Vaun, entonces, ninguno de sus cuidadosamente elaborados planes correría el riesgo de ser descubiertos. Rechazó la idea con una mueca, este no

era ni el lugar, ni el momento para la incertidumbre, ¡no! Fue Miriya, en ella debía recaer la culpa, su estupidez consistió en dejar escapar al brujo para que hiciera estragos… El sacerdote observó por la ventana, como se acercaba rápidamente a la Torre del Vacío y sonrió levemente, Sin embargo, algunas cosas habían resultado bien a partir de esta comedia de errores, la encubierta relación entre Vaun y Sherring resultó evidente, lo que le permitió erradicar a un rival, ahora solo restaba cerrar el círculo alrededor del mismo Vaun.

La nave de transporte bajó hasta la

cima del imponente cono volcánico, pasando a través de la oscuridad y el humo ceniciento, LaHayn reflexionó en lo concerniente a su antiguo protegido. Vaun vendría a la Torre del Vacío, de ello no tenía ninguna duda. En el momento que tomó conocimiento de la fuga y escape a Neva, había sabido cual era el destino perseguido por Torris, resultaba sólo cuestión de tiempo que maestro y estudiante se enfrentaran de nuevo.

—Y esta vez, todo llegará a su fin —dijo en voz alta.

* * *

El sonido estruendoso de una campana se oyó a través de los distintos niveles de la Torre del Vacío, inclusive llegó a los niveles superiores, donde las Hermanas se ocultaban.

—Justo a tiempo —sonrió Vaun—. Viktor tiene un excelente sentido teatral, siempre he admirado eso de él.

Isabel manipuló los controles sobre el atril, para obtener una imagen o idea de lo que estaba ocurriendo.

—Es una alerta general, Hermana Miriya —informó tras leer los glifos—.

Una nave está aterrizando en una de las plataformas de atraque.

—Podría enseñársela —ofreció Vaun—. La pantalla se encuentra vinculada al nexo central, los matones la utilizan para transmitir sus tristes himnos… con su permiso, por supuesto.

—Hazlo —ordenó Miriya.

—Disculpe… —el psíquico se acercó a Isabel y modificó la configuración del dispositivo, la imagen hololítica cambió, transformándose en la vista exterior de una pista de aterrizaje plana y vidriosa, luego de un momento, una guardia de honor de soldados sacerdotes marchó en línea hasta perderse de vista, no se

oía nada, las alas de una aeronave se plegaron sobre sí, al tiempo que los patines de aterrizaje se desplegaron antes de que la nave aterrizara en la plataforma. Miriya observó más de cerca, el hombre descendió por la rampa de la lanzadera, era inequívocamente Viktor LaHayn.

—Ahora, ¿aceptan la verdad de lo que he dicho? —preguntó Vaun, quien se alejó lentamente de la mesa y del reflejo de la imagen hololitica.

—Puede haber algo de verdad —admitió Cassandra a regañadientes.

Miriya miró al brujo, y luego volvió nuevamente su vista hacia el

holograma, era el momento que el hombre tanto había ansiado, el momento preciso en que todas las Hermanas centrarían sus miradas más allá de él, encontrar un momento así, una ocasión semejante, demostraba a las claras su verdadera genialidad, Viktor siempre lo había dicho.

—La clave de la grandeza —señalaba—, consiste en ser paciente, aguardar el momento en que el punto de inflexión se presenta ante ti, entonces descúbrelo y tu adversario caerá.

Solo por ello, Vaun había dejado que se aprovechen de él y lo ridiculicen,

desde el mismo momento en que lo habían encontrado entre los restos del asentamiento, todo había sido para él un juego, una obra de teatro llevada incluso hasta este instante, de hecho, las vigilantes y astutas Hermanas de Nuestra Señora Mártir no eran infalibles, sería un verdadero placer demostrarles ese hecho.

Dos cosas ocurrieron instantáneamente. La erupción mental que Vaun había acondicionado cuidadosamente durante las últimas horas, estalló abruptamente en la habitación, encendiendo instantáneamente el aire y derribando a

las mujeres. Mientras tanto, él ya se encontraba frente al atril vox, activando los comandos que lanzaron por las bocinas, la señal de alarma.

Disparos y proyectiles acosaron sus talones, mientras él se lanzaba a la carrera fuera de la sala de operaciones abandonada, a través de los ruinosos pasillos exteriores. Vaun corrió en busca de sus viejos escondites, riendo en silencio mientras verdaderos enjambres de sicarios de los sacerdotes se acercaban.



Catorce

La ira de Miriya no conoció límites. Aullando como una gata salvaje, se le quedó casi ronca la garganta con la tormenta que se aproximaba, envío rayos de mortífero plasma hacia los agresores. Su furia era una cosa terrible de ver desatada, su ira iba en parte, dirigida a si misma por haberlo

permitido tanto como contra el enemigo, pronto encendió el pasillo a su alrededor con llamas de plasma.

Las Hermanas de Batalla abandonaron el decrépito laboratorio medico, dejándolo atrás cuando los soldados de los sacerdotes, apenas simples matones con monos grises, llegaron a intentar suprimirlas. El grupo inicial se descolgó por los cables dispararon primero, no estaban dispuestos a hacer nada más que atacar al grupo de intrusas. Fueron eliminados fácilmente, no podían competir con las Hermanas de Katherine cuando su sangre de batalla hervía. Pero éstos

fueron sólo los primeros en llegar. Más hombres con ropas grises llegaron pronto, esta vez trajeron sabuesos. Los cerebros de los esclavos psíquicos se habían reducido a niveles bestiales, unidos básicamente a cuatro patas, aullando como locos cuando se les aplicaba fuerza psionica.

Los matones estaban bien armados por los sacerdotes. Lo que les faltaba en la aplicación fría de expuestos soldados, la instrucción o formación, lo compensaban con sus raras armas, unas bólter-ballestas que brillaban con bellas filigranas. El tarareo de las mismas anuncio las electro-saetas, tan largas

como el brazo de Miriya llovieron por el abierto pasillo, rebotando en las paredes de acero con doradas chispas de luz azul. La Celestial escuchó una furiosa maldición detrás de ella cuando Isabel sufrió un impacto en el hombro, la hizo girar como una peonza. Los matones se envalentonaron al verlo, presionando en el ataque, empujando a las mujeres más hacia los compartimentos de hierro.

Portia estaba a su lado, gruñendo por encima del ruido de su bólter.

—¿Y ahora qué, Hermana Superiora? —preguntó, colocando un crítico énfasis sobre el rango de Miriya

—. Nuestros acceso de entrada están cortados, y esta chusma nos superan en número cada vez más, ¡con cada momento que pasa!

Miriya se escondió detrás de una consola de grabación para ordenar sus pensamientos. El arma de plasma en su mano brillaba fluyendo hacia el rojo cereza, podía sentir el calor de la misma a través de sus guantes. Maldito Vaun, se repitió a sí misma. Maldita sea el brujo y sus mentiras. *¡Mi estúpida curiosidad ha llevado mi escuadra a la ruina!*

—Hermana —le espetó Portia—. ¿Cuáles son sus órdenes? —El olor a

metal caliente le llegaba, emitido por la culata de su arma, se retiró a sotavento, detrás de un poste para poder recargar el arma, cambiando la célula de energía.

Miriya la fulminó con la mirada.

—Dejamos este lugar. Una autoridad superior debe intervenir aquí. ¡Me pondré en contacto con el Canonesa!

Otra electro-saeta silbó en el aire por encima de ellas.

—Señales Vox. Bloqueadas —dijo la voz de Isabel, cada palabra masticada con dolor—. No puedo enviar ni recibir ningún mensaje.

—Incluso si pudiéramos conseguir una comunicación a través de los muros de esta arruinada torre, Galatea nos ejecutará por desobedecer sus órdenes —replicó Portia.

—Debe haber un gran emisor en este lugar. Lo encontraremos y advertiremos a la Canonesa. —Miriya miró la pistola, dosificando su rabia—. Acatare cualquier castigo que la Canonesa decrete, pero creo que vera mis transgresiones como algo minúsculo. ¡Cuando entienda lo que hemos descubierto aquí!

—Sí, siempre que este dispuesta a tomar el testimonio de un brujo frente

al del Lord diácono. Recuerde Hermana que sólo tenemos la palabra de Vaun.

—Viste lo mismo que yo —espetó Miriya—. LaHayn tiene una agenda secreta en este lugar, eso no se puede negar.

—La *Mercutio* podría arruinar este lugar desde la órbita —escupió Isabel, devolviendo el fuego con su brazo sano —. Malditos borregos. ¿Cómo os atrevéis a atacar a las Hijas del Emperador?

Tiros y gritos se cruzaron entre sí en el cerrado espacio. El olor a pólvora quemada y acero irradiado cortó la

garganta de la mujer con cada respiración. Miriya miró a Isabel, vio cerca a Verity que atendía su lesión, mientras la Hermana de Batalla trabajaba con su bólter, volviendo a cargar el arma con una sola mano. Detrás de ellas, Cassandra señalo, apuñalando con un dedo.

—Algo se acerca…

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando las placas de la cubierta, bajo sus pies comenzaron a estremecerse por docenas de fuertes pisadas. Miriya se volvió para ver como los matones y sus psi-sabuesos se retiraban para permitir que un trío de

servidores con armas pesadas se acercarse a la línea de fuego. Casi del tamaño de un Dreadnought, las amalgamas de metal pisotearon la carne de los matones, muertos en el barro bajo sus garras, echando sus hombros hacia adelante. Los cañones de fusión zumbaban a su máxima capacidad y un sonido de metal aceitado anunció el desbloqueo de Stubbers de varios cañones.

—A cubierto —les gritó, lanzándose en busca de cobertura mientras los servidores llenaban el pasillo con un rugido de disparos.

Vio a Cassandra agarrar con una

mano la capa de Verity y tirar el ligero cuerpo de la chica para sacarla del pasillo. Portia lanzó una granada rompedora a los servidores y luego se unió a Isabel con sus disparos. Miriya soltaba disparos hacia las formas. Un hombre inexorablemente tropezó y su pistola de plasma lo cocinó. Otro impactó dio en las baterías de un servidor, con un olor acre y una conmoción que se duplicó con la explosión de la granada. El servidor tropezó y cayó, por lo que las placas de la cubierta se convulsionaron de nuevo con la fuerza de su colapso, pero habían más. La Celestial vio cuatro

monstruosidades más con patas de pistón dando bandazos tras el humo de los disparos.

—Atras. ¡Atras! Hay que encontrar un túnel de mantenimiento, una rejilla de ventilación, ¡lo que sea!

—¡Nada! —dijo con voz de pánico Verity—. Esto es un callejón sin salida. Estamos atrapadas.

Isabel gruñó con cada paso que daba, la saeta todavía incrustada en el brazo, claramente le rozaba el hueso mientras se movía. Miriya sintió una punzada de orgullo cuando su hermana no dejó que las cosas mitigaran su espíritu combativo ni el castigo al

enemigo. Isabel siempre había sido una de los tiradoras más precisas de las Celestiales, una de mejores entre la élite. Como en reconocimiento, llegó un grito de muerte de uno de los trajes grises, su caja torácica, como una estufa de leña con la puerta abierta, parecía esperar una ofrenda. La Hermana Superiora pasó junto a Portia, disparando una y otra vez hacia los servidores en marcha.

—¡Ahhh! —gritó Portia con desesperación—. ¡Si yo tuviera un bólter de asalto! —A pesar de la amenaza que se les venia encima, una diversión peculiar se propagó entre las

mujeres. Las emociones cargadas de la sensación de la cercana muerte las hacían girar al humor negro.

—Enfrentar a los sicarios contra los sirvientes —replicó Cassandra—. Acabaremos con ellos más rápido que con cualquiera de nuestras armas.

El rostro de Miriya se dividió en una feroz sonrisa. Si esto llegara a ser el final, en el nombre de Katherine, Celestine y las Mil Santas, las Hermanas de Batalla les harían pagar un costoso final a los lacayos de LaHayn.

Algo en las paredes se movió y golpeó contra las placas planas de metal, sin previo aviso, el suelo se

tambaleó hacia un lado. Ganchos de hierro tan grande como su cabeza se abrieron paso a través de las paredes y el techo. Los servidores de armas pesadas retrocedieron mientras las mujeres perdían el equilibrio.

—¿En el nombre de la Santa…? —gritó Casandra, agarrándose a una columna de hierro.

De repente, el corredor por el que habían venido se alejaba de ellas. La brecha era cada vez mayor con cada segundo que pasaba. La percepción de Miriya estaba confundida, fue solo un momento, justo antes de darse cuenta de que el pasillo sin salida no era nada

de eso, era una trampa, una caja abierta en el extremo de un conducto, suspendido en cadenas como las celdas que habían visto desde el pórtico de mantenimiento. Había poco que hacer y la Sororitas patinó en la cubierta de metal cuando el brazo de la grúa retiró la cautiva cámara lejos, moviéndola sobre el amplio vacío abierto entre las capas interiores de la fortaleza.

Portia se balanceaba cerca del borde y su bota resbaló por debajo de este. Isabel estaba cerca y trató de agarrarla, pero el brazo estaba totalmente ya entumecido, y la extremidad simplemente se negó a obedecerla.

Portia se cayó hacia atrás de la cautiva cámara mientras esta se tambalea, desplomándose hacia abajo. Isabel se volvió cuando un repugnante sonido de hueso y ceramita hecha añicos se unió al clamor interior del torreón.

Otra hermana perdida. Miriya se permitió un pequeño momento de angustia por el final de Portia y luego lo cerro dentro de su corazón. Ya habría tiempo para llorar después, cuando las velas pudieran ser encendidas y los cánticos a las caídas recitados.

—Todas en guardia —dijo bruscamente. ¡Preparaos!

Con un movimiento rápido, el

movimiento del contenedor paró y estuvo balanceándose colgado durante largos segundos en el aire. Las mujeres no podían ver nada fuera, excepto el brillo de las luces en el extremo de los niveles y el oscuro vapor expulsado, entonces las cadenas chirriaron y la caja de metal entró en caída libre. Miriya se estrelló contra un costado del contenedor y se aferró a el, observando pasar los niveles como flashes, viendo la extensión plana del suelo subir a su encuentro a una velocidad alarmante. Cerro con fuerza los ojos y rezo al Dios Emperador.

Cuando recibió el impacto, temía

que se hubiera roto el cuello. En su lugar, fue arrojada sobre Cassandra, las mujeres se derrumbaron en un montón, rebotando por todas partes dentro del contenedor, como dados de un apostador en una taza. La precipitada caída del contenedor había sido detenida a un escaso metro del suelo, deliberadamente para sorprender y desorientarlas. La sangre pegajosa mantuvo su ojo derecho cerrado, Miriya luchaba por ponerse en pie y no pudo. Cada fibra de su cuerpo cantó con dolor. Vio formas borrosas de hombres avanzar hacia la caja, llevando en sus manos bastones aturdidores. Al

igual que los de las fuerzas del orden, las armas entregadas eran para castigar mas que para matar, soltaban descargas electrostáticas que podrían aturdir, paralizar o mutilar. Miriya sólo consiguió croar una negación cuando los matones irrumpieron en el recipiente y golpearon a las inconscientes o indefensas Hermanas.

* * *

Cuando recuperó la consciencia, esta no vino como un goteo lento o un suave

despertar. Verity forzó la percepción, intentando recordar. Trozos irregulares e inconexos de dolorosa vigilia acudieron a ella. Se sentía enferma y se quedó sin aliento cuando no pudo evitar que su estómago expulsara una fina y acuosa bilis. Allí en su boca, estaba el sabor a cobre metálico de la sangre, junto con el regusto del sabor acre de la capa de ozono. El hedor del aire rasgado por la electricidad lleno su nariz y tubo que reprimir otra nausea. La acción hizo que recostarse cabeza, su cuello estaba lacio y suelto. La Hospitalaria parpadeó tratando de hacer balance. La parte fría, clínica de

su mente corrió a través de una lista de verificación de las lesiones, la búsqueda encontró contusiones y cortes, pero afortunadamente nada que parecía indicar que tenia huesos rotos o algún sangrado interno.

¿Cuánto tiempo…? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? Trabajosamente, respiró el contaminado aire tratando de mirar a su alrededor. Había esposas de hierro rodeando sus tobillos y muñecas, unidas por cadenas a un extraño dispositivo de poleas. Otras cadenas y más poleas estaban conectadas a las formas caídas de la Hermana Miriya y

las otras Sororitas.

—¿Miriya? —Logró decir, empujando con esfuerzo la palabra, arrastrada fuera de su boca, su lengua la sentía como un trozo de cuero viejo —. ¿Cassandra? ¿Me escucháis?

Al no recibir respuesta, trató de girar sobre si misma, pero el esfuerzo era como mover un saco de arena mojada. Se dejó hundir sobre las frías losas negras debajo de sus pies y se masajeó los dolorosos lugares contusionados en los brazos y las piernas. Mirando a su alrededor, pudo ver que la cámara en la cual habían sido colocadas, no era una celda sino un

gran taller. Bancos de bancos con tranquilos tecno-adeptos y servidores las rodeaban, trabajando duro en tareas insondables bajo la enfermiza luz de antiguos biolumes. Había objetos indistinguibles en el borde de su percepción, la Hospitalaria no podía comprender ni imaginar su propósito.

Un gemido atrajo su atención, procedía de la Hermana Miriya. La Hermana de Batalla se enderezó.

—Mis armas… el equipo. ¿Requisado?

—Parece que sí —dijo Verity con voz ronca—. Mi Medicus Ministorum también ha sido requisado, incluso mi

libro sagrado.

—El mío también —respondió la Sororita, buscando en los bolsillos de su túnica. La Hospitalaria había oído decir que las copias de los textos sagrados realizados por las Hermanas de Batalla ocultaban agujas-asesinas y cuchillos de metal con memoria entre sus páginas junto con la sabiduría del Dios Emperador. Las mujeres miraron hacia arriba al oír unos pasos que se acercaban.

Verity siguió la mirada de Miriya y sintió helarse la boca del estómago cuando Lord LaHayn emergió de las sombras. Un grupo de sicarios le

siguieron en apretada escolta, uno con su capucha caída, un dispositivo en su mano arrastrando cables detrás de él. El diácono tenia un peculiar aspecto. Parecía afligido, como un padre decepcionado con un niño que se porta mal.

—Hermana Verity, Hermana Miriya. No pueden saber lo infeliz que me hace encontrarlas aquí.

La furiosa Hermana Superior de pronto estaba sobre sus pies.

—En el Santo nombre de Terra, ¿qué estás haciendo en este inmundo lugar, clérigo?

LaHayn lanzó un guiño al sacerdote

a su lado, el hombre movió un dial en la unidad de control. La polea sobre la cabeza de Miriya movió a su vez sus dentadas ruedas, izándola inexorablemente hacia arriba, haciéndola sentir muy estúpida e indefensa, cuando tubo a un par de centímetros sus pies del suelo, el sacerdote devolvió el dial a su posición original. Ella se quedó allí, como un títere pintado en negro esmalte, maldiciendo sin parar al diácono.

—Tenga un poco de respeto por mi rango, Hermana. Ahora, dígame, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó con calma—. Dime cómo

habéis encontrado la Torre del Vacío.

—Vete al infierno, traidor —gritó Casandra, por atreverse a decirlo, ella también fue izada, aunque mas rápidamente, sufriendo un doloroso tirón.

—Traidor… —LaHayn hizo rodar la palabra alrededor de la boca, como si se tratara de un bien escaso a ser degustado—. Tal vez en los ojos de un tonto. Un verdadero siervo del Dios Emperador, entendería que soy cualquier cosa menos sedicioso. —Estudió a Verity—. ¿Me contestaras, Hospitalaria? Sé que podría preguntar a las Sororitas, pero la cuestión es que

pasarían días y noches antes de quebrarlas. ¿Pero tú? Creo que no serías tan resistente.

—P… Pru… Pruébeme, si quiere —casi tartamudeo Verity, luchando contra su miedo.

LaHayn asintió.

—Tal vez luego. Ahora quizás otra pregunta algo más fácil. Torris Vaun. ¿Dónde está mi brujo errante?

—No le contestes —la espetó Cassandra—. Él sabe dónde está su lacayo. Está jugando contigo.

Una fría Diversión broto de una risa helada.

—¿Mi lacayo? Ah, tal vez lo fue

hace tiempo, pero esos días se han ido, es una lástima. Tal vez si no hubiera permitido que se distrajera mi atención… —LaHayn chasqueó los dedos, poniendo fin a su ensueño—. No importa. Lo hecho, hecho está. —Observó el rostro de Verity, pensando—. Sí. Creo que puedo responder a mis propias preguntas. Él te ha traído aquí, ¿no? Fue Vaun quien encontró el camino de regreso y las utilizo para llegar hasta aquí. —Otro gesto de asentimiento—. Astuto. Muy astuto, veo que no ha perdido para nada su destreza.

El supervisor habló por primera vez.

—No había ninguna señal del piroquinesico en las zonas superiores, Eclesiarca. Si esta efectivamente todavía dentro del perímetro de la Torre del Vacío.

LaHayn chasqueo los dedos y repartió órdenes.

—Triplique a los guardias en la sala de los motores. Reparte armas entre todos los seguidores. Vaun debe ser capturado vivo y a ser posible intacto.

El sacerdote frunció el ceño.

—Mi señor, eso agotara el número de guardianes en los niveles de las mazmorras, nos quedaremos sin nadie ahí abajo.

—Soy muy consciente de ello, Ojis —replicó el diácono—. Ahora haz lo que te digo. Él seguramente va a tratar de romper la cámara. Lo atraeremos allí.

Ojis se volvió a transmitir las órdenes a las demás sicarios y LaHayn atrajo su atención hacia las mujeres.

—Supongo que debo daros las gracias. A su manera, a pesar de todo este embrollo, han cumplido la orden que les di, traerme a Torris Vaun vivo.

—Esa criatura, debería haber sido exterminada cuando el Sudario de Plata lo encontró en Groombridge —espetó Isabel, acunando su brazo herido.

LaHayn se burló.

—¿Sabes lo raro que es? No podéis ni empezar a comprender la inversión que representa, el esfuerzo que he pasado. Su valor es mil veces mayor que el de vuestras vidas. —Miró hacia otro lado—. Yo quiero que viva, mujer. Él es la última pieza de un rompecabezas que he pasado toda una vida resolviendo, descifrando y montando.

—¿Así que es a usted, entonces, a quien debemos culpar por la masacre de Vaun? —Preguntó Verity, sacando un desafío de sus reservas de valor en su interior—. Todo esto nos lleva de nuevo a usted, Lord Diácono. Usted

envió el asesino al librarium. Tú eres la araña en esta telaraña, no el brujo.

—Su valentía en contra de mi sombra fue bastante inesperada, lo admito. En cuanto a Vaun, su tiempo se agota. Y podría decir lo mismo de ti —dijo frunciendo el ceño.

—¿Derramaría la sangre de las Hijas del Emperador? —escupió Cassandra—. Podría haber muerto a manos de Vaun. Si no fuera por nosotras. Salvamos su vida en la Catedral Lunar.

—Lo hicieron —asintió LaHayn— y esa es la única razón por la que no las he ejecutado, aún. Hermanas, ustedes me presentan un dilema. ¿Qué voy a

hacer con vosotras? Me opongo a desperdiciar un material tan prometedor.

—Si va a terminar con nosotras, hágalo ahora —replicó Miriya—. El hedor del brujo en ti me llena de repugnancia.

Se acercó a ella.

—Te equivocas si crees que esto es un asunto de colaboración, Hermana Miriya. No, se trata de control. Mi Gran Obra se dedica a la captación del gen psíquico, al igual que los magos Biologis hacen sus manualidades con gérmenes para una bomba de virus o el Mechanicus puede construir un

cogitador.

Verity podía ver el calentamiento del Diácono con el tema, el mismo aplomo arrogante que mostró cuando se dirigía a las personas durante los Juegos de la Penitencia, moldeándolos a su manera. Lo único que le faltaba era un púlpito desde el que sermonear.

LaHayn señaló a Ojis y sus matones.

—Muchos se han puesto a cubierto entre mis pliegues, Hermanas. Dedicados seguidores del Dios Emperador, todos y cada uno de ellos. Si sólo has entendido mi visión, debería ver ahora la perfección de la misma.

Verity vio la oportunidad y la agarró

antes de que los otros pudieran tomar un respiro que les condenara.

—Entonces, díganos, Lord Diácono. Explíquenos en lo posible, que proyecto podría obligarle a embarcarse en un opus secreto, oculto, a los ojos del Imperio.

Él se echó a reír.

—Oh, Pero que sutil. ¿Crees que puedes sobornarme con un insulto mal redactado, que esto haría que derramase todos mis secretos… ¿a ti?

—Pero, lo hará —gruñó Miriya— porque ansía una audiencia. Usted y Vaun son similares en muchos aspectos, Diácono. Sus egos los mueven, está

obligado por la creencia en su propia rectitud. Ambos viven para probar que los que reniegan están equivocados. —Se estrecharon los ojos de Miriya—. Entonces hágalo. De fe ante nosotras de cuánta razón tiene.

* * *

La artificiales y antiguas salas de la Torre del Vacío Mantenido eran como él las recordaba. Los pisos de antiguo basalto negro lo deslizaron al pasado y todos los recuerdos volvieron a él. Su

sentido de la memoria sobre su juventud, salió aún sin brillo, como por los bordes debido al prolongado efecto del filtro neuropático. La sensación de la piedra fría contra los golpes de los pies descalzos, las licitaciones viendo las perspectivas de los jóvenes, ya que se les hacía jugar a cazarlos y buscarlos en los túneles de servicio.

Se detuvo en la penumbra, lamiéndose los secos labios, masajeándose las muñecas allí donde había dejado su firma el alambre con el que estuvo atado. El psíquico sintió una peculiar sensación de euforia, tal vez incluso un poco de miedo. Se dejó

llevar por ella durante unos momentos, antes de que se depurara su mente. Este lugar, no solo había sido el escenario de su despertar, sino también donde sufrió su mayor traición.

El rostro de Vaun se retorció de ira. Se odiaba a sí mismo por la forma en que él había admirado a LaHayn en los primeros días, la forma en que había estado más que dispuestos a hacer la voluntad del sacerdote. Entonces, era inmaduro y sin educación. Ahora sabía mucho, así alimentó su odio hacia el hombre que lo había traicionado.

Se preguntó cómo podía haber perdido algo de su antiguo mentor que

parecía tan obvio para él ahora. Al igual que todos los demás LaHayn había reclutado encubiertamente de los diezmos destinados a las Naves Negras, Vaun había sido sólo un medio para un fin, una apuesta para el gran plan del diácono para la gloria. Reflexionó sobre esto, sintiendo allí, en la fría piedra las débiles huellas de la desesperación rodeándolo. Aquí se había hecho mucho, tantos horrores pervirtieron y doblegaron las mentes de los cuerpos de los psíquicos en este lugar. Su miseria colectiva teñía las paredes, se filtraba como el aceite pegajoso en la mentalidad de todo el que tenía el

sentido sobrenatural. Vaun apuntalo las paredes de su pensamiento volviéndolas opacas en su interior y aparco lo que sentía. Le tomó mucho esfuerzo y voluntad, silenciarlo una vez más.

Con cautela, por primera vez en meses, el psíquico se permitió pensar en el motor. Vio el dispositivo en su memoria, vagos esbozos fantasmales, medio vislumbrándolo, débilmente recordaba flashes. La idea de la máquina y sus geometrías imposibles lo amenazó con dolor. Evocarlo en su cabeza, era como rascar en una herida reciente, levantando las costras y sin embargo, era el objetivo final de todo.

Por mucho que Vaun lo temía, lo quería, poner sus manos sobre el dispositivo no sería una tarea fácil. Se irguió en la piscina como la tinta que era su sombra al ver como dos formas corrían por delante de él. Para conseguir lo que quería pensó Vaun, tendría que hacer lo que hacia mejor, generar anarquía, caos y desorden.

* * *

Cuando Miriya habló, Verity miró el diácono cuidadosamente.

—Vaun nos mostró pruebas de su experimentación con la brujería. Díganos por qué está creando este ejército de… ¡monstruos!

El rostro de LaHayn se oscureció de cólera.

—No son monstruos, mujer insolente. Mejoras. Son Mejoras. Mis experimentos son peldaños en el camino hacia ¡el destino del Emperador!

—¿Te atreves a pronunciar su nombre en este templo de los horrores? —escupió Isabel.

—Cállate, niña —dijo con sorna—. Su dogmática Orden no entiende nada

del Señor de la Humanidad, ni de maquinaciones. —LaHayn respiró hondo—. Voy a disfrutar, porque me va a divertir ver como sus mentes se esfuerzan por comprender la impresionante verdad. —Arrastró a Verity a sus pies—. ¿Conoces la historia de la herejía, de cómo el Dios Emperador fue derribado por el Architraidor Horus, confinado e inmovilizado para siempre en el Trono Dorado?

Por reflejo, Verity hizo la señal del águila, las holgadas cadenas todavía sujetas a sus esposas hicieron un ruido metálico mientras lo hacía.

—Y a partir de ese día, el Dios Emperador vela por todos nosotros.

—Sí… —LaHayn miró hacia otro lado. Parecía genuinamente conmovido por la magnitud del sacrificio hecho por el Señor de la Humanidad—. Pero lo que no sabe, lo que se registra sólo en los lugares más secretos y arcanos, es la naturaleza de la Gran Obra que Él estaba a punto de terminar cuando la perfidia de Horus se lo impidió. —La voz del diácono bajo a un susurro reverente—. He dedicado mi vida a ese conocimiento. He encontrado restos de referencia por toda la galaxia, los he cotejado y cribado, reuniendo con cada

visión fragmentada, lo que creo que es, el trabajo inconcluso y perdido del Emperador. Es por eso por lo que sigo aquí, sus obras.

—¿Cortando a psíquicos y rellenado con ellos los cilindros como un vulgar fabricante de botellas? —se burlo Cassandra con los dientes apretados—. Vas a tener que hacerlo mejor, si quieres que te creamos.

El diácono se alejó con fastidio, alzando la voz para hacerse eco en la cámara de piedra.

—Con cada siglo que pasa, más y más psíquicos nacen dentro del Imperio, mucho más de los que el

Adeptus Ministorum admitirá. Estos no son retrocesos mutantes, son la parte de la evolución humana luchando por pura supervivencia. Los tontos del Ordo Malleus tratan de contener la marea, pero están tan ciegos ante la verdad, la evolución del potencial psíquico de la humanidad es inevitable, que era desde el principio la verdadera voluntad del Emperador, guiarlos, no destruirlos.

—Loco —respondió Miriya—. ¿Cómo puedes pretender conocer la mente del Dios Emperador? Sus intenciones y conocimiento son superiores a los de los hombres normales. Ha hecho un ideal de un

mosaico de verdades a medias y rumores, proclamándolo luego como un hecho. Esto es un engaño, sacerdote, solo un engaño.

—¿No lo ves? —dijo LaHayn entre dientes, sacudiendo la cabeza con fuerza—. Sabía que un día toda la humanidad desarrollaría el poder de la mente. Es nuestro destino. Piense en ello, imaginen una época en que cada hombre es un dios, en si mismo, un sujeto en un Imperio que se extiende por el universo. ¿Puede incluso comenzar a comprender la gloria de ello? —Los ojos del diácono brillaron—. ¿Acaso si no hubiera sido herido tan

gravemente por Horus, tendríamos el destino por el que caminamos ahora? Él nos habría llevado allí. En vez de eso, se encuentra atrapado en el Trono Dorado, inmovilizado y congelado.

Cassandra se puso pálida.

—Todos los seres humanos, ¿convertirse en psíquicos? Me enferma contemplar una cosa así.

—¡Bah! —rugió LaHayn—. Si el psíquico es como un cáncer, entonces ¿por qué confiamos en ellos para iluminar el camino de nuestras naves espaciales, para llevar nuestras comunicaciones, para luchar en nuestros campos de batalla? ¿Dónde

está tu respuesta a esta dicotomía? El Imperio del Hombre estaría en ruinas sin su género, si pudiéramos todos, llegar a ser como ellos, no conoceríamos los límites de nuestro propio potencial.

—La brujería abre las puertas a la Poderes Ruinosos —le recordó Verity.

—Sólo a aquellos que son débiles —insistió el diácono—. Los poderes de la oscuridad se harían añicos si cada ser humano podría igualarlos en su propio terreno. —Dejó escapar un suspiro, de repente le pasó factura el esfuerzo de su argumentación.

Verity rompió el silencio que siguió, su mente seguía girando con el eco de

la perorata del eclesiarca.

—No hay palabras para calibrar la escala de la herejía que ha pronunciado, Lord diácono. Esto es… es, es una locura más allá de toda razón.

—El color del caos está en él —espetó Isabel—. Debe estar manchado si tiende a creer semejantes mentiras.

LaHayn miró con tristeza.

—Así limitan la visión. Tienen miedo por lo tanto, de ir más allá de su rígido canon. Si no está escrito en sus libros de reglas, entonces no pueden comprender que eso suceda, ¿verdad? Tienen miedo de cualquier cosa que

desafíe sus estrechos puntos de vista. Es más fácil llamarme un hereje y afirmar que soy leal a los Dioses de la Disformidad, que aceptar que podría estar en lo cierto —añadió en tono burlón— os compadezco. —El Lord sacerdote hizo una seña a Ojis hacia adelante—. Ahora veo que solo he perdido mi respiración. Tenía la pobre esperanza de que alguna aceptaría la oferta de un lugar a mi lado, pero ninguna de ustedes tienen el alcance ni la visión que necesito.

—Si nos matan, más Hermanas de Batalla vendrán —exclamó Verity—. Si nosotras encontramos la Torre del

Vacío, entonces también lo hará Galatea.

—Si está pensando en su pequeño amigo del Mechanicus y la maltratada aeronave de Sherring, no pierdas más el tiempo —dijo Ojis—. Ambos fueron arrasados por nuestros piroquinesicos hace una hora.

—No voy a ensuciarme las manos con vuestra muerte —LaHayn dio la vuelta—. Los supervisores están siempre faltos de sujetos para las pruebas con psíquicos y latentes. Les serviréis bien.

Ojis manipulo el control en sus manos y cada una de las mujeres encadenadas se izó hacia arriba, varias

poleas chirriaron al deslizarse las cadenas.

—Incluso si tienes razón —exclamó Verity—. Incluso si está siguiendo los trabajos del Emperador, ¿qué podría hacer él entonces? Se encuentra en su particular estado, en el Trono de Oro, a millones de años luz de aquí. ¿Va a hacer una milicia de brujos e intentar invadir el corazón del Palacio Imperial?

—Terra no fue el único lugar donde realizó sus experimentos, niña. —La voz del diácono se desvaneció mientras caminaba hacia las sombras del taller—. La conexión de Neva con la Disformidad no fue casual. Fue obra

suya. Este planeta es un experimento y antes de caer, el Emperador dejó algo aquí. —LaHayn levantó la vista para verlos desaparecer a través de una abertura en la pared de la cámara—. Estoy cerca de desentrañar los últimos secretos, y cuando lo haga, voy a rehacer la humanidad a su imagen.

* * *

Los ásperos conductos de los tubos de lava en la montaña eran anteriores a las arcanas construcciones, dentro de los

mas profundos confines de La Torre del Vacío. Desde muchos de los tubos todavía conectados se podía oír la murmuración, el núcleo sin reposo del volcán, canalizando el aire caliente y el vapor en un ceniciento cono. Había otros, como este, obstruido con piedra derrumbada y olvidados. Vaun utilizó sus manos y pies para aliviar el peso de sí mismo, bajo por el túnel en ángulo, distribuyendo su peso al presionar las paredes para bajar metro a metro. Le complacía comprobar que el mapa que tenía en su cabeza había cambiado muy poco. Había una especie de diversión secreta que brotó en su corazón al

deambular libremente por la fortaleza de LaHayn.

Solo, el psíquico podía ya admitirlo ante sí mismo, su plan no se estaba desarrollando en la forma que había esperado, pero su mayor habilidad siempre había sido su capacidad de improvisación. Por eso LaHayn lo había elegido como su asesino piroquinésico personal, era la razón por la que Vaun jamás había sido enviado sólo a las misiones más peligrosas y problemáticas por su maestro. La ironía de que este fue también el factor que había dado lugar a la rebelión final de Vaun, no se perdió para el psíquico.

Se dejó caer en una repisa poco profunda. En el muro de piedra cerca de ahí había una reja cerrada y detrás de ella, si no le fallaba la memoria, los niveles superiores de la zona que los sicarios simplemente llamaban «la pocilga». Pernos pesados mantenían un gran ventilador en su lugar, entre él y su camino. No eran nada más que simple acero. Con mucho cuidado, Vaun apunto sus dedos hacia el primero de ellos y se concentró. Al poco tiempo, el metal era ya de un brillante color rojo cereza. Poco a poco, los pernos comenzaron a ceder y a dilatarse.

* * *

No eran calabozos, no en el sentido en que Miriya se los había imaginado. Más bien, el confinamiento donde los servidores de armas las habían echado, eran cuadrados fosos cortados en la roca volcánica pura, una reja de hierro cerraba cualquier vía de escape. La Hermana de Batalla miró hacia arriba y distinguió la forma de una línea de monorraíl cruzando por encima del techo. No cabía duda de que servía tanto para suministrar alimento, como para izar al infortunado cuando los

supervisores tenían necesidad de ellos.

Habían sido arrojadas en un pozo, de dos en dos. Cassandra e Isabel en uno y Miriya con la Hospitalaria en otro. Después de la máquina de esclavos se habían retirado, la Hermana Superiora llamó a sus compañeros y fue recompensado por una débil respuesta. Cassandra parecía furiosa y determinada por el sonido de su voz. Su fuerza seria un ejemplo que reforzaría a la pobre Isabel lesionada.

Miriya realizó un escrutinio del pozo, exploro cada rincón sin encontrar nada de utilidad, al fin se dejó caer derrotada sobre una oxidada cama. Los

moretones ya se estaban formando en los lugares donde su carne se había lacerado por los golpes contra el interior de su armadura, por primera vez en la caída del contenedor trampa y ahora de nuevo al lanzarla a este pozo.

—¿Tiene huesos rotos? —Aventuro Verity. Su rostro era tenue en la oscuridad—. ¿Está dolorida?

—Constantemente —la Hermana de Batalla frunció el ceño—. La ausencia del uso de mi dedo en el gatillo es lo que mas me duele. —Hizo una exploración cautelosa de su cuello, donde la carne era visible—. Curioso. Esperaba que nos despojaran de todo y

nos desnudaran.

Verity tosió.

—Demos gracias al Dios Emperador, por sus pequeños favores.

Miriya se encogió de hombros.

—Simplemente un descuido por parte de ese sacerdote, Ojis. Sabes de sobra que los servidores harán sólo lo que se les pidas que hagan. Él les pidió que nos llevaran a las mazmorras y por tanto… —Hizo un gesto teatral en torno a las paredes negras.

La Hospitalaria se acercó un poco más. Cuando volvió a hablar, su voz era baja, a fin de que no llegara a la siguiente celda.

—Estoy preocupado por el bienestar de la hermana Isabel. La herida era bastante severa. No durara más de un día, puede que dos.

—Las Hermanas de Katherine son muy resistentes —dijo Miriya—. Isabel ha sabido tratar con cosas mucho peores. Recuerdo que una vez recibió un golpe oblicuo del apestado cuchillo de un Guardia de la Muerte y vivió para contarlo. Una semana de fiebre, agonías y delirios, pero regresó a la batalla ganando honores.

—Voy a rezar por ella, entonces. Es todo lo que puedo hacer si no puedo minimizar ni tratar su lesión.

—Ten por seguro que se lo agradecemos.

Verity le dirigió una mirada de soslayo.

—¿De verdad? No estoy tan segura. Estos días que he pasado en compañía tuya y de las Hermanas, me he sentido como un impedimento. Temo que Isabel, Cassandra y las demás Hermanas midan la devoción solo por la destreza marcial.

—Entonces, estás equivocada —insistió Miriya—. Ninguna de nosotras duda de tu dedicación a la iglesia, no después de la fuerza de carácter que has mostrado, Hermana. Tenemos la suerte

de tenerte a nuestro lado en esta misión. Puede que no uses ningún arma, pero tienes el alma y el coraje de una Celestial.

—Gracias. —Verity miró hacia otro lado—. Tienes mis mas sinceras condolencias por el fallecimiento de Portia. Primero fue Lethe, luego Iona…

—Cada una murió sirviendo a Terra —dijo Miriya—. Todas debemos rezar por un fin tan noble.

—¿Habéis luchado juntas en muchas batallas?

Le hizo un guiño de complicidad.

—En innumerables mundos. Tanto en insurrecciones como en las guerras

de la Fe. Cazando brujos y llevándolos a su merecido castigo. Hemos derramado mucha sangre, esfuerzos y municiones juntas desde nuestros días de noviciado en el convento Sanctorum.

La memoria nubló los ojos de Verity.

—Mi orden también se basa en la schola de Ophelia VII. —Sonrió también—. Recuerdo el día en que Lethe fue elegida para la Orden de Nuestra Señora Mártir. Estaba radiante de alegría.

—Lethe era una buena amiga y una Hermana sincera. Quiero que sepas que no exagero cuando te digo que el

equipo sintió su pérdida, tan agudamente como lo hicimos.

Verity asintió.

—Ahora lo entiendo. Ser Adepta Sororitas… No importa a que orden demos nuestra lealtad, todas somos defensoras de la misma fe, cada cual realizando su propio cometido.

—Tu hermana Lethe, Portia y Iona son dignas de ser nombradas entre las mas respetables. —Miriya se acercó y puso una mano en el hombro de Verity —. ¿Entiendes que después de lo que hemos oído, no podemos dejar vivir a LaHayn ni un momento más?

Verity asintió de nuevo, la fría

verdad de las palabras se asentaron sobre ella.

—Y… ¿qué debemos hacer?

—Purgarlo Hermana, purgarlo o morir en el intento.



QUINCE

Era un calabozo, el diseño de semejantes lugares, no había variado a lo largo de decenas de milenios, desde los primeros días en que los hombres encarcelaron a los hombres y los torturaron para obtener secretos, robando a los prisioneros inclusive hasta la dignidad de sus nombres, los

matones paramilitares de los sacerdotes consideraban los niveles de celdas de la Torre del Vacío, como el receptáculo donde mantener a quienes ellos consideraban menos que humanos. Los clérigos que habían jurado lealtad al proyecto de LaHayn lo habían mantenido bien en secreto. Una mirada a los ojos sellados y labios fusionados de los hombres que se encontraban en las salas de pruebas, bastaba para percibir su devoción, allí siempre se tenía la necesidad de llevar a cabo nuevas investigaciones experimentales, ya sea para practicar por parte de los esclavos psíquicos o de los adepto-biologis de

LaHayn. A los tecno-sacerdotes les gustaba jugar con el cerebro de pacientes vivos.

Tratando de mejorar las capacidades de los psíquicos o tratando de generar mutantes psíquicos espontáneos en otros, estos experimentos fueron diseñados para inducir «brotes» telepáticos y psico-cinéticos generados artificialmente, aunque a menudo, el resultado final culminaba con la muerte del «espécimen» o con la necesidad de su inmediato sacrificio. Vaun se deslizó más allá de las salas de ensayo, el zumbido psíquico de los silenciosos

gritos generó picor en los bordes de su mente, su presa estaba en otra parte, dentro de los niveles más profundos de la prisión.

Allí en las cámaras apenas encontró un puñado de los matones de los sacerdotes, entretenidos con silenciosas discusiones a través del púlpito poblado por cogitadores o administrando la manada de servidores armados que deambulaban alrededor del perímetro de la sala. Las máquinas-esclavas estaban constantemente en movimiento, sin cansarse por sus interminables patrullas dentro de los corredores entubados de lava.

Vaun recordó ecos de su juventud, cuando oía el sonido que hacían al caminar sobre el suelo de piedra, las bocas de sus cañones siempre buscando algo fuera de lugar que poder matar, había oído decir que las mentes borradas de los servidores estaban ensambladas con implantes disparadores, los que les generaba un impulsivo sentido del placer cada vez que eliminaban un fugitivo, el psíquico utilizó una escalera de mantenimiento que lo condujo hasta el techo en el que se fijaba el riel de carga aérea. La luz no llegaba hasta allí, pero sus sentidos sobrehumanos le resultaban más que

suficientes para permitirle seguir el camino adecuado, recorriendo metro tras metro con sumo cuidado.

De pronto llegó ante la cadena de una roldana, suspendida cerca de la estación de vigilancia en el centro de la cámara elíptica. Vaun se aferró a esta, colocando sus pies hacia arriba y el resto de su cuerpo hacia abajo, debajo de él podía ver a los sacerdotes conversando, completamente inconscientes de que un asesino colgaba suspendido y en silencio por encima de ellos.

—He asegurado la nueva entrada como usted requirió —dijo el primero—

pero no hay suficientes guardias para la cámara.

El segundo sacerdote vestido de gris, ladeó su cabeza.

—Los han trasladado a la sala de máquinas. Las órdenes vinieron directamente desde el propio diácono.

—¿Está aquí? ¿Realmente has visto a Lord LaHayn?

—No he recibido tal bendición.

Vaun se burló del tono moralista con que hablaban, reunió su poder, reteniéndolo en el interior de su mente como una mano sosteniendo una vela llameante. Con un repentino empujón hacia abajo, la cadena comenzó a

descender ruidosamente.

Los dos sacerdotes alzaron sus miradas sorprendidos, sus rostros vueltos hacia arriba advirtieron la lluvia de fuego cayendo, rayos de aire anormalmente caliente rasgaron el aire sobre ellos, cayendo como si de disparos de láser se tratase. Vaun giró sobre la cadena, desentendiéndose del látigo de acción que había desencadenado alrededor, extendió los dedos de su mano libre, liberando el fuego psíquico en un amplio abanico rojo, las llamas psionicas azotaron a los sacerdotes que trataron de huir y a los lentos servidores.

Se soltó de la cadena y se preparó para la lucha, volteándose hacia un matón que trataba de apagar enloquecidamente el fuego de su túnica. Ignorando el fuego y los gemidos del hombre, Vaun izó el clérigo del suelo y le arrancó un anillo de pesadas llaves de su cinturón. El matón intentó decir algo, pero Vaun lo arrojó con fuerza contra la pared, cayendo a lo lejos. Las llamas lamían las piedras de ébano, creando concentrados regueros de líquido fundido.

Sonaron ráfagas de disparos tras él, pero Vaun no les prestó atención, en el

fondo de su mente, podía sentir la mirada de los otros psíquicos sobre él, tras la penumbra podía vislumbrar las miradas de ojos apagados, que le observaban desde las ranuras en las puertas de las celdas. *Preparaos primos* —transmitió con su pensamiento a todos ellos—. *La libertad está al alcance de la mano.*

Los lentos servidores artillados se reunían entre sí, reordenando sus planes de acción. Vaun podía oír como estos intercambiaban órdenes con el típico parloteo binario del código máquina. Debía apresurarse, tenía que ser rápido. Pasando por encima de un

cuerpo humeante, se encontró con un segundo matón, estaba apoyado sobre manos y rodillas, obstruyendo su camino hacia un túnel de escape. Vaun le agarró la túnica y lo hizo girar. Quemaduras grotescas cubrían la masa negro-rosácea del rostro del sacerdote; sus manos lucían como garras inflamadas. Este también poseía un aro de llaves en su poder. El matón intentó decir algo, pero su garganta devastada por el calor no pudo emitir más que un balbuceo, Vaun le rompió el cuello con una brutal patada y lo dejó ahogándose.

Los servidores armados avanzaron hacia él cuando llegó al gran púlpito de

los cogitadores. Vaun colocó las llaves sobre las ranuras del púlpito. Normalmente habría sido necesaria la presencia de dos sacerdotes para activar las llaves en las distantes ranuras, puesto que se encontraban a cada extremo del amplio púlpito. Pero los poderes psíquicos de Vaun no se encontraban limitados a este aspecto físico, las llaves giraron sobre sí, uno por acción de su mano y la otra por acción de sus poderes telequinéticos: El sonido de las alarmas ululantes advirtió la apertura de las celdas. Los servidores vacilaron, sus armas desistieron del blanco ubicado frente al púlpito y

centraron sus objetivos en las decenas de nuevos blancos que escapaban enfurecidos de sus confinamientos. Vaun inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada cuando los servidores fueron abatidos y destrozados por los psíquicos llenos de ira.

Vio a sus antiguos hermanos luchando como fieras, se dio cuenta de que se trataba de un montón de pobres desgraciados. Algunos pocos apenas contaban con las habilidades o la inteligencia de aquellos que había reclutado antes de Groombridge. El fallecido Rink, el desagradable de Abb,

parecerían genios en comparación con estos, no tenían disciplina, ni un ápice del autocontrol que Vaun exigía a sus hombres. Su reducido número no podría resistir frente al esfuerzo coordinado de las fuerzas del diácono. Todos esos pobres tontos llevaban sus rostros marcados por las cicatrices, que se habían auto-infringido al quemar con sus poderes, una y otra vez, el hierro de sus celdas de confinamiento. Pero aún así resistirían. Incluso un ejército de ratas semejante, era mejor que ningún ejército en absoluto.

—¡Hermanos! —los llamó, la palabra cortó el acre aire lleno de humo

—. Hay más de esas hojalatas de relojería aquí abajo y montones de matones de los sacerdotes que arrasar. —Los fugitivos respondieron aclamándolo lujuriosos—. Ha llegado el momento de hacer pagar a ese viejo de LaHayn, con sus mismas armas ¿Quién de entre todos vosotros se unirán a mí en la represalia?

—¡Yo! —respondieron ruidosamente, adentrándose en masa hacia los túneles. Vaun rió de nuevo, su diversión se perdió entre el clamor del gentío.

* * *

Delgadas columnas de humo y aroma a carne carbonizada se filtraba hacia los túneles de la prisión, arremolinándose a los pies de las mujeres. Con gestos rápidos, Miriya hizo retroceder a Verity contra las paredes de piedra negra, quien se ocultó tras las sombras, los disparos. El crepitar de las llamas y los gritos de dolor se filtraron hasta ellas. La rejilla de metal sobre la celda permitió oír el golpeteo constante, cuando las tropas de servidores armados fueron acorralados contra ella,

al tiempo que abrían fuego contra sus atacantes.

—¡Es él! —gruñó Miriya—. Reconozco su voz, el brujo se aferra a la vida como una especie de parásito.

—No lo entiendo —respondió la Hospitalaria—. ¿Qué podía querer de las mazmorras?

La Sororita mantuvo los ojos fijos a través de las rejillas, repasando las cuentas de su rosario ecclesiasticus con la mano. Desde un extremo del rosario de perlas negras colgaban una Insignum de plata con la forma de la letra «I» sobre un severo cráneo impreso, el distintivo de los Cazadores de Brujas.

—Ya has oído sus palabras. Él los está reuniendo, incitándolos, encendiendo su fervor, como un tambor de prometium se enciende con una antorcha.

Como para apoyar sus palabras, un destello de fuego lamió las rejillas del techo, y un matón pasó corriendo, con sus ropas ardientes.

Verity palideció ante el sonido de los gritos ahogados que profirió el sacerdote al morir.

—Parece ser que no nos podremos dar el lujo de un escape tranquilo —añadió secamente la religiosa Superior.

El estallido de las armas mermó

hasta cesar y pronto solo oyeron el sonido de los pasos sobre la superficie, rostros sucios de hollín, enfrentaron los rostros de las mujeres con una mezcla de la avaricia y odio. Uno particularmente despreocupado y familiar se les unió.

—Bien, bien. ¡Qué interesante cambio de los acontecimientos! —dijo Vaun, saboreando su diversión—. ¿Cómo se siente ser ahora los presos, Hermanas?

Miriya parecía carecer de las palabras para transmitir su frío y duro enojo en ese momento, simplemente giró la cabeza y escupió en la oscuridad.

La sonrisa de Vaun se desvaneció.

—Yo supuse que Viktor te habría matado por mí, veo que ni siquiera pudo hacer eso bien —suspiró el psíquico, mientras que algunos de los otros fugados que se encontraban a su alrededor rieron a causa del comentario —. Disfruten de su nuevo alojamiento, señoras, estoy seguro de que lo encontrarán tan repugnante como una vez lo hice yo.

—No puedes dejarnos aquí —espetó Verity.

—Por supuesto que puedo, me has dejado vivir cuando tuviste la oportunidad de matarme, hermana

Miriya, ahora tengo la oportunidad de devolver el favor —se burló Vaun, volviéndose y diciendo—. Mientras yo me dedico a arrasar el planeta, ustedes permanecerán aquí, atrapadas e indefensas, aguardando un rescate que nunca llegará. Tal vez mueran de hambre o por alguna infección. Podrán encontrar un hilo de agua que proviene de las zonas altas, las sostendrá por un tiempo. Pero eventualmente, tendrán que encontrar comida —él miró de reojo a la Hospitalaria—. Pero no habiendo nadie que las alimente, solo tendrán una fuente de carne aquí —y con una risa cruel, él se alejó guiando a

sus nuevas cohortes tras su paso.

—Bastardo —la palabra escapó de los labios de Verity antes de que ella misma se diera cuenta, sus mejillas se sonrojaron—. Hermana, perdona mi blasfemia. Eso ha sido impropio de mí…

Miriya observó la rejilla cuidadosamente hasta asegurarse de que Vaun se había ido.

—Por el contrario hermana, estoy de acuerdo, es un hijo de puta, de la orden más aborrecible. —La Celestial volvió su atención hacia su coronilla, por un momento, Verity pensó que la mujer iba a comenzar una oración, pero

en lugar de ello se aferró al icono del cráneo que adornaba el Insignum y lo giró en sentido contrario a las agujas del reloj. Un mecanismo dentro de la coronilla hizo clic y comenzó a zumbar, al tiempo que una hoja de filoso metal asomó con un silbido del dispositivo. Miriya le hecho una mirada y señaló—: Aleación de acero con Argentium de carburo —explicó— de modo que una Hermana de Batalla pueda concederse a sí misma la paz del Emperador si es capturada.

El rostro de Verity palideció.

—¿No pretenderá…?

Miriya negó con la cabeza.

—Aun no le ha llegado el momento a ninguna de nosotras de arrodillarse ante el trono dorado. No cuando aún hay trabajo por hacer —la hermana de batalla envolvió con sus dedos la circunferencia plateada de la flor de lis sobre su coraza, retorció y tiró de la decoración de metal soltándola de sus remaches, la giró sobre su otra mano, sosteniéndola como si se tratase de una daga.

Los ojos de la Hospitalaria se abrieron cuando empezó a comprender el objetivo de la otra mujer.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó.

Miriya se quitó su capa de batalla y se tensó.

—Reza por la intervención divina. —La Hermana de Batalla retrocedió y luego corrió hacia la pared, en el último segundo utilizó el catre oxidado como un trampolín y se arrojó hacia el salpicadero de piedra. Saltaron chispas cuando la hoja del rosario y la flor de acero mordieron la roca negra. Increíblemente, Miriya se sostuvo allí, aferrándose a sus cabos improvisados por medio de una lenta pero inflexible voluntad, Verity la observó balancearse hacia arriba, clavando los improvisados filos contra el puro basalto con el fin de

ejercer la palanca suficiente.

La joven hizo lo que se le pidió, y oró una letanía en voz baja.

* * *

El sacerdote reverenció tanto, que LaHayn pensó que su nariz ganchuda tocaría las baldosas de piedra.

—Su gracia, ha habido un incidente en los niveles de las mazmorras…

—Explícate.

—Un fallo en los bloques de celdas de contención —el diácono creyó

advertir por un momento un tono de reproche en la voz del sacerdote, pero lo dejó pasar—. Parece ser que los mecanismos de bloqueo fueron liberados, varios sujetos de prueba y aberraciones que tenían programada su ejecución preventiva han escapado. No hay suficientes servidores armado para custodiar todo el nivel…

—¿Cómo sucedió esto? —espetó—. ¿Quién es el responsable de este fracaso? Ojis, contéstame.

—Mi señor, yo le advertí sobre las consecuencias que podría traer aparejada la reducción de la cantidad de…

LaHayn avanzó hacia el hombre.

—¿Acaso te atreves a echarme la culpa?

El sacerdote palideció.

—No, no, mi señor —dijo retrocediendo un paso—. Simplemente estaba haciendo una observación.

El diácono gruñó y apartó la mirada.

—Esto no es una coincidencia Ojis, el brujo Vaun está aquí, reconozco su proceder en la cortina de humo que ha provocado. —Palpó sus labios y prosiguió—. Debes tomar el control directo de la milicia dentro de la Torre, dirígete a los niveles inferiores de las

mazmorras y reprimir a esos mutantes, elimínelos a todos —LaHayn comenzó a alejarse.

—Pero, su santidad —replicó Ojis —. Yo no soy un guerrero.

—Todos somos soldados en la guerra del Emperador —contestó el diácono—. Nunca lo olvides —dijo y lanzó a Ojis una última mirada—. Me estoy trasladando a la cámara del Ingenium, no tolerare más interrupciones.

—Pero, ¿y Vaun?

LaHayn hizo una mueca.

—Él vendrá a mí por su propia voluntad, recuerda mis palabras.

* * *

—Emperador, escúchame, dame fuerza —rezó la celestial con los brazos apretados por la tensión y el esfuerzo—. Otórgale a este cuerpo mortal un grano de sabiduría, una lágrima de tu poder… —Con la última palabra, ella se empujó hasta el borde de la fosa de la prisión. Miriya se negó a mirar hacia abajo, si se caía, podría romperse los huesos o peor aún el cuello, como le había dicho la hospitalaria, no podían darse el lujo de morir, no mientras el brujo seguía libre —. Úsame, haz tu voluntad a través de

mí.

Aferrándose a la reja de metal sobre el foso, la hermana de batalla giró sobre sí y encontró el lugar donde se encontraba el perno de sujeción, apoyó sus pies contra las paredes, presionando la curvada columna vertebral de su armadura de ceramita contra la reja y se estabilizó.

—Yo soy su ira —entonó Miriya, completando el catecismo—. Su furia y determinación. Dame fuerza, soy la Mano del Emperador. —Las palabras liberaron una descarga de adrenalina en su cuerpo y la Celestial lanzó todo su peso contra el perno. El metal rechinó y

se combó, pero no cedió.

Dejó escapar un gruñido de rabia y esfuerzo. Sus botas resbalaron en la piedra, luego retomó su labor con fervoroso vigor, considerando que no iba a tener otra oportunidad.

—Dame la fuerza —escupió Miriya, aprovechando la concentración de los actos de fe realizados por los santos vivos—. Yo soy, ¡la Mano del Emperador! —Un torrente de vigor recorrió su cuerpo, alimentado por su devoción, ella misma se estrelló contra el metal. Con el sonido del acero chirriante, el perno de sujeción se partió en dos, súbitamente estaba en el piso de

la mazmorra, y la reja de hierro colgando abierta detrás de ella.

Una figura andrajosa, despojada de todo cabello, y cuyo sexo resultaba imposible de discernir, advirtió la presencia de la Sororitas, y salió corriendo por los pasillos de piedra, lanzando ahogados gritos de alarma. Miriya lo ignoró y se puso a trabajar arrastrando una polea hacia un carril superior, en cuestión de minutos, Verity se había unido a ella y pronto también lo estuvieron Cassandra e Isabel, liberadas de la otra fosa. La Hospitalaria fue al lado de la mujer herida y empezó a trabajar en ella, con

tablillas de madera producto de la batalla, improvisó una férula.

Miriya inspeccionó el pasillo. A lo largo de las paredes, las puertas de las celdas colgaban abiertas, algunas descoloridas por las llamas o salpicadas de impactos de bala, había servidores muertos a montones, algunos solo se distinguían por su visible biónica de bronce y acero a través de la carne ennegrecida y los huesos, observó los cuerpos de los sacerdotes dispuestos en los rincones de las esquinas, y en algunos lugares los restos de lo que probablemente eran los prisioneros de la Torre, los seres humanos desnutridos

y en mal estado con señales de frescas cicatrices, muy probablemente de cirugías.

Cassandra se aproximó a su comandante de escuadrón y le echó una mirada inquisitoria.

—¿Qué opina, Hermana Superiora?

—Esta indignidad no puede permanecer ni debió existir Cassandra, debemos borrar la existencia de este lugar, tan pronto como tengamos la oportunidad.

—Sí —asintió la veterana Hermana de Batalla—. Mis pensamientos todavía no pueden asimilar la enormidad de esta locura, aún no puedo creerlo… y

pensar que al inicio de esto estábamos disgustadas con la asignación de la misión. —Miró hacia otro lado—. Cada paso que damos en Neva, nos acerca más ¡a una espiral de locura!

Verity interrumpió con un grito ahogado.

—Alguien viene.

La figura andrajosa había vuelto, esta vez con compañía, había seis de ellos, todos vestidos con los monos sin forma de los internos de la fortaleza. Miriya levantó una ceja al darse cuenta de que algunos de ellos estaban armados con bólter. El mayor de ellos, una mujer llena de cicatrices, tenía la

pistola de plasma de la Hermana Superiora escondida en su cintura. Los prisioneros se mostraron cautelosos, pues los psíquicos sabían que estas mujeres serían presas mucho más difíciles que los lentos servidores.

Cassandra rompió el expectante silencio.

—Esas armas son iconos de la Iglesia Imperial, y no les pertenecen, bájenlas ¡ahora!

La mujer alta gruñó como un animal.

—Estos juguetes ya no les pertenecen, ahora son míos —dijo al tiempo que sostuvo el arma contra su

pecho.

—¿Dónde está Vaun? —exigió saber Miriya—. ¿Dónde está tu líder?

La mujer escupió.

—No es mi líder, ¿entiendes ramera religiosa? Se ha ido y se ha llevado con él a aquellos que quieren seguirle.

Por el rabillo del ojo, Miriya vio a Cassandra manipulando su rosario.

—Entonces… ¿eres tú quien manda aquí?

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Tienes alguna queja al respecto?

Cassandra frunció el ceño.

—Me pregunto. ¿Cómo puede ser que tu madre dio a luz un orco con piel

rosa?

Le tomó un segundo a la mujer asimilar el insulto, para entonces, cuando esta desenvainó y sostuvo el arma, las Hermanas de Batalla se habían movido al unísono. Miriya lanzó la partida flor de lis como si de una estrella arrojadiza se tratase, usándola para abrir el cuello de uno de los mutantes cuyas manos brillaban ya por el poder psíquico contenido, Cassandra reveló la hoja oculta de su rosario, cruzó el espacio que la separaba de los prófugos, enterrándola entre los pequeños y brillantes ojos de la líder de los mutantes. Los otros cuatro fugitivos,

empezaban a reaccionar cuando las Hermanas de Batalla entablaron combate cuerpo a cuerpo, rompiendo cuellos y huesos con movimientos hábiles y patadas, el último de ellos se deslizó lejos, presionando la cabeza con sus dedos, una poderosa y ardiente oleada de aire las atacó, y las hizo rodar hacia atrás, Miriya sintió una oleada de pánico cuando fue empujada hacia las fauces oscuras de la prisión a cielo abierto.

Un disparo sonó y el último psíquico errante cayó gritando cogiéndose el estómago, la fuerza invisible se disipó instantáneamente, la

Celestial se volvió justo para ver a Isabel tambaleándose y sosteniendo con su temblorosa mano izquierda, su recién recuperado bólter.

—Buen tiro —logró decir.

El rostro de Isabel se mostraba cetrino y húmedo.

—No tanto —respondió—. Estaba apuntando a su cabeza.

Cassandra le entregó a Miriya su pistola de plasma.

—Deben de haber encontrado nuestro equipo de combate.

—Tal vez, ¿puede que se encuentre en alguna celda de almacenamiento cercana? —opinó Verity—. Debería

buscar mi equipo Medicus, dudo que estos alienados hayan sabido para que servía.

—Date prisa pues —ordenó Miriya —. Vaun ha sembrado el caos aquí por sus propias razones, debemos aprovecharlas mientras podamos. Debemos contactar con la Canonesa.

* * *

Sobre los penumbrosos bloques de celdas, las cámaras internas de la torre se ensanchaban y entrelazaban como

panales sobre el vacío. En el pasado, estos espacios se habían originado gracias a la acción geológica y transformadora de los afluentes de magma que fluían del corazón de Neva, tras miles de años después. Llas bajas temperaturas y la humedad habían permitido al hombre el usufructo de las cavidades resultantes.

Al igual que todos los espacios situados cerca o dentro de la volcánica ciudadela, el aire permanecía cargado de un calor seco, eliminando todo vestigio de humedad de los pulmones de los hombres. Vaun se trasladó hasta una de las amplias rampas espirales que

lo llevaría a los niveles superiores, secando el sudor de su frente a causa del aire árido y claustrofóbico, esto le provocó desagradables recuerdos de su juventud, que él desestimó con un gruñido determinado, sus pasos eran seguidos por los fugitivos, su andar inicialmente belicoso se había suavizado un poco al abandonar las zona de los calabozos. Los más inteligentes entre estos, estaban empezando a proyectar sus pensamientos hacia adelante, más allá de los próximos cinco minutos, preguntándose hasta donde llegaría su abrupta liberación sin ningún plan, sin ninguna ruta de escape. Como era de

esperar, sus escasas expectativas se limitaban a buscar la guía de su liberador.

Vaun dudó a la sombra de una rampa de ascenso y levantó la mano deteniendo a los otros, la cámara abierta osciló por encima de ellos, era una bahía de mantenimiento de las pistas superiores de aterrizaje sobre la cima de la montaña volcánica. Grúas tan altas como torres de vigilancia acunaban un puñado de coleópteros y las formas embarazadas de los dirigibles de carga.

—Naves —ceceó una voz detrás de él—. Debemos tomar una —exclamó.

Vaun los miró, dirigiéndose en general, eludiendo la presencia de quien había hablado.

—¿Alguno es piloto? —el silencio le contestó—. ¿Alguno sabe donde se encuentran las torretas bólter exteriores del diácono, no?, pues tómenlas. Vamos, adelante.

—Podríamos ser capaces de hacerlo… —aventuró un famélica mujer, señalando hacia arriba—. Las grúas, tal vez…

—Estarías muerta antes de acercarte al cielo —gruñó el psíquico—. Quédate conmigo y puede que vivas para ver la luz del día —afirmó, señalando hacia el

tren funicular, que aguardaba sin aparente vigilancia sobre una plataforma del muelle más cercano—. Vamos a utilizar esa formación para ascender a los niveles superiores, si actuamos sigilosamente, nunca lo sabrán hasta que llamemos a la puerta.

—¿Al nivel superior? —dijo reticente otra voz—. ¿Quieres adentrarte en lo más protegido de la Torre? —dijo gesticulando—. Los matones de los sacerdotes nos mantienen alejados de esos niveles por alguna razón, amigo. Sería poner en riesgo nuestras vidas, ¡como si tomáramos veneno!

—Tal vez —admitió Vaun— pero no de la manera que crees —sonrió fríamente y agregó—. Confía en mí, hermano, la única salida es a través del diácono.

—Eso es lo que tú dices —replicó el hombre—. Te estamos agradecidos por habernos liberado y todo lo demás, pero de ahora en adelante, tomaremos nuestras propias decisiones.

El psíquico dio un paso amenazador, cerniéndose sobre el fugitivo.

—Yo no te liberé por bondadoso, amiguito. Tu estas completamente en deuda conmigo y la pagarás haciendo lo

que te ordene.

El hombre titubeó. Vaun percibió el brillo del aura del fugitivo cuando comenzó a acumular poder psíquico.

—Tú no eres mi dueño, ni mi…

Vaun fue tan rápido que el fugitivo no tuvo tiempo de gritar, sólo hubo un destello de color amarillo en la retina de todo el mundo cuando la bola de fuego voló de su mano y quemó a través de su camino el pecho del hombre. Las llamas crepitaron dentro del cadáver que salió girando con múltiples piruetas antes de caer, los restantes fugitivos detrás de él trastabillaron al retroceder a causa de la

sorpresa, no esperaban la brutalidad y rapidez del asesinato. Vaun, les echó una mirada cargada de superioridad, deleitándose con el gocé del momento.

—LaHayn está ahí arriba —dijo, señalando con el pulgar hacia el techo —. Él se aferra a un premio más grande que lo que cualquiera de vosotros podría soñar. Voy a arrebatárselo y me ayudareis a conseguirlo.

—El tren, ¿verdad? —dijo la desgarbada mujer, con nerviosismo—. ¿A qué esperamos, entonces?

En cuestión de segundos el cableado se tensó, las vagonetas comenzaron su lento ascenso a través

de los carriles del funicular, la mente de Vaun anticipó acaloradamente el momento, no podía estar seguro de si se trataba de algún efecto secundario de la proximidad a la cámara Ingenium de LaHayn o los efectos de su propia excitación, cuanto más subía, más difícil se le hacía reprimir la sonrisa depredadora en su rostro.

* * *

Había humo por todas partes, el aire dejaba un regusto a carne agria en la

lengua de Ojis. Sus dedos temblorosos buscaban hacia adelante sobre la rejilla metálica del piso de la jaula elevadora, se arrastró a través de charcos de líquido aceitoso y masas esponjosas húmedas que reconoció como materia cerebral derramada. Las piernas del confesor no parecían estar funcionándole, con la dignidad de su elevada posición abandonada muy atrás, hizo todo lo posible para transportarse a sí mismo fuera del ascensor, su mente daba vueltas, mientras recordaba breves destellos del caos que había estallado a su alrededor.

Estaba en la jaula descendiendo

hasta los niveles de las mazmorras con sus ayudantes y el puñado de sirvientes que había sido capaz de desviar del bloqueo dispuesto por el diácono. La alarma sonó cuando el ascensor llegó al nivel indicado y luego…

Luego hubo disparos y gritos, la detonación de algo grande y carnoso salpicando toda la capucha de su túnica, formas vestidas con armaduras negras y brillantes como escarabajos, blandiendo espadas, una emboscada.

—Éste sigue vivo —la voz resonó en sus oídos, como si algo lo hubiera golpeado rompiendo el interior de su cráneo.

Fuertes y esterilizados dedos lo sujetaron de los brazos y lo levantaron hacia arriba, la visión del sacerdote se nubló a causa del dolor cuando sus piernas colgaron inútilmente debajo de él, exponiendo un hueso saliente de su rodilla derecha, logró soltar un jadeo cuando su máscara fue retirada.

Una cara ganó definición ante él, una mujer, en cierto modo, su bronceada piel tonificada por el sol estaba empañada por suciedad y rastros de sangre, sus ojos eran azules como diamantes, en conjunto su mandíbula mostraba un aspecto cruel. Con un sobresalto, Ojis la reconoció y ella a él.

—Yo soy la hermana Miriya, de la Orden de Nuestra Señora Mártir y tú eres mi prisionero, responde a mis preguntas y se te concederá misericordia.

Ojis parpadeó, sus ojos estaban pegados con fluidos pegajosos, se las arregló para asentir con la cabeza inexpresivamente.

—Él tiene los sellos de un confesor en su rosario —señaló la primera voz de nuevo, desde algún lugar detrás de él—. Este estaba con LaHayn antes.

—Sí —asintió Miriya, estudiándolo con cuidado—. Ojis, ¿no?

El sacerdote palideció, sabía su

nombre ¡también! Esto comenzaba a ir mal, muy mal.

—Por favor… —rogó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Miriya—. ¿Dónde está el diácono?

—Fui enviado para reprimir… a los prófugos. —Su cráneo le dolía mientras trataba de mirar a su alrededor. Ojis podía distinguir más cadáveres en el pasillo, lo que fuera que hubiera sucedido aquí, había llegado demasiado tarde para intervenir—. Su santidad… está en la cámara del Ingenium, en el centro.

—¿Cámara del Ingenium? —repitió

una nueva voz, vio a otra mujer, vestida de ropas blancas, con el pelo de oro y con la señal del auxilio médico—. ¿La Torre del Vacío tiene una sala de Ingenium? Pero ¿esto es un edificio o algún tipo de nave?

Ojis se sentía mareado mientras negaba con la cabeza.

—No… No es ese tipo de Ingenium —se relamió los labios—. Por favor… ayúdadme.

Miriya se lo acercó más.

—¿Dónde está el centro de comunicaciones de la torre? Habla ¡hereje!

—Arriba —jadeó la palabra—. No

podrán llegar allí sin mí. —Levantó una mano, mostrando un grueso anillo de oro brillando en uno de sus dedos—. Yo… yo tengo el sello de mando.

—Confirmado —dijo la otra Hermana de Batalla—. Hay un mecanismo de gobierno que impide el acceso a los niveles superiores de la ciudadela.

El rostro de Miriya se agrió y dejó caer al clérigo, él gritó de dolor, pero ella no le hizo caso.

—No hay nada tan bajo como un falso sacerdote. Confesor Ojis, el Dios-Emperador mantiene un infierno singular reservado para los de su clase.

Ojis la miró.

—Pero… el eclesiarca es el iluminado. Él conoce el camino… —Se interrumpió, tosiendo.

—El camino a la condenación —respondió Miriya, presionando una pistola de plasma contra su frente, la pistola comenzó a generar poder.

—No… No, por favor, ¡me retracto! —rogó Ojis—. Por favor, Hermana Miriya, tú y yo, ambos somos… ¡Se lo ruego!

Miriya se detuvo.

—Ha traicionado a la Iglesia Imperial y al Dios-Emperador de la Humanidad, ¿qué esperas obtener

rogándome, hereje?

—¿El perdón? —respondio en voz baja.

Una escalofriante mirada fue la única respuesta que recibió. Su dedo comenzó a presionar el gatillo.

—Hermana, espera —llamó una de las otras mujeres—. No se le puede disparar.

Ojis se hundió, el alivio inundó su ser ¡estoy salvado!

—¿Por qué? —exigió saber Miriya.

La otra hermana de batalla señalo el panel de bloqueo de los controles del elevador.

—Este dispositivo no sólo requiere

de la llave de su anillo, también de una exploración óptica. —Señaló la cara del confesor con su hoja de combate—. De haber disparado la pistola de plasma, sus ojos habrían explotado —le ofreció el cuchillo a Miriya—. En lugar de eso, use esto.

Miriya aceptó el arma con un gesto amable.

—Gracias, Cassandra. Por favor, sujetadlo para mí.

* * *

El cuerpo del confesor realizó un último servicio a la iglesia, cuando la jaula elevadora, llegó a la sima, arrojó el cadáver del sacerdote fuera de la cabina del elevador.

El cuerpo aún caliente del cadáver atrajo la atención y el fuego láser de los servo-cráneos de defensa dentro de los nichos de las paredes, frente a la sala de comunicaciones. Cassandra e Isabel usaron la distracción para abrir fuego contra las maquinas mientras se movían. Adeptos ciegos que operaban los vox de comunicaciones se refugiaron en los rincones más alejados, demasiado aterrorizados para

reaccionar frente a los intrusos, murmurando constantes himnos grabados en sus tejidos neuronales, finos haces plateados de luz acuosa asomaban a través de las ranuras de observación, por donde ingresaba la luz del sol de Nevan, que por aquel entonces comenzaba a alzarse sobre los peñascos exteriores.

Miriya hizo la señal de la águila y se dirigió a la terminal central de comunicaciones, hablando directamente a una máscara de bronce que se volvió hacia ella, presentaba una boquilla filtrada, con voz clara, pero fatigada, recitó las frases del sagrado

códice, unas líneas de oración aparentemente elegidas al azar de entre los Libros de Alicia, la máquina reconoció el cifrado aleatorio, como cualquiera de los dispositivos de comunicaciones imperiales, el protocolo secreto de emergencia de las Sororitas, conocido únicamente por aquellos que ostentaban los rangos superiores de las ordenes de Celestiales.

—Escuchadme… —comenzó ella— pido audiencia con la honorable Canonesa Galatea de la Orden de Nuestra…

—¿Miriya? —La voz de Galatea crujía hacia ellas a través de la bocina-

altavoz, convirtiendo el nombre de batalla de la Hermana en una maldición—. Si buscas confesarte, has perdido la oportunidad, deberás considerarte extremis desertora.

Isabel ahogó un reproche.

—Cómo… ¿Cómo ha respondido tan rápidamente? El mensaje debería tardar horas.

—Llama a silencio, Hermana Miriya —replicó la Canonesa—. Mira hacia el oeste, tu censura viene con veloces alas.

Verity apretó la cara contra una de las rendijas de las ventanas.

—Creo que veo algo brillando en el cielo del amanecer. —Ella le devolvió la

mirada a Miriya— ¿aeronaves?

—Una fuerza de represalia está llegando a tu posición —continuó la Hermana Superiora Galatea—. Al conocer tu deliberada negativa al debido acatamiento de mis órdenes, ordene al capitán de la *Mercutio* registrar el área sobre ciudad Metis desde la órbita, sus servidores siguieron la aeronave que robaste todo el camino hasta los páramos.

—Hay una explicación para cada una de mis acciones —insistió Miriya—. Inicié esta misma comunicación para informarle de mi ubicación.

—Me has desobedecido —se desató

la Canonesa—. Te llevaste al hombre más buscado de este mundo en tu propia custodia. ¿Qué posible explicación podría aventurarse a tal respecto?

—He descubierto una conspiración en la cual, Torris Vaun es sólo una cara, mi señora —dijo Miriya con cautela—. Dentro de esta fortaleza, el señor diácono ha elucubrado un plan sumamente ambicioso y con el mayor nivel de herejía posible. Aceptaré de buen grado cualquier castigo que se me aplique, pero debo insistir, ¡primero escuche esto!

El canal vox crujió por un

momento, luego la voz de Galatea volvió, resignada y triste.

—Los transportes estarán ahí en unos cinco minutos, Miriya. Tienes hasta entonces para convencerme de que no te mate.

La Hermana de Batalla comenzó a hablar, explicando todo lo que había sucedido desde el asalto a la mansión del barón Sherring.



DIECISÉIS

Cada vez que entraba en la cámara, Viktor LaHayn recordaba la primera vez que lo había hecho. Se acordó de la venda de áspera arpillera al ser retirada de sus ojos, la extraña sin dirección con la que incidía la luz verde-azul en su visión. Se acordó de la mano del abad Gethsemenite en su muñeca, del vuelo

de anticipación, la prisa vertiginosa, pero era el vértigo que le produjo cuando él puso sus ojos en el motor, el recuerdo que siempre se quedo con él.

El abad había muerto, asesinado junto con el resto de su secta por Vaun, pero el gran dispositivo retumbó avanzando sin cambios, los dos grandes anillos giratorios de negro acero girando en torno al eje central de la construcción como monedas hiladas. LaHayn tuvo que dejar de mirar la cosa. El movimiento de los anillos, la lenta órbita de las barras metálicas de los mismos, su movimiento le mareaba y casi le hizo desmayar. Era una maravilla

de una tecnología antigua y perdida, la forma en que componentes dispares trabajaban sin tocarse y sin aparentemente conexión alguna. El motor era tan grande como una casa, sin embargo, flotaba sobre el suelo de la cámara sin aparente esfuerzo, firme como una roca. Nada lo sujetaba, pero resplandecía en un color azul celeste. Los Tecno-adeptos una vez habían tratado de explicar el método y la ciencia que había detrás de él, pero LaHayn los había despedido. Fue suficiente saber que el motor había sido una creación del Dios-Emperador.

Se acercó a él. Una cerca baja de

barras de latón impedía que los incautos se acercaran demasiado, pero el diácono la ignoró, apartando a un par de encogido ingenieros del Mechanicus mientras entraba en el nimbo del campo de energía de la máquina. Los adeptos hicieron clic y zumbaron el uno al otro en flujos de datos urgentes. Al igual que cuchichearon sus matones, vestidos con túnicas grises sin rasgos característicos.

Una vez, al igual que cualquier otro tecno-sacerdote a su servicio, habían sido leales miembros del culto al Dios-Máquina, funcionarios jurados de Marte. Pero eso había sido antes de que

los agentes de LaHayn los hubieran contratado, secuestrado, subarrendados o detenidos por falsos actos de piratería. Como si fueran un mismo hombre, todos habían protestado y luchado contra las demandas que les había hecho, hasta que les mostró el motor. Era lamentable, en cierto modo. Cada Mechanicus, rompió voluntariamente su juramento y ellos mismos se comprometieron a su servicio en el mismo momento en que pusieron los ojos en el dispositivo. Ellos sabían lo que era, una conexión física con las grandes obras del Emperador. Tenían muchos nombres para él, Aparato-

Psymagnus, Anulus-Rex, la Mano-Divina… Pero LaHayn prefería la designación que los Gethsemenites habían dado al dispositivo. Ellos simplemente lo llamaron «el motor», un nombre apropiado para un dispositivo que tenía el poder para rehacer las estrellas.

Los últimos días del Dios-Emperador eran un misterio para muchos. Sus acciones en los oscuros tiempos antes de la traición del Señor de la Guerra Horus estaban envueltos en mitología y capas de ofuscación de diez mil años de espesor, pero en todos los tomos sagrados que hablaban de sus

actos finales antes de la consagración en el Trono Dorado, hubo menciones a sus obras, de las maquinaciones secretas que estaba a punto de conseguir en el laboratorio, debajo del Santo Palacio en Terra.

En los tomos prohibidos, LaHayn había descubierto restos de la antigua creencia, la generación actual del Ministorum los había declarado apócrifos. Recogió referencias a cosas que desafiarían las creencias actuales, nombres que no se atrevió a nombrar, hablaban de las estrellas como si fueran niñas, apenas recién nacidas y del nacimiento de nuevos dioses. El

diácono cortejó a la muerte un centenar de veces, sólo por atreverse a poseer tal conocimiento.

A través de todos los secretos reunidos, trazó un hilo, desenredando el nublado tapiz de la herencia del Dios-Emperador. Esa cadena de causalidades abarcó los años luz que se extendían desde Terra a Neva, prueba innegable de que este mundo lejano fue tocado por su mano, como se probó también el coloreado paso de la disformidad. Era fácil de ver cuando se ensamblaban las piezas y el lord sacerdote lo vio con brillantes y expectantes ojos. El motor era el legado

del Emperador a la humanidad, al mismo Viktor LaHayn. Como un centinela, había estado esperando aquí, por debajo de los muros de piedra de la Torre del Vacío Mantenido, esperando a alguien con la amplitud de miras como para conocer su propósito y despertarlo. No había absolutamente ninguna duda en la mente de Viktor, que él era ese hombre.

El diácono llegó tan cerca como se atrevió a los anillos girando y tendió la mano, dejando que sus dedos entraran en su aurora. Hilos de fuerza pasaron por medio de él, se convirtieron en un prisma de luz. Fue una suave caricia,

una mínima fracción de la verdadera energía interior. Podía sentir la materia primitiva de su cerebro luchar por comprender el poder de la misma, siempre era la misma sensación fugaz de algo magnífico, justo fuera de su alcance. Si tan solo…

No por primera vez, LaHayn dejó su mente vagar y soñar con lo que sería, cuando poseyera dicha capacidad. Tener el poder de convertirse en uno con la máquina… Tocar la mente distante de su dios… La enormidad de esa idea le golpeó dejándolo casi sin aliento.

—Pronto. —Las palabras salieron de

sus labios—. Va a suceder… muy pronto.

Se retiró más allá del cordón y se encontró a un supervisor de rodillas, el rostro del clérigo plano contra el suelo para no poner los ojos en el santo funcionamiento del motor.

—Mi señor diácono —dijo el sacerdote—, una comunicación de los altos riscos. Una fuerza de ataque se acerca en una la formación de escaramuza. Los servidores al cargo de los sensores informan que llevan la marca de la Sororitas.

—¿Cuántos? —preguntó apretando los labios.

—Diez, tal vez más. Sus siluetas coinciden con las configuraciones de transporte de tropas y vehículos blindados.

LaHayn hizo un juramento tan vil que el supervisor se estremeció.

—Mi mano se ha visto obligada. Las Hermanas de Batalla son demasiado estrechas de mente para aceptar cualquier explicación de nuestra misión aquí —suspiró—. No puedo permitir que interfieran. Usaremos a los piroquinesicos. Despliéguelos en defensa de la Torre del Vacío.

El supervisor se atrevió a mirar hacia arriba.

—¿Cuántos, mi señor?

—Todos ellos. El tiempo de las medias tintas se acabó.

Las órdenes se transmitieron y estas se convirtieron en hechos. En las primarias cámaras, donde las bóvedas de basalto del color del ébano mantenían los cubículos de vidrio, las guías de cables que colgaban y las garras abiertas de las grúa volvieron al trabajo de desbloquear las vainas psíquicas de sus soportes. Transportándolos de manera constante, como una paciente madriguera de insectos transmitiría sus preciosos huevos entre colonias, las máquinas tomaron las enormes vainas

llenas de líquido para sacarlos de sus nichos, arrojando el contenido sobre el suelo de oscura roca. Uno por uno, el durmiente ejército de brujos de LaHayn estaba siendo brutalmente despertado, en el fondo de sus mentes alteradas, la ira encendió fuegos que los supervisores dirigían hacia el enemigo que se acercaba.

Dentro de toda esta actividad, en medio de todo el movimiento de carruajes y engranajes girando en las instalaciones de cables de la fortaleza, un solo tren de remolques de carga se movió contra corriente, hacia arriba invisible desde las cerradas gradas.

* * *

Los pilotos llevaron su arte de vuelo al máximo a través de los traidores estrechos rocosos que rodeaban la Torre del Vacío Mantenido, manteniéndose a baja altura para evitar los chorros inconexos de fuego antiaéreo de los emplazamientos bólter sobre las almenas superiores. La Canonesa Galatea había descartado la apertura de un canal a la ciudadela con cualquier solicitud de rendición, sabía que podían ver claramente los distintivos colores negro y plata de los vehículos y sabrían

cuales eran los pasajeros de los transportes, sabían de sobra quién se les acercaba. Si los habitantes de la Torre del Vacío querían pedir la paz, tuvieron una amplia oportunidad de preguntar por ella, no es que se les hubiera concedido ninguna, pero la oportunidad la tuvieron.

Los afilados picos que bordeaban los valles que conducían a la Torre de negra piedra eran estrechos e intimidantes. Galatea había consultado con la comandante de las Serafines, la Hermana Chloe, durante el vuelo hacia la zona de concentración y a través de conferencias hololíticas con el oficial de

sensores a bordo de la *Mercutio*, un tosco plan de asalto había sido elaborado para el ataque a la fortaleza. La ocultación, al parecer, era el punto fuerte de la ubicación, pero una vez se sabía dónde buscar, la ventaja se perdió, no era ni más ni menos defendible que la docena de otros castillos y fuertes, que su orden había asaltado y tomado en el pasado. Lo escondió bien, pero había una pequeña fracción de la Canonesa que estaba emocionada por la perspectiva de la batalla. Demasiado tiempo en las altas esferas de la sociedad de las clases adineradas de Neva la habían hecho

sentirse distante y alejada de la verdadera finalidad de la Hermandad, la gloria que iba a ser tomada al castigar a los desleales.

Su intención no era devastar la torre, si no romper las líneas de defensa y tomar a los que estaban dentro como prisioneros de la iglesia. La Canonesa contaba con que el señor diácono y las errantes Hermanas de la unidad de Miriya acabaran entre sus presas, sería más fácil para sus tropas reunirlos a todos y devolverlos a Noroc para una investigación inquisitorial completa, en lugar de tratar de aclararlo a través de la red de acusaciones cruzadas aquí.

Cualquiera que sea el resultado de hoy, eso significaría que la iglesia y el estado de Neva cambiarían para siempre, esas serian las consecuencias.

Fue difícil para el Canonesa asimilar la idea de que las altas esferas de la eclesiarquia estuvieran unidas a una liga de psíquicos, pero peores traiciones habían sucedido.

Las naves se separaron de la formación y comenzaron un rápido despliegue, bajando hasta hacer patinar su tren de aterrizaje sobre la negra arena sin siquiera ralentizarse a un vuelo estacionario. Las rampas bostezaron al abrirse y las Hermanas de

Batalla se lanzaron fuera, arrastrando cuerdas de descenso que frenaban la caída y prevenían a las mujeres de que se rompieran el cuello. Otras naves vomitaban las formas de lingotes que eran los tanques. Galatea vio las palas fijadas al frontal de los Represores demoler todo los que les molestara hacia delante y las negras formas de los Immolators que aguardaban en el perímetro exterior de la fortaleza. Unidades de Hermanas Vengadoras y Serafines iban con ellos, un claro en el cielo hizo que brillaran sus armaduras.

La voz de Chloe crujió en su oído.

—Mi señora, acabamos el

despliegue. Cuando quiera puede dar la orden de ataque.

—Adelante —dijo por su canal vox. Con esa orden de mando, la nave que la trasportaba cayó hacia el suelo y las Celestiales de su guardia personal se dispusieron a desembarcar. Sucedió rápidamente, la nave rozó la nube de suciedad con un aullido hueco y Galatea se lanzó fuera de la escotilla abierta. Luego, la inundación caliente de los propulsores detuvo la corriente descendente, la forma angular fue capaz de recorrer rápidamente la distancia y la Canonesa se puso finalmente en pie, rodeada por negros

muros de piedra y mujeres hambrientas de guerra—. Seguir adelante… —empezó a decir, pero una salva atronadora de bolas de fuego, corto el aire delante de los tanques, ahogando su voz.

—¿Lanzallamas? —dijo una de las Celestiales—. Armas Infierno, ¿tal vez?

Había una mancha familiar en el aire, un espesor grasiento que hacía se le revolvieran los intestinos.

—No son lanzallamas —gruñó—, es fuego Brujo.

Cerca de la Torre del Vacío, puertas ocultas rodaron y se abrieron, escupieron hacia afuera un chorro de

figuras, desordenadas, violentas que actuaban como locos. Como un solo hombre, todos estaban en llamas, tirando flujos y esferas de fuego artificial de su cuerpo a las Hermanas.

Galatea se persignó con el signo del águila y comenzó a disparar.

* * *

El camino desde el centro de comunicación no era ni de lejos el más rápido, ni tan simple como había sido su ascenso. El ascensor se negó

firmemente a obedecer los comandos de una cada vez más, frustrada Verity, finalmente, las Hermanas se vieron obligadas a descender a los niveles inferiores de la torre del homenaje por los zigzags de la escalera de acero que corría al lado del hueco del ascensor. Se movieron casi en silencio, sin hablar, con sólo el ocasional gruñido de dolor de Isabel para acentuar su paso. Bajaron hacia abajo por lo que parecía un incontable número de pasos. Al azar, traquetea el metal al pasar o por las distantes explosiones. Los sonidos parecían vagos y de segunda mano, los oscuros ecos de una batalla que se

libraba por los demás.

Con el tiempo, las escaleras se extendieron a una cubierta superficial de metal corrugado y mallas, desnudas y abiertas. Verity cometió el error de mirar hacia abajo, a sus pies y noto un nudo en el estómago. En la penumbra rojiza, parecía como si estuviera de pie en el aire, el eje de acceso caía lejos a las profundidades abisales por debajo de sus botas. Miró hacia otro lado, teniendo cuidado de mantener en todo momento la mirada fija a la altura de la cabeza.

Había un balcón en el borde de la cubierta, se veían muelles con secciones

de piños, cables y cadenas permitía a los pequeños teleféricos decorados con la pauta del engranaje metálico del Mechanicus atracar allí. Se parecían a versiones más pequeñas de los vagones-ómnibus de Noroc, incluso desde el saliente se veía parte de los mandos, conmutadores y mangos de velocidad. Otros muelles estaban vacíos, mostrando sólo crispados manojos de cable.

Cassandra estudio los diales de bronce incrustados en la más cercano de los teleféricos.

—Los supervisores deben utilizar estos vehículos para viajar por el

interior de la Torre del Vacío. —Tiró de una fila de interruptores basculantes, cada una marcado con una cadena de texto en estilo neogótico—. Los destinos dentro de la torre se enumeran aquí. Algunos están bloqueados desde fuera.

—Muéstramelo. —Verity observó como Miriya se acercaba. Cassandra señaló interruptores con finas jaulas de latón sobre ellos y huellas que hacían de cerraduras necesitarían que un sello fuera colocado. La Hermana de Batalla sacó el dedo cortado de Ojis de un compartimento de su cinturón y lo probó en las huellas, los interruptores se abrieron obedientemente.

—Éste… —dijo la Celestial, escogiendo un teleférico—. El bueno de Ojis, amablemente, nos ha dado paso a los niveles restringidos de la ciudadela.

La voz de Isabel vaciló por el dolor reprimido y reflexivamente Verity se acercó a ella para comprobar sus vendajes.

—¿No fueron las directivas de la Canonesa claras, Hermana Superiora? Perdóneme, ¿pero no dijo que debemos tratar de enlazar con la fuerza de desembarco de fuera?

Miriya asintió.

—Esa es mi intención. —Con un clic de engranajes aceitados, la puerta de

malla en el teleférico se abrió—. Pero sólo después de haber completado nuestra misión inmediata.

—¿Encontrar a Vaun? —preguntó Verity distraídamente, frotando un filtro contra-infeccioso en las vendas de Isabel.

La Celestial negó con la cabeza

—Matarlo.

* * *

Los piroquinesicos avanzaron contra las líneas de escaramuza de las Sororitas en

una ola de fuego profano, el hedor ha podrido se alojaba en sus carnes, haciéndolo avanzar por delante de ellos en el seco viento. Los chorros de prometium naranja de los lanzallamas pesados de las primeras filas se arquearon hacia fuera y arriba para ir a su encuentro, pero el líquido no los quemaba, salpicando inofensivamente al ejército de brujos, lamiendo sus talones como si solo estuvieran haciendo surf.

Desde su privilegiado punto de vista, la Canonesa Galatea vio el fracaso de las armas basadas en el fuego y gritó una orden por su vox

—Bólters ¡adelante! Solamente armas de proyectiles y de energía. —Con infalible precisión, las Hermanas de Batalla con lanzallamas se retrasaron dejando a sus compañeras con bólteres y cañones de fusión tomar posiciones en primera fila. Los piroquinesicos que se aproximaban se toparon con una lluvia de proyectiles y ondas de microondas que hervían todo a su paso.

Con furia, Galatea se dio cuenta que el tiroteo no rompió su avance. Los afectados por el fuego enemigo se tambalearon, algunos cayeron, pero apenas los suficiente para notar una diferencia. Unas figuras ardientes

abrumaron a la tripulación de un Represor, abrasando la tierra bajo él, luego algunos brujos corrieron hasta el tanque Represor y lo atacaron con el fuego psíquico de sus manos desnudas.

Sus dedos como garras envueltos por un halo de llamas, se hundieron en el metal de los flancos del vehículo blindado y de la hoja topadora. El calor psíquico arruinó el blindaje, acribillando el represor con boquetes allí donde los piroquinesicos excavaban su superficie como atizadores calientes presionando contra la cera. La tripulación del tanque estaba disparando en todas direcciones, pero

las criaturas parecían ajenas a los ladridos de trituración de las armas. Galatea vio a uno de los hombres ardientes arrancar la escotilla del tanque y tirarla, apenas un segundo después, se oyeron desgarradores gritos desde el interior del vehículo inundado ya con fuego brujo.

La Canonesa gritó una oración de batalla con toda la fuerza de sus pulmones e instó a sus tropas al combate cuerpo a cuerpo. Arriba, oyó el rugido gutural de los jet-packs cuando la Hermana Chloe lideró a las Serafines, cada mujer trazando hacia arriba rayas de blanco humo, cada una con una

pistola en cada mano haciendo fuego sostenido trazador a través del enemigo que avanzaba.

La velocidad de los brujos-demonios era aterradora, se movían como un enjambre de insectos, con volteretas entre ellos y trepando cualquier obstáculo, escupiendo fuego a todo lo que les rodeaba que pudieran quemar. El bólter de Galatea aullaba en automático, vaciando el cargador sobre los piroquinesicos más cercanos a los que podría apuntar. Los psíquicos bailaron y se movieron bajo su fuego, pero no cayeron. Vio grandes trozos de grasa de la carne en llamas salir

arrancada de ellos y todavía seguir atacando. Cualquiera que fuera la fuerza diabólica que los impulsaba, era increíble.

A su lado, una Hermana de batalla con el pelo del color del granito se unió a la Canonesa con su bólter de asalto. Fue suficiente, los psíquicos estallaron por las ráfagas en una conmoción de ruido, detonaciones calientes, fragmentos carnosos y agujas de hueso.

—Por la Sangre del Emperador, estas criaturas son difíciles de matar… —gruñó la Hermana de Batalla.

Galatea le lanzó una mirada.

—Somos afortunadas entonces,

porque tenemos mucho de ese arte que proporcionarles.

—Sí —espetó la mujer, girando en su lugar para barrer las líneas del enemigo. Su arma brilló de color rojo anaranjado y más gritos de muerte llenaron el aire atascado por el humo.

* * *

El teleférico siguió elevándose a través de la repisa de la Torre del Vacío, pasando por niveles donde los supervisores iban y venían como pájaros

espantados o por oscuros niveles que mostraron destellos de funcionamiento tan antiguos como el cielo. Se movían demasiado rápido para determinarlo, pasando por angostos canales apenas lo suficientemente amplios para que dos teleféricos pudieran caber dentro, luego súbitamente volvían a salir a los amplios huecos abiertos sembrados de plataformas de madera. El fino resplandor de viejos biolumes les dio a las Hermanas de Batalla poca oportunidad de ver mucho más de su entorno en destellos, pero podía oír el repiqueteo distante de una gran maquinaria y el ruido lejano de los

disparos.

Verity se quedó cerca de la hermana Isabel. La mujer se negó rotundamente a permitir que la Hospitalaria hiciera algo más que un examen superficial a su brazo herido, incluso se negó a que le cambiara los vendajes que se habían vuelto ya de un color marrón oxidado por la sangre coagulada. Lo único que había aceptado de Verity fueron algunas almohadillas dérmicas, pequeños discos adhesivos impregnados con fármacos que anulaban el dolor. Un trío de los círculos de gasa blanca rodeaba el cuello de las Sororitas lesionadas, como

un collar de apagadas joyas. El rostro de Isabel estaba constreñido mostrando su agonía, su piel estaba pálida y cetrina.

Verity saco un inyector de la caja en su cadera y marcó una dosis potente del restaurador en los tubos de vidrio de su interior.

Isabel la miró con recelo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Necesitas medicación —replicó Verity—. Es mi deber dártela.

—Me niego —respondió la Hermana de Batalla—. Mis reflejos deben ser agudos, ahora más que nunca.

—Haz lo que dice la Hospitalaria —

dijo la hermana Miriya bruscamente—. El dolor es una distracción. Necesito que estés centrada.

Isabel se quejó en voz baja, pero dejo que Verity le diera la dosis. La mujer levantó la vista cuando ella retiró el inyector. Un zumbido agudo hacia cosquillas en el borde de su audición.

—Ese ruido…

Había poco espacio en el interior del teleférico y la caja de hierro se balanceó sobre sus cables de guía, mientras Miriya alzaba su pistola de plasma en la mano. Lo había oído también.

—¡Atentas!

Láseres, finos hilos rojos como el

odio, aparecieron desde la oscuridad atravesando el teleférico. Verity aulló cuando un rayo cortó la longitud de un dedo de la punta de su cabello, pero nadie resultó herido.

Miriya y Cassandra dispararon hacia el negro hueco y algo explotó con un estruendo estremecedor, pero los zumbidos no cesaron.

—Servo-cráneos —explicó Isabel, utilizando el hombro de Verity para sostenerse a sí misma—. Guardianes, seguramente. Nos estamos acercando a los niveles sellados. —Dos orbes más, de sonriente plata persiguieron el teleférico mientras ascendían,

moviéndose entre puntales de apoyo, como guardando el paso.

Isabel disparó, falló, y maldijo. Cassandra en cambio acertó a su objetivo, dio a uno de los cráneos de lleno en su mecanismo de control anti-gravedad. El autómata se salió de control y chocó con su compañero, destruyendo a ambos.

Verity trató de mirar hacia fuera de la abierta base, pero sin previo aviso Isabel la arrastró hacia abajo tirando de un puñado de sus ropas. Hubo una impresión fugaz de algo enorme y metálico cayendo de los niveles superiores, el teleférico sonó como una

campana cuando un sirviente revestido de latón con un arma aterrizó en medio de las Sororitas. Las cuatro estaban demasiado cerca, para que las mujeres armadas pudieran disparar a la máquina-esclavo, Verity se ahogo en el miedo cuando este apuntó su arma multi-cañón Stubber hacia su cabeza. Algo hizo clic y se quejó en el interior del mecanismo de la pistola, pero sin disparar. Estando tan cerca del sirviente, que Verity podía ver su único ojo humano mirándola y la capa de saliva de los labios del ilota. Se movió, tratando de aplastarla contra Isabel.

Ella golpeó al híbrido con la única

arma que tenía a mano, el inyector, enterrando la aguja en la gelatina húmeda de su ojo orgánico. El dispositivo descargo una cantidad masiva de poción estimulante y el sirviente-arma se puso rígido por la sorpresa. Dio un grito ahogado, traqueteo y se quedo lacio sobre sus propias piernas de pistones.

—¿Lo has matado? —aventuró Isabel.

Verity tragó saliva para liberar de su boca el sabor de la bilis.

—Un ataque al corazón —Miró el inyector vacío en su mano.

Cassandra frunció el ceño,

examinando la carcasa del mecanismo muerto.

—Mirad, ¡aquí! —dijo señalando un lateral del arma—. Ya estaba dañado. Parece un impacto superficial de un lanzallamas.

Miriya acunó su pistola, mirando la oscuridad mientras subían por ella.

—Deberían haber más de ellos por ahí. ¿Por qué no hay más?

—Gracias al Trono por los pequeños favores —dijo Verity, mientras el teleférico traqueteó sobre un conjunto de puntos y comenzó a desacelerarse. Se volvieron, el teleférico se tambaleaba ligeramente de un lado a otro, mientras

una plataforma de acoplamiento plana apareció a la vista. En la consola, el marcador de distancias hizo clic en cero y sin mayores sorpresas, llegaron a la plataforma.

Las mujeres desembarcaron rápidamente. Fue Cassandra quien encontró los cadáveres de dos servidores-arma más, muertos y con ellos un hombre de piel oscura con la sucia bata de un prisionero. No había apenas carne en los antebrazos del hombre, ni sobre los palos quemados que eran sus dedos. Su ropa estaba sombreada con líneas de abrasión.

—¿Qué ha pasado aquí? —exigió

Isabel, irritada.

Miriya miró con expresión sombría un tren de vagones de carga cerrados acoplado a otra de las bahías de la plataforma.

—Significa que no somos los primeros en llegar.

* * *

Los megáfonos bramaban las palabras del lamento de Katherine y Galatea sintió el oleaje de la pasión en sus venas. Inesperadamente, una sonrisa

salvaje estalló en su cara. Sí, había muerte y destrucción a su alrededor, sí, sus hermanas estaban luchando y muriendo en conflicto con una masa de loa peores brujos, pero por los ojos del emperador, se sintió llena de fuerza e ira divina.

La Canonesa se metió en el mar de llamas y tomó las almas corrompidas que se atrevieron a oponerse a ella. A su espalda, sus guardaespaldas de élite, las Celestiales marcharon con el himno de batalla en sus labios y sangrienta venganza cayendo donde quiera que volvieran sus armas.

Un monstruo piroquinésico bajo

desde las rocas de basalto, aullando su ansia de asesinar. El brujo había sido casi destrozado por la detonación de una granada de fragmentación, arrancando las piernas del psíquico de su cintura, aún así el mutante entró gritando a través de la aureola de fuego de dorado que lo cubría, proyectándose hacia adelante con sus nervudos y delgados brazos. Se lanzó a por Galatea, su boca abierta presentaba una garganta llena de ardientes bilis.

El Canonesa reacciono con sobrenatural velocidad, la adrenalina corriendo por sus venas en una inundación de la santa vivificante. El

percutor chasqueó en su bólter, la pistola estaba vacía, tomó una cadena en su cinturón y la lanzó hacia arriba. Al final de los enlaces de estaño estaba una bola de oro del tamaño del puño de un hombre, un incensario, todavía humeante con una poción de aceites consagrados y hierbas sagradas. Galatea lo sacó a juego, utilizándolo como una maza, bateando al piroquinésico desde lejos con un solo golpe. La solución contenida en el incensario se derramo en el rostro de la patética criatura y lo envió gritando sobre el crudo suelo. Allí estaba tendido, arañándolo hasta morir mientras los potentes aceites se

comieron su rostro y parte de su pecho como si fuera ácido.

Galatea recargo y siguió su camino, sus Celestiales disparando en huracanes de fuego controlado. Hubo un momento desde que el ataque de los piroquinésicos había comenzado, cuando el impulso del avance de las Adeptas Sororitas flaqueó, pero la Canonesa lo había reactivado y ahora los psíquicos estaban en desorden. Rota su pared de fuego asesino, eran más fáciles de matar en grupos aislados.

El traqueteo constante del bólter pesado y los silbidos ensordecedores de los cañones de fusión abrumaron el

estruendo de los fuegos brujos aislados. El poder brutal, sin gobierno ni guía, no era rival para el despiadado fervor imparable de las Hermanas de Batalla. Para una mujer, sintiendo la mano del emperador a sus espaldas y el espíritu de la mártir henchido en sus corazones. No había peor delito, como el oscuro horror de la brujería ante los ojos de una Adepta Sororitas, nada tan vil y tan sucio como un alma que había dejado de lado la calidez de su luz y que volviera su cara lejos, a la avaricia, a la negación del Dios-Emperador hacia la anarquía del caos. Su fe inquebrantable las protegía contra la malicia de los

enemigos, era tal la fuerza de voluntad interna que el más débil de los brujos encontraría sus trucos faltos e ineficaces, pero a lo que se enfrentaban hoy era de un orden muy diferente. Si la hermana Miriya estaban en lo cierto, se trataba de mutantes por la mano del hombre, y peor aún, la mano de uno que llevaba el atuendo de la Alta Iglesia.

Los tanques fueron frenados por el enemigo, pero ahora avanzaban con paso firme, aplastando los huesos ennegrecidos de los brujos caídos en las volcánicas arenas que cubría el lecho del estrecho valle. Lenguas calientes de

la energía de múltiples cañones de fusión brillaron, arrancando herejes de las almenas de la Torre del Vacío Contenido.

La voz de la hermana Chloe pidió paso por el canal vox reservado a generales, sus palabras tenían un tono tenso y urgente.

—Escuchadme ahí abajo. Los brujos están retrocediendo. ¡Tengan cuidado!

—Es una trampa. —Las palabras salieron de sus labios antes de que Galatea siquiera fuera consciente de que había hablado, un cierto sentido arraigado de la batalla la hizo llegar a la conclusión antes de que su mente

consciente siquiera tuviera constancia de ello—. Todos los tanques, converjan el fuego sobre la cavernosa entrada a la Torre del Vacío. No hagan caso de ningún otro objetivo.

—¿Qué otros objetivos? —indicó la Hermana de Batalla de pelo gris con el bólter de asalto alzado, de nuevo a su lado. Sus palabras murieron en su garganta mientras los últimos brujos se reunieron y comenzaron a contraatacar arrojando fuego en su dirección.

En el mismo instante, las bolsas de arena negra sobre sus pies empezaron a burbujear y se agitaron. Piroquinesicos tiznados, radiantes de odio, se

arrastraron desde sus madrigueras debajo de la tierra, emergiendo detrás del avance de las Hermanas. Galatea se volvió y les atacó antes de que pudieran liberarse de la suciedad basáltica. Las Celestiales cayeron en un nuevo combate, lanzando su fuego de proyectiles a todos los puntos de la brújula.

—Demasiado poco, demasiado tarde —gruñó Galatea a sus enemigos—. Las tácticas primero, la fuerza después —les sermoneó—. El que manda estos soldados los está derrochando.

Los tanques ahogaron el sonido de

la derrota de los psíquicos mientras disparaban una destructiva andanada. Más allá de las escasas filas de los brujos, los cañones de los Immolators dieron en el blanco. Piedras de oscura obsidiana y pesado hierro se dividieron en pedazos cuando las esferas de la fuerza explosiva las arranco de su camino hacia la Torre del Vacío. La integridad del recinto se rompió y el ataque Sororitas se encendió.

—La puerta está cerrada —dijo la mujer desgarbada, Vaun le lanzo una mirada por encima del hombro—. El viejo canalla no piensa, simplemente abrirlas, aunque se lo pidas bien… —

Ella sacudió sus dedos, donde las rayas de fuego verdoso se aferraban a través de las filas de los nudillos, escupió en las negras puertas negras de extraño hierro.

* * *

Vaun echó un vistazo a los cadáveres dispersos de los servidores-arma, solo piezas rotas quedaban ahora de la fuerza de máquinas-esclavo que los supervisores habían dejado perecer en defensa de la cámara del motor.

Frunció el ceño, incapaz de encontrar algo adecuado. El psíquico dirigió su atención a los fugados. Finalmente sus ojos se posaron con fuerza en un hombre gordo, calvo y sudoroso de todos los que estaban en la húmeda caverna. Una línea de baba ácida lamió sus flácidos labios, salpicando sus pies.

—Escupe-llamas, ¿verdad? —Vaun se le acercó, midiendo el tamaño del hombre. Parecía estar lo suficientemente cerca para lo que necesitaba.

El gordo asintió, una vez más la baba salió de su boca mientras hablaba.

—A veces, simplemente no puedo

mantenerlo dentro. —Tenía un acento de alta cuna, la prueba de que no todos los que rapiñó LaHayn eran sólo plebeyos de Nevan. Los otros prisioneros retrocedieron, sintiendo el peligro—. ¿Qué tiene de malo?

Vaun sonrió cálidamente.

—Nada. Que nos vas a venir muy bien. —El psíquico cerró los ojos y convocó un martillo de fuerza psíquica dentro de su mente, lo lanzó ante sí en un súbito golpe de aire desplazado. El gordo fue lanzado chillando a distancia, estrellándose contra las pesadas puertas.

—¿Qué…? —El choque robó al brujo el aliento. Trató de levantarse,

pero la fuerza de la presión le había roto las dos piernas.

Vaun imaginó la agitación del ectoplasma psionico, cociéndose a fuego lento en el amplio intestino del hombre gordo. Su tipo de piroquinesia era de una peculiar raza, manifestando su habilidad como los míticos dragones, escupiendo fuego desde un depósito inagotable de bilis incendiaria. El gordo y los de su clase eran lanzallamas andantes.

El psíquico con su mente hizo que se convirtiera en realidad. Proyectó una temperatura de ebullición en el interior del hombre, haciendo que este se

lamentara, viéndolo retorcerse y gemir. Las reacciones químicas hicieron que su cuerpo se expandiera, las carnosas papadas grises en el cuello se expandieron tensando fuertemente su apretada piel. Los seguidores errantes de Vaun fueron a esconderse rápidamente y de pronto el hombre gordo explotó. La húmeda pulpa resultante golpeó la puerta, eliminando el extraño hierro, masticando un irregular agujero en ella. Las puertas se inclinaron y se hundieron de sus enormes goznes.

Vaun entró en la cámara del motor con la cabeza bien alta y una áspera risa

en el pecho.

* * *

La hedionda ola de conmoción, apestosa y pútrida golpeó a LaHayn contra el ornamentado pódium dorado de control, instintivamente agarró el arma de Argentium conectada a la muñeca por un rosario de ónice. Afilados rayos láseres atravesaron la cámara disparados desde armas automáticas y servidores por igual contra los recién llegados, a través del

ruido, reverberando el sonido del odio y la diversión de un solo hombre le dijo de inmediato, quien se había atrevido a irrumpir en el santificado recinto.

Los Tecno-adeptos en sus púlpitos por debajo de él, intentaron desligarse de sus Cogitadores e huir, pero el lord sacerdote los atacó con salvajes golpes.

—Necios cobardes. No es el momento de abandonar el trabajo. Proceded como os ordene, ¡que comience el espectáculo!

Ellos siguieron a regañadientes sus órdenes, mientras el tiroteo continuaba, un crujido de antiguos dientes hicieron eco alrededor de la cámara. LaHayn vio

como en una gran pared de la sala de máquinas, creció una fisura vertical a lo largo de toda su longitud, la apertura avanzaba con su propia pesada velocidad emitiendo un resplandor rojo cereza. Las puertas de metros de espesor, se retiraron para permitir rodar una fuerte ola de calor seco, más allá de ellos la garganta abierta de la chimenea volcánica en el mismo corazón de la Torre, la vista mostraba las lentas mareas del magma central de la montaña.

Los anillos del antiguo dispositivo se deleitaron reflejando el resplandor rojizo, aumentando la velocidad al

ritmo del poder de la llave geotérmica. Por un momento, LaHayn se olvidó de la batalla que se libraba en las inmediaciones y sintió una flor de excitación infantil en su interior.

—Querido Dios-Emperador, ¡está funcionando! —Con brillantes ojos, el diácono hizo la señal del águila y ungió los controles en su podio con un frasco de ungüento sagrado. Levantó la vista, apenas capaz de contener las lágrimas de alegría, ya que los planos de metal cambiantes dentro de los anillos giratorios cambiaban y se combinaban. Se volvió y se fundieron en algo que sólo podría haber sido un trono.

LaHayn manipuló los controles, moviendo los dedos sobre ellos en patrones complejos que se habían convertido en rituales personales—. Sí —exclamó—, por fin, la conjunción de eventos ocurre. Como se predijo, ¡como debe ser!

El trono de hierro ampliaba la luz, girando en una barra de color blanco brillante, aparecieron grietas en el suelo bajo él, en la negra piedra negra con la fluctuación de la energía. El sacerdote se dejó caer, saltando hacia él, la bendita radiación envolvía el trono en tonos cálidos y suaves nubes.

No estaba a más que un brazo de

distancia, cuando la veta de fuego arremetió contra él. El hilo de fuego de la fuerza psionica entró en el cuerpo de LaHayn por la espalda, justo debajo de su caja torácica. Corto directamente a través de él en una fuente de vapor de agua y sangre, el derretimiento de los huesos y la carne de los órganos. El diácono se estrelló contra el suelo de basalto, el reflejo opaco de su rostro agonizante mirando hacia atrás.

Vaun hizo un ruido desaprobador con chasquidos mientras se acercaba.

—Su problema, siempre ha sido dejar todo para el último momento, Viktor. —El psíquico hizo un gesto con

la mano, dejando que otra salva de líneas de llamas siseara desde sus dedos, devastando el más cercano de los tecno-adeptos. Se detuvo sobre el sacerdote mientras LaHayn luchó para arrastrarse hacia el trono a través de la piedra—. No, no. Ahora es demasiado tarde. Tuvo su oportunidad.

—No… estábamos listos… —el diácono gimió—. Hasta… ahora…

—Eso es justo lo que quería saber —sonrió Vaun. Levantó la vista, lamiéndose los labios—. Esto es, ¿entonces? ¿El Psi-motor de Neva? ¿La máquina que me va a hacer un dios?

—No… No osaras…

—Oh, sí, si lo hare —replicó Vaun —, y porque me siento hoy tan generoso, voy a dejarte vivir lo suficiente para ver qué sucede. —Dejó atrás a LaHayn y entró en la resplandeciente aurora—. Adiós, Viktor. Y gracias. —Sentándose en el trono de acero, estremeciéndose con el poder.

El sacerdote se puso a su lado y se apoyó.

—Ah. No, querido muchacho. Has de saber… Que soy yo quien te lo debe agradecer.

Por primera vez, la incertidumbre se formó en el rostro del psíquico. Abrió la

boca para decir algo, pero el trono se doblada sobre él, envolviéndolo en superficies planas de ardiente metal.

Vaun gritó, pero era la risa de Viktor LaHayn la que llenó sus oídos.



Diecisiete

El eco de los disparos efectuados por la última e inútil defensa establecida en torno a la cámara del Ingenium, resonó por el corredor que bajaba hasta la estación de los teleféricos. Miriya hecho una lúgubre mirada a través de sus hermanas, más allá de la puerta de hierro, justo entonces entraron en la

cavernosa sala, advirtieron de donde provenía lo que ellas pensaban se trataba de iluminación color sangre, sobresaliendo por encima de los restos desgarrados de los matones, de los sacerdotes muertos, de los psíquicos prisioneros masacrados y los controladores del púlpito de oro, había grandes anillos de energía pululando alrededor del motor, haciéndolo levitar desafiando la gravedad. Miriya y las otras mujeres fueron golpeadas en silencio por la visión de la máquina, los rugidos atronadores de la blanca y crepitante energía eran impresionantes, reflejaban el color azul actínico de sus

bobinas, cadenas de texto en gótico antiguo emergían de los anillos, separándose y flotando en el aire como hojas arrastradas por el viento, un pulso retumbante palpitaba en los flancos cambiantes de metal del núcleo de la increíble maquinaria y con cada pulso que emanaba, las Sororitas podían oír los lamentos, los gritos lastimeros de un hombre.

Vaun. El sonido de su voz les heló hasta los huesos, no era el tono arrogante, brutal y confiando que habrían llegado a esperar del psíquico, sino más bien, un alarmante grito de terror, como si su alma estuviera siendo

desgarrada y despojada de su cuerpo.

La boca abierta del volcán quemó el aire, con grandes andanadas vacilantes de calor, besando sus expuestas pieles y empapando de sudor sus cuerpos. Miriya sacudió la cabeza para romper el hechizo de la fantástica máquina y gritó órdenes a sus Hermanas. Reaccionaron sin prisa, con lentitud, pero sin vacilar.

—Verity e Isabel, permanecer aquí. Cassandra, tú y yo acerquémonos al… al dispositivo… —Miriya comprobó la carga de su pistola de plasma y frunció el ceño, la célula de energía del arma estaba cerca del nivel de agotamiento.

—Con todo respeto —aventuró

Cassandra—, pasa hacer esto necesitaremos todas las manos disponibles. —Hizo un gesto hacia los muertos esparcidos a su alrededor—. En menor número, te garantizamos que vamos a compartir su suerte.

—Sí —añadió Isabel—. Iré vigilando la retaguardia, me quedaré atrás para vigilar, la Hospitalaria podrá observarme por si vacilo.

Miriya miró a Verity.

—¿Qué dices, Hospitalaria?

Pero la mujer dirigía su mirada hacia la máquina.

—Mirad —advirtió levantando la mano para señalar—. El diácono…

La Hermana Superiora escuchó la resonante voz de LaHayn llegando hasta ella y su rostro palideció.

—¡Dios-Emperador, no!… ¡Por favor, no! —exclamó alarmada—. Ya ha comenzado —su rostro palideció al agregar—. ¡Hemos llegado demasiado tarde!

—¡Suéltame! —gritó el psíquico, con cada célula viva de su cuerpo, resplandecía por la crepitante energía disforme que absorbía—. El poder…

—¿Poder? —se burló LaHayn, arrastrándose hasta la parte superior de su podio—. Pero eso es lo que querías, ¿no es así, Torris? ¿Poder más allá de

toda avaricia, poder para la violación, el asesinato y el saqueo de toda la galaxia? Ahora puedes degustarlo todo.

Vaun gritó por su agonía, golpeándose a sí mismo contra la cubierta transparente de metal que lo mantenía cautivo dentro de las espirales giratorias de energía.

—Dime cómo te sientes, hombrecito —preguntó el diácono, con los ojos fijos en el rostro arruinado y dolorido de su antiguo aprendiz—. ¿Qué se siente al ser un recipiente demasiado pequeño para contener el magnífico potencial del empíreo? —rió—. El sufrimiento debe ser indescriptible —movió palancas y

diales que no habían sido accionados en más de diez milenios, haciendo evolucionar la enorme masa del motor, a su vez, el zumbido palpitante de la energía extraída del lago de magma aumentó furiosamente, a medida que fluía por debajo de ellos aumentada por la cada vez mayor necesidad de energía de la antigua maquinaria.

—Eres un tonto, Torris —dijo el diacono—. Estoy casi triste por la manera en que te he atraído hacia mí, resulta hasta extraño pensar que en algún nivel, llegue a pensar en la posibilidad de que fueras superior a mí, supongo que se trató de la vana

esperanza del maestro, ¿no es así? ¿La esperanza de que algún día el alumno favorito supere al maestro?

—Te odio —escupió Vaun—. Maldito seas. —Trató de reunir al fuego en su mente, pero hasta la última gota de la llama primaria que podía reunir era absorbida inmediatamente por las furiosas descargas que lo rodeaban.

—Oh, ¡me hieres! —exclamó LaHayn fingiendo sufrimiento—. Pero ya no lo harás nunca más, como el hijo errante que eres, has vuelto para vengarte contra la figura paterna de tu patética y desperdiciada vida, te ha cegado la avaricia y el rencor, el deseo

anárquico sin sentido, por ello, no has advertido o sospechado siquiera una sola vez, que llegaste hasta aquí porque yo, así lo quise —gritó las palabras—. Estás aquí porque te lo he permitido, muchacho. Me quedé al lado de las Sororitas en Groombridge, ¡permití que llegaras y jugaras tus tontos juegos con Sherring!

Vaun negó con la cabeza.

—¡Mentiroso! —gritó a causa de la rabia, apretando sus puños por la impotencia.

—Es difícil de aceptar, ¿verdad? —LaHayn tosió y se limpió la sangre de sus labios—. Pero es la verdad. Sabía

que nunca te haría venir por medio de la captura o la coacción, tuve que hacerte pensar que, ¡todo era idea tuya! —Se apoyó sobre el borde del podio—. ¿Quién crees que ayudó a Sherring para que descubriera la ubicación de la torre del vacío? ¿Quién fue el que dejó que se corrompiese a la tripulación de la *Mercutio* o armó en secreto a sus fuerzas en Metis? ¡Yo!, tonto, me diste la excusa para destruir, ¡al rival más problemático de este negocio! —el sacerdote sonrió, mostrando los dientes manchados de sangre—. Quiero que entiendas esto, muchacho, la libertad que has disfrutado, cada libre elección

que piensas que has hecho, todo ha sucedido con mi permiso, cada día de tu patética vida, desde el momento en que alzaste la mano en llamas fuera de la iglesia, has viajado solo para cerrar mi correa alrededor de tu cuello —las palabras de LaHayn se ahogaron a causa de una dolorosa tos, cuando levantó la vista de nuevo, un odio inflexible salía en espiral de sus ojos—. Fuiste mi mayor triunfo, Torris, el más fuerte, el más poderoso asesino psíquico que jamás había fomentado, pero no eres nada comparado con lo que me convertiré, has llegado al final de tu vida útil, serás la herramienta para

llevar a cabo mi plan —abrió sus manos —. El motor está listo tras cien mil vidas y serás tú, la chispa que lo encenderá.

—Nunca —gritó Vaun, buscando en su interior hasta el último ápice de energía destructiva—. Nunca, nunca, ¡nunca!

El motor aulló con la retroalimentación, los anillos liberaron enormes descargas de fuego psíquico a las cuatro esquinas de la cámara de negra piedra.

Cada planeta tiene sus propias leyendas apocalípticas, las raíces de tales supersticiones se remontan en el tiempo hasta la propia cuna de la humanidad,

algunas hablan de explosiones solares asesinas, otras de inviernos eternos o de dioses rabiosos que eliminaron todo vestigio de vida, en Neva, el mito apocalíptico narraba la aniquilación a causa del fuego y azufre. Las parábolas, dejadas hacía ya mucho tiempo por los primeros colonos, advertían sobre un terrible día, en que el núcleo de magma del planeta rabiaría fuera de control, destruyendo continentes con erupciones de roca fundida.

La mente de Torris Vaun se aferró a esas visiones catastróficas mientras sentía como la rabia imponente hervía en su interior, los estrechos confines del

trono de la máquina giraban en espiral sobre su cuerpo, presionando su piel mientras poderes invisibles se apoderaban de su cerebro, al mismo tiempo que sentía como el motor de resonancia, le insuflaba energía en cantidades imposibles, cargando su piel con grandes reservas de energía psíquica mas allá de la comprensión.

Su mente se estaba ahogando en un mar de agitados gritos, en un estado de cruda emoción, los anillos lentamente se transformaban en un hilo conductor entre él y la desgarradora locura del espacio disforme, los pensamientos de Vaun fueron escapando de él, la

materia de su piel y huesos, se fue transformando, perdiendo definición con cada segundo que permanecía bajo el control absorbente de la maquina, por momentos se convertía en una sombra, en un fantasma del hombre que era, con una repentina claridad él entendió lo que le estaba sucediendo, entendió cual era el plan que había ideado LaHayn, en un sentido crudo, más básico, el funcionamiento del antiguo dispositivo psionico no era diferente al de cualquier motor, para operar óptimamente a plena capacidad requería una chispa de ignición, un trozo de leña humana para poder

generar plena potencia.

—Tú eres la chispa —el eco de las palabras del sacerdote, resonaba en los ardientes laberintos de su mente, era inconcebible para Vaun considerar que la energía creciente en él, era sólo una millonésima parte de la verdadera capacidad del motor del ingenium, trató en vano de equilibrar los pensamientos en su mente, pero la comprensión estaba fuera de su alcance, el psíquico se estaba ahogando bajo un fuego solar, muriendo poco a poco mientras la luz lo consumía, ardía por el miedo y el terror que le provocaba su situación, esto descontrolo su ira, contra

LaHayn, contra sí mismo, contra las Hermanas de Batalla y su odiado mundo natal, el odio asesino se levantó como una marea negra al aceptar la brutal verdad, había sido utilizado, usado como un instrumento por ese monstruo de edad inescrutable, una simple herramienta dispuesta para cumplir con la loca voluntad del diácono, a pesar de haber creído que obraba por propia voluntad, ahora moriría, por culpa de su mentor, desaparecería y se desintegraría en pura energía psíquica, solo para que LaHayn pudiera apoderarse de la máquina para fines personales.

Vaun se permitió un último momento de pesar, había forjado grandes planes a partir del día en que había tomado conocimiento de la existencia del motor psíquico, quería la máquina para su propia causa, para convertirse en alguien imparable para la Inquisición o cualquier otro enemigo que se enfrentase a él. A Vaun no le preocupaba la guerra entre el preciado Emperador y las locas bestias de los Dioses del Caos, lo único que le interesaba era su propia grandeza, saquear cualquier mundo que le interesase y hacer añicos a quienes le desagradaban, todo ello se reducía a

cenizas en este momento, en escasos momentos, él correría idéntica suerte.

Pensó en el muchacho Ignis, quien ahora yacía muerto, su rostro se iluminó de cruel alegría al pensar en la muerte de un planeta.

—Te concederé eso, muchacho —le dijo al fantasma de su memoria, aún tendremos nuestra venganza.

A continuación, en el púlpito, LaHayn jadeó y gritó algo enojado e incoherente, el malvado sacerdote pudo ver la negativa de Vaun reflejarse quedamente en los controles intermitentes de la arcana consola, el psíquico forzó una risa en la carne

necrótica de su garganta y enfocó hacia su interior, las últimas brasas mentales de su propia identidad violenta, los anillos giratorios resonaron unos contra otros con una lluvia de chispas, el motor no había sido diseñado para celebrar un sacrificio voluntario.

Vaun dejó que los recuerdos de antiguos mitos de muerte le llenasen con un último esfuerzo y acto seguido lanzó su espíritu furioso hacia el núcleo de magma atronador y lo liberó.

* * *

Sin previo aviso, la negra tierra a su alrededor sonó como un gong golpeado, la Canonesa tropezó y apenas recuperó el equilibrio, una de sus Celestiales se hirió una mano para sostenerla, molesta por la sacudida y por el agarre de la mujer ladró una orden.

—Informe.

Sus palabras apenas superaban el nivel de hosquedad, rugió el sonido de roca triturándose contra roca, por encima de sus cabezas las piedras de basalto se soltaban y desplazaban.

—Actividad sísmica —dijo una voz desde el vehículo de mando—. El

auspex detecta picos de energía dentro de la Torre del Vacío.

El agrietamiento de la piedra rompió a su alrededor y Galatea se arrojó a un lado justo a tiempo, para ver como el suelo a su alrededor comenzaba a desfigurarse, vio con mudo horror como un pináculo de negra roca se separó de la pared del escarpado valle, yendo a caer en medio de un montón de escombros, justo sobre la escuadra Dominion. Las Hermanas de Batalla no gozaron del tiempo suficiente como para gritar, algunas trataron de evadir el curso que la avalancha de roca y arena oscura que

las seguía, quienes reaccionaron con lentitud, pagaron con sus vidas.

Frente a ellas, grandes trozos de hierro habrían las fauces de la fortaleza violada, aún sumida bajo la lluvia de partículas y polvo, por un momento pareció como si los temblores fueran a cesar, pero de golpe, incrementaron su actividad con el doble de potencia.

—Se está poniendo peor —dijo la Celestial a su lado, expresando los pensamientos de la Canonesa.

Galatea cambió el canal vox a la frecuencia de transmisión utilizada por las naves de transporte de pasajeros, las que aún orbitaban estacionariamente

cerca de sus respectivas estaciones.

—Atención… atención —inquirió— informen pilotos, ¿que ven desde allí arriba? —Volvió su rostro hacia el pálido cielo con el ceño fruncido, algo en las nubes cercanas a la ciudadela parecía estar fuera de lugar, se movían a pesar de que había poco viento, girando en extrañas formaciones circulares.

—Erupciones en todos los cuadrantes —informó la voz inflexible de un servidor de vuelo sin ningún tipo de emoción— flujos piroclásticos vistos en varias áreas, perturbación volcánica aumentando de forma exponencial.

—Imposible —gruñó la Sororita—.

Esta zona está sembrada de estabilizadores de magma, no ha habido una erupción en Neva durante mil años.

—Pues parece que tenemos una ahora —entrecerró los ojos Galatea, podía verlo ahora, las ondas brumosas en el aire como plumas de calor aumentadas por el fuego de una gran fogata, la torre irradiaba energía desde todos los puntos, con cada nuevo pulso que generaba, la áspera tierra temblaba otra vez, un estruendo les llego desde el lado del arroyo negro, otro estruendo resonó a kilómetros de distancia, parte de la vista desapareció tras una nube

irregular de grises cenizas, humo sulfuroso surgió de las fracturas del piso ocasionándoles tos, tras las fracturas, notaron como los ríos de lava marchaban inexorablemente hacia la superficie.

—¿Qué está pasando ahí? —se preguntó en voz alta al ver la masa temblorosa de la fortaleza de piedra.

—¿Su gracia? —la Celestial le hecho una brusca mirada—. ¿Debemos seguir con el avance?

La orden estaba en la punta de la lengua de Galatea cuando un nuevo estremecimiento recorrió la piedra y la tierra, con un rugido tan sonoro y

poderoso que presurizó los oídos, la roca bajo las orugas de un transporte de tropas Rhino a plena carga, cedió y crujió, el vehículo blindado se deslizó contra el plano de inclinación del suelo, estelas de chorros humeantes surgieron de los tubos de escape cuando el conductor trató de luchar contra la repentina inclinación, las mujeres se arrojaron desde el techo del vehículo, algunas escaparon por las escotillas abiertas, en cámara lenta el tanque se hundió grotescamente hacia atrás, dentro de la grieta abierta con un aullido de acero torturado, media docena de Hermanas de Batalla,

murieron en un abrir y cerrar de ojos.

La tormenta sobre la tierra no disminuyó, ahora se movía como algo vivo, temblando y retemblando. Galatea se tambaleó de nuevo cuando gritó por el canal de control general.

—Todas las que me puedan oír, préstenme atención, retirada de la Torre del Vacío, replegarse, todas las hermanas en líneas de escaramuza y sin retrasos, en cuanto a la flota… ¡apresúrense! —Lanzó un guiño a sus guardias y las Celestiales se apresuraron en torno a ella—. Pilotos, ejecuten operación de recuperación… ¡inmediatamente!

Llegó una respuesta monótona desde uno de los coleópteros.

—Zona de aterrizaje inestable. Puede que no seamos capaces de hacer un aterrizaje en tierra.

—Lo harás, o por los ojos de Katherine me ocuparé personalmente de tu insubordinación —la réplica voló de su garganta con cada bocanada de aire infernal contaminado—. No pienso sacrificar más hermanas en este lugar arruinado —Galatea jadeó y tosió, sus tropas ya vestían sus cascos y ella hizo lo mismo, aislándose de la dañina atmosfera, dentro de su armadura, una corriente de aire reciclado le permitió

depurar sus pulmones con un leve silbido, las ópticas de su casco le permitieron ver una nave en lento descenso, ella señaló con un gesto a su escuadrón de apoyo, hacia las mujeres heridas por delante de ella, una vez más, cambiando su frecuencia vox al canal de selección utilizado por la Armada Imperial, exclamó—. *Mercutio*, responda, aquí la Canonesa Galatea.

—Aquí la *Mercutio* —respondió la fría voz del comandante de la nave de guerra—. Estamos monitoreando la situación desde nuestra órbita alta Señora, ¿precisa nuestros servicios?

—Sí —respondió—. La Iglesia tiene

necesidad de vosotros.

* * *

—¿Qué estás haciendo? —gritó el diácono—. No me puedes desafiar, ¡esto es la voluntad de vuestro Dios! —Escupió con rabia, mostrando sus labios manchados de sangre, el dolor lo apuñalaba en el estomago, el púlpito de oro y bronce se estremeció con cada pulso de energía mal dirigida que brilló en los anillos, furioso por la frustración, LaHayn golpeó sus puños contra el

panel adornado delante de él, esto no debía suceder, el muy bastardo tenía que morir en silencio, voluntariamente, renunciando a su esencia mental, permitiendo al motor funcionar a plena capacidad.

—Maldito seas, Vaun, maldito insecto arrogante —alrededor de la capilla, los milenarios pilares de piedra adornados con elaboradas estatuas de obsidiana fueron reducidos a cenizas, a través de las puertas abiertas del centro de la fortaleza, el núcleo volcánico cobró vida con poderosas explosiones de gas e imparables ondas cinéticas.

—No… —las palabras del psíquico

se distorsionaron y alargaron, como si proviniesen de un dron—. ¡Maldito seas!

LaHayn podía vislumbrar en las profundidades de la aureola de energía, la sombra pálida y fina como el papel, de aquel rebelde insolente que lo había enfrentado en la Catedral Lunar y aún así Vaun seguía resistiendo. Al margen de su vista, el sacerdote advirtió movimiento en la planta de la cámara del motor, pero no le dio importancia, seguramente se trataba de alguno de los últimos integrantes de la patética banda de fugitivos o algún miembro superviviente de su propio cuadro de

siervos, nada de ello le importaba ahora, tiró de unas broncíneas palancas y el púlpito se tambaleó hacia delante, el podio de oro se acercó hasta el borde del campo del aura, bajo una intensa lluvia de chispas que brillaban intensamente en el aire.

—Lo destruiré todo —gimió Vaun —. Tendré mi venganza, serás derrotado.

—Nunca —gruñó el diácono, que sujetaba firmemente un rosario de onyx en la mano, hecho que le traía dificultades, ya que la sangre bañaba sus dedos tornándolos resbaladizos—. No, por un perdedor como tú… un

brujo como tú, solo eres la chispa del motor. —Al fin extrajo de un compartimento del púlpito una ornamentada arma, con infinito cuidado apuntó el arma hacia el rostro de su antiguo alumno—. No escaparas esta vez. —El pulgar de LaHayn presionó el enjoyado gatillo y la pequeña arma sonó como un trueno hueco.

LaHayn oyó el crujido cuando Vaun trató desesperadamente de espesar el aire al frente de su rostro, reconoció su propio fracaso debajo de aquellos rasgos pálidos, con un grito victorioso, disfruto del glorioso

momento de la ejecución, la munición del cañón psíquico atravesó los escudos mentales de Vaun como si no fueran nada más que pergamino, entró en el cráneo a través de la cavidad nasal y viajó hasta su carnoso cerebro, estallando en esquirlas cuando el proyectil explosivo penetró en él. Sin nada que animara su cuerpo, Torris Vaun, el corsario del Neva, odiado infractor penal y brujo, murió con un débil grito, un último retazo de energía mental se fundió brillantemente en la máquina.

El diácono dejó que el arma descargada y el rosario resbalasen entre

sus dedos, cayendo con un estrépito sobre el distante suelo debajo de él, se estremeció con una risa dolorosa, aferrándose a los bordes del púlpito, sus manos dejaron un rastro sangriento al posarse sobre el metal brillante.

—Está hecho —se dijo—. Cada gran empresa requiere sacrificios —dio un paso inestable, LaHayn avanzó hasta el borde del podio, los anillos giratorios estaban al alcance de la mano, lanzando rayos de calor a través de él cada vez que los atravesaba, él estaba sonriendo, las lágrimas brillaban en su rostro a pesar de que cada movimiento era como fuego en su vientre. Pero no,

había llegado demasiado lejos, había luchado mucho como para morir en la cúspide de su destino, sintió la mano del Dios-Emperador sobre él, haciéndole señas hacia adelante.

—Lo haré, señor —dijo en voz alta —. Voy a hacerlo para su gloria.

Algo pesado pasó cerca de su cabeza y le hizo perder el equilibrio, el sacerdote gritó y se agarró al relieve tallado de marfil del águila imperial en la cresta del púlpito, a un solo latido de distancia de una corta caída, volvió la mirada hacia abajo y vio, como hormigas subiendo por el pie de un gigante, las figuras de la hermana

Miriya y sus condenadas compañeras, la mujer levantó la pistola y él sabía que ella estaba apuntado entre sus ojos.

—Viktor LaHayn… —entonó— está obligado por la ley de la Iglesia Imperial, ríndase y sométase a castigo o será ejecutado por su herejía contra nuestro Dios.

No pudo hacer otra cosa que reírse de ella.

Miriya ignoró las maldiciones que murmuró Cassandra, podía ver lo fácil que hubiera resultado fallar el disparo de bólter, el aire bailaba alrededor del púlpito de metal con ondas brillantes, cascadas azuladas caían de él como si

nevara, por el momento los derrumbes de restos volcánicos habían cesado, pero el flujo de lava todavía seguía fluyendo a sus espaldas listo para descargarse violentamente en cualquier momento, todas ellas habían presenciado el asesinato de Vaun, la peculiar desintegración del cuerpo las horrorizó, a pesar de lo cual Miriya ordenó el avance, el psíquico estaba muerto, lo que resultaba un trabajo menos que cumplir, sólo LaHayn se mantenía enloquecido y herido al mando de la herética maquinaria, cuyo funcionamiento solo el emperador podía entender.

Bajó la vista hacia ellas, mostrándose como un horror ensangrentado, con sus ropajes arruinados, la Celestial había visto a hombres y mujeres sobrevivir más tiempo del que debieran con semejantes heridas en el estomago, como él, llorando y rezando para que la muerte los llevase y así evitarles la agonía, en cambio, el rostro de LaHayn era un contraste de expresiones en conflictos: éxtasis, dolor, odio y euforia.

—Se… sean testigos —dijo con voz ronca—. Siéntanse tan afortunadas como Alicia y las Novias del Emperador cuando fueron llevadas ante él, tras la

apostasía… Ya verán… ¡Ya verán!

—Mátalo —susurró Isabel— antes de que sea demasiado tarde, ¡mata al maldito hereje!

Pero había algo, algo en el alma de Miriya que no podía enfrentar el temor que sentía ante los anillos del Ingenium, no podía explicar lo que sentía y sabia, pero tenía la certeza clara, brillante como las estrellas del firmamento, ella sabía que LaHayn tenía razón en algo, la maquinaria herética, no era creación del hombre, sino de su Dios-Emperador. La verdad de ello le heló la sangre de las venas.

LaHayn la señalo con un dedo.

—Tu lo ves. Tu sabes que es real, me entiendes, niña, una vez que abrace el poder del motor, cumpliré mi objetivo final, reescribiré el libro de la vida, quiero este regalo, ¡es mi destino!

Verity negó con la cabeza, con desesperación.

—No se puede interferir con el trabajo de nuestro Maestro…

El sacerdote inclinó hacia atrás la cabeza revelando la base de su cráneo, el bolo familiar del implante plateado y esférico resultaba visible bajo su piel.

—Oh, sí que puedo.

—Tú no eres psíquico —replicó Cassandra.

—En un momento, voy a ser el mayor de ellos.

—No… —murmuró Miriya, el concepto era imposible de asimilar.

—¡Sí! —rugió y escupió sangre—. ¡Oh, sí! Voy a cumplir la voluntad de nuestro Dios. Voy a viajar a Terra a despertarlo y vamos a transformar a la humanidad a su imagen… —su voz se quebró—. Escúchame. Todas las piezas están en su lugar. Las llaves encontradas, los códigos rotos, el destino está en mis manos, consagraos con la fe, queridas hermanas, obsérvame tomar el manto perdido del beato Malcador, ¡convertirme en el

segundo Sigilita!

El aliento de Miriya se atascó en su garganta y su mano tembló, LaHayn invocaba el nombre del elegido del Emperador, el secreto sacerdote administrador seleccionado en los días de la Gran Cruzada, el hombre que, por lo que las leyendas citaban, había sido el primer humano en vestir la marca ritual de unión con el Padre de la humanidad.

Malcador había muerto hacía miles de años y nadie se había atrevido a tratar de tomar su título, estaba escrito que el Sigilita fue uno de los psíquicos más poderosos de la creación, sólo

superado por la fuerza mental del Emperador, que el diácono se creyera con la capacidad de usurpar su lugar era o blasfemia de primer orden o la insensatez de la locura.

Su objetivo se estabilizó y su dedo apretó el gatillo de la pistola de plasma.

—Viktor LaHayn, en nombre de la Sagrada Terra, considérese condenado.

El sacerdote se arrojó desde el podio cuando esta disparó, y entonces se escucho un gemido al tiempo que las ondas de energía chocaban, iluminando la cámara de un doloroso blanco.

La luz ardiente empujó a Verity contra el suelo, apretando su rostro

contra la piedra y protegiéndola de una segura ceguera. Isabel no fue tan rápida, cayó de rodillas con un aullido animal en los labios, el destello blanquecino avanzó, Verity resistió las ganas de arañarse los ojos, parpadeando furiosamente. Cada brasa de luz de la cámara se sentía como una aguja clavada penetrando en su cráneo, se tambaleó, desequilibrada, a punto de caer sobre la Hermana de Batalla, su mirada vagó hacia arriba a pesar de que una voz interior le indicaba lo contrario.

El movimiento giratorio de los anillos se ralentizó, y espació, en un paulatino descenso hacia el suelo, los

anillos se fundieron en uno solo por breves momentos, mientras sus orbitas se cruzaban constantemente con cada movimiento, la órbita seguida, obedecía a fuerzas lineales invisibles generadas por el brillante núcleo de poder, suspendido allí, y envuelto por una rojiza y dorada luz, el Alto Diácono Viktor LaHayn gritaba en silencio, su rostro reflejaba la combinación de dos polos absolutamente opuestos, el miedo por un lado y la entusiasta e incipiente alegría por el otro, tales sentimientos se mostraban por turnos, primero uno, luego el otro, primero creciendo, luego menguando a través de cada emoción,

partículas blancas se acumularon alrededor de su estómago y torso, donde había resultado herido por el disparo de Miriya, y poco a poco restos crecientes de carne y músculo fueron sanando la heridas.

Verity vio a la hermana Superior trastabillar a sus pies, mientras disparaba un rayo de plasma de su arma, que impactó en el núcleo de la maquinaria herética sin generar daño alguno, ya que los destellos de la gaseosa energía interior disiparon sus efectos, Cassandra disparó también, sin lograr efecto alguno con los impactos, la Hospitalaria percibió que el aire se

enfriaba a cada segundo, advirtió que comenzaba a formarse helada escarcha sobre el suelo de piedra, desafiando el hecho de que se encontraban a poca distancia de un volcán activo, el hielo sobre el suelo crujía mientras se formaba en las paredes, pisos, marcos y pedestales de la cámara, su respiración exhalaba vapor y el frío calaba sus huesos.

Miriya hizo una mueca.

—Difícil de matar, este sacerdote…

—¡Está tomando la energía del mismo ambiente! —entendió Verity repentinamente—. Se está preparando…

—Eso no sucederá —gruñó la Sororita—. Hermanas, ¡frenen al brujo!

Cassandra sacó una pistola bólter broncínea de una funda entre los pliegues de su túnica y la puso en la mano de Verity.

—Toma esto, úsalo, sin juramentos ni excusas ahora.

Verity tragó una bocanada de aire helado y asintió con la cabeza levantando el arma, a su lado, Isabel observaba con sus borrosos ojos inyectados en sangre, todas ellos abrieron fuego a la vez, los proyectiles y rayos de plasma ardieron contra la aureola de los anillos.

La cabeza de LaHayn se sacudió, como si hubiera advertido de pronto su presencia por primera vez, la Hospitalaria podía ver allí, donde su fina mata de pelo plateado le abandonaba, la clara forma del implante latente bajo la piel, su estómago se contrajo por puro odio, el hombre había hecho esto, con la deliberada intención de transformar su humanidad en una aberración psíquica, al igual que las volutas heladas de vapor que se arremolinaban sobre sus tobillos, Verity presintió la llegada de los crecientes poderes del diácono, trazando zarcillos de insustancial poder

mental, sintió la presión detrás del puente de la nariz, como si una barra de hierro se hubiera clavado en su cerebro, pero a pesar de ello continuó disparando, las percusiones del arma hacían temblar cada hueso de su cuerpo con cada descarga.

—Insectos.

La palabra atravesó a cada una de las cuatro mujeres y las hizo lloran de dolor, los ojos de Verity se inundaron de lágrimas y parpadeó mientras se congelaban en sus heladas mejillas.

—No vaciléis —exclamó Miriya, su garganta gimió—. Por el Dios-Emperador.

—Yo ahora soy tu Dios. —El impacto de la voz se asemejó a un golpe físico, agrietando las capas de hielo recién formado—. Y serás la última en desafiarme.

—¡Tenemos que tener fe! —sostuvo la Hermana Superiora llorando entrecortadamente mientras hablaba.

Todavía estaba cargada, pero aún poniendo todo su empeño en ello, Verity no podía accionar el gatillo de su arma, nada pasaba, la desesperanza afilada como una navaja de afeitar atravesó su alma.

Desde los anillos vino un aro de luz dorada perfecta, crujiente con esferas

oscuras de exótica radiación, el círculo efímero irradió hacia fuera, a través de la cámara del motor y azotó a las hermanas, violando sus mentes con aterradora facilidad, manifestando así la voluntad del sacerdote que las destruiría.

Verity sentía como si sus huesos se hubiesen convertido en agua, luchó tratando de mantenerse en pie, aún así, se dejó caer abruptamente arrastrada por una terrible y desgarradora desesperación, de golpe todo perdió el sentido, cada uno de sus pensamientos y acciones a cambio de nada, su vida, su aliento y sangre desperdiciada, era

vagamente consciente de la presencia de Isabel tras ella, llorando como una niña y lamentándose, Cassandra, siempre alta y fuerte, tan fuerte como el acero, también ella cayó de rodillas sobre las rimas de escarcha, doblada sobre sí misma, haciéndose pequeña, patética dentro de los huecos de la armadura.

—Por el Trono… ¡No! —la Hospitalaria no podía estar segura de quién gritó, pero vio borrosamente a Miriya acercarse cada vez más, ella se sentía holgada en la miseria, todos los poros de su cuerpo tapados por una gris desolación, cada aliento pesado como

plomo. Era él quien hacía estragos en su interior, LaHayn estaba haciendo esto con ellas, volcando sus miedos más oscuros sobre ellas.

—Tenemos que resistir —lloró Miriya, sacudiendo a Verity por los hombros—. No podemos dejar que nos detenga.

Tenían que resistir mientras pudieran, la Hospitalaria sólo vio la forma oscura y borrosa de las armaduras de las Hermanas de Batalla, y el rostro de su pobre hermana muerta mirándola.

—Lethe, Lethe —sollozó—. No me dejes. Por favor, estoy perdida sin ti.

Dentro de su corazón, los recluidos dolores que había mantenido a raya tras la muerte de su hermana, se habían desatado salvajemente, tragándose su ser en todo su conjunto.

Miriya sacudió su cabeza, tratando de romper el enlace telepático del sacerdote, pero el poder mental de él se aferró y enrolló sobre su psiquis, hacia donde mirase, veía los rostros de los muertos, de los cadáveres marchando lamentablemente, cuyas vidas se habían cruzado por obra del destino con ella, en el campo del deber, Lethe y Iona, Portia y Reiko, la acechaban como espectros tristes de almas vacías,

gritando su nombre, acusándola en dolorosos susurros, y había más, filas de quienes habían luchado y perecido a su lado en el pasado, la hermana Raquel, en las ruinas bombardeadas de Starleaf, asesinada por un francotirador traidor de la Guardia, Nikita y Madeline perdidas en las catacumbas de Pars Unus, y más, muchas más, sus hermanas de batalla, y sus víctimas le rodeaban, golpeándola hacia abajo con cada gemido sepulcral, que acercaba su mente cada vez más al borde de la locura.

Ella cayó al helado suelo gimiendo de dolor, cuando sintió como algo

afilado penetró en la palma de su mano, a pesar de la agonía se permitió por el espacio de un segundo, enfocar sus pensamientos. Allí, enterrada en la palma de su mano, estaba el águila de oro de una cadena de ónix roto. ¡Una señal!

Ella se dio vuelta, haciendo uso de últimas reservas de devoción, blandiendo su pistola y gruñendo.

—Te niego, eres un falso sacerdote, yo te nombro ¡traidor!

—Que así sea —Los ojos oscuros de LaHayn brillaron mientras reunía poder psíquico para matarla. Miriya encontró a Verity a su lado, la Hospitalaria tenía

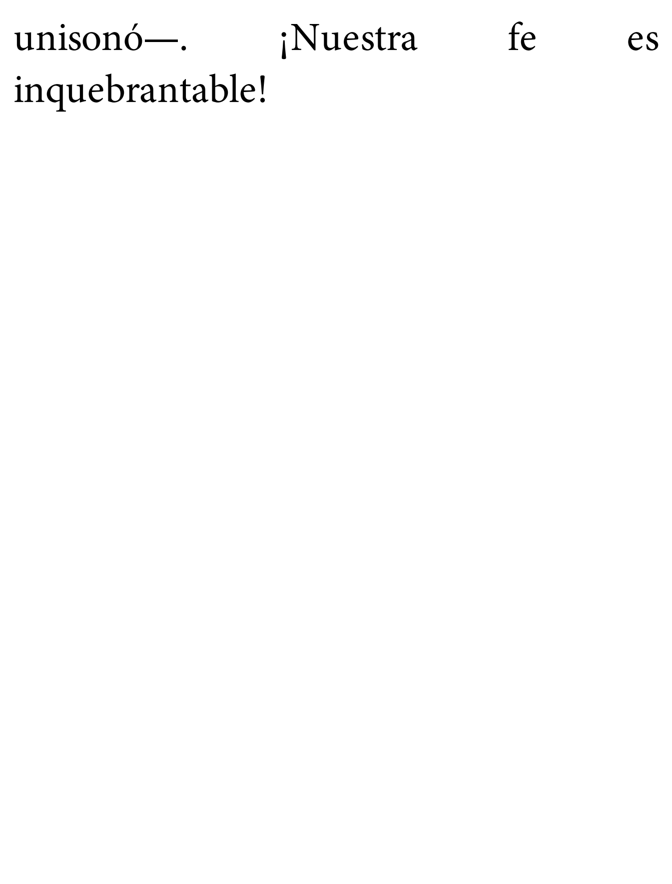
el rosario votivo con una mano y se lo entregó a duras penas a la Hermana de Batalla.

—No podemos… rendirnos ante el brujo… debemos sobrevivir… —consiguió decir con un esfuerzo monumental.

—Sí —asintió Miriya, atrayendo a su hermana—. En el nombre del Dios-Emperador, ¡no vamos a ceder ante ti, LaHayn!

—¡Bien, ¡entonces Morid! —exclamó él, desatando llamas profanas de fuego psíquico iluminando hasta los confines de la cámara.

—Fe —gritaban las mujeres al


unisonó—. ¡Nuestra fe es inquebrantable!



Dieciocho

—Espíritu Dominatus, Domine líbranos…

Eran las sagradas palabras de la Fe Imperial, la sagrada oración de batalla de las Adepta Sororitas, las palabras acudieron a la mente y al corazón tanto de Verity, como de Miriya.

—… de los relámpagos y la

tempestad, Imperator líbranos. De la peste, el engaño, la tentación y la guerra, Imperator líbranos. Del azote del Kraken, Imperator líbranos… —Las dos mujeres se aferraron la una con la otra, apartando la vista del infierno desatado sobre ellas, cada una sosteniendo ritualmente la cadena del rosario de plata, el pequeño hilo de cuentas era un mero símbolo, una cosa pequeña, un icono de la devoción personal ajena a todo tipo de pompa, carente de la parafernalia gloriosa con que la iglesia idolatraba los grandes objetos, y sin embargo, aún así, era nada menos que la clave de la fe de la

Hermana Verity y el símbolo de la fidelidad de la Hermana Miriya. El fuego psíquico tronó a través de la piedra helada y las envolvió con un fulgor azul, pero aún así siguieron orando—… de la blasfemia de los Caídos, Imperator líbranos. De los insidiosos demonios, Imperator líbranos. De la maldición de los mutantes, Imperator líbranos…

La leyenda decía que la fe de las Adepta Sororitas era tan fuerte que ningún psíquico, jamás, podría romper su convicción, de que sólo la más monstruosa brujería podrían poner en peligro su pureza. Se decía que cuando

una Hermana atravesaba un momento de verdadera piedad, el virtuoso momento de mayor sacrificio, en nombre del espíritu del Dios-Emperador, el escudo de fe que las rodeaba podría resistir cualquier ataque por parte de la mente mas aberrante y profana, que solo cuando su fe fuese puesta a prueba más allá de los limites posibles, la Hermana Sororita realmente podrían conocer el poder de su propio alma.

Miriya se aferró al rosario de plata y gritó las palabras de la invocación a los cielos.

—¡De una muerte perpetua…!

La voz de Verity oró la estrofa final, sobre el sonoro crepitar de las llamaradas psíquicas.

—Domine, líbranos.

Tan repentinamente como llegó, el abrasador calor asesino se desvaneció, nuevamente el frío volvió a calar hasta los huesos, los ojos de Verity se abrieron de golpe y vio a Miriya ante ella, sosteniendo ante sí, el rosario de la vida.

—Nosotras… estamos ilesas… por el Trono, hemos resistido el golpe final, hemos transformado nuestras almas en armaduras… ¡por la fuerza de la fe!

Los ojos de Miriya brillaban, se

volvieron levantando la pistola de plasma.

—Sí… Katherine nos protege querida hermana, sí, ¡hemos resistido!

—¡NOOOOO! —La ira de LaHayn hizo sacudir la cámara—. No puede ser, es imposible, deberíais haber muerto, ¡pestilentes zorras!

La Hermana de Batalla soltó el rosario y se enfrentó a su enemigo.

—Moriré cuando el Dios-Emperador me llame a su lado, no por el insano capricho de un torcido fenómeno. —Disparó una salva de silbante plasma contra el aura del diacono—. Ha fallado al intentar

matarnos LaHayn, ¡ahora es su turno!

Para sorpresa de Verity, la Celestial se lanzó hacia el campo de energía, sus negros guantes de ceramita chispearon mientras agarraba la superficie de uno de los anillos giratorios. La llamó por su nombre, pero ya era demasiado tarde para detenerla, con un repentino y ardiente estallido luminoso, Miriya fue arrastrada por la esfera mental del diácono, hacia su interior. La mujer pareció brillar, como si el tiempo se moviese a una velocidad diferente dentro del radio energético.

Había una conciencia repentina y terrible de dislocación, resultaba a la

vez extraño y familiar, se asemejaba a la sensación que se tenía cada vez que estando a bordo de una nave espacial, se atravesaba el miasma del espacio disforme, los sentidos de Miriya se revelaron por una fracción de segundo, conteniendo la bilis dentro de su garganta mientras el mundo a su alrededor se movía.

Dentro de la corona del ancestral dispositivo, ella se movía como si permaneciera bajo los efectos de la gravedad cero, se mantuvo firme gracias a que se aferró firmemente a los aros giratorios de hierro, parecía estar viendo a través de una capa de vidrio

esmerilado, las formas y los colores del exterior de la cámara se observaban difusos, desdibujados y distorsionados, escuchaba a su lado extraños sonidos estridentes, chillidos, murmullos, gritos y los sangrientos pensamientos de cada ser vivo dentro de la torre, por un momento, le pareció oír a Torris Vaun gritando de agonía, pero el eco de su grito se desvaneció.

LaHayn levitó por encima de ella, con los ojos brillando de odio mientras la observaba.

—¿Cómo te atreves a acercarte a mí? ¡Degradas esta sagrada construcción solo con tu presencia!

—Hereje —replicó ella—. No tienes derecho a hablar de santidad, has sacrificado tus privilegios eclesiásticos, incluso tu propia humanidad al hacer uso de este… ¡este artefacto!

El sacerdote alzó las manos y su ira se agitó en un mar de chispas rojas.

—¿Cómo puedes ser tan voluntariamente ciega, pequeña arrogante? Sois vosotras quienes interfieren en el camino del Emperador, no yo, ¡vosotras!, y tú… eres la que verá la gloria de mi obra —flotó más cerca de ella, irradiando energía—. Voy a conocerlo en persona, descorreré el velo del tiempo, ¡comprenderé la mente del

Dios-Emperador como ningún ser humano ha hecho durante más de diez mil años! —Sonrió LaHayn—. Y cuando lo haga, cuando sacuda el polvo de eones y abra sus ojos, seré el rostro que este frente a él, ¡esa será mi recompensa!

—No existen las palabras para describir el profundo disgusto que me provocas, ¡esta locura se termina aquí! —Miriya niveló su arma y disparó.

El diácono se apresuró a incrementar su poder, generando altos niveles de radiación en el interior del campo energético creado por los anillos, con el fin de bloquear cada brillante

disparo de plasma, la Sororita advirtió señas de pánico en sus ojos, le resultaba fácil generar poder hacia el exterior del campo, pero con un adversario tan cerca de él, le resultaba un desafío mantener la ventaja, no cabía duda alguna de que el brujo recién nacido contaba con el mayor poder al que se habían enfrentado hasta ahora, pero para LaHayn el control y manejo de semejante poder era una novedad, usaba sus nuevas habilidades con marcada torpeza, actuaba a la defensiva, reaccionando ante sus ataques, ella disparaba y se movía, volvía a disparar y volvía a moverse,

acosándolo sin darle ningún respiro.

LaHayn escupió con furia e hizo algo con su mano libre, Miriya sintió otro cambio vertiginoso en lo más profundo de sus entrañas cuando el motor comenzó a moverse a través de la cámara, las paredes pasaban lentamente frente a su campo visual, a través del aura vidriosa.

—Más —gruñó entre dientes—, más poder para…

Inexorablemente, el motor se movió hacia fuera, levitando sobre la garganta de la chimenea volcánica, en donde la energía geotérmica lo condujo en un camino ascendente a través de la

garganta de basalto, directamente hasta los gruesos canales de adamantium que se extendían hasta el propio núcleo líquido de Neva, cuyos avanzados mecanismos transmutadores de energía, resultaban una ciencia desconocida dada su ancestral antigüedad, para la mayoría de los adeptos del Mechanicus, salvo tal vez para los mas instruidos dentro de sus filas. LaHayn siseó al sentir como incrementaba su poder, mediando la absorción de energía bruta de las redes del sistema.

Los disparos de Miriya eran rechazados por los escudos defensivos con los que el diacono se protegía, la

celestial percibía la presión ejercida por el motor, a medida que el Diaconó incrementaba su poder, su cuerpo resonaba por la poderosa transformación en la que se sumía, marcando sus nervios, ganando masa corporal por momentos, mutando a la imagen del Dios que él creía ser.

Ella siguió disparando, la pistola de plasma en sus manos se recalentaba cada vez más y más, asemejándose a la furia roja de magma hirviente que se revolvía bajo sus pies, las bobinas de emisión de energía de la recámara del arma, brillaban con un azul-blanquecino a causa de las alternados

niveles de flujo calorífico, producto de la alta cadencia de fuego, su piel percibía el recalentamiento y los flujos de energía, a pesar de que su guante se encontraba protegido por pequeñas placas de hierro flexible y ceramita, los pictogramas que alertaban acerca de la sobrecarga parpadeaban en su retina constantemente, a pesar de lo cual, prosiguió con el elevado rendimiento de tiro.

—¿Por qué no lo aceptas? —gritó LaHayn—. ¿No entiendes lo que estoy haciendo? ¿Acaso quieres que nuestro Maestro viva para siempre en éxtasis, congelado en una muerte eterna, falto

de vida, negándole la oportunidad de completar su mayor obra?

—Tú solo eres un hombre —replicó ella—. ¡Nadie puede atreverse a dirigir el destino del Emperador!

Él la miró de reojo a través de la bruma gaseosa.

—Baja tu arma Miriya, has demostrado la pureza de tu corazón. El Dios-Emperador necesitará almas piadosas como la tuya cuando despierte, partamos de un nuevo comienzo… piensa en ello —exclamó el diácono—. Podrías ser la nueva Alicia Dominica, ¡más grande que cualquiera de los santos y santas aún vivos!

Su invocación la estremeció, el nombre de la Hermana de Batalla más grande, la Madre sagrada de todos las ordenes se hizo eco en su mente, invocada en la misma oración junto a su propio nombre… era algo difícil de asimilar.

—Puedes ser esa mujer —presionó LaHayn sintiendo su vacilación—, todos los errores deshechos, los fallos revertidos, cada muerte vuelta a la vida, solo debes dejar de resistirte a la verdad.

Lethe y Iona. Portia y Reiko, vio a todas ellas y a más en el ojo de su mente, las miradas implorantes en sus

rostros, le trajeron la respuesta, la aceptación de ello, con lleva la negación de las creencias por las que habían muerto, la negación a la verdad que se encontraba dentro de su corazón.

—En el nombre de Katherine —gritó— ¡muerte al brujo!

Saltaron chispas delante de ella, cuando los delicados mecanismos de la pistola comenzaron a entrar en fusión, el calor que se irradiaba en oleadas comenzaba a fundir la ceramita que cubría sus dedos, los rayos de plasma que usualmente eran regulados en forma y alcance por el colimador del arma, eran ahora escupidos con furia

incontenible por la pistola, lenguas de amplias longitudes de calor crepitaban desde el arma, LaHayn gruñó y luchó contra los ataques, enfurecido por su negativa a capitular, el arma estaba a segundos de entrar en un fallo critico, con un silbido de presión, la carcasa del arma comenzó a agrietarse en toda su longitud, al mismo tiempo que emitía rojas señales de virulenta advertencia, en el último instante, Miriya tensó sus músculos y arrojó el arma contra el Diacono lo más fuerte que pudo.

El error de LaHayn fue que reaccionó como hombre y no como un psíquico, sus nacientes poderes podrían

haber desviado el arma arrojada, en un abrir y cerrar de ojos, pero sus poderes eran demasiado nuevos para él como para asimilar su uso con naturalidad, como un acto reflejo. El diácono cogió en sus manos el arma que aullaba por el calor abrasador que la consumía, en ese instante la pistola de plasma sobrecargada se fusionó detonando en una brillante bola de fuego.

La explosión rasgó la carne fundida de Viktor LaHayn, convirtiendo las partes blandas de sus ojos en cenizas, rajó su cuerpo con filosos destellos de fuego tan calientes como un sol, su hueso y la médula ósea se volvieron

escoria fundida, su opulento traje ministerial y los iconos de oro que llevaba, se convirtieron en cenizas ennegrecidas en menos de un segundo. En el mismo instante, Miriya sufrió los efectos de la onda expansiva, que pulió su armadura como los aceites sagrados que a tal fin se utilizaban, la explosiva ignición lanzó una oleada de aire comprimido, formando anillos de un blanco nebuloso, que la expulsó del núcleo energético, arrojándola contra las escarpadas paredes de los conductos del volcán, cayó arañando la negra piedra y algunas cubiertas de adamantium.

Con su componente orgánico bruscamente inmolado, los anillos giratorios perdieron toda sincronización y se enfrentaron con una cacofonía ensordecedora, los metales forjados en el corazón de las estrellas de neutrones, muertas en épocas ya olvidadas, grabados con la sangre de los artesanos de un millar de planetas, se hicieron pedazos, los anillos se fracturaron al estrellarse unos contra otros perdiendo toda coherencia, el campo del aura estalló como una burbuja, la maquinaria del motor perdido del Emperador cayó hacia las profundidades del núcleo de magma,

allí, perdido en algún lugar de las profundidades, el último vestigio existente del alto Eclesiarca Viktor LaHayn de Noroc, se evaporó entre infernales vapores.

Sentía mucho, mucho dolor, como si un cuchillo invisible pugnará entre sus costillas, era muy probable que un hueso roto hubiese perforado sus pulmones, la sangre que brotaba de su boca con cada exhalación prácticamente lo confirmaba, su ojo derecho estaba cerrado, ahogado bajo el fluir sangrante de una herida en el cuero cabelludo, Miriya se palpó la cabeza retirando su mano ensangrentada. La mochila

energética a su espalda, había dejado de funcionar, por lo que debió moverse soportando el peso muerto de su servoarmadura, sin la ayuda de los músculos sintéticos colocados bajo la cubierta de ceramita, a su vez, algunas articulaciones de la armadura se habían fundido por la breve pero intensa ola calorífica.

Respiró la irregular mezcla de vapores y azufre, miro hacia abajo desde el borde del perfil metálico que había detenido su inminente caída, su mirada vagó perdida por un breve instante a causa de la desorientación, muy por debajo de ella podía ver los

vastos portales que daban al interior del Ingenium, donde se encontraba Verity junto al resto de las Hermanas, pero la caída de la máquina había destruido los canales de conexión, lo que imposibilitaba el descenso hasta donde se encontraban sus hermanas. Miriya accionó el intercomunicador vox, pero solo le respondió el sonido de la estática, de mala gana, comenzó a abrirse camino hacia arriba, hacia el óvalo de la cúpula, cada movimiento le supuso una tortura, pero ella estaba decidida a resistir.

* * *

Tras el ruinoso repiqueteo que produjo la caída de la máquina, sobrevino el silencio entre las tres hermanas. Verity, Isabel y Cassandra sabían que la destrucción de la máquina marcaba la ejecución del hereje diácono, pero también el posible final de Miriya, la ceniza y bancos de vapores volcánicos se arremolinaban a su alrededor, las repeticiones retumbantes de los temblores hicieron todo lo posible por hacerles perder estabilidad.

Cassandra escupió y gesticuló

enfrente de la entrada a la cámara.

—Desprendimientos de rocas —dijo con voz cansada—, el camino de vuelta no está claro.

Isabel estaba en cuclillas, con los ojos perdidos bajo un vendaje improvisado.

—Hermana, hablad claramente, ¿hay alguna manera de salir de esta caverna alejada de la luz?

—No para nosotras —fue la respuesta, echó un vistazo a la Hospitalaria—. Hermana, ¿en qué piensas?

La atención de Verity estaba en otra parte, volcada hacia los alejados

confines de la cámara, donde parecían brillar pequeñas y luminosas constelaciones de colores que parpadeaban silenciosamente, se movían como el mercurio.

—¿Veis eso? —preguntó.

Mientras hablaba, el cumulo de luces se fusionó y crujió, el sonido produjo un escalofrió en el ambiente y astilló las paredes al pasar.

—¿Qué fue eso? —preguntó Isabel, mientras instintivamente empuñaba su pistola.

Cassandra palideció.

—Oh, por el trono —exclamó, por momentos la luminosa constelación

comenzó a formarse, flotando en el aire como un enjambre de insectos revoloteando—. Es la disformidad, fluye, se escapa y se libera.

Verity se encontró así misma asintiendo, había estado una vez en una nave de transporte, desplegada para desarrollar actividades de socorro en nombre del Ministorum, cuando el campo Geller de la nave sufrió una peligrosa fluctuación al ingresar en el empíreo, en las cubiertas inferiores donde el campo se había mostrado más delgado, un fenómeno similar se había producido, luces fantasmales, puntos de colores bailando en el aire, diminutas

imperfecciones materiales de disformidad penetrando en el mundo real, eran, ni más, ni menos, sondeos realizados por poderosos entes inteligentes del espacio disforme, pululando ansiosos por atravesar a este plano, hambrientos de almas.

—El motor —dijo— la máquina de LaHayn… debe haber debilitado la barrera con el immaterium, los entes… forzaran su ruptura.

—¡Allí! —advirtió Cassandra quien apuntó y disparó inmediatamente, por una fracción de segundo, Verity tuvo la impresión de ver algo con forma de disco y filamentos emergiendo entre las

sombras centelleantes, entonces, el bólter se quedó sin munición, la Hermana de Batalla volvió a recargar rápidamente mientras fruncía el ceño —. Espalda contra espalda, rápido, vendrán más —advirtió.

* * *

El ascenso le llevó agonizantes horas, o al menos eso le parecía, con la sangre acumulada en sus botas, Miriya se empujó sobre el borde de la chimenea volcánica y se tambaleó por la fuerte

pendiente, a unos cientos de metros de distancia vio la roca artificial de las plataformas ovales de aterrizaje, a medida que se acercaba, pudo ver una aeronave peligrosamente cargada, tratando de ganar altitud, comenzó a descender tan pronto como despegó, estimó que avanzaría no más de un kilómetro de distancia antes de caer de nuevo al páramo.

Un insistente zumbido sobrevoló su cabeza, la celestial trató de espantar lo que pensó se trataba de insectos, se concentró por un momento y advirtió que lo que estaba oyendo, era el sonido de su vox de comunicaciones, hurgando

en su oído se concentró de nuevo en la interferencia, los arcanos sistemas de comunicaciones de la ciudadela, no tenían alcance mas allá del interior de la Torre del Vacío, escuchó un coro de canales y los comandos superpuestos, su vox de comunicaciones, obviamente se había dañado en la caída, aún así, pudo reconocer las ordenes y contraordenes del canal.

—¿Replegarse? —repitió en voz alta, se preguntó cómo podían ordenar el repliegue después de todo lo que habían luchado, con notorio tono de fastidio habló al micrófono de su vox—. Repita nuevamente —exigió Miriya—.

¿Quien ha dado esa orden tan cobarde?

La respuesta sonó en su oído.

—Miriya, por el amor de Katherine, ¿dónde estás? —la Canonesa estaba furiosa.

—En la cima de la Torre del Vacío —respondió ella—. ¿Quién dio esa orden?

—Lo hice yo, estas en la zona objetivo, ¡deberías haberte ido hace tiempo! —Miriya casi podía ver la mueca en el rostro de Galatea—. Se ordenó el reagrupamiento de la fuerza de asalto, ¡se te ordenó específicamente abandonar la Torre del Vacío!

—Yo… tenía la intención de

cumplir la orden a su debido tiempo.

—Has desobedecido una orden nuevamente —gritó la distante voz—. Ahora deberás pagar el precio por ello.

—Yo opte… interprete su orden equivocadamente Canonesa, le pido perdón… —Miriya estaba cerca de las pistas de aterrizaje ahora, vio dos hombres vestidos con monos de operarios, trabajando afanosamente en un coleóptero.

—¿Me escuchas? —escupió Galatea —. Te ordeno que desista de cualquier tipo de subjetiva interpretación de las ordenes que se le dan. Hermana Superiora Miriya, se le ordena desistir

de cualquier tipo de actividad de combate y evacuar inmediatamente la Torre del Vacío, con destino al punto de reunión en el valle sur, donde tendrá que presentarse para detención, ¡tiene menos de once minutos estándar para cumplir la orden!

—Once minutos —repitió—… antes de que…

—Antes de que la *Mercutio* realice un bombardeo orbital sobre sus coordenadas. Dígame Hermana, ¿tengo su plena y completa atención ahora?

Miriya se atragantó con las palabras.

—Un bombardeo orbital reducirá toda la ciudadela a ruinas.

—Y todo lo que queda de LaHayn y su hereje ejército —replicó su comandante—. A menos que desee unirse a ellos, yo le aconsejo encontrar transporte, rápidamente. Diez minutos y veintidós segundos.

—Pero… mis Hermanas… mi equipo aún permanece aquí —respondió alarmada.

Oyó un suspiro.

—Lo lamento, serán honradas por su servicio a la Iglesia.

Miriya cortó la comunicación y juró entre dientes.

—No voy a entregar más vidas en vano —se dijo a sí misma—. Nunca

más.

Con cuidado, se acercó al coleóptero, dejando que el zumbido del motor cubriera sus pasos, los seguidores de LaHayn no advirtieron su presencia, hasta que cogió con sus manos una roca volcánica del tamaño de un puño y la arrojó contra uno de los guardias, despojándolo de la pistola laser de cañón largo que portaba, el segundo hombre reaccionó con sorpresa mientras dirigía la vista alrededor de la curvatura del fuselaje.

—Tú —le espetó ella— ¿puedes pilotar la nave?

Él asintió cautelosamente.

—¡Bien! —Apuntó la pistola láser hacia la cabeza del primer hombre y se la arrancó con un apagado disparo—, correrás su suerte, a menos que hagas exactamente lo que te digo, ¿entendido?

Asintió nuevamente, pero esta vez mostrando su nerviosismo.

Ella lo siguió hasta la cabina y presionó el cañón aún caliente de la pistola contra la nuca del piloto.

—Nos llevarás a la garganta de la montaña, ¡rápido!

El hombre se recostó sobre la silla de vuelo y empezó a protestar, pero Miriya lo golpeó con el cañón de la

pistola.

—¿Recuerdas a tu camarada?, ¿recuerdas lo que te advertí?, ¡haz lo que te ordeno!

Los motores del coleóptero evolucionaron a toda velocidad, con un golpe salieron de la pista de aterrizaje, la nave volvió la nariz roma hacia las fauces humeantes del volcán.

* * *

Las cosas llegaban a través de los portales energéticos que mágicamente

levitaban en el aire, eran horrores que Verity nunca había soñado ver, despellejados seres con cuerpos arácnidos, con cientos de dentadas bocas amarillentas, gimiendo furiosamente, avanzando con múltiples patas traqueteantes, estos eran los depredadores más comunes de la disformidad, las monstruosidades sin sentido que infestaban el immaterium mas allá del entendimiento humano, los gemidos que lanzaban al ser eliminados eran terribles, sus cuerpos vertían líquidos de colores chillones que no guardaban similitud alguna con nada que se hubiera visto, la pistola que

Cassandra le había entregado, disparo la última ronda de munición con demasiada rapidez, mitad impulsada por el miedo, mitad por la furia, la hospitalaria la arrojó contra las criaturas.

Paso a paso, los demonios invasores empujaron a las hermanas hasta los mismos límites de la cámara, donde una larga caída se hundía a cientos de metros por debajo, sobre el lago de lava que fluía continuamente, el calor torturaba sus espaldas, mientras al frente se encontraban ante una pared masiva de bestias surgidas del Caos. Verity, Cassandra e Isabel medían sus

vidas con cada bocanada de aire.

Las maldiciones e injurias de las Sororitas resonaban dispares a medida que sus bólters reducían sus reservas de munición.

La horda vaciló, parecía entender que la presa había llegado al punto de no retorno, al punto de no recuperación, se rieron y gimieron anticipadamente.

Cassandra miró el registro de carga de su bólter y dejó escapar un suspiro.

—Me quedan tres disparos —dijo con cautela, sus ojos siguieron a Isabel, la Hermana de Batalla herida que regresaba con un gesto cansado,

entonces Cassandra miró a Verity con una gesto perdido de tristeza en su rostro, uno que nunca había visto con anterioridad—. ¿Hermana?, no temas, lo hare rápido.

—No —negó Verity con la cabeza, notando las lágrimas que resbalaban por su rostro—. Siento pena y no es por nosotras, siento pena por nuestras Hermanas, pues ellas serán quienes tendrán que cargar sobre sus hombros con el dolor de nuestra pérdida.

Cassandra asintió.

—Eres valiente niña. Nunca lo habría pensado de ti, me alegra que demuestres lo equivocada que estaba.

—¡Y yo! —dijo Isabel—. Lethe estaba orgullosa de ti, ahora entiendo porque.

—El honor fue mío —dijo Verity, inclinó la cabeza y murmuró una oración esperando recibir la paz del Emperador, pero con un rugido de corriente descendente, otra cosa completamente diferente llegó.

* * *

Amenazados por una serie de destellos multicolores cercanos a la nave, Miriya

obligó al piloto a estacionar el coleóptero en un vuelo estacionario cerca de las puertas abiertas de la sala del Ingenium, inmediatamente se formó en su entrenada mente el mapa táctico de la situación, sus hermanas en formación defensiva sobre la saliente, enfrentadas a una línea de ululantes criaturas sobrenaturales, instantáneamente tomó los comandos operativos de armas situados en el panel lateral y activó los cañones de la nariz de la nave, que controlados por los cogitadores de adquisición, realizaron la búsqueda de blancos en movimiento abriendo fuego en forma

automática, al mismo tiempo, el piloto giró obedientemente el coleóptero presentando su flanco hacia la formación defensiva de mujeres que estaban por debajo del plano de vuelo estacionario, Miriya sintió el estremecimiento de la nave a medida que las Hermanas la abordaban apresuradamente.

—¡Ya estamos a bordo! —oyó a Verity gritar desde el estrecho compartimiento trasero.

—Vámonos —amenazó Miriya al piloto con la pistola láser para que impulsara la nave, pero esto no resultaba necesario, ya que el piloto veía

a medida que transcurría el tiempo, más y nuevas criaturas que se filtraban a través de las grietas de disformidad en expansión, extendiendo sus alas y abriendo sus amenazadoras garras. Ganando el máximo empuje que pudo lograr, la nave surcó la nube cenicienta, tomando dirección hacia el cielo claro, girando con rumbo sur.

Cassandra entró en la cabina y comenzó a hablar, pero Miriya levantó una mano para hacerla callar, señaló al cielo, decenas de rápidas y brillantes estrellas caían hacia la Torre del Vacío.

Cuando la onda expansiva de los primeros impactos las alcanzó, ya se

encontraban a salvo volando entre los cañones montañosos, dejando atrás el sueño loco de LaHayn con cada segundo de vuelo.

* * *

A través del cristal de la capilla, Verity podía ver la torre de la Catedral de Lunar vestida con aleteantes lonas protectoras, estas ocultaban los trabajos de refacción, llevados a cabo para devolver el estado de majestuosidad que la santa estructura ostentaba antes

de los ataques. En las calles, el recién nombrado gobernador, Barón Preed, había suavizado la noticia de la cruel muerte de su predecesor, al declarar un día de fiesta nacional y la temporal suspensión de los diezmos forzosos, en parte se debió también a que se nombró apresuradamente un nuevo diácono en la iglesia de Noroc, Lord Kidsley, maestro y clérigo moderado. En los días que siguieron a la destrucción de la Torre del Vacío, la noticia de la perfidia de Lord LaHayn se extendió rápidamente como una epidemia, su nombre era ahora un anatema, los iconos que le recordaban fueron

derribados e incendiados por centenares.

En privado, Verity sostuvo la opinión de que una sola muerte nunca resultaría suficiente para saldar el daño generado por un hombre tan egoísta, en cambio, la opinión de la hermana Miriya sobre el tema, había sido previsiblemente dura, expresada con un profano vocabulario, impropio de una mujer de su talla.

Como si su solo recuerdo bastase para convocarla, la puerta se abrió permitiendo el ingreso de la Hermana de Batalla, quien avanzó sin vestir su servoarmadura, renqueante aún por las

heridas recibidas, pero a pesar de ello, seguía resultando tan imponente como el día en que la había visto por primera vez, intercambiaron un asentimiento a modo de saludo.

—No estaba al tanto de que Galatea te había llamado.

—No lo hizo —dijo Verity—. He venido por mi propia voluntad.

—¿Cómo? —preguntó Miriya frunciendo el ceño

—No podía hacer menos.

La Celestial estaba a punto de decir algo más, pero la puerta de la capilla se abrió de nuevo para admitir la entrada de la Canonesa, y de la hermana Chloe,

su ayudante en funciones.

Galatea lanzó a Verity un severa mirada.

—Pensaba que ya estaría fuera de este mundo, Hospitalaria.

—Pronto Canonesa, pero antes de partir, creo que mi experiencia puede ser necesaria aquí.

—Nadie está enferma aquí, muchacha —respondió.

—Me refiero a cuestiones de honestidad, no de enfermedad, soy muy versada en ambas.

Galatea ocupó un lugar en el altar.

—Neva se reconstruye —dijo al fin —. He comenzado una serie de purgas

entre los cuadros dirigentes, borrara cualquier rastro persistente del sacrilegio de LaHayn, este lamentable episodio resonará a través de la historia del mundo en los siglos venideros… si es que el planeta sobrevive tanto tiempo —dijo mientras miraba impávida y constantemente a Miriya—. Me has puesto a prueba hermana, me has traído problemas… muchos problemas.

—Esa nunca fue mi intención —respondió Miriya.

La Canonesa soltó un bufido.

—Nunca lo es —señaló la distante catedral—. El Sínodo requiere tu ejecución, Miriya, a pesar del papel

fundamental que has jugado en la eliminación del psíquico y los herejes, ¡tu díscola actitud de desobediencia tiñe tus acciones! —Golpeó su puño sobre el altar—. Dos veces me desafiaste abiertamente y por extensión, ¡desafiaste a la Iglesia Imperial!

—Hice lo que consideré correcto —dijo la Celestial.

—¿Fue así? —gruñó Galatea—. Fomentas tu propia sentencia, me pones en una situación más que difícil, hermana, ¿que he de hacer con una mujer que descaradamente se burló de las órdenes de sus superiores?

—Dejar que viva —dijo Verity—.

Dejar que preste servicio a la iglesia, con el mismo honor y valentía que mostró en la Torre del Vacío.

—Esas cosas carecen de sentido sin orden ni control —interrumpió Chloe —. Cada Hermana sirve como parte de un todo, ninguna de nosotros es una ley en sí misma.

—Acataré cualquier sentencia que decrete la iglesia —murmuro Miriya.

—¿Podría morir? —espetó la Hospitalaria—. A pesar de haber hecho, ¿lo que cualquier Hermana leal habría hecho? —Verity se encaró a Galatea—. Así es como nuestra fe nos pone a prueba, no por ceñirnos rígidamente a

lo escrito en los libros del antiguo canon sin hacer uso del raciocinio, sino al exponernos a peligros mas allá de nuestra experiencia, tratando de vencer los retos que se cruzan en nuestros caminos, si actuamos con inflexibilidad, si jamás nos atrevemos a tomar las oportunidades que se nos presentan contra el enemigo, entonces… ¿qué bien hacemos a la causa del Emperador? —su hablar fue repentino, apasionado y muy sentido—. Así solo nos convertiremos en poco más que fanáticos descerebrados, cercados por reglas de estrechas miras, destinadas a convertirnos en… otro Viktor LaHayn.

Hubo un largo y espeso silencio antes de que la Canonesa se dirigiese hacia Chloe.

—La Hospitalaria es muy elocuente.

—Sí, yo también lo creo —asintió la Hermana Serafín.

Galatea suspiró.

—No quiero verte perecer, Hermana, pero, sin embargo, la insubordinación no puede quedar impune. —La mirada de Galatea descansó en Miriya y en un momento de fría familiaridad, repitió las palabras de LaHayn—. Tiene que haber reciprocidad.

La mujer asintió con la cabeza.

—Entiendo.

La Canonesa se acercó a ella.

—Hermana Miriya, por decreto, queda despojada de todos sus honores dentro de la orden y de su condición de elite Celestial, a partir de ahora, queda reducida al rango de línea de las Hermanas de Batalla. —Tomó el rosario ecclesiasticus de la hebilla del cinturón de Miriya y lo rompió, arrancando un puñado de granos antes de entregárselo de nuevo—. Continuaras sirviendo al Dios Emperador en la misión de la iglesia, quizás con el tiempo, si logras templar los episodios de insubordinación, él os concederá la

opción de recuperar estos privilegios, de no ser así, aún tendrás la oportunidad de luchar y morir en su nombre.

—Gracias por su misericordia, honorable Canonesa —respondió Miriya inclinándose respetuosamente.

Galatea se alejó.

—La *Mercutio* romperá la órbita a las diez en punto, Miriya, la quiero a bordo de la misma cuando lo haga, tendré suficiente a lo que hacer frente en los próximos días, sin tener que ocuparme de tu presencia, ahora ve.

Verity sintió como el rechazo la hería, pero Miriya lo disimuló bien.

—Como ordene, Ave Imperator.

—Ave Imperator —corearon las otras mujeres mientras Miriya se alejaba cojeando de la capilla.

* * *

La *Mercutio* se alejó de la estación de comercio con elefantina lentitud, la amplia proa de la fragata se alejó del complejo orbital con destino al espacio abierto, en el observatorium, Miriya estaba a solas con sus pensamientos.

Se sentía en conflicto, en parte aliviada por haber saldado completa y

finalmente la deuda que sentía hacia Lethe, pero por otro lado, se sentía aislada y taciturna a causa del rechazo y la censura, las Sororitas habían partido también en la *Mercutio* con destino al puerto espacial de Paramar, para una vez allí, recluirse en el convento esperando recibir nuevas órdenes.

Algo en el cielo de ébano le llamó la atención, había formas en movimiento por ahí, oscuras como el vidrio volcánico de la Torre del Vacio, se acercó al domo transparente para tener una mejor vista.

Naves negras, había dos de ellas acercándose a Neva en una silenciosa

formación, la visión la hizo estremecer, nunca había oído siquiera que se hubiera avistado dos naves volando juntas en escuadra.

—Han venido a estudiar minuciosamente los materiales y la investigación desarrollada por LaHayn —dijo una voz, Miriya se volvió para ver a Verity entrando, vestida una vez más con sus ropajes de viaje—. Tomarán lo que quieran y desinfectaran el resto.

La Sororita no cuestionó la presencia de la Hospitalaria, es más, se sentía confortada por ella.

—Me pregunto hermana, ¿qué pasa

si LaHayn no estaba equivocado del todo sobre la obra del Emperador?

—Tal vez lo estaba —admitió Verity —. Tal vez no, pero no es nuestro deber conocer esas cosas, por lo menos todavía no, algún día, cuando Él se levante del trono de oro, se responderán todas nuestras preguntas.

—Sí —asintió Miriya haciendo el saludo del águila imperial, observando el pasar de las naves negras por un plano superior.

—Pero tienes otras dudas —notó la mujer joven.

—Mi destino está en duda hermana, por primera vez en mi vida

dudo cuál será mi destino. —Cerró los ojos por un momento—. No veo mi camino.

Verity se acercó.

—Entonces, si es tu deseo, tal vez podría ofrecerte un nuevo camino, mis deberes en este sistema están llegando al final del camino, al igual que los tuyos, ya he recibido órdenes de unirme a la misión de la Canonesa Sepherina, que viaja desde Terra para llevar a cabo un rito de nueva consagración en un planeta Santuario, eres bienvenida si deseas unirte a mí.

—Te lo agradecería —le tendió la mano—. Muchas gracias, Verity.

—Te debo la vida Miriya, lo hago con mucho gusto —la Hospitalaria tomó su mano y sonrió.

La *Mercutio* se alejó en medio de las estrellas, tan amplias, como su fe.